NATALIE ZEMON DAVIS

El regreso de Martin Guerre



AKAL UNIVERSITARIA



Diseño interior y cubierta: RAG

Título original
The Return of Martin Guerre

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3850-4
Depósito legal: M-21.751-2013

Impreso en España

NATALIE ZEMON DAVIS

EL REGRESO DE MARTIN GUERRE

Traducción de
Helena Rotés

Coda de
Justo Serna y Anaclet Pons





A Chandler Davis

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Universidad de Princeton y al National Endowment for the Humanities la ayuda financiera para preparar este libro. También quiero agradecer a los archiveros y a la dirección de los Archives Départementales de Ariège, de Haute-Garonne, de Gers y de los Pirineos-Atlánticos, de la Gironda y de Pas-de-Calais sus consejos y su amabilidad, que hicieron posible que mis investigaciones avanzaran rápidamente. Marie-Rose Bélier, Paul Dumons y Hubert Daraud de Artigat aceptaron compartir conmigo sus recuerdos del pueblo y sobre la historia de Martin Guerre, Jean-Claude Carrière y Daniel Vigne me mostraron nuevos caminos para entender las conexiones entre las «generalizaciones» de los historiadores y la experiencia viva de las personas. Emmanuel Le Roy Ladurie supo darme ánimos cuando lo necesitaba. Debo muchas ideas y sugerencias bibliográficas a numerosos colegas de los Estados Unidos y de Francia: Paul Alpers, Yves y Nicole Gastan, Barbara B. Davis, William A. Douglass, Daniel Fabre, Stephen Greenblatt, Richard Helmholz, Paul Hiltpold, Elizabeth Labrousse, Helen Nader, Laurie Nussdorfer, Jean-Pierre Poussou, Virginia Reinburg y Ann Waltner. Alfred Soman me ayudó generosamente en los capítulos sobre justicia criminal. La edición de Joyce Backman confirió una gran claridad al texto. Sin la ayuda de mi verdadero marido, Chandler Davis, esta historia sobre un marido impostor nunca habría visto la luz. Para terminar, quisiera agradecer especialmente la espléndida tarea de Helena Rotés a la hora de trasladar el libro al castellano, agradecimientos que hago

extensivos a Justo Serna y Anaclet Pons por un estudio[1] que me ha aportado nuevas ideas sobre la historia de Martin Guerre y su recepción.

[1] Véase la coda a este libro: «La identidad y la imaginación (Martin Guerre regresa de nuevo)».

PREFACIO

Este libro es el fruto de una aventura: la aventura de una historiadora con una forma distinta de contar el pasado. La historia de Martin Guerre es una vieja historia. En el año 1540 un rico campesino del Languedoc abandona a su mujer, a su hijo y sus propiedades, y durante años no se sabe más de él; vuelve –o así lo cree todo el mundo– pero después de tres o cuatro años de matrimonio apacible, la mujer dice que un impostor la ha engañado y lo denuncia ante los tribunales. El hombre en cuestión casi logra convencer a los jueces de que él es Martin Guerre cuando, en el último momento, aparece el verdadero Martin Guerre. En seguida se escribieron dos libros sobre el caso, uno de ellos redactado por un juez del tribunal. Fue un caso que dio lugar a muchos comentarios en toda Francia, entre otros, por parte del gran Montaigne. Durante siglos se volvió a contar la historia en libros sobre impostores famosos y causas célebres, y en el pueblo pirenaico de Artigat, donde tuvieron lugar los acontecimientos cuatrocientos años atrás, aún se acuerdan de ella. Inspiró una obra de teatro, tres novelas y una opereta.

Cuando leí por primera vez el relato del juez pensé que era un tema excelente para una película. No es frecuente que caiga en manos de un historiador una estructura narrativa tan perfecta, y con tanta tensión dramática, sobre acontecimientos que sucedieron en el pasado. Por una coincidencia me enteré de que el guionista Jean-Claude Carrière y el director Daniel Vigne estaban trabajando en un guion sobre el tema. Tuve la posibilidad de unirme a ellos y de nuestra colaboración surgió la película *El regreso de Martin Guerre.*

Paradójicamente, cuanto más disfrutaba con la creación de la película más deseos tenía de hacer algo que fuera más allá. Me sentí impulsada a profundizar más en el caso, a buscar su sentido histórico. Escribir para los actores y no para los lectores me planteaba problemas nuevos sobre las motivaciones que podía tener la gente en el siglo XVI –por ejemplo sobre si les preocupaba tanto la verdad como la propiedad–. Contemplar cómo Gérard Dépardieu intentaba meterse en el papel del falso Martin Guerre me reveló nuevas formas de entender la hazaña del verdadero impostor, Arnaud du Tilh. Tenía la sensación de poseer un laboratorio histórico personal del que no obtenía pruebas, sino posibilidades históricas.

Pero al mismo tiempo la película se desviaba del relato histórico y esto me preocupaba. Se prescindió del origen vasco de los Guerre y se ignoró la cuestión del protestantismo rural y sobre todo se insistió poco en el doble juego de la esposa y en las contradicciones personales del juez. Es posible que estos cambios contribuyeran a que la película tuviera esa poderosa simplicidad que había convertido la historia de Martin Guerre en una leyenda, pero también hacía que fuera difícil entender lo que realmente había sucedido. La película era una recreación cinematográfica sugestiva y convincente, pero en la que no tienen cabida las incertidumbres, los «quizá», los «habría podido suceder», a los que recurre el historiador cuando la evidencia es inadecuada o contradictoria. Era una buena historia de suspense que producía en la audiencia la misma incertidumbre respecto al desenlace que habían sentido los verdaderos aldeanos y jueces. Pero ¿daba pie, en algún momento, a que se reflexionara sobre el significado de la identidad en el siglo XVI?

Así pues, la película planteaba al historiador el problema de la ficción con la misma fuerza con la que se le planteó a a la esposa de Martin Guerre. Tenía que volver a mi verdadero oficio; aproveché mi estancia en los Pirineos para acudir a los archivos de Foix, Toulouse y Auch. Me propuse dar a ese relato tan impresionante un tratamiento que respondiera a su verdadera dimensión histórica, y para ello utilicé hasta el último papel que el pasado había dejado llegar hasta mí. Quería averiguar por qué Martin Guerre había abandonado su pueblo y adónde había ido, cómo y por qué Arnaud du Tilh se había convertido en un impostor, si engañó a Bertrande de Rols y por qué había casi logrado sus propósitos. Esto podría explicarnos cosas que no sabíamos sobre la sociedad rural del siglo XVI. Quería seguir paso a paso a los aldeanos ante los tribunales y explicar los veredic-

tos cambiantes de los jueces. Y todo ello me ofrecía una oportunidad única para mostrar cómo un suceso de la vida campesina pasó a ser una historia que incumbía a hombres de letras.

Finalmente, acabó resultando mucho más difícil de lo que yo me había imaginado, pero ha sido un verdadero placer volver a contar la historia de Martin Guerre.

N. Z. D.

Princeton,
Enero de l983

Confío en que los lectores españoles disfrutarán con esta nueva traducción de *El regreso de Martin Guerre.* Las historias de esposas abandonadas y maridos impostores se saborean en todo el mundo, y esta ocurrió no demasiado lejos, en los Pirineos, e incluso algunas de sus misteriosas escenas se desarrollan en la propia España. Tal vez estas páginas inviten a los lectores españoles a desenterrar los vestigios de Martin Guerre en su propio país.

N. Z. D.

Toronto,
Marzo de 2013

ABREVIATURAS

Las siguientes abreviaturas son las que se utilizan en las notas. Las referencias a los inventarios-sumarios de los archivos departamentales se indican con la letra I.

ACArt	Archives communales d'Artigat
ADAr	Archives départementales de l'Ariège
ADGe	Archives départementales du Gers
ADGi	Archives départementales de la Gironde
ADHG	Archives départementales de la Haute-Garonne
ADPC	Archives départementales du Pas-de-Calais
ADPyA	Archives départementales des Pyrénées-Atlantiques
ADR	Archives départementales du Rhône
AN	Archives Nationales
Coras	Jean de Coras, *Arrest Memorable du Parlentent de Tholose. Contenant Une Histoire prodigieuse d'un supposé mary, advenüe de nostre temps: enrichie de cent et onze belles et doctes annotations* (París, Galliot du Pré, 1572)
Le Sueur, *Historia*	Guillaume Le Sueur, *Admiranda historia de Pseudo Martina Tholosae Damnato Idib. Septemb. Anno Domini MDLX* (Lyon, Jean de Tournes, 1561)

Le Sueur, Histoire	Guillaume Le Sueur, *Histoire Admirable d'un Faux et supposé Mary, advenue en Languedoc, l'an mil cinq cens soixante* (París, Vincent Sertenas, 1561)

Nota respecto a las fechas: Hasta 1564, en Francia el año nuevo se contaba a partir del Domingo de Pascua. En el texto todas las fechas corresponden a nuestro calendario. En las notas, las fechas anteriores a Pascua se dan según los dos calendarios; p. ej., 15 de enero, 1559/1560.

ARREST MEMORABLE, DV PARLEMENT DE TOLOSE,

Contenant vne histoire prodigieuse, de nostre temps, auec cent belles, & doctes Annotations, de monsieur maistre IEAN DE CORAS, Conseiller en ladite Cour, & rapporteur du proces.

Prononcé es Arrestz Generaulx le xii. Septembre M. D. LX.

A Raison cede.



A LYON,
PAR ANTOINE VINCENT,
M. D. LXI.

Auec Priuilege du Roy.

Claudii Puteanj



ARREST DV PARLEMENT de Toloſe, contenant vne hiſtoire memorable, & prodigieuſe, auec cent belles & doctes Annotations, de monſieur maiſtre IEAN DE CORAS, rapporteur du proces.

Texte de la toile du proces & de l'arreſt.



V moys de Ianuier, mil cinq cens cinquante neuf, Bertrande de Rolz, du lieu d'Artigat, au dioceſe de Rieux, ſe rend ſuppliant, & plaintiue, deuant le Iuge de Rieux : diſant, que vingt ans peuuẽt eſtre paſſez,ou enuiron, qu'elle eſtant ieune fille, de neuf à dix ans,fut mariee, auec Martin Guerre, pour lors auſsi fort ieune, & preſque de meſmes aage, que la ſuppliant.

Annotation I.

Les mariages ainſi contractez auant l'aage legitime, ordonné de nature,ou par les loix politiques, ne peuuent eſtre (s'il eſt loyſible de ſonder, iuſques aux ſecretz, & inſcrutables iugemens de la diuinité)plaiſans,ny aggreables à Dieu, & l'iſſue, en eſt le plus ſouuent piteuſe,& miſerable, & (comme on voit iournellement par exemple) pleine, de mille repentances : par tant qu'en telles precoces, & deuancees conionctions, ceux qui ont tramé, & proietté le tout, n'ont aucunement reſpecté l'honneur, & la gloire de Dieu:& moins la fin, pour laquelle ce ſaint, & venerable eſtat de mariage, ha eſté par luy inſtitué du commencement du monde. a (qui fut deuant l'offence de noſtre premier pere, pour

a chap.dernier au titre de frigid & malefic. aux Decretales & au ch vn. de vot. & vot. redemp.au Sixieſme.

INTRODUCCIÓN

Femme bonne qui a mauvais mary,
a bien souvent le coeur marry.
Amour peut moult, argent peut tout[1].

«La buena mujer que tiene un mal marido a menudo tiene el corazón dolido»; «Amor puede mucho, Dinero lo puede todo». Estos eran algunos de los proverbios que en el siglo XVI los campesinos acostumbraban a repetir para referirse al matrimonio. Gracias a la labor de los historiadores sabemos ahora muchas cosas sobre la familia rural; la información la obtenemos de contratos matrimoniales y testamentos, registros parroquiales sobre nacimientos y defunciones, descripciones de rituales de cortejo y de cencerradas[2]. Pero aún sabemos muy poco sobre las expectativas y los sentimientos de los campesi-

---

[1] Jean Gilles de Noyers, *Proverbia Gallicana* (Lyon, Jacques Mareschal, 1519-1520), Cii[v]; «Ioannis Aegidii Nuceriensis Adagiorum Gallis vulgarium… traductio», en *Thresor de la langue francoyse* (París, 1606), pp. 2, 6, 19; James Howell, «Some Choice Proverbs… in the French Toung», en *Lexicon Tetraglotton* (Londres, 1660), p. 2.

[2] Véase, entre otros Jean-Louis Flandrin, *Les Amours paysans, XVI*[e]*-XIX*[e] *siècles* (París, 1970), y *Familles: Parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société* (París, 1967); J. M. Gouesse, «Parenté, famille et mariage en Normandie aux XVII[e] et XVIII[e] siècles», *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations* 27 (1972), pp. 1139-1154; André Burguière, «Le Rituel du mariage en France: Pratiques ecclésiastiques et pratiques populaires (XVI-XVIII siècles)», *ibid.* 33 (1978), pp. 637-649; Alain Croix, *La Bretagne aux 16*[e] *et 17*[e] *siècles: La Vie, la mort, la foi* (2 vols., París, 1981); Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Le Charivari: Actes de la table ronde organisée à Paris (25-27 avril 1977), par l'École de Haute Études en Sciences Sociales et le Centre National de la Recherche Scientifique* (París, 1981).

nos; sabemos poco sobre cómo se desarrollaban las relaciones entre marido y mujer o entre padres e hijos; sabemos poco sobre cómo experimentaban las dificultades y las posibilidades que la vida les ofrecía. Tendemos a pensar que los campesinos tenían pocas posibilidades de elegir pero ¿es eso cierto?, ¿no es posible que algunos aldeanos intentaran moldear sus vidas de forma inusual o inesperada?

Pero, ¿qué podemos hacer los historiadores para desentrañar estos aspectos del pasado? Rastreamos cartas y diarios íntimos, autobiografías, memorias, crónicas familiares. Consultamos fuentes literarias –teatro, poemas líricos y cuentos– las cuales, cualquiera que sea su relación con la vida real de individuos específicos, nos muestran qué tipo de sentimientos y reacciones se consideraban plausibles en un momento dado. Pero los campesinos del siglo XVI, un noventa por ciento de los cuales no sabían leer y escribir, nos han dejado muy pocos documentos personales sobre su vida privada. Las historias familiares y los diarios que han llegado hasta nosotros son pobres: una o dos líneas sobre nacimientos y muertes y el estado del tiempo. Thomas Platter nos ofrece un retrato de su madre, una campesina curtida en el trabajo duro: «Excepto una vez en que nos despedimos de ella, nunca vi llorar a mi madre; era una mujer fuerte y valerosa, pero ruda». Pero esto fue escrito cuando el erudito hebraísta llevaba tiempo lejos de las montañas y de los pastos de la aldea suiza de su infancia[3].

En cuanto a las fuentes literarias sobre los campesinos, si existen, siguen la regla clásica que presenta a los aldeanos como personajes de comedia por antonomasia. Según esta teoría, la comedia se refiere siempre a «personajes del pueblo», a «personas de baja condición». «La comedia describe y representa en un estilo bajo y humilde la vida privada de los hombres… El desenlace es feliz, agradable y placentero.» Así, en *Les cent nouvelles nouvelles* (una colección de cuentos cómicos del siglo XV que se reimprimió varias veces durante el siglo XVI), un campesino avaro que sorprende a su mujer en la cama con un amigo, apacigua su furia con la promesa de doce medidas de trigo y para concluir el trato tiene que dejar que los amantes acaben. En los *Propos rustiques*, publicados por el jurista bretón Noël du Fail en 1547, el viejo campesino Lubin recuerda cuando se casó, a la edad de veinticuatro años: «No sabía lo que

---

[3] Thomas Platter, *Autobiographie*, tr. Marie Helmer (Cahier des Annales, 22; París, 1964), p. 51.

era estar enamorado… pero hoy en día pocos son los jóvenes mayores de quince años que no hayan intentado algo con las mozas»[4]. La configuración de los sentimientos y el comportamiento de los campesinos que entrevemos en este tipo de relatos tiene su valor –a fin de cuentas la comedia es un medio ideal para explorar la condición humana– pero los registros psicológicos y la variedad de situaciones de la vida de los aldeanos que contempla son limitados.

Existen otras fuentes que nos muestran a los campesinos en situaciones diversas y en las que el desenlace no es siempre un final feliz: los anales judiciales. Debemos a los registros de la Inquisición el trabajo de Emmanuel Le Roy Ladurie sobre la aldea catara de Montaillou y el estudio de Carlo Ginzburg sobre el intrépido molinero, Menocchio. Los registros de los tribunales diocesanos están plagados de asuntos matrimoniales que nos muestran cómo los aldeanos y el pueblo bajo urbano maniobraban en ese mundo tan estricto de la ley y la costumbre para conseguir una pareja adecuada[5].

Finalmente tenemos los procesos verbales de varias jurisdicciones criminales. Veamos por ejemplo la historia que en 1535 un joven campesino de Lyon, que pretendía obtener el perdón por un crimen cometido en un acceso de ira, dirigió al rey. Incluso a través del filtro de la elaborada transcripción del procurador aparece un pequeño retrato de un matrimonio desgraciado:

> Un año atrás este suplicante, habiendo encontrado buen partido, se casó con Ancely Learin… a la cual ha tratado y mantenido honestamente como a su mujer deseando vivir con ella en paz. Pero la lla-

---

[4] Jacques Peletier, *L'Art poëtique de Jacques Peletier du Mans* (1555), ed. J. Boulanger (París, 1930), pp. 186-189; Coras, pp. 146-147. *Les Cent Nouvelles Nouvelles*, ed. Thomas Wright (París, 1858), cuento 35. Noël du Fail, *Les Propos Rustiques: Texte original de 1547,* ed. Arthur de la Borderie (París, 1878; Ginebra, Slatkine Reprints, 1970), pp. 43-44.

[5] E. Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324* (París, 1975); traducción inglesa, *Montaillou: The Promised Land of Error*, por Barbara Bray (Nueva York, 1978) [ed. cast.: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324,* trad. Mauro Armiño, Madrid, Taurus, [2]1988]; C. Ginzburg, *Il Formaggio e i vermi: il Cosmo di un mugnaio dell'500* (Turín, 1976) [ed. cast.: *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI,* trad. Francisco Martín, Barcelona, Península, 2009]; traducción inglesa, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteentb-Century Miller,* por John y Anne Tedeschi (Baltimore, 1980). Michael M. Sheehan, «The Formation and Stability of Marriage in Fourteenth-Century England», *Medioeval Studies* 32 (1971), pp. 228-263, Jean-Louis Flandrin, *Le Sexe et l'Occident* (París, 1981), cap. 4 [ed. cast.: *La moral sexual en Occidente,* trad. Irene Agoff, Barcelona, Gránica, 1984].

> mada Ancely…, varias veces sin motivo ni razón, amenazó con matar y pegar a este suplicante y de hecho le pegó… Y estas cosas este suplicante las soportó pacientemente… esperando que se calmara con el tiempo. No obstante… el segundo domingo del presente mes de mayo pasado, mientras el suplicante cenaba con ella en su casa tranquilamente sin causarle ningún daño ni molestia, pidió beber del vino que ella tenía en una botella de vidrio lo cual ella no quiso concederle. Y dijo que le daría con la botella en la cabeza, lo que hizo… y rompió la dicha botella y tiró el vino a la cara de este suplicante… Perseverando aún en su furia (ella) se levantó de la mesa, cogió una escudilla y… la arrojó contra este suplicante y le hubiera causado gran daño si no fuera que la sirvienta de este suplicante se interpuso entre los dos. Y entonces este suplicante… trastornado y excitado por estos ultrajes… tomó un cuchillo largo que estaba sobre la mesa… y corrió tras la dicha mujer y le asestó un solo golpe… en el vientre.

La mujer no sobrevivió lo suficiente para contar su propia versión de la historia[6].

Documentos como este nos proporcionan información sobre las expectativas y los sentimientos de los campesinos en un tiempo de súbita agitación o de crisis. En 1560 se presentó en el Parlamento de Toulouse un caso criminal que revela muchas cosas sobre el matrimonio rural a lo largo de los años, un caso tan extraordinario que uno de los hombres que actuó como juez publicó un libro sobre él. Se llamaba Jean de Coras, era natural de la región, eminente jurista, autor de comentarios en latín sobre derecho civil y canónico, y además humanista. El *Arrest memorable*, como lo tituló, reunía todas las pruebas, argumentos formales y opiniones sobre el caso e incluía sus propias anotaciones. Según sus propias palabras, no se trataba de una comedia sino de una tragedia, aunque los actores fueran gente rústica «personas de baja condición». Este libro, escrito en francés, se reimprimió cinco veces durante los seis años siguientes y aún se harían muchas otras ediciones hasta el final de la centuria[7].

La obra de Coras sobre el caso de Martin Guerre, que reúne aspectos de texto legal y de narración literaria, nos introduce en el uni-

---

[6] AN, JJ248, 80^{r-v}. Alfred Soman, «Deviance and Criminal Justice in Western Europe, 1300-1800: An Essay in Structure», *Criminal Justice History: An International Annual* 1 (1980), pp. 1-28.

[7] Coras, pp. 146-147. Para las ediciones del *Arrest Memorable*, véase *infra* la bibliografía.

verso secreto de los sentimientos y aspiraciones de los campesinos. Es de gran ayuda que se trate de un caso excepcional, porque una disputa fuera de lo común a veces puede desvelar motivaciones y valores que quedan se diluyen en el día a día de la vida cotidiana. Espero poder demostrar que las aventuras de tres jóvenes aldeanos no están tan alejadas de las experiencias de sus vecinos y que la mentira de un impostor tenía algo que ver con otras formas más comunes de construirse una identidad propia. También quiero explicar por qué una historia que parecía adecuada para un simple relato popular –y de hecho se contaba de esta forma– también proporciona material para las «ciento once bellas anotaciones» del juez. Finalmente me gustaría explicar por qué encontramos aquí una rara identificación entre el devenir de los campesinos y el de personas ricas e instruidas.

En cuanto a las fuentes, el punto de partido fue el *Arrest* de Coras, de 1561 y la breve *Historia* de Guillaume Le Sueur, publicada en el mismo año. Este último es un texto independiente, dedicado a otro juez del caso en él, en al menos dos ocasiones, aparecen detalles que no encontramos en Coras, pero que he podido verificar en los archivos[8]. He utilizado a Le Sueur y a Coras complementariamente, aunque en los pocos casos en que había desacuerdo, he optado por el juez. Ante la imposibilidad de contar con el testimonio completo del proceso (todos los procesos anteriores a 1600 han desaparecido del Parlamento de Toulouse), he consultado los registros de las sentencias del Parlamento para conseguir información suplementaria sobre el caso y sobre las prácticas y las actitudes de los jueces. Siguiendo la pista de mis actores he investigado las actas notariales de muchos pueblos de la Diócesis de Rieux y de Lombez. Cuando no podía encontrar al hombre o a la mujer concretos que buscaba en Hendaya, en Artigat, en Sajas, o en Burgos, hacía lo que podía a través de otras fuentes del periodo y del lugar para descubrir el mundo que debieron contemplar y las reacciones que podían haber sido suyas. Lo que ofrezco al lector es, en parte, mi invención, pero una invención controlada firmemente por las voces del pasado.

---

[8] Según Le Sueur, los Guerre establecieron una fábrica de tejas en Artigat *(Historia,* p. 3); en 1594 encontramos esta tejería entre las propiedades familiares (ADHG, B, Insinuations, vol. 6, 96^{v}). Le Sueur afirmó que Bertrande de Rols y Pierre Guerre habían sido encarcelados (p. 11); esto último fue una orden del Parlamento de Toulouse (ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560; vol. 76, 12 de septiembre, 1560).

I

DE HENDAYA A ARTIGAT

En el año 1527 el campesino Sanxi Daguerre, su mujer, su hijo Martin y su hermano Pierre abandonaron la propiedad familiar en el País Vasco francés para ir a instalarse en un pueblo del Condado de Foix que estaba a tres semanas de camino.

No era algo habitual entre los vascos. Y no es que los hombres del Labourd tuvieran un apego especial a su tierra, sino que sus desplazamientos se dirigían preferentemente hacia el otro lado del Atlántico, a veces hasta el Labrador, para la caza de la ballena. Y cuando emigraban atravesaban el Bidasoa para pasar al País Vasco español, o incluso para adentrarse en España, antes que cruzar los Pirineos hacia el norte. Además, la inmensa mayoría de los emigrantes se diferenciaban de Sanxi Daguerre en que eran segundones que no podían, o no querían, permanecer en la casa familiar. Para los aldeanos vascos la importancia de la casa paterna era tal, que cada una tenía un nombre que pasaba al heredero y a su mujer: «Se hacen llamar señor o señora de una casa (aunque) no sea más que una porqueriza» como diría más adelante un glosador malintencionado[1].

---

[1] Pierre de Lancre, *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et demons* (Burdeos, 1612), pp. 32-38, 44-45. ADPyA, lJ160, n.º 45, 9 de marzo, 1609, sobre el «S^r de la maison» en Hendaya y en Urruña. James A. Tuck and Robert Grenier, «A 16th-Century Basque Whaling Station in Labrador». *Scientific American* 245 (noviembre de 1981), pp. 125-136; William A. Douglass y Jon Bilbao, *Amerikanuak: Basques in tbe New World* (Reno, 1975), pp. 51-59 [ed. cast.: *Amerikanuak: los vascos en el Nuevo Mundo,* trad. Roman Basurto, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1986]. Jean-Pier Poussou, «Recherches sur l'immigration bayonnaise et basque à Bordeaux au XVIII^e siècle», en *De l'Adour au Pays Basque. Actes du XXI^e Congrès d'études regionales*

De todas formas la casa de Sanxi Daguerre distaba mucho de ser una porqueriza. Estaba situada en Hendaya, un pueblo en la frontera española, compuesto solamente de algunas casas, según la descripción de un viajero en 1528, pero rodeado de vastas tierras comunales. Sus habitantes vivían entre las montañas, el río y el mar, se dedicaban a la cría de ganado, a la pesca y a la agricultura. La tierra era arcillosa y de hecho el único cereal que producía era el mijo, pero en cambio era muy adecuada para los manzanos. Además, los hermanos Daguerre aprovechaban la arcilla para fabricar tejas. Es cierto que la vida en el Labourd no era fácil, pero tenía aspectos agradables, al menos para los visitantes: la extraordinaria belleza de los pueblos, los peligros y los placeres de la pesca del cachalote y el reparto de la presa; los juegos de los hombres, las mujeres y los niños en las olas. «Las gentes de esta tierra son muy alegres… siempre están riendo, bromeando o bailando, tanto las mujeres como los hombres», así los describían en 1528[2].

Y sin embargo Sanxi Daguerre decidió marchar. Quizá fuera a causa de las perpetuas amenazas de guerra que pesaban sobre la región: el País Vasco y Navarra eran continuamente motivo de disputa entre Francia y España, y esta zona fronteriza sufría a causa de los conflictos que enfrentaban a Francisco I con el emperador Carlos V. En 1523 las tropas imperiales entraron en Hendaya y arrasaron el Labourd. En el año 1524 la peste azotó la zona con especial virulencia. Al año siguiente nació Martin, el primer hijo de Sanxi. Tal vez tuvo que ver con un problema personal, una pelea entre Sanxi y su padre, el «señor de la casa» (el *senior echekojaun,* como le llamaban en vasco), en caso de que este último aún estuviera vivo, o con otra persona; también podría ser que la

---

tenu a Bayonne, les 4 et 5 mai 1968 (Bayona, 1971), pp. 67-79. Jean-François Soulet, *La Vie quotidienne dans les Pyrénnés sous l'Ancien Régime* (París, 1974), pp. 220-225. William A. Douglass, *Echalar and Murélaga* (Londres, 1975), cap. 3 [ed. cast.: *Echalar y Murélaga,* 2 vols., trad. Eduardo Estrade, San Sebastián, Auñamendi, 1977].

2 Philippe Veyrin, *Les Basques de Labourd, de Soule et de Basse-Navarre* (Bayona, 1947), pp. 39 ss. L. Dassance, «Propriétés collectives et biens communaux dans l'ancien pays de Labourd», *Gure Herria* 29 (1957), pp. 129-138. Davydd J. Greenwood, *Unrewarding Wealth. The Commercialization and Collapse of Agriculture in a Spanish Basque Town* (Cambridge, 1976), cap. 1 [ed. cast.: *Hondarribia, riqueza ingrata. Comercialización y colapso de la agricultura,* trad. María Belmonte, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998]. Paul Courteault, «De Hendaye à Bayonne en 1528», *Gure Herria* 3 (1923), pp. 273-277. Sobre el aumento de población en Hendaya en 1598, véase ADPyA, 1J160, n.º 46, 3 de abril, 1598. De Lancre, pp. 45-46.

iniciativa hubiera partido de la madre de Martin, porque las mujeres vascas tenían fama de ser muy emprendedoras y de saber luchar por sus intereses[3].

Cualquiera que fuera el motivo, Sanxi recogió sus cosas y se fue, llevando consigo a su familia y a su hermano menor que era soltero. En Hendaya quedaba la propiedad ancestral y un día Martin la heredaría. Aunque lo hubiera deseado, Sanxi no habría podido vender la propiedad porque los *Fors,* es decir los fueros del Labourd, prohibían la alienación de los bienes patrimoniales excepto en caso de extrema necesidad, e incluso en este caso era necesario el consentimiento de la familia[4] . En cambio podía disponer de los *acquêts* (bienes gananciales), es decir todo lo que había reunido con su trabajo, y por lo tanto Sanxi tenía con qué establecerse honorablemente en su nueva residencia.

Los caminos que recorrió la familia en su éxodo hacia el este eran muy frecuentados. Atravesaban una región de larga tradición de intercambio entre los Pirineos y el llano que había iniciado una expansión económica especialmente intensa cuando Toulouse se afianzó como el centro de redistribución de toda la región[5]. En esta zona entre el río Save y el río Ariège, que serían los límites de su nueva vida, existía un tráfico constante de carretas cargadas de balas de hierba, de lana en bruto y cardada, de madera, de trigo, de vinos y de fruta. Debieron cruzarse inevitablemente con mercaderes y buhoneros que acudían a las ferias y a los mercados locales,

---

[3] E. Dravasa, «Les privilèges des Basques du Labourd sous l'Ancien Régime» (tesis de doctorado, Universidad de Burdeos, Facultad de Derecho, 1950), pp. 28-29. ADGi, 1B10, 21v-22r. ADPyA, 1J160, n.º 45, 19 de mayo, 1552. De Lancre, pp. 33-34, 42.

[4] «Coutumes générales gardées et observées au Pays de Labourd», en P. Haristoy, *Recherches historiques sur le Pays Basque* (Bayona y París, 1884), vol. 2, pp. 458-461; los Fueros del Labourd se redactaron en 1513. Jacques Poumarede, *Recherches sur les successions dans le sud-ouest de la France au Moyen Age* (tesis de doctorado, Universidad de Toulouse, 1968), pp. 315-320.

[5] Para toda esta región véase Léon Dutil, *L'Etat économique du Languedoc à la fin de l'Ancien Régime* (París, 1911); Philippe Wolff, *Commerces et marchands de Toulouse, vers 1350-vers 1450* (París, 1954); Michel Chevalier, *La Vie humaine dans les Pyrénées ariégeoises* (París, 1956); Gilles Caster, *Le Commerce du pastel et de l'épicerie à Toulouse, 1450-1561* (Toulouse, 1962); E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc* (París, 1966); Soulet, *Vie quotidienne;* y John Mundy, «Village, Town and City in the Región of Toulouse», en J. A. Raftis (ed.), *Pathways to Medieval Peasants* (Papers in Mediaeval Studies, 2; Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1981), pp. 141-190.

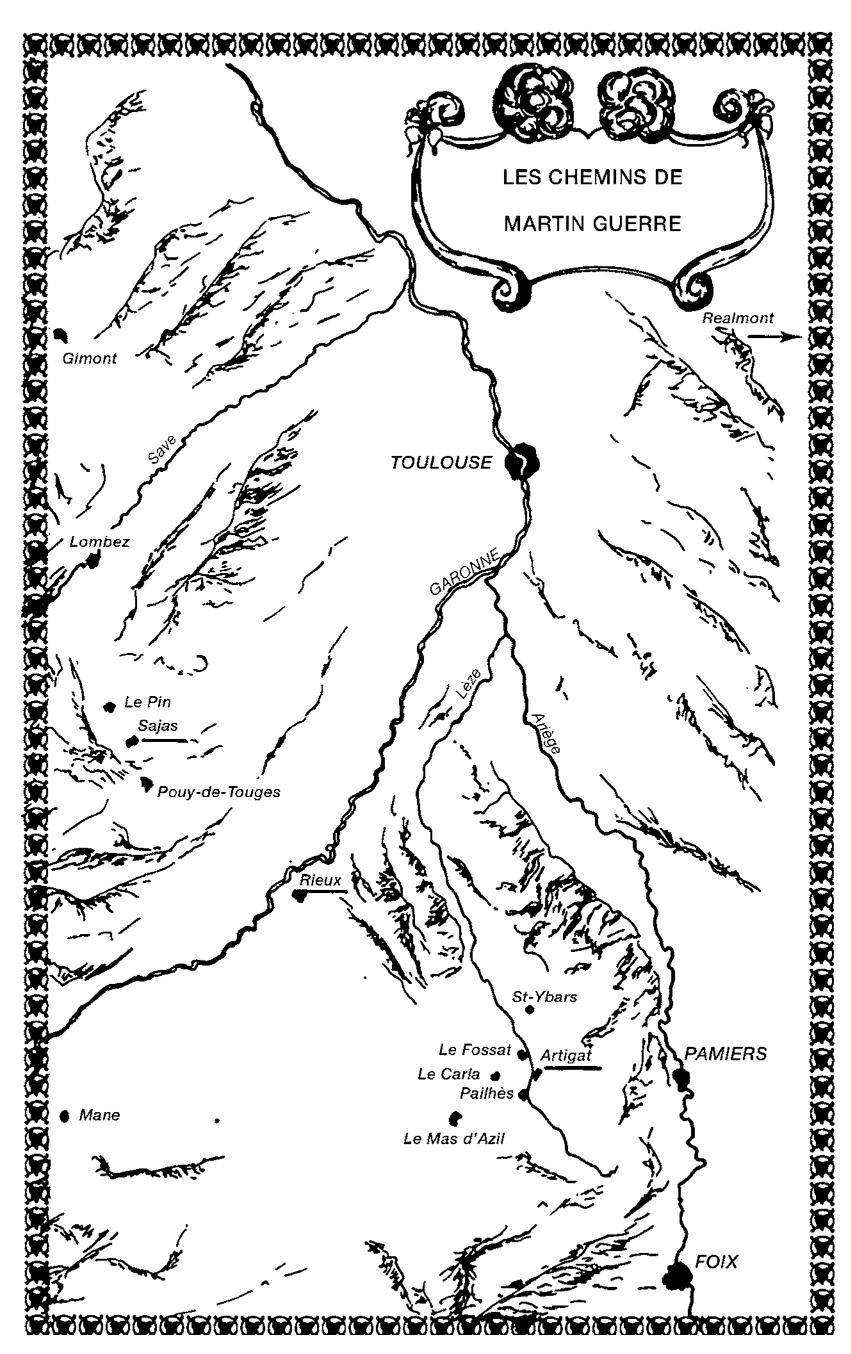
con pastores que en verano subían el ganado mayor o las ovejas montaña arriba, o los bajaban hacia el llano para pasar el invierno, con peregrinos de camino hacia el santuario de Santiago de Compostela, que seguía siendo muy popular, con jóvenes que dejaban atrás la aldea para recorrer las calles de Toulouse o de cualquier otro lugar. Finalmente la familia se detuvo en Artigat, una aldea situada en la vasta llanura al pie de los contrafuertes de los Pirineos, a algunas horas a caballo de Pamiers.

Artigat se extendía a ambos lados del Lèze. Este río insignificante, comparado con el Ariège al este y el Garona al oeste, tenía suficiente fuerza durante sus crecidas estacionales como para arrassar los campos circundantes. En estas tierras y en las colinas de los alrededores vivían entre unas sesenta o setenta familias que, además del mijo del Labourd que Sanxi Daguerre conocía bien, cultivaban también trigo, avena y vid y criaban vacas, cabras y sobre todo corderos. Había algunos artesanos en Artigat: un herrador, un molinero, un zapatero, un sastre y es posible que tejieran lana al igual que en la aldea vecina, Le Fossat. Se celebraba un mercado periódicamente y los miembros de la familia Banquels se autoproclamaban «mercaderes» aunque las ferias medievales no fueran más que un recuerdo lejano y el peso del comercio local hubiera pasado a Le Fossat. En 1562 y tal vez antes, Artigat tenía su propio notario, en cualquier caso, el notario de Le Fossat recorría las aldeas para redactar contratos en las casas[6].

Los Daguerre debieron captar rápidamente los lazos económicos que unían Artigat con los pueblos y las aldeas vecinas. Los intercambios más importantes se establecían con los pueblos cercanos de Pailhès, río arriba y Le Fossat, río abajo, y con la aldea de Le Carla situado en una colina hacia el oeste. Esta zona de intercambios podía extenderse bajando por el río Lèze hasta Saint Ibars, hacia el este hasta la ciudad de Pamiers, y subiendo hacia los Pirineos hasta Le Mas d'Azil. Jean Banquels de Artigat arrienda una yegua a un campesino de Paillès por un periodo de seis años. Un mercader de Le Fossat cede dos bueyes en arriendo a dos labradores de Le Carla que le pagarán con trigo en la feria de Pamiers más adelante, en septiembre. Jehannot Drot, labrador de Artigat, acude cada invierno a Le

---

[6] Jean Froissart, *Chroniques,* ed. Léon Mirot (París 1931), vol. 12, pp. 21-24, libro 3, par., 6. ADHG, C1925; 3E15289, 328^{r}. ADAr, G271; 30J^{2}, Reconocimiento de 1679; 5E6653, 188^{r}-189^{r}, 200^{r-v}; 5E6655, 14^{r}-16^{r}.



Los caminos de Martin Guerre

Fossat para contratar la venta de la lana de sus corderos españoles; se le paga al contado y volverá con la lana en el mes de mayo. Otros venden lana en bruto a los mercaderes de Pamiers. Un pastor de Le Carla cierra un trato de *gasailhe* (como se dice en provenzal) por treinta ovejas con un mercader de Saint-Ybars: el pastor se compromete a proveer de comida y pasto a los animales a su cargo, los gastos de estiaje y los beneficios se reparten entre los dos asociados. James Loze de Pailhès llega a un acuerdo sobre cincuenta y dos ovejas con un mercader de Pamiers: compartirán los gastos y las ganancias y una vez esquilada la lana la enviarán a Pamiers a cambio de sal para Pailhès. También circulan cereales y vino, bien como arrendamientos pagados en especie, o como compras efectuadas por los campesinos en Pamiers y Le Fossat[7].

Este pequeño mundo que bullía de actividad no podía ser ajeno al de los Daguerre, porque en el Labourd también existían intercambios entre ciudades y pueblos. La novedad fundamental respecto al País Vasco residía en la cesión de tierras tanto en concepto de herencia como de venta. Aquí en el llano, al pie de los Pirineos, la gente común no tenía una gran preocupación por mantener la integridad del patrimonio familiar. En la región de Artigat era excepcional que los testamentos favorecieran a uno de los hijos a expensas de los demás, en general se dotaba a las hijas y se dividía la herencia en tantas partes como hijos hubiera, aunque fueran cinco; a falta de herederos varones se repartía la propiedad entre las hijas. También podía suceder que dos hermanos o dos cuñados decidieran cultivar la tierra conjuntamente, o que un hermano abandonara el pueblo y cediera su parte a otro heredero. Lo más frecuente (como puede leerse en el *terrier,* el registro catastral de Artigat en el siglo XVII) era que los herederos se repartieran la tierra y vivieran unos cerca de otros. Cuando una casa se ampliaba y llegaba a incluir a dos generaciones de casados, no se seguía el modelo vasco de juntar al señor mayor y al joven heredero, sino la de un familiar viudo, generalmente la madre, con uno de los hijos casados[8].

---

7 ADAr, 5E6653, 9^{v}, 96^{r}-97^{r}, 101^{v}-102^{v}, 142^{r-v}, 200^{r-v}; 5E6655, 1^{v}-2^{v}, 8^{r-v}, 32^{r-v}, 98^{r}; 5E6656, 12^{r}; 5E6847, 17 de diciembre, 1562. Sobre los contratos de *gasailhe* y otras costumbres de la región, véase Paul Cayla, *Dictionnaire des institutions, des coutumes, et de la langue en usage dans quelques pays de Languedoc de 1535 à 1648* (Montpellier, 1964). Sobre Le Carla y alrededores, véase Elisabeth Labrousse, *Pierre Bayle* (La Haya, 1963), cap. 1.

8 Diecinueve testamentos sacados de ADAr, 5E5335, 6219, 6220, 6221, 6223, 6224, 6653, 6655, 6859, 6860; ADHG, 3E15280, 15983. ADAr, 5E6860, 110^{v}-111^{v};

Esta situación facilitaba que una propiedad heredada pudiera venderse con menor dificultad que en el Labourd. Así, un sacerdote de Le Fossat vende un huerto a un mercader alegando que ha tenido que mantener a unos padres ancianos durante ocho años. Igualmente, Antoine Basle de Artigat cede por la módica suma de 35 libras «la cuarta parte de los bienes y la sucesión del difunto Jacques Basle, su padre» a un hombre del caserío vecino, y en 1528 los hermanos Caldeyro ceden seis *sétérées* de su tierra (un poco menos de seis hectáreas de tierra) a los hermanos Grose de Le Mas d'Azil, los cuales, tras la compra, se establecen en Artigat[9].

El hecho de que de vez en cuando se efectuaran ventas de la propiedad heredada *(les propres)* no significaba que los campesinos de la cuenca del Lèze no estuvieran apegados a sus tierras. Muchas zonas de la jurisdicción de Artigat se designaban con los nombres de la sfamilias: «Les Banquels» cerca del centro del pueblo, «Rols» hacia el oeste, «Le Fustié» cerca del Lèze, donde vivía el molinero Fustié. Los campos, la tierra labrada y también los viñedos tenían nombres propios: *«a la plac», «al sobe», «les asempres», «al catala», «la bardasse»,* y los campesinos que los adquirían adoptaban a veces esos títulos como apodo[10].

Es cierto que, en Artigat más que en Hendaya, la identificación entre familia y tierra estaba regida por la estructura económica y social del pueblo. En la cúspide estaban las familias acomodadas como los Banquels, seguidos de los Rols que poseían varias propiedades diseminadas por todo Artigat, algunas de las cuales las cultivaban ellos mismos y otras las arrendaban a otras familias a cambio de una retribución fija o de una parte de la cosecha. Ellos eran los que compraban cada año al obispo de Rieux el derecho de cobrar los beneficios eclesiásticos de Artigat y los que presidían la cofradía de la parroquia. Se relacionaban con las mejores familias fuera del ámbito de la nobleza: los Loze de Pailhès, los Boëri, comerciantes rurales y zapateros de Le Fossat, los Du Fau, notarios de Saint Ybars. En el otro extremo estaban Bernard Bertrand y su mujer que por toda fortuna poseían campo exiguo de dieciséis *sétérées*

ACArt, catastro de 1651. ADAr, 5E6220, 8 de octubre, 1542; 5E8169, 12 de marzo, 1541/1542.

[9] ADAr, 5E6223, 10 de diciembre, 1528; 5E6653, 95^{v}-96^{r}; 5E6860, 12^{r}-13^{v}, 74^{r}-76^{r}.

[10] ADAr, 5E6653, 95^{v}-97^{r}, 201^{v}-202^{r}; 5E6846, 34^{v}-36^{v}; 30J^{2}, reconocimiento de 1679; ADHG, B50 (fallos civiles), 678^{v}-679^{v}; B, *Insinuations,* vol. 6, 96^{v}.

para alimentarse ellos y sus seis hijos, el pastor Jehannot Drot que, cuando los tiempos eran duros, se veía obligado a pedir vino y trigo y los hermanos Faure, unos aparceros que se atrasaron tanto en los pagos que el propietario los llevó a los tribunales[11].

De todas formas, ningún habitante de Artigat pagaba rentas a un señor o hacía corveas para un señor. Tanto si sus bienes eran importantes como si eran modestos, eran «francos y alodiales» y estaban muy orgullosos de ello. Durante más de un siglo en el pueblo no había existido ningún dominio que perteneciera a algún noble; un tal Jean d'Escornebeuf, señor de Lanoux al oeste de Artigat, había comprado tierras tras la llegada de los Daguerre pero estaba sometido a la talla como cualquier otro campesino. En el pueblo toda la administración de justicia –alta, media, baja– era competencia de la comunidad misma o del rey, representado en primera instancia por el juez de Rieux que distaba varias horas a caballo de Artigat, por el senescal de Toulouse y, en caso de apelación, por el Parlamento de Toulouse. En los niveles inferiores del sistema judicial estaban los tres o cuatro cónsules de Artigat, notables locales habilitados cada año por el juez de Rieux para llevar la caperuza roja y blanca como insignia de su función. Ejercían su jurisdicción sobre cuestiones agrícolas como por ejemplo las tierras comunales (poco extensas en Artigat) y fijaban la fecha de la vendimia, levantaban inventarios de bienes en caso de defunción y controlaban posibles fraudes en los pesos y medidas. La vigilancia de los detenidos, el mantenimiento del orden público –los delitos de blasfemia y las riñas– también eran de su competencia. De vez en cuando convocaban asambleas compuestas por los hombres del pueblo[12].

Era un sistema ideal para los Daguerre que venían de una región en la que (a pesar del poder creciente de los «nobles» urtubies) el poder señorial era débil y donde los parroquianos tenían derecho a reunirse libremente y a promulgar los estatutos que concernían a las necesidades de la comunidad. Si la familia se hubiera establecido un poco más arriba, en Pailhès, donde residían los Villemur, señores de Pailhès y capitanes del castillo de Foix, la historia se hu-

---

[11] ADAr, 5E6653, 1^{r-v}, 96^{v}-97^{r}; 5E6655, 29^{r}, 35^{r}, 158^{v}; 5E6656, 12^{r}, 26^{v}; 5E6837, 126^{r}-127^{v}; 5E6846, 34^{v}-36^{v}; ADHG, 2G134, 2G143; 2G108, p. 263.

[12] ADAr, $30J^{2}$, Inventaire pour les consuls… d'Artigat, 1639; *reconnaissance* de 1679; ADHG, 2G203, n.º 1; C1925. ADAr, 5E6860, 12r-13^{v}. ADHG, 2G108, 127^{r}, 151^{r}-152^{r}. F. Pasquier, «Coutumes du Fossat dans le Comté de Foix d'après une charte de 1274», *Annales du Midi* 9 (1897), pp. 257-322; ADAr, 5E6654.

biera desarrollado de otro modo[13]. El caso de Martin Guerre no habría seguido su curso si un señor del lugar o sus representantes hubieran tenido derecho a intervenir. Pero los habitantes de Artigat solo habían de temer los comadreos y las presiones de sus iguales.

A parte de estas libertades específicas, la identidad de Artigat era más bien fluida y variada. Desde el punto de vista lingüístico, la aldea estaba justo en la frontera de la diferencia entre los distintos sonidos nasales del gascón y los líquidos del occitano (o lengua de oc). Geográficamente pertenecía al Condado de Foix, pero junto con Pailhès y algunos otros pueblos dependía del gobierno del Languedoc. Artigat estaba cerca de Pamiers, sede diocesana, y sin embargo formaba parte de la diócesis de Rieux, un poco más alejada. El nombramiento del rector de la iglesia parroquial principal, Saint-Sernin d'Artigat, dependía de los canónigos de Saint-Étienne, en la aún más lejana Toulouse; el cura de Bajou, una parroquia aún más pequeña que caía bajo la jurisdicción de Artigat, también era designado por un capítulo que residía en Toulouse. Los habitantes de Artigat tenían que franquear muchas fronteras en el curso de sus actividades como agricultores, pastores, pleiteantes y cristianos, y se les atribuían diversas etiquetas: a la vez gascones, *foissenes* o *fuxéens,* languedocienses[14].

Así era la aldea a la que llegaron los Daguerre. Se instalaron al este del Lèze, compraron tierras (quizás los *propres* de algún habitante) y montaron una fábrica de tejas al igual que en Hendaya. Durante un tiempo los dos hermanos habitaron bajo un mismo techo y prosperaron –«se acomodaron bien para gente de baja condición»– escribiría más adelante Guillaume Le Sueur refiriéndose a ellos. Lentamente sus posesiones se extendieron por las colinas cercanas hacia Bajou, y a las tejas y los ladrillos añadieron campos de trigo, de mijo, alguna viña y la cría de ganado lanar[15].

---

13 «Coutumes… observées au Pays de Labourd», p. 482. ADPyA, 1J160, n.º 4, 14 de enero, 1550/1551, n.º 3, 12 de junio, 1559. F. Pasquier, *Donation du fief de Pailhès en 1258 et documents concernant les seigneurs de cette baronnie au XVI^e^ siècle* (Foix, 1980). ADAr, 2G203, n.º 8.

14 Pierre Bec, *Les Inteférences des linguistiques entre Gascon et Languedocien dans les parlers du Comminges et du Causerans* (París, 1968), pp. 74-75. Pasquier, *Pailhès,* p. 3. Léon Dutil, *La Haute-Garonne et sa région* (Toulouse, 1928), cap. 14. ADHG, 2G108, pp, 261 ss. J. Decap *Le Diocèse de Rieux avant la Révolution* (Foix, 1898). La diócesis de Rieux se estableció en 1318 y desapareció con la Revolución.

15 Le Sueur, *Historia,* p. 3; *Histoire,* A ii^r^. Coras, p. 150. ADHG, B, Insinuations, vol. 6, 95^v^-97^v^. ACArt, catastro de 1651, 34^r^-41^r^, 209^r^, 290^r^, 310^r^.

Para que el pueblo los aceptara tuvieron que adoptar algunos usos del Languedoc. Daguerre pasó a ser Guerre; si Pierre utilizaba la forma vasca de su nombre, Betrisantz o tal vez Petri, renunció definitivamente a ella. Probablemente la mujer de Sanxi seguía llevando cestos de trigo en la cabeza, pero tuvo que componer la cofia y los ornamentos de su refajo para armonizarlos con los de sus vecinas; también tuvo que acostumbrarse a que durante la misa las mujeres tuvieran prohibido adelantarse a los hombres para decir sus invocaciones, y que ni pudieran hacer la colecta ni ejercer de sacristanes[16].

Y evidentemente todos habían pasado a hablar occitano corrientemente y se habían acostumbrado a un mundo en el que la palabra escrita era de uso más frecuente que en Hendaya. «La lengua de los vascos» escribía el consejero Coras «es tan oscura y difícil que muchos han pensado que no se podía expresar con caracteres escritos». En realidad en 1545 se había editado en Burdeos un compendio de poesías en vasco, pero en el Labourd los documentos administrativos y los contratos se redactaban en gascón o en francés. En su pueblo natal los Guerre trataban sus asuntos oralmente en vasco, en español o en gascón. En la zona entre el Garona y el Ariège, tenían que hacerlo a menudo ante un notario. Los notarios repartían sus actividades entre varias aldeas, e incluso antes de que en 1539 el edicto de Villers-Cottêret les obligara a ello, redactaban los contratos en francés salpicado de algunas grafías y palabras en occitano. Los Guerre llegaron a dominar la práctica de la escritura lo suficiente como para llevar cuentas sencillas, aunque, como la mayoría de los habitantes de Artigat, nunca firmaban los contratos con su nombre y probablemente no sabían leer. Claro está que en Artigat no había un maestro de escuela que les pudiera enseñar a hacerlo[17].

La familia fue creciendo a medida que se enraizaba en Artigat. La mujer de Sanxi trajo al mundo varios hijos de los cuales cuatro niñas superaron los riesgos de la infancia. Pierre Guerre se casó y

---

[16] Veyrin, pp. 43, 263. De Lancre, pp. 42-44. ADPyA, 1J160, n.º 45, 18 de agosto, 1598; n.º 46, 14 de enero, 1620.

[17] Coras, pp. 55-56. G. Brunet, *Poésies basques de Bernard Dechepare… d'après l'édition de Bordeaux, 1545* (Burdeos, 1847). ADGi, 1B10, 21v-22r, correspondencia real, en francés, de las parroquias de Urrugne y Hendaya; Dravasa, p. 125; ADPyA, 1J160, n.º 3, testamentos de la casa señorial de Urtubie en gascón (1493) y en francés (1559); no hay otras familias de Hendaya o de Urruña que dejaran últimas voluntades por escrito. ADAr, 5E6223 (contratos en francés, 1528); 5E8169 (contrato matrimonial en occitano, 12 de marzo, 1541). ADAr, 5E6653, 96r-102v. ADHG, 2G207 (el primer maestro llegado a Artigat, 2 de julio, 1687).

según la costumbre vasca que establecía que los hermanos casados no vivieran bajo el mismo techo, parece ser que se instaló en otra casa, cerca de la de de Sanxi. En esta ocasión, seguramente se procedió a un reparto de propiedades. Más adelante, en 1538, los Guerre aparecen en un contrato que muestra hasta donde habían llegado en Artigat durante aquellos once años: se trata de la boda del hijo mayor de Sanxi con Bertrande de Rols, hija de una familia acomodada del otro lado del Lèze.

El hecho de que el padre de Bertrande considerara que esta era una unión aceptable supone un testimonio adicional sobre la relativa apertura de la gente del pueblo respecto a los recién llegados. Los Groses procedían de Le Mas-d'Azil y prosperaban, se habían asociado a los Banquels y habían sido nombrados cónsules. Era habitual que se contrajeran matrimonios dentro de la jurisdicción de Artigat, a menudo los novios pertenecían a cada una de las dos parroquias, como en el caso de los Rols y los Guerre, pero a veces era inevitable que la novia o el novio procedieran de más lejos. Jeanne de Banquels se casó con Philippe Du Fau de Saint-Ybars y Arnaud de Bordenave fue a buscar a su joven esposa a la madre de esta a una aldea de la diócesis de Couserans. Aunque el País Vasco estaba aún más lejos, en la diócesis de Rieux no eran infrecuentes los inmigrantes de esta región, por ejemplo en Palaminy, remontando el Garona, vivían Bernard Guerra y su mujer Marie Dabadia, dos nombres auténticamente vascos. Y tal vez los Guarys de Artigat fueran originarios del Labourd[18].

Los esposos Rols-Guerre eran singularmente jóvenes. Según los estudios de demografía histórica, habría sido de esperar que tuvieran al menos dieciocho años; y sin embargo Martin solo tenía catorce años; en cuanto a Bertrande, si realmente tenía la edad que más adelante pretendió tener[19], su matrimonio no era válido según el derecho

---

[18] ADAr, 5E6223, 10 de diciembre, 1528; 5E6653, 95^{v}; 5E6654, 24^{r-v}; 5E6655, 29^{r}; 5E8169, 12 de marzo, 1541/1542. ACArt, Registro matrimonial de la parroquia de Artigat, 1632-1649. ADHG, 3E15983, 126^{r}-127^{r}. Existió un Pierre de Guerre, alias el Vasco, que trabajaba de criado del señor de Vaudreuille, muchas millas al nordeste de Rieux (AN, JJ262, 245^{v}-247^{v}).

[19] En su queja dirigida al juez de Rieux, Bertrande declaró que «siendo una niña de nueve o diez años, la casaron con Martin Guerre, también muy joven y casi de la misma edad que la suplicante» (Jean de Coras, *Arrest Memorable du Parlement de Tholose…* [París, 1572, p. 1]). Pero en 1560, durante el proceso, se atribuían treinta y cinco años a Martin Guerre (Coras, p. 76), y los testimonios sobre el tiempo que vivió con su mujer, Bertrande, indican que debía tener catorce años cuando se casó. Por lo tanto, es probable que Bertrande también hubiera alcanzado la edad de la pubertad en ese momento.

canónico. Aún así, los Rols y los Guerre estaban impacientes por sellar esta alianza; el cura de Artigat, Messire Jacques Boëri, pertenecía a una familia local y evidentemente no puso ninguna objeción. Le Sueur haría el siguiente comentario «tan grande es el deseo no solo en los grandes señores sino también en los menestrales, de casar a sus hijos a tiempo para ver como en ellos continúa su prosperidad»[20].

Pero el deseo de asegurar la descendencia no era el único móvil de estas uniones precoces. Seguramente los bienes y los intercambios de servicios pesaban también en la balanza: la fábrica de tejas de los Guerre podía ser importante para los Rols al igual que el hermano de Bertrande lo podía ser para los Guerre, agobiados con tantas hijas. El contrato matrimonial entre Bertrande y Martin no ha llegado hasta nosotros pero nos podemos imaginar el contenido en base a tantos otros que han sobrevivido. En esta región entre el Garona y el Ariège el matrimonio no era ocasión de transferencias de tierra considerables de una familia campesina a otra; el grueso de la propiedad se conservaba, tal como hemos visto, para repartirla entre los hijos en donaciones *inter vivos* y testamentarias. Sin embargo las hijas recibían como dote el equivalente del precio de venta de un viñedo o de un campo pequeño. En las familias más modestas el pago se escalonaba a lo largo de varios años. La gente acomodada pagaba la suma integral y a veces añadía una parcela de tierra. La dote de la joven Bertrande pertenecía seguramente a esta última categoría: una entrega al contado de 50 a 150 libras –una suma muy exigua para una novia de la ciudad pero generosa para una campesina– y una viña al oeste del Lèze denominada Delbourat (lindaba con las propiedades de los Rols y más adelante formaría parte de las posesiones de los Guerre), sin contar el mobiliario y el ajuar, inseparables de cualquier novia de la región: una cama con almohadas de plumas, sábanas de lana y de lino, un cubrecama, un cofre con cerradura y llave y dos o tres vestidos de distintos tonos[21].

---

[20] Le Sueur, *Historia*, p. 3, *Histoire*, A ii^{v}.

[21] Diecisiete contratos matrimoniales y dos legados de dotes, de ADAr, 5E5335, 6220, 6653, 6656, 6837, 6838, 8169; ADHG, 3E15280, 15983. La dote más alta es la de 50 escudos (cerca de 150 libras), y la recibió en 1542 un zapatero de Le Mas d'Azil. En contraste con las cesiones de tierra a los hijos a finales de siglo, compárese la donación del mercader rural Jean Cazalz, de Le Fossat, a su hijo en 1585: dos propiedades y la promesa de 2.000 escudos al contado, una casa y muebles en el día de la boda (ADHG, B, Insinuations, vol. 1, 563^{v}-565^{r}). Cayla, pp. 236-237. ADHG, B, Insinuations, vol. 6, 95^{v}-97^{v}.

Casaron a los niños en la iglesia de Artigat donde estaba enterrado el abuelo de Bertrande, Andreu, y muchos de sus antepasados. Después el cortejo volvió a la casa de Sanxi Guerre donde, según la costumbre vasca, el señor joven tenía que vivir con el señor mayor. Por la noche, después del banquete, la pareja fue conducida al lecho nupcial de Bertrande. A la media noche irrumpieron en la habitación los jóvenes invitados encabezados por Catherine Boëri, pariente del cura de Artigat. Les llevaba el *resveil,* un brebaje generosamente sazonado con hierbas y especies que proporcionaría a los esposos una pasión ardiente y un matrimonio fecundo[22].

---

[22] ADHG, 2G108, p. 263. Coras, p. 61. A. Moulis, «Les Fiançailles et le mariage dans les Pyrénées centrales et spécialement dans l'Ariège», *Bulletin annuel de la société ariégoise des sciences, lettres et arts 22* (1966), pp. 74-80.

II

EL CAMPESINO DESCONTENTO

Nada sucedió en el lecho conyugal ni esa noche ni durante los ocho años siguientes. Martin Guerre era impotente; la pareja estaba «hechizada»[1].

Tal vez esta no era la primera desgracia de Martin. Tal vez no había sido fácil, para un joven del Labourd, crecer en Artigat. En primer lugar había tenido que navegar entre dos lenguas: el vasco de sus padres y la lengua hablada por la gente que él veía en la fábrica de tejas, en la vendimia y en misa. Es posible imaginar que a veces había corrido con los chiquillos del pueblo –sus mayores se quejaban de los pillastres que robaban uva en las viñas– y es posible que tuviera que aguantar las pullas de sus compañeros a causa de su nombre: Martin. Era un nombre bastante extendido en Hendaya pero resultaba insólito entre los Jehan, Arnaud, James, Andreu, Guillaume, Antoine, Pey y Bernard de Artigat. Martin era un nombre de asno, y en la tradición local los pastores llamaban así a los osos de las montañas[2].

Dentro de la familia de los Guerre, el señor joven tenía que enfrentarse no a una sino a dos figuras masculinas fuertes e irrita-

---

[1] Coras, p. 40.

[2] ADAr, 5E6654, 37[r]. Entre todos los contratos de Le Mas d'Azil y de todo el valle de Lèze, solo he encontrado un Martin antes de 1561, un campesino del señor de Saint-Martin d'Oydes (ADAr, E 182, Reconnaissance de 1549, 50[r]). Compárese con todos tos que se llamaban Martin, Martissantz, y Marticot en la zona de Hendaya, ADPyA, 1J160, n.º 4, 14 de enero, 1550/1551, 5 de marzo, 1554/1555; n.º 45, 18 de agosto, 1598. «Proverbes françoys», en *Thresor de la langue françoyse,* p. 23; «L'Ours "Martin" d'Ariège», *Bulletin annuel de la société ariégoise des sciences, lettres et arts* 2 (1966), pp. 137- 139, 170-172.

bles, tal como veremos más adelante. Tras él venían solo chicas, su hermana Jeanne y otras tres, además de sus primas, las hijas de Pierre Guerre –que no eran más que unas *pisseuses*–, y cuando apenas se le empezaba a desarrollar el pene entró otra chica en su vida, Bertrande de Rols.

Sanxi Guerre jamás pensó que su hijo pudiera tener dificultades para consumar el matrimonio. Es posible que en el pueblo se criticase esa unión demasiado precoz, porque el muchacho no tenía medios económicos ni el criterio suficiente para fundar una familia, y también porque, según las creencias del siglo XVI, los «humores» acuosos y tiernos de un cuerpo adolescente producían una simiente demasiado débil. Pero se creía que cuando aparecía el vello púbico, los aguijones de la carne se despertaban naturalmente, a veces incluso en exceso.

Probablemente, al principio Martin y su familia tenían la esperanza de que la impotencia desaparecería con el tiempo. En el País Vasco existía una costumbre que permitía que los jóvenes tuvieran «libertad para probar a sus mujeres… antes de desposarlas», lo que podía equivaler a un periodo de prueba sexual. Pero Martin se estaba convirtiendo en un muchacho alto, delgado, y muy ágil tal como se suponía que eran todos los vascos, y destacaba en los juegos aldeanos de acrobacia y esgrima[3]. Bertrande se había metamorfoseado en una joven muy guapa (la primera palabra que Coras usaría para describirla más adelante sería *«belle»*). Y sin embargo no sucedía nada. La familia de Bertrande la instigaba a separarse de Martin. En caso de no consumación y transcurrido un periodo de tres años, el matrimonio podía disolverse: según el derecho canónico Bertrande era libre de contraer una nueva unión[4].

La situación era humillante y seguramente todo el pueblo se lo hacía sentir. Una pareja casada que al cabo de cierto tiempo no conseguía ningún embarazo era el blanco perfecto para un *caribari* o *calibari* [cencerrada] tal como se decía en la región de Pamiers. Los jóvenes que hacían esgrima o boxeaban con Martin se reuni-

---

[3] A principios del siglo XVI la esgrima no era un juego elegante reservado a los nobles: existía una versión aldeana de este deporte.

[4] Coras, pp. 2-4, 40-43, 53, 76. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560. Hierosme de Monteux, *Commentaire de la conservation de la santé* (Lyon, 1559), pp. 202-203. De Lancre, *Tableau de l'inconstance,* pp. 38, 41, 47; Soulet, *Vie quotidienne,* pp. 228-232, 279. A. Esmein, *Le Mariage en droit canonique* (París, 1891), pp. 239-247.

rían ante la casa de los Guerre vestidos con ropas de mujer y con la cara pintada de negro, aporreando cubas de vino, haciendo sonar campanas y entrechocando espadas[5]. Era una deshonra.

Martin estaba embrujado. Como diría Bertrande más adelante, estaban «ligados por las malas artes de una bruja» celosa los Guerre y de su alianza con los Rols, o que actuaba como agente de un hombre o una mujer envidiosos. (En la actualidad la impotencia del marido se imputa generalmente al carácter dominante de la esposa. En el siglo XVI se atribuía la responsabilidad al poder de alguna mujer externa al matrimonio.) Si tenemos en cuenta los remedios al uso en el Labourd y en el Condado de Foix, seguramente la pareja consultó varias veces con alguna curandera de la localidad. Finalmente, tras unos ocho años, una vieja que «apareció milagrosamente como caída del cielo» les indicó la manera de romper el sortilegio. Mandaron a un sacerdote decir cuatro misas para ellos y les dieron de comer hostias y panes especiales. Martin consumó el matrimonio; Bertrande concibió inmediatamente y trajo al mundo un hijo que fue bautizado con el nombre de su abuelo, Sanxi[6].

Pero las cosas no mejoraron para el joven padre. Si queremos deducir cuál era el estado de ánimo de Martin Guerre a partir de cómo decidió pasar los doce años siguientes de su vida, tenemos que concluir que fuera de la esgrima y los juegos, había muy pocas cosas que le gustaran en Artigat. Todo le pesaba, su sexualidad precaria tras varios años de impotencia, la retahíla de hermanas que ya tenían edad de casarse, su posición de heredero realzada ahora por el nacimiento de su hijo Sanxi. En el mejor de los casos, en las familias vascas las relaciones entre el señor mayor y el señor joven eran delicadas; es fácil imaginar cómo debían ser entre un padre autoritario como Sanxi y un hijo remolón.

En general los historiadores de los movimientos de la población piensan que las migraciones campesinas se deben únicamente a motivos económicos; el caso de los Guerre demuestra que los motivos pueden ser diversos. Martin soñaba con otra vida más allá de los confines de los campos de mijo, de la fábrica de tejas, de las propiedades

---

[5] G. Doublet, «Un Diocèse pyrénéen sous Louis XVI: La Vie populaire dans la vallée de l'Ariège sous l'épiscopat de F.-E. de Caulet (1645-1680)», *Revue des Pyrénées* 7 (1895), pp. 379-380; Xavier Ravier, «Le Charivari en Languedoc occidental», en Le Goff y Schmidt (eds.) *Le Charivari,* pp. 411-428.

[6] Le Sueur*, Historia,* p. 12, Coras, pp, 40, 44.

y del matrimonio. Había viajado un poco. Había ido al este de Pamiers para su confirmación y seguramente en otras ocasiones, y hacia el oeste había visitado Mane, en la ribera del Salat, donde había trabado amistad con el posadero[7]. Pero estaba atado a Artigat. De hecho la sociedad aldeana tenía algunas instituciones que funcionaban como válvulas de escape para los jóvenes y les permitían escapar temporalmente de la vida familiar. En el País Vasco eran el mar y la pesca del cachalote. Seguramente Martin había oído hablar de ello a sus padres y a su tío. En los Pirineos y en el llano existía la trashumancia de pastores y rebaños, como lo demostró magistralmente Emmanuel Le Roy Ladurie en el caso de Pierre Maury de Montaillou[8]. La primera elección resultaba inaccesible para un habitante del Condado de Foix por razones prácticas. La segunda se excluía por razones sociales: no era una opción para un miembro de las mejores familias de Artigat. Los que llevaban el ganado a la montaña no intervenían en la comercialización de la lana ni en los negocios del valle del Lèze.

¿Había alguna otra salida? En Le Fossat había una escuela; el joven Dominique Boëri la había frecuentado y se disponía a estudiar derecho en la Universidad. También estaban las tropas que Francisco I reclutaba en el Languedoc y en otras partes. En el Labourd, uno de los Daguerre había servido en el ejército del rey. Hasta un honorable notario del Mas-d'Azil podía soñar con ello y dibujar soldados fantásticos en sus registros. Y finalmente estaba España, que cada año atraía a hombres de la diócesis de Rieux. Pey del Rieux de Saint Ybars, «decidió partir al país de España para ganarse la vida», e hizo testamento antes de marchar para que su hermana pudiera heredar sus bienes si moría. François Bonecase de Lanoux partió con su mujer hacia Barcelona, y en algunos contratos matrimoniales el novio preveía el mantenimiento y alojamiento de su futura mujer en casa de sus padres en caso de que decidiera marchar hacia España tras la boda[9].

Pero se trataba de iniciativas que Sanxi Guerre jamás habría consentido a su hijo Martin. Sin embargo en 1548, cuando Sanxi

---

[7] Le Sueur, *Historia,* p. 17. Coras, pp. 145-146.

[8] Le Roy Ladurie, *Montaillou,* cap. 7.

[9] ADAr, 5E6220, frontispicio con dibujos fantásticos de soldados; 5E6653, 1^{v}, 95^{v}-96^{r}; 5E6656, 11^{r}, 50^{r}; 5E6847, 12 de diciembre, 1562; 5E6860, 110^{v}-111^{v}. Roger Doucet, *Les Institutions de la France au XVI^{e} siècle* (París, 1948), pp. 632-641. Veyrin, *Les Basques,* p. 138. J. Nadal y E. Giralt, *La Population catalane de 1553 à 1717: L'Immigration française* (París, 1960), pp. 67-74, 315.



Soldados extravagantes, *ca.* 1545

aún era un niño de pecho y Martin iba a cumplir veinticuatro años, se produjo un hecho que haría inútil el consentimiento del señor mayor. Martin «robó» una pequeña cantidad de trigo a su padre. Como vivían bajo el mismo techo, este «hurto» reflejaba probablemente una lucha por el poder entre los dos herederos. Aún así, el robo, sobre todo dentro de la familia, era un crimen imperdonable según el código vasco. «Los vascos son fieles» escribiría el juez Pierre de Lancre, «creen que el hurto es una vileza del alma, la bajeza de un corazón abyecto que prueba el estado de degradada necesidad de una persona». Martin Guerre estaba en una situación imposible. «Por temor a la severidad de su padre» abandonó su patrimonio, a sus padres, a su hijo y a su mujer, y no se supo más de él durante años[10].

* * *

Sería interesante saber si Martin Guerre volvió a recorrer en sentido inverso el camino que su padre había hecho dos decenios antes, y si visitó el Labourd. De hecho, su posición de heredero era discutible, y quizás quiso evitar a Johanto Daguerre y a sus primos por temor a que previnieran a su familia. Pero al menos debió querer ver su pueblo natal y las olas de sus playas. Lo que sabemos con seguridad es que llegó a España cruzando los Pirineos, que aprendió el castellano y que acabó en Burgos como lacayo en la casa de Francisco de Mendoza, cardenal de la Iglesia católica[11].

En 1550 Burgos era una ciudad próspera: su población contaba con unas 19.000 almas y aún era la capital comercial de Castilla, centro de distribución de la lana y parada de los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. En este mismo año Francisco de Mendoza y Bobadilla sería nombrado obispo de la espléndida catedral; había sido obispo de Coria, era erudito y humanista, amigo de Erasmo y de Vives, cardenal desde 1544 y miembro del partido imperial en la primera sesión del Concilio de Trento. Don Francisco permaneció varios años en Italia al frente de altas misiones políticas por cuenta de la Iglesia y de Carlos V. En agosto de 1550 envió a su hermano Pedro de Mendoza, comendador de la orden militar de Santiago y capitán del ejército español, para presentar sus cartas

---

[10] Coras, p. 5. Le Sueur, *Historia,* p. 4. De Lancre, p. 41.
[11] ADPyA, 1J160, n.º 4, 5 de marzo, 1554/1555. 1 de abril, 1555. Coras, p. 137.

credenciales en el capítulo de la catedral. Al parecer Pedro cuidó de que todo se desarrollara sin obstáculos en el palacio episcopal durante la ausencia del prelado[12].

Fue en este palacio donde probablemente el joven campesino de Artigat se convirtió en lacayo[13]. Ocupaba ahora el último escalafón de un mundo de hombres importantes, de canónigos procedentes de la nobleza, de grandes mercaderes del Ayuntamiento de Burgos, de jesuitas recién llegados y de otras personas que iban y venían por la casa del obispo. Podía contemplar el fastuoso ritual de la catedral que contrastaba singularmente con la rusticidad de las misas parroquiales de Bajou y de Artigat. Recorría las animadas calles de la ciudad con la espada al cinto y vestido con la librea de una de las casas más grandes de España. No sabemos si añoraba el pueblo que había dejado tras él o si alguna vez contó su pasado a su confesor.

Más adelante Martin pasó al servicio del hermano de Francisco, Pedro, el cual seguramente se percató de sus cualidades atléticas y lo tomó como soldado. Una campaña lo llevó a Flandes donde formó parte del ejército que Felipe II enviaría contra Francia en San Quintín. Es posible que jamás se le ocurriera que era culpable de alta traición; pero probablemente sería porque nunca pensó en volver a Francia algún día.

Mientras combatía (ya fuera bajo las órdenes de su amo Pedro en la caballería ligera, o en la infantería) Martin sobrevivió los primeros días del bombardeo español sobre la ciudad de Picardía sin un solo rasguño. Y llegó el 10 de Agosto, el día de San Lorenzo, cuando los ejércitos de Felipe II derrotaron a las tropas francesas que habían acudido en ayuda de la ciudad sitiada, masacraron a

---

[12] Paul Jacob Hiltpold, «Burgos in the Reign of Philip II: The Ayuntamiento, Economic Crisis and Social Control, 1550-1660» (tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin, 1981), cap. 2. Henrique Florez, *España Sagrada* (Madrid, 1771), vol. 26, pp. 427-432. Nicolás López Martínez, «El Cardenal Mendoza y la Reforma Tridentina en Burgos», *Hispania Sacra* 16 (1963), pp. 61-121.

[13] Coras dice lo siguiente: «Ese Martin Guerre que se fue a España siendo joven, donde allí sirvió de lacayo del cardenal de Burgos y más tarde de su hermano» (p. 137). Francisco de Mendoza no residió en su obispado hasta septiembre de 1557, y en esas fechas Martin ya se había ido de Burgos. He supuesto que fue lacayo del palacio del obispado antes de la llegada de Francisco. Es posible que sirviera en casa del cardenal en Roma y en Siena –lo que supondría aún más novedades para Martin– pero no aparece ninguna mención de la estancia en Italia ni en Coras ni en Le Sueur. Los vascos eran muy apreciados como lacayos durante el siglo XVI, a causa de su diligencia. Gargantúa tenía un lacayo vasco; Montaigne habla de su afición por el ejercicio (Rabelais, *Gargantúa,* cap. 28; Montaigne, *Essais,* III, cap. 13).

gran número de soldados e hicieron muchos prisioneros, entre ellos al condestable de Francia. «Hemos obtenido un gran botín, armas, caballos, cadenas de oro, plata y otras cosas», anotó un oficial español en su diario. Pedro de Mendoza hizo dos prisioneros por los que obtuvo un rescate de 300 escudos. Martin Guerre fue alcanzado por un arcabuz francés en la pierna. Se la amputaron. Era el final de la agilidad de Martin Guerre[14].

[14] Le Sueur, *Historia,* p. 4. Coras, p. 137. E. Lemaire, Henri Courteault *et al., La Guerre de 1557 en Picardie* (Saint-Quentin, 1896), vol. 1, pp. ccxxi-cxxv, vol. 2, pp. 48, 295.

III

EL HONOR DE BERTRANDE DE ROLS

En el momento en que se iniciaba la aventura de Martin Guerre, su mujer Bertrande apenas tenía veintidós años. Es posible que la «bella joven» también considerara su pasado con cierta tristeza.

Por lo que sabemos, Bertrande había pasado su infancia en compañía de al menos un hermano y muy cerca de su madre, había aprendido a hilar y otras tareas de mujeres. En Artigat y en los pueblos cercanos a veces las chicas iban a servir a otras casas –existe el caso de la esposa de un mercader del Fossat que legó sus vestidos a su sirvienta– pero en familias como la de Bertrande las hijas solían ayudar a llevar la casa hasta que se casaban[1].

Y, antes de haber tenido ocasión de bailar al son de los violines con algún mozo del pueblo el día de la festividad de Nuestra Señora de Artigat, el 15 de agosto, o de iniciar algun ritual de cortejo, estaba casada con Martin. Es probable que ya hubiera tenido las «flores», tal como se denominaba entonces a la menstruación, porque de lo contrario las familias no hubieran permitido que la noche de bodas le administraran el *resveil*, ese brebaje de fecundidad destinado a facilitar el embarazo. Pero una muchacha tan joven en una casa extraña tenía que sentirse tan incómoda como Martin; ella también estaba «embrujada», según declararía unos años más tarde ante el tribunal de Rieux. Es cierto que las brujas centraban su atención en el miembro viril cuando intentaban im-

[1] ADAr, 5E6653, 95v-98r, 5E6655, 110v-111v.

pedir el acoplamiento entre marido y mujer[2]. Pero era algo que también le podía suceder a una mujer: según explicaban los inquisidores en el *Malleus maleficarum*, «el diablo puede enloquecer hasta tal punto la imaginación (de la mujer) que esta puede llegar a considerar que su marido es tan execrable que por nada del mundo le autorizaría a yacer con ella»[3]. Seguramente Bertrande no planteó las cosas en estos términos, pero está claro que durante un cierto tiempo se sintió aliviada ante la imposibilidad de tener relaciones sexuales. Y sin embargo, cuando sus padres la presionaron para que se separara de Martin, se negó categóricamente. Aquí debemos detenernos sobre algunos rasgos del carácter de Bertrande de Rols que a sus dieciséis años ya eran manifiestos: la preocupación por su reputación como mujer, una independencia feroz y una inteligencia práctica que utilizaba maniobrar en el marco de las constricciones impuestas a su sexo. Su negativa a anular el matrimonio –lo que le hubiera dado libertad para volver a casarse siguiendo la voluntad de sus padres– le permitía sustraerse a ciertos deberes conyugales y le ofrecía la posibilidad de vivir su adolescencia junto a las hermanas pequeñas de Martin, con las que se llevaba bien. Y además le servía para hacer alarde de su virtud. Efectivamente, el juez Coras se referiría a la resistencia de Bertrande a separarse de Martin en los siguientes términos: «Este acto, como una piedra de toque, ofrecía la mayor prueba de *honnesteté* de la citada Rols»[4]. Algunas comadres de Artigat debieron pensar exactamente lo mismo.

Más adelante, cuando Bertrande estuvo preparada para ello, apareció una vieja «milagrosamente, como una enviada del cielo» que la ayudó a romper el maleficio. Finalmente Bertrande trajo un hijo al mundo, un acontecimiento que para ella (al igual que para

---

[2] De hecho, en su comentario sobre las palabras de Bertrande, Coras supone que Martin era el único embrujado y solo describe los sortilegios que pueden afectar al hombre. Según él, la impotencia femenina era debida a causas naturales, como en el caso de la mujer que fuera «tan estrecha y cerrada en sus partes secretas que no pudiera tener comercio carnal con el hombre» (pp. 40-44). Pero este no era el caso de Bertrande. Igualmente los canonistas se interesaron muy poco por las causas «ocultas» de la impotencia femenina. Pierre Darmon, *Le Tribunal de l'impuissance* (París, 1979), pp. 48-52.

[3] ADHG, 2G108, 127^{r}. Doublet, «Un Diocèse pyrénéen», pp. 369-371. Coras, p. 44. Henry Institoris y Jacques Sprenger, *Malleus maleficarum,* tr. Montague Summers (Londres, 1948), p. 55, parte I, question 8.

[4] Coras, pp. 40-41.

las aldeanas cuyo matrimonio se iniciaba bajo mejores auspicios) significaba verdaderamente el primer paso en la vida adulta.

Bertrande conocía el mundo de las mujeres adultas a través de su madre, a través de su suegra vasca, a través de sus madrinas. ¿Qué le reservaba? Ante todo era un mundo en el que estructura organizativa e identidad pública eran categorías asociadas exclusivamente a los hombres. La partícula «de» que aparece tan a menudo en los nombres de las mujeres de Artigat y de los alrededores no significaba que los campesinos quisieran imitar a la nobleza, sino una manera de dejar constancia del sistema de clasificación de la sociedad aldeana. Bertrande era «de Rols» y su padre era Rols; Jeanne era «de Banquels» y su padre era Banquels; Arnaude «de Tor» y su padre Tor. En las riberas del Lèze los herederos eran siempre varones, tal como vimos, a menos que la familia, por desgracia, solo tuviera hijas. Los cónsules del pueblo solo admitían a los hombres en sus deliberaciones; si las mujeres casadas y las viudas eran convocadas, era tan solo para recibir órdenes[5].

Sin embargo las mujeres tenían un papel importante en la vida laboral cotidiana en el campo y en casa. Llevaban a cabo las tareas típicamente femeninas de escardar, podar las viñas y hacer la vendimia. Estaban junto a sus maridos cuando arrendaban y trabajaban la tierra, esquilaban las ovejas y tomaban vacas y bueyes *«en gasailhe»*. Una tal Maragille Cortalle, una viuda de Saint Ybars, llegó a adquirir por su propia cuenta dieciocho corderos *«en gasailhe»,* prometiendo mantenerlos «como un buen padre de familia» durante cuatro años. Las mujeres hilaban lana para los tejedores del Fossat y hacían hogazas de pan para venderlas a la gente del pueblo. Algunas mujeres, como Marguerite, alias la Brugarsse, de Le Carla, prestaban pequeñas cantidades de dinero y las esposas y las viudas de los pequeños mercaderes rurales como Bertrande de Gouthelas y Suzanne de Robert, del Fossat, vendían cantidades substanciales de trigo, de mijo y de vino. Naturalmente, ejercían el oficio de comadronas y junto con los escasos cirujanos de la zona eran las que cuidaban de los enfermos[6].

---

[5] ADAr, 5E6654, 29^{r}; 5E6655, 79^{r}; 5E6838, 104^{v}.

[6] ADAr, 5E5335, $92^{r\text{-}v}$, 135^{r}, 282^{v}-283^{r}, 5E6653, 6^{r}, 5E6654, 29^{r}; 5E6655, $6^{r\text{-}v}$, 106^{v}-107^{r}, 137^{v}-138^{r}; 5E6656, 58^{r}; E182, 26^{r}. ADHG, 3E15280, 14 de enero, 1547/1548. Jacques Beauroy, *Vin et société à Bergerac du Moyen Age aux temps modernes* (Stanford French and Italian Studies, 4;Saratoga [California], 1976), p. 125.



Contradanza, por Georges Reverdy, *Le Branle, ca.* 1555

Las mujeres dependían de la voluntad de sus maridos, y de la de sus hijos cuando enviudaban. En principio la costumbre del Languedoc garantizaba a la viuda la recuperación de la dote que había aportado, aumentada en una tercera parte de su valor. De hecho tanto en Artigat como en las aldeas y los pueblos vecinos los contratos matrimoniales no dicen nada sobre este punto. Solo prevén los derechos de la mujer sobre los bienes del marido en el caso concreto de que sus padres o su madre viuda proyecten vivir con la pareja. La mayoría de estas disposiciones se consignan en el testamento del marido. En el mejor de los casos, se estipula que la mujer podrá disfrutar del usufructo de sus bienes mientras viva «en viudedad» (algunos testamentos añaden «y con honestidad»). Si el marido confía realmente en la mujer o desea recompensarla «por sus agradables servicios» precisa que podrá disfrutar de sus bienes «sin rendir cuentas a nadie en el mundo». Si la mujer no se lleva bien con los herederos, el marido incluye en el acta una cláusula detallada en su favor: siete arrobas de trigo y una barrica de buen vino

cada año, un vestido y un par de zapatos y calzas cada dos años, leña para calentarse, etcétera. En caso de que la mujer se vuelva a casar, recibirá una suma global, a veces fijada, que en general equivale a la dote aumentada en una tercera parte[7].

Las realidades de este mundo campesino fomentaban que la buena mujer campesina no solo se esmerara en sus tareas de ama de casa, de granjera y de esposa, sino que también supiera salirse con la suya manejando a los hombres y sopesara las ventajas de, por ejemplo, casarse o seguir viuda. Una esposa de Artigat no podía soñar con alcanzar la posición de Rose d'Espaigne, señora de Durfort, una noble heredera que compraba tierras y hostigaba a sus aparceros que vivían al este del pueblo. Pero podía esperar ser respetada por las otras aldeanas y gozar de cierto poder informal por su condición de viuda, tenía derecho a que se dirigieran a ella con el título honorífico de *Na* y era libre de otorgar un viñedo a un hijo recién casado y calzas a todos sus ahijados y ahijadas. Da la impresión que las mujeres se adaptaron al sistema y lo hicieron más flexible gracias a los profundos vínculos que establecían una secreta complicidad entre madre e hija. Como esposas, nombraban herederos universales a sus maridos, como viudas, daban preferencia en la herencia a los hijos sobre las hijas. Se sentían gravemente ofendidas y exigían una reparación si alguien las trataba de *«bagasses»,* es decir de prostitutas. Una buena mujer del Fossat denunció a la justicia a su vecina por haberla golpeado durante una pelea por una cuestión de gallinero, pero sobre todo porque la llamó *«galinat»*[8].

Bertrande de Rols se crio con estos valores. A través de todas las vicisitudes por las que tendría que pasar, Bertrande jamás manifestó la más mínima veleidad de distinguirse de los usos sociales de su pueblo o de singularizarse. Pero aún así, quería seguir su propia vía. Es posible que la influenciara el ejemplo de su suegra, una de esas matronas vascas muy segura de sí misma. Las mujeres del Labourd, a menudo herederas de pleno derecho, tenían

---

[7] Cayla, *Dictionnaire,* pp. 54-58, 236. ADAr, 5E6219, 31 de Julio, 1540; 5E6653, 3^{r-v}, 54^{v}, 5E6655, 117^{v}. ADHG, 3E15280, 31 de enero, 1547/1548; 3E15983, 126^{r}-127^{r}, 322^{r}-334^{v}.

[8] ADAr, 5E6846, 34^{v}-36^{v}; ADHG, B50 (arrêts civils), 678^{v}-679^{v}. Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan,* pp. 286-287. ADAr, 5E6837, 236^{r}-237^{r}; 5E6655, 110^{v}-111^{v}; 5E6847, 23 de septiembre, 1562. Pasquier, «Coutumes du Fossat», pp. 298-299; Cayla, p. 63.

fama de «descaradas» y más adelante pasarían a tener la consideración de brujas[9].

En el mismo momento en que se instauraba un nuevo tipo de relación entre Bertrande, por fin madre de un hijo, y su suegra, Martin Guerre desapareció sin dejar rastro: era una desgracia. Incluso para esos campesinos aficionados al comadreo, la desaparición inesperada de un miembro eminente de la comunidad era un trastorno porque dejaba un vacío inquietante entre los matrimonios jóvenes.

Para los Guerre, que no eran del lugar, era un nuevo escándalo que había que hacer olvidar. Los padres de Martin murieron sin saber nada de su hijo. El viejo Sanxi al fin perdonó y otorgó un testamento en el que dejaba a Martin su propiedad de Hendaya y las tierras de Artigat. Por lo tanto los notarios locales sabían cómo tenían que proceder en el caso de que el heredero universal estuviera ausente del país: «Si moría o si no volvía» rezaba la fórmula, se designaría a otros para sustituirle. Mientras tanto Pierre Guerre era el administrador de las propiedades de su hermano y el tutor de las hermanas solteras de Martin[10].

En algún momento a lo largo de estos años, probablemente a principios de 1550, después de la muerte del viejo Sanxi, Pierre Guerre hizo un esfuerzo para salvaguardar la relación entre los Rols y los Guerre y para ayudar a la mujer abandonada por Martin. Era viudo con hijas y se casó con la madre de Bertrande, que también había perdido a su marido[11]. Su contrato de matrimonio pertenecía a esa categoría especial de contratos que se hacían cuando se unían dos hogares. Sin duda la madre de Bertrande aportaba el dinero y los bienes que el difunto le había dejado en caso de segundas nupcias. Pierre debió comprometerse a mantener a Bertrande y a su

[9] De Lancre, *Tableau de l'inconstance,* pp. 42-44. Para una imagen posterior de las mujeres de Labourd, véase G. Olphe-Galliard, *Un Nouveau type particulariste ébaucbé. Le Paysan basque de Labourd à travers les âges* (La Science Sociale suivant-la méthode d'obsérvation, 20; París, 1905), pp. 437-441.

[10] Le Sueur, *Historia,* p. 9. ADAr, 5E6223, 5 de Julio, 1542; 5E6224, 6 de enero, 1547/1548. Hacia finales de 1550 la herencia de Martin Guerre y los beneficios producidos en 8 años se estimaban en 7.000-8.000 libras (Coras, p. 29).

[11] Coras no cita la fecha del matrimonio de Pierre Guerre con la madre de Bertrande (pp. 67-68), pero esta parece la más plausible. Nunca se hace alusión a las hijas de Pierre como hermanas o medio-hermanas de Bertrande, por lo tanto debían ser fruto de un matrimonio anterior. Cualesquiera que fueran las disposiciones financieras que el marido hubiera establecido en el testamento, la madre de Bertrande tenía interés en volverse a casar a causa de la situación de su hija.

hijo Sanxi y seguramente decidieron cómo compartir las nuevas adquisiciones. La casa de al lado, en la que habían vivido el señor mayor y el señor joven, se alquiló seguramente con un arrendamiento a corto plazo (en estas circunstancias era impensable que Bertrande se quedara allí) y Pierre Guerre se erigió en jefe de una casa compuesta esencialmente por mujeres.

La posición de Bertrande quedó muy rebajada tras estos acontecimientos. No era ni esposa ni viuda y volvía a vivir con su madre. Ni esposa ni viuda, tenía que enfrentarse a las otras mujeres en el molino, en la fuente, en la fábrica de tejas, en la vendimia, y la ley le ofrecía pocas escapatorias. Al final del pontificado de Alejandro III, en el siglo XII, los doctores de la Iglesia habían decretado que una mujer no podía volver a casarse en ausencia de su marido, excepto en el caso de que tuviera pruebas convincentes de que había muerto. De las dos tradiciones concurrentes del derecho civil, fue la de Justiniano, la más rigurosa, la que prevaleció. El Parlamento de Toulouse se remitió a ella en 1557 al juzgar un caso de segundas nupcias: «Durante la ausencia del marido, la mujer no puede volver a casarse: a menos que tenga pruebas de su muerte… Ni siquiera si ha estado ausente durante veinte años o más… Y la muerte tiene que probarse con testigos que lo declaren, o por presunciones grandes y manifiestas»[12].

Evidentemente, los campesinos podían intentar eludir la ley (siempre lo habían hecho) e inventarse una historia sobre algun accidente o sobre una bala perdida en la guerra, o simplemente ignorar la ley si en el pueblo había algún cura comprensivo. Pero Bertrande no recurrió a esta solución. Sus intereses materiales la ligaban a su hijo y a lo que un día sería su herencia, y además tenía un sentido inflexible de su propia dignidad y de su reputación. La bella joven, indiferente a las proposiciones y a las insinuaciones, vivía (más adelante todo el mundo daría testimonio de ello) «virtuosamente y honorablemente»[13].

Bertrande trabajaba, criaba a su hijo Sanxi y esperaba. En su soledad tal vez se apoyó en sus cuatro cuñadas y en la buena vieja

---

[12] Coras, pp. 5-7, 25; Jean de Coras, *Opera omnia* (Wittenberg, 1603), vol. 1, pp. 730-731. Jean Dauvillier, *Le Mariage dans le droit classique de l'Église* (París, 1933), pp. 304-307. Bernard de La Roche-Flavin, *Arrests Notables du Parlement de Tolose* (Lyon, 1619), pp. 601-602.

[13] Coras, p. 46.

que la había aconsejado durante su «hechizo». Los curas que sucedieron a Jacques Boëri en la iglesia de Artigat no pertenecían a ninguna familia local y no siempre residían en la parroquia. Bertrande solo podía confiarse a Santa Catalina, que tenía una capilla en el cementerio[14]. Pero sin duda reflexionó sobre su existencia, que dividió en tres etapas, según explicaría más adelante al juez de Rieux: los nueve o diez años de su infancia, los nueve o diez años de su matrimonio y los largos de espera que sumaban ocho o quizás más[15]. Tras una vida de mujer que solo había tenido un breve periodo de actividad sexual, tras una unión con un marido que no la comprendía, que sin duda la temía y que en cualquier caso la había abandonado, Bertrande soñaba con un esposo y con un amante que volvería y que sería distinto. Y fue entonces, en el verano de 1556, cuando se presentó ante ella un hombre como si fuera el Martin Guerre largo tiempo perdido. Este hombre había sido conocido anteriormente con el nombre de Arnaud du Tilh, alias Pansette.

[14] ADHG, B38 (arrêts civils), 60v-61r; B47 (arrêts civils), 487r; 2G241.
[15] Coras, pp. 1, 5, 7.

IV

LAS MÁSCARAS DE ARNAUD DU TILH

Du Tilh era un nombre común en Gascuña y en Languedoc y también era frecuente en la diócesis de Lombez, donde había nacido Arnaud. Su padre, Arnaud Guilhem du Tilh, era originario de la aldea de Sajas; su madre, Barrau de soltera, procedía del pueblo vecino, Le Pin. Estos pueblos estaban al noroeste de la diócesis de Rieux, más allá del Garona. Era necesario todo un día a caballo para ir de Sajas a Artigat.

La patria de Arnaud era conocida entonces como La Comminges, «Rica en trigo», diría sobre ella su compatriota François de Belleforest, «rica en vino, fruta, heno, aceite de almendras, mijo y otras cosas necesarias para la vida humana. El país de Comminges abunda en hombres y estos son valientes como el que más… con una infinidad de grandes aldeas y pueblos ricos y castillos antiguos con más nobles que en cualquier otra parte de Francia»[1].

Probablemente Arnaud du Tilh habría descrito su provincia en términos menos bucólicos. Sajas tenía su señor, Jean de Vize, al que le sucedió su hijo Séverie. La antigua casa de Comminges-Péguilhan poseía el señorío de Le Pin. Esto podía significar, además de los pagos habituales, la potestad de intervenir en la vida del pueblo, como por ejemplo en Mane donde los señores pugnaban por limitar el derecho de los habitantes a tener una taberna o una carnicería. La «abundancia de gente» podía significar no solo un refuerzo de

[1] Coras, pp. 8, 151. François de Belleforest, *La Cosmographie universelle de tout le monde… Auteur en partie Munster… augmentée… par François de Belle-forest Comingeois* (París, Michel Sonnius, 1575), pp. 368-372.

mano de obra para el trabajo en el campo, sino también una presión mayor sobre las tierras disponibles. Los notarios de la diócesis de Lombez redactaban contratos de aparcería con frecuencia[2].

Sin embargo era una región de intensa actividad económica en la órbita de Toulouse. Los campesinos de Le Pin y de Sajas acudían a Rieumes, y más lejos hasta L'Isle-en-Dodon, Lombez, Gimont y Toulouse para comprar o vender grano, vino, paño y madera, para tomar algunas cabras, ovejas y bueyes *en gasaille,* y para entregar lana en bruto y pieles. Sajas era uno de los pueblos más pequeños de los alrededores de Rieumes. En sus colinas y en sus hondonadas vivían unas treinta o cuarenta familias, la mayoría labradores y pastores, y algunos que se dedicaban a tejer lana o a otras pocas actividades de la artesanía rural. Le Pin era más grande, de un tamaño más parecido al de Artigat y con más variedad de artesanos, aunque probablemente no contó con un notario establecido en el pueblo hasta el siglo XVIII[3].

Los du Tilh y los Barrau eran familias totalmente normales dentro de esta sociedad rural. En 1551, cuando el pueblo recibió una visita diocesana, estas familias no figuraban entre los cónsules y los *«bassiniers»* del pueblo. No estaban entre los Dabeyat, los Dauban, los de Soles y los Saint Andrieu que deliberaban sobre cuestiones locales y administraban las rentas de la parroquia. Los du Tilh ocupaban un lugar intermedio en la sociedad aldeana, poseían suficientes campos y viñedos para que a la muerte de Arnaud Guilhem, cuando se dividió la propiedad entre los hijos (existía la misma costumbre en Le Pin y Sajas que en Artigat), quedara un poco de tierra para Arnaud[4].

La única cosa que distinguía a los du Tilh de los otros campesinos era su hijo Arnaud. Había tenido una juventud totalmente opuesta a la de Martin Guerre. Se había criado entre chicos con los que se llevaba muy bien. Era más bien bajo y fornido y poco aficionado a los juegos aldeanos. En cambio destacaba por su elocuencia

---

[2] ADHG, B78 (arrêts civils), 3r-4r; IADHG, BB58, ss. 220, 214. Charles Higounet, *Le Comté de Comminges de ses origines à son annexion à la couronne* (Toulouse, 1949), vol. 1, pp. 277, 292. ADGe, 3E1570, 10 de julio, 1557; 3E1569, 27 de julio, 1552.

[3] Higounet, pp. 512 ss.; Wolff, *Commerces et marchands de Toulouse,* mapa 12. ADGe, 3E1569, 19 de diciembre, 1551; 3E1570, 7 de abril y 4 de julio, 1557. ADHG, 4E2016, 4E1568, 2E2403. Georges Couarraze, *Au pays du Savès: Lombez évêché rural, 1317-1801* (Lombez, 1973).

[4] ADGe, G332, 47r-48r; 3E1570, 21 de abril, 1557. Coras, pp. 97, 151.

y por una memoria prodigiosa que un actor habría envidiado. Era el tipo de muchacho que los vicarios de Sajas –las únicas personas del pueblo que sabían firmar– podían considerar apto para ir a la escuela y hacerse sacerdote[5].

Si lo intentaron con Arnaud debieron sufrir una gran decepción. El mozo se convirtió en un «disoluto», en un joven de «mala vida», «entregado a todos los vicios». Esto significaba que le gustaba beber y frecuentar mujeres, tal vez en las tabernas de Rieumes o en los prostíbulos de Toulouse. Le llamaban *Pansette,* «la panza», es decir un hombre de inmoderados apetitos, le atraían los carnavales, los disfraces, los bailes y todos los juegos festivos de la gente joven que tanto contaban en la vida de los pueblos de Gascuña. Tenía un carácter muy vivo y juraba fácilmente por la cabeza, el cuerpo, la sangre y las llagas de Cristo, blasfemias que evidentemente no eran tan graves como las que insultaban a la Virgen María, pero que de todas formas bastaban para que se relacionara su nombre con el tipo de gente de mala calaña que jugaba a las cartas y apostaba. Pansette era tan listo que se llegó a sospechar que era un mago, una acusación que casi era un cumplido si tenemos en cuenta que no iba dirigida contra una vieja solitaria sino contra un muchacho de veinte años[6].

A su manera, Arnaud du Tilh estaba tan enfrentado a la familia y al régimen de propiedad campesina como Martin Guerre en Artigat. Aunque en sus proezas había llegado hasta Pouy-de-Touges y Toulouse, soñaba con el universo que se extendía más allá de las colinas de la diócesis de Lombez. Existía la posibilidad de unirse a las tropas de la infantería real, esos «aventureros» entre los cuales los gascones ocupaban un buen lugar. Los notarios de Gimont tenían que redactar a menudo los testamentos de los soldados que abandonaban la región para ir a la guerra. Tras una serie de pequeños hurtos, Pansette se fue del pueblo para servir a Enrique II en los campos de batalla de Picardía[7].

---

[5] Coras, pp. 52, 54. ADGe, G332, 47bis^{r-v}.

[6] Coras, pp. 56-57, 77, 97. Leah Otis, «Une Contribution à l'étude du blasphème au bas Moyen Age», en *Diritto comune e diritti locali nella storia dell'Europa. Atti del Convegno di Varenna, 12-15 giugno 1979* (Milán, 1980), pp. 213-223. IADHG, B1900, f. 118, B1901, f. 143 (ordenanzas reales sobre la blasfemia de 1493, 1523).

[7] Raymond de Beccarie de Pavie, Sieur de Fourquevaux, *The Instructions sur le Faict de la Guerre,* ed. G. Dickinson (Londres, 1954), pp. xxix-xxxii. ADGe, 3E1571, 16 de abril, 1558, y *passim.* Coras, pp. 53, 57, 144. Yves-Marie Bercé, «Les Gascons à Paris aux XVI^{e} et XVII^{e} siècles», *Bulletin de la société de l'histoire de Paris et de l'Ile-de-France* 106 (1979), pp. 23-29.

* * *

¿Es posible que los dos fugitivos se conocieran antes que Arnaud du Tilh decidiera encarnar el personaje de Martin Guerre? Bertrande de Rols, en su declaración ante el juez de Rieux, dijo que podrían haber sido compañeros de regimiento –«y el citado du Tilh, como es verosímil, podría haber sido compañero de guerra del citado Martin y (con el pretexto de la amistad) podría haber oído de él muchas cosas privadas y particulares sobre sí mismo y sobre su mujer»– una sugerencia en la que se basó Coras para hacer un discurso sobre la amistad y la traición. Existe un punto del testimonio de Arnaud en Rieux que puede fundamentar la hipótesis de la existencia de contactos anteriores entre ambos hombres: la enumeración de los lugares y las personas que visitó Martin Guerre en Francia y en España durante su ausencia y que fue verificada por el tribunal. Pero es difícil imaginar que pudieran trabar amistad en el ejército, dado que Martin Guerre luchó junto al rey de España y que Arnaud debió volver de Picardía antes de que Martin se marchara de Burgos[8]. Pero los dos muchachos se habrían podido conocer durante sus andanzas por su propia región, o en alguna otra parte.

Veamos por un momento, en una pirueta imaginativa, lo que habría podido suceder si el heredero de Artigat hubiera trabado amistad con el «pico de oro» de Sajas. Se dan cuenta de que se parecen, aunque Martin sea más alto, más esbelto y más moreno que Arnaud. Descubren este parecido a través de los demás y no por una observación personal, porque los campesinos del siglo XVI no podían formarse una imagen de sí mismos y de su fisonomía mirándose al espejo (un objeto que no existía en las casas aldeanas). Se trata de una revelación que les sorprende y les fascina y, dado que muchos refranes populares campesinos establecen una relación entre la forma del ojo o de la mandíbula y algunos aspectos del carácter[9], se preguntan si esta similitud no podría indicar algo más, ir más allá de la simple apariencia física. Se hacen confidencias. Martin se expresa con cierta ambigüedad sobre su herencia y su mujer, y tal vez insinúa a su sosias: «Tóma-

---

[8] Coras, pp. 8-11, 38-39, 144.

[9] *Le Grand Calendrier et compost des Bergers avec leur astrologie* (Troyes, Jean Lecoq, 154[1]), M i^{r}-M iii^{r}.

la». Y Pansette piensa «¿Por qué no?» En cualquier caso, una de las pocas confidencias que Pansette hiciera a un conocido de Sajas durante el periodo en que estaba en Artigat fue: «Martin Guerre ha muerto, me dio sus bienes»[10].

Es un argumento posible pero no es lo que Arnaud du Tilh confesó finalmente. Pretendía que no había conocido a Martin Guerre antes de llegar a Artigat. Si así fue, la impostura es aún más interesante (más fantástica, *«mirabilis magis»,* diría más adelante Le Sueur) y psicológicamente más verosímil: es muy distinto hacerse con la vida de otro a simplemente imitarle. Arnaud volvió de los campos de batalla de Picardía hacia 1553, seguramente tras las batallas de Thérouanne, Hesdin y Valenciennes. Un día, cuando pasaba por Mane en el río Salat, encontró a dos amigos de Martin, Maese Dominique Pujol y el posadero Pierre de Guilhet, y estos lo tomaron por el hombre que se fue de Artigat[11].

En este momento surgió el jugador que había en Pansette. Se informó con la máxima exactitud sobre Martin Guerre, sobre su situación, su familia y las cosas que acostumbraba a decir o a hacer. Se sirvió de Pujol, de Guilhet y de «otros amigos de la familia y vecinos» de los Guerre, y es posible que los dos primeros se convirtieran en sus cómplices[12]. En ese pequeño mundo lleno de habladurías era fácil obtener una amplia información sin necesidad de ir a Artigat, incluso sobre detalles íntimos, como el lugar donde estaban las calzas blancas que Martin había depositado en cierto baúl antes de marchar. Aprendió los nombres de todos los aldeanos y el tipo de relaciones que Martin tenía con ellos. Se informó sobre el Labourd y aprendió algunas palabras en vasco. Arnaud necesitó varios meses para prepararse, puesto que no llegó a Artigat hasta el 1556. (No sabemos exactamente dónde vivió Arnaud durante este periodo de preparación. Es posible que no volviera a Sajas y a su antigua «vida disoluta».)

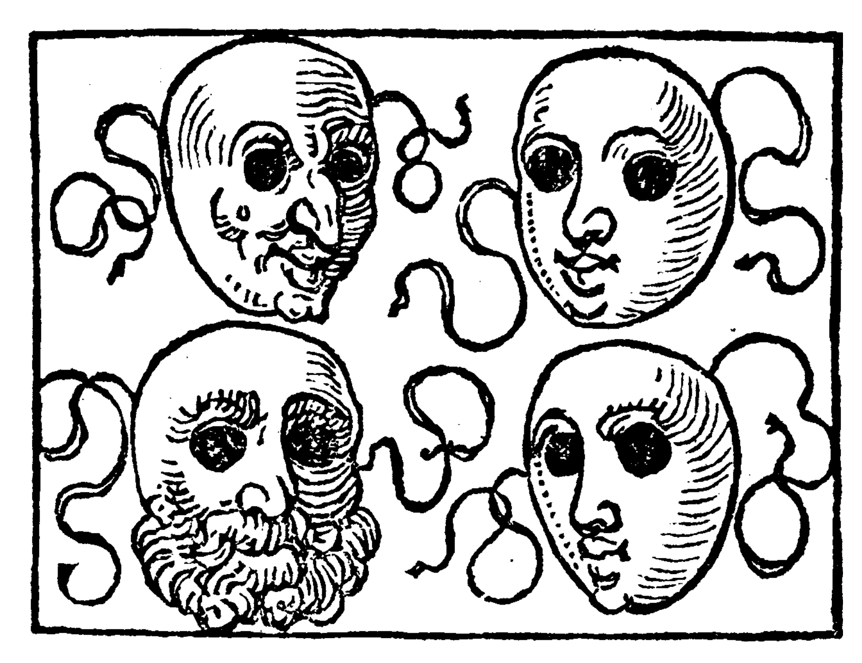
En los pueblos y las aldeas del siglo XVI no era un hecho excepcional que un hombre cambiara de nombre y adoptara una nueva

---

10 Coras, p. 53.

11 Le Sueur, *Historia,* p. 13; *Histoire,* C iv^{v}. Coras, pp. 144-146. François de Rabutin, *Commentaires des dernieres guerres en la Gaule Belgique, entre Henry second du nom, très-chrestien Roy de France et Charles Cinquiesme, Empereur, et Philippe son fils, roy d'Espaigne* (1574), libros 4-5 en *Nouvelle Collection des Mémoires pour servir a l'histoire de France,* ed. Michaud y Poujoulat (París, 1838), vol. 7.

12 Coras, pp. 145-147; Le Sueur, *Historia,* p. 22.



Máscaras de Guillaume de La Perrière,
Le Theatre des Bons Engins (Lyon, 1549)

identidad. Era algo casi habitual. Los Daguerre abandonaron Hendaya, se convirtieron en Guerre y transformaron su modo de vida. Todos los campesinos que se instalaban a cierta distancia de su país natal se veían obligados a hacer lo mismo. Y aunque uno no se desplazara, podía adquirir un sobrenombre o un mote. En Artigat el mote dependía de la propiedad, en Sajas dependía de la personalidad: uno de los amigos de Arnaud en el pueblo recibió el mote de Tambourin[13], el tambor, como él el de Pansette.

Pero ¿era corriente adoptar una identidad falsa? En Carnaval y en algunas otras fiestas los campesinos jóvenes podían disfrazarse de animales o de personas de distinta condición o sexo y actuar conforme a este disfraz. Durante una cencerrada podía suceder que un aldeano hiciera el papel de otro, que sustituyera a la persona escarnecida a causa de una unión inadecuada o de sus desavenencias conyugales. Pero se trataba de mascaras temporales que se adoptaban para el bien de la comunidad.

[13] ADGe, 3E1569, 19 de diciembre, 1551.

Existían supercherías menos desinteresadas: mendigos en perfecto estado de salud que fingían ser cojos o ciegos, gente que adoptaba un nombre falso para hacerse con una herencia o conseguir alguna ventaja económica. En el cuento de los Tres hermanos, dos impostores intentaban reclamar la herencia del verdadero hermano y el príncipe lograba descubrir cuál era este último ordenando a los tres que arrojaran flechas contra el cadáver del padre. Hay ejemplos conocidos. En 1557, por ejemplo, llegó a Lyon un tal Aurelio Chitracha, originario de Damasco, que con el nombre del difunto Vallier Trony se dedicó a recaudar las sumas que se le debían a este hasta que las monjas que habían heredado los bienes de Trony descubrieron la impostura y le hicieron arrestar. En el mismo año y unas pocas calles más abajo, Antoine Ferlaz y Jean Fontanel proclamaron con insistencia que ambos se llamaban Michel Mure, a través de su propio notario, ambos mandaban recibos y cobraban deudas en su nombre hasta que Mure logró esclarecer el asunto[14].

Arnaud evidentemente tenía algo que ganar si se establecía en Artigat, puesto que la herencia de Martin Guerre era más importante que la suya. Pero está claro que Pansette, con sus meticulosos preparativos, sus investigaciones, su memorización, quizás incluso sus ensayos, más allá de la máscara de carnaval y de la estratagema del buscador de herencias, aspiraba a forjarse una nueva identidad y una vida nueva en ese pueblo de la ribera del Léze.

---

[14] Bibliothèque Nationale, Département des Estampes, *Inventaire du fonds français. Graveurs du seizième siècle,* vol. 2, L-W por Jean Adhémar, p. 273: «L'histoire des Trois Frères». ADR, BP443, 37^{r}-39^{v}, 294^{v}-296^{r}.

V

UN MATRIMONIO FINGIDO

El nuevo Martin no fue directamente a Artigat. Según Le Sueur se instaló primero en la hospedería del pueblo vecino, probablemente en Pailhés. Le dijo al dueño que era Martin Guerre y lloró cuando le dieron noticias de su mujer y de su familia. El rumor llegó hasta sus cuatro hermanas que acudieron rápidamente a la posada, le recibieron con grandes muestras de alegría y volvieron a buscar a Bertrande. Pero cuando ella le vio, se quedó muy sorprendida. Solo cuando él le habló con ternura recordándole las cosas que habían hecho juntos y mencionó concretamente las calzas blancas que estaban en el baúl, Bertrande se echó en sus brazos y le besó; no le había reconocido inmediatamente a causa de la barba. Igualmente, Pierre Guerre lo examinó atentamente sin llegar a creer que se tratara de su sobrino, hasta que Arnaud empezó a recordarle sus actividades conjuntas. Finalmente Pierre lo abrazó y dio gracias a Dios por su regreso.

Pero aún así el nuevo Martin no fue a Artigat, sino que permaneció en la posada para descansar del viaje y recuperarse de una enfermedad. (Le Sueur pretende que tenía una enfermedad venérea y que dio prueba de extraños escrúpulos de conciencia al intentar proteger el cuerpo de Bertrande de la sífilis, cuando se disponía a contaminar su alma y su lecho conyugal.) Este arreglo permitió que Bertrande lo cuidara y se acostumbrara gradualmente a él. También permitió que Arnaud se informara mejor sobre el pasado de Martin Guerre. Cuando se sintió mejor, Bertrande se lo llevó a casa, lo acogió como a su marido y le ayudó a restablecer las relaciones con los aldeanos.

El pueblo lo recibió de la misma manera que sus familiares. Arnaud saludaba a la gente por su nombre y si al principio no lo reconocían, les recordaba las cosas que habían hecho juntos unos años antes. Explicaba a todo el mundo que había estado sirviendo en el ejército del rey de Francia, que había pasado algunos meses en España y que ahora deseaba estar otra vez en el pueblo con sus amigos, con su hijo Sanxi y sobre todo con su esposa Bertrande[1].

Todo parece indicar que la facilidad con que la familia y los vecinos aceptaron al nuevo Martin se explica sin necesidad de recurrir a la brujería de la que se le acusaría más tarde y que él siempre negó. En primer lugar, en Artigat se deseaba su regreso, quizás era un deseo ambiguo, puesto que los que vuelven siempre acaban con alguna esperanza y rompen el equilibrio de las relaciones de poder, pero en general eran más los que deseaban su regreso que los que no. Martin Guerre, el heredero y el cabeza de familia, había vuelto a ocupar su puesto. En segundo lugar, había anunciado su regreso y así predispuso a todo el mundo a reconocer en él a Martin Guerre[2]. Además, sus palabras persuasivas y la precisión de sus recuerdos facilitaron el reconocimiento. Es cierto que no tenía el mismo aspecto que el Martin Guerre de antaño, pero los Guerre no tenían retratos pintados para mantener la memoria de su aspecto y parecía natural que un hombre se hiciera más grueso al envejecer y que la vida de soldado transformara a un campesino. Así, aunque los habitantes de Artigat tuvieran alguna duda, la silenciaron o incluso la enterraron durante un tiempo y permitieron que el nuevo Martin desarrollara su papel.

Y ¿qué decir de Bertrande? ¿Sabía que el nuevo Martin no era el hombre que la había abandonado ocho años antes? Quizá no se dio cuenta en el primer momento, cuando apareció con todos sus «signos» y pruebas. Pero la obstinada y honorable Bertrande no parece ser el tipo de mujer que se deje engañar fácilmente, incluso por un seductor como Pansette. Cuando empezó a compartir el lecho con él debió darse cuenta de la diferencia, todas las mujeres de Artigat

---

[1] Le Sueur, *Historia,* pp. 5-7; *Histoire,* B i^{v}-B ii^{v}. Coras, p. 63.

[2] Mark Snyder y Seymour Uranowitz, «Reconstructing the Past: Some Cognitive Consequences of Person Perception», *Journal of Personality and Social Psychology* 36 (1978), pp. 941-950. Mark Snyder y Nancy Cantor, «Testing Hypotheses about Other People: The Use of Historical Knowledge», *Journal of Experimental Psycbology* 15 (1979), pp. 330-342.



Pareja aldeana del Rosellón, al sur de Artigat, 1529,
procedente de *Das Tractenbuch des Christoph Weiditz*

estarían de acuerdo en este punto: no hay confusión posible en «el contacto del hombre con la mujer»[3]. Por un acuerdo tácito o explícito, Bertrande le ayudó a convertirse en su marido. Con la llegada del nuevo Martin el sueño de Bertrande se hizo al fin realidad: un hombre con el cual poder vivir en paz y buen entendimiento (para citar los valores del siglo XVI) y apasionadamente.

Se trataba de un matrimonio fingido, no arreglado como el contraído dieciocho años antes, o de conveniencia como el de su madre con Pierre Guerre. Había empezado con una mentira, pero como Bertrande diría más tarde, pasaban el tiempo «como verdaderos casados: comiendo, bebiendo y durmiendo juntos». Según Le Sueur, el «Pseudo-Martinus» vivía en paz con Bertrande «sin peleas y se comportaba de manera tan irreprochable que nadie hubiera podido imaginar que se trataba de un engaño». Bajo el techo conyugal de la bella Bertrande las cosas empezaban a ir bien. En tres años tuvieron dos hijas; la primera murió, pero la segunda, Bernarde, pasó a ser la hermana pequeña de Sanxi[4].

Pero no es este periodo de paz el que nos revela la naturaleza de las relaciones entre el nuevo Martin y Bertrande, sino la época en que el matrimonio fingido empezó a suscitar dudas. Todo nos demuestra que Arnaud se había enamorado de la esposa a la que había intentado engañar y que ella había tomado cariño al marido que la había cogido por sorpresa. Cuando él fue liberado de la cárcel durante el periodo turbulento de los procesos, ella le dio una camisa blanca, le lavó los pies y lo aceptó en su lecho. Cuando otros intentaron matarlo, Bertrande se interpuso entre él y sus agresores. Ante el tribunal, él se dirigía a ella «con gentileza» y puso su propia la vida en sus manos cuando afirmó que si ella jurara que no era su marido aceptaría que lo sometieran «a mil muertes crueles»[5].

En los días felices hablaban mucho entre ellos. El nuevo Martin pudo completar sus informaciones sobre Bertrande, los Guerre y Artigat gracias a que conversaban «de día y de noche». Esta intimidad entre marido y mujer era considerada como el ideal de los humanistas cristianos y de los moralistas protestantes del siglo XVI y, si se producía, solo era en familias de posición más elevada que las de Artigat.

---

[3] Etienne Pasquier, *Les Recherches de la France* (París, L. Sonnius, 1621), pp. 571-572.

[4] Coras, p. 25; Le Sueur, *Historia,* p. 7.

[5] Coras, pp. 68, 34, 65-66. Le Sueur, *Histoire,* C i[v], C iii[r].

Pero, tal como demostró Le Roy Ladurie para un periodo anterior, el gusto de los occitanos por la conversación no solo se manifestaba durante las veladas entre vecinos, sino también entre los enamorados[6].

Seguro que el nuevo Martin charlaba con Bertrande sobre más cosas que los cultivos, las ovejas y los niños. Entre otras, podemos suponer que decidieron convertir el matrimonio fingido en algo permanente.

Se trata de una decisión que se justifica fácilmente en el contexto de unos campesinos que durante siglos habían acumulado experiencia intentando conciliar la tradición popular con la ley católica sobre el matrimonio. Desde finales del siglo XII hasta 1564 según el derecho canónico, lo que confería validez a un matrimonio era únicamente el consentimiento mutuo; si ambos contrayentes se aceptaban recíprocamente como marido y mujer *de verba presenti,* incluso sin la presencia de un sacerdote o un testigo, intercambiaban prendas y sobre todo, si tenían conocimiento carnal, quedaban unidos por un matrimonio indisoluble. La Iglesia desaprobaba esta vía «clandestina» hacia el matrimonio[7], pero siempre había alguien, sobre todo en el campo, que recurría a ella por motivos personales: los menores de edad que no tenían el consentimiento paterno, los que tenían un grado de parentesco que no les permitía obtener una dispensa eclesiástica, los que deseaban tener relación carnal y solo disponían de este medio, o en el caso de que el hombre o la mujer estuvieran ya casados en otro lugar[8].

---

[6] Coras, p. 149. Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan,* p. 275, n. 1.

[7] En palabras de Beatrice Gottlieb, «los casuistas y los hombres de ley trataban el matrimonio clandestino como un pecado y un mal» («The Meaning of Clandestine Marriage», en Robert Wheaton y Tamara K. Haraven (eds.), *Family and Sexuality in French History,* Filadelfia, 1980, p. 52). Era un mal a causa de la cantidad de quejas presentadas ante los tribunales eclesiásticos por casos de bigamia o de ruptura de promesa, y era muy difícil encontrar pruebas por la ausencia de testigos. En la última sesión del Concilio de Trento en 1564, la Iglesia decretó que para que un matrimonio fuera válido tenía que estar presidido por un sacerdote que siguiera el ritual adecuado. Fueron necesarios muchos años para que el clero consiguiera acabar con una costumbre tan arraigada. En Francia el principal problema consistía en que el matrimonio clandestino permitía que los hijos contrayeran una unión válida e indisoluble sin el consentimiento de los padres. En febrero de 1557, Enrique II promulgó un edicto sobre los matrimonios clandestinos, que más adelante sería el tema de un tratado de Jean de Coras.

[8] Sheehan, «The Formation and Stability of Marriage», pp. 228-263. J. M. Turlan, «Recherches sur le mariage dans la pratique coutumière (XII^e^-XVI^e^ s.)», *Revue historique de droit français et étranger* 35 (1957), pp. 503-516. Beatrice Gottlieb, «The Meaning of Clandestine Marriage», cit., pp. 49-83.

Pero esta tradición no ofrecía ninguna solución eficaz para nuestra pareja de Artigat. Al fin y al cabo el nuevo Martin había adoptado una identidad falsa y para Bertrande hubiera sido muy difícil conciliar una posible bigamia con su sentido del honor, por no hablar de su conciencia. Pero les ofrecía la posibilidad de concebir el matrimonio como algo que dependía de ellos, y solo de ellos.

Lo que de ninguna manera podía estar bajo su control, según el dogma católico, eran sus almas. Aunque al final los dos declararon que habían sentido culpabilidad por su comportamiento, es poco probable que confesaran sus pecados al párroco de Artigat o al de Bajou. Todas las descripciones los presentan como una pareja respetable durante los años apacibles de su matrimonio. Cualquier sacerdote que durante la confesión de Pascua se hubiera enterado de que Martin había sido Pansette los habría excomulgado inmediatamente como adúlteros notorios, a menos que se separaran inmediatamente. Esto nos conduce a plantearnos la cuestión del protestantismo en Artigat. Es posible, e incluso probable, que el nuevo Martin y Bertrande de Rols se hubieran interesado por la nueva religión, en parte porque les podía proporcionar alguna justificación de sus propias vidas.

Hacia 1536 algunos protestantes predicaban en el condado de Foix y en 1551 algunos abandonaron Pamiers y Le Mas-d'Azil para marchar hacia Ginebra. Después de 1557 el movimiento se hizo más fuerte y en 1561 Le Mas siguió el ejemplo de su condesa protestante, Jeanne d'Albret, y se declaró ciudad Reformada. Le Carla, que aún estaba más cerca de Artigat, se convirtió en un bastión de la Iglesia reformada. Fue un periodo agitado en las aldeas y los pueblos de la ribera del Léze. Un católico ultraconservador como Jacques Villemur, señor de Pailhés, vigilaba de cerca a sus campesinos, pero en 1563 existía un núcleo importante de familias «sospechosas de abrazar la nueva religión» en Le Fossat. En 1568 los «ídolos» y el altar de la iglesia de Artigat fueron destrozados no solo por soldados reformados, sino también por partidarios locales. Una visita diocesana posterior se referiría a este periodo como la época en que «los habitantes de Artigat eran hugonotes»[9]. Un movimiento de semejante

[9] Jean-Jacques de Lescazes, *Le Memorial historique, contenant la narration des troubles et ce qui est arrivé diversement de plus remarquable dans le Païs de Foix et Diocese de Pamies* (Toulouse, 1644), caps. 12-16. Jean Crespin, *Histoire des Martyrs persecutez et mis à mort pour la Verité de l'Evangile* (Toulouse, 1885-1889), vol. 1, p. 457; vol. 3, pp. 646-649. J. Lestrade, *Les Huguenots dans le diocèse de Rieux* (París, 1904), pp. 4, 10, 29-30. J. M. Vidal, *Schisme et hérésie au diocèse de Pamiers, 1467-*

amplitud no podía surgir de la nada. Esto significa que durante los diez años anteriores y a través de los intercambios entre Artigat y Pamiers, Le Fossat, Saint-Ybars, Le Carla y Le Mas-d'Azil, las ideas protestantes circulaban junto con la lana, el trigo y el vino. Esto también significa que Antoine Caffer, el pastor ginebrino que en 1556 predicaba en el cementerio de San Vicente de Foix, también pasó por Artigat. Y significa que en el pueblo alguien debía tener el Nuevo Testamento Reformado o algún libelo protestante redactado en francés y que lo leía en voz alta en occitano para sus vecinos. Aunque la gente siguiera bautizando a sus hijos según el rito católico, algunos de los que escuchaban al sacerdote esperaban con impaciencia que un pastor protestante ocupara algún día el lugar del párroco. Mientras tanto, el clero local no estaba en condiciones de hacer frente a la situación. Cuando alrededor de 1553 Maese Pierre Laurens du Caylar fue nombrado rector de Artigat, tuvo que enfrentarse ante los tribunales a otro candidato y solo el Parlamento de Toulouse pudo cerrar el caso. (Lo mismo sucedió con Dominique de Claveria en 1540 y con Jacques Boëri en 1530.) El cura párroco de Bajou era uno de los hermanos Drot, una familia modesta, y no tenía mucha influencia en el pueblo[10].

¿Qué pruebas tenemos de que nuestro matrimonio fingido tuviera contactos con la nueva fe? Para empezar, la familia Rols se convirtió al protestantismo: pusieron a sus hijos nombres del Antiguo Testamento como Abraham y en el siglo XVII, cuando la mayoría de los habitantes de Artigat eran buenos católicos, aún había algunos Rols que se desplazaban hasta Le Carla para asistir a los servicios de la Iglesia Reformada[11]. En cuanto al nuevo Martin, dudo que cuando llegara a Artigat estuviera ya imbuido del nuevo Evangelio. El obispo de Lombez, Antoine Olivier, pasaba por ser simpatizante

---

1626 (París, 1931), pp. 147-169. Raymond Mentzer, «Heresy Proceedings in Languedoc, 1500-1560» (tesis de doctorado, Universidad de Wisconsin, 1973), cap. 12. Labrousse, *Pierre Bayle,* pp. 6-8. Alice Wemyss, *Les Protestants du Mas-d'Azil* (Toulouse, 1961), pp. 15-25. Paul-F. Geisendorf, *Livres des habitants de Genève, 1549-1560* (Ginebra, 1957-1963), vol. 1, pp. 9, 13. ADAr, 5E6654, 5^{r}, 16^{v}, 29^{r}. ADHG, 2G108, 127^{r}-130^{v}; B422 (arrêts civils), 22 de octubre, 1620.

10 ADHG, B33 (arrêts civils), 156^{v}-157^{r}; B38 (arrêts civils), 60^{r}-61^{r}; B47 (arrêts civils), 487^{r}; ADAr, 5E6655, 14^{r}-16^{r}.

11 ACArt, catastro de 1651, 137^{r}-139^{v}. «Memoire des personnes decedees en la ville du Carla en Foix ou en sa Jurisdiction commance le vingt et deusiesme octobre 1642», 10^{r}, 12^{v}, 13^{r}, 13^{v} (registrado por Jean Bayle, pastor de la Iglesia Reformada de Le Carla desde 1637 a 1685; fotocopia en poder de Elisabeth Labrousse).

de las ideas protestantes, y existía un fuerte movimiento protestante en la diócesis de Arnaud[12], pero entre 1553 y 1556 el antiguo soldado Arnaud du Tilh tenía otras cosas en que pensar, y quizá ni siquiera residía en Sajas en aquella época. Más bien me inclinaría a pensar que fue en Artigat donde descubrió las nuevas ideas, allí donde se estaba construyendo una nueva vida que operaba en él como una conversión, desplazando al blasfemo, al joven «de mala vida», aunque no del todo al embaucador.

De todos modos es significativo que ningún sacerdote de Artigat o de Bajou tuviera un papel importante en los procesos contra el nuevo Martin en Rieux y en Toulouse. Tenían que estar entre los ciento cincuenta testigos que declararon durante la vista, pero sus palabras no figuran en el sumario de Coras, donde se consignan todos los datos esenciales. También es muy significativo el respeto que el nuevo Martin manifestó hacia los dos consejeros encargados de interrogarle, Jean de Coras y François de Ferrières, ambos atraídos por el protestantismo ya en 1560 y futuros defensores encarnizados de la nueva religión en el Parlamento dé Toulouse. Les pidió que le asistieran en su última confesión, que no incluyó el ritual católico ni ninguna referencia a los santos, sino que solo consistió en implorar la misericordia de Dios para los pecadores que tenían la esperanza puesta en Cristo crucificado[13].

¿Qué esperanza podía ofrecer el mensaje protestante al nuevo Martin y a Bertrande durante los años en que vivieron juntos como «verdaderos casados»? La de poder explicar su historia a Dios sin intermediarios. La de que la vida que se habían construido voluntariamente formara parte de la Providencia Divina. Tal vez había llegado hasta ellos hasta ellos algún eco sobre las nuevas ordenanzas matrimoniales establecidas en Ginebra después de 1545. Allí el matrimonio ya no era un sacramento; una mujer abandonada por su marido «sin que ella le hubiera dado ocasión ni fuera ella misma la culpable» podía, tras un año de indagaciones, obtener el divorcio del Consistorio y la autorización para volver a casarse[14].

---

12 Couarraze, *Lombez,* p. 122. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560.

13 Le Sueur, *Historia,* pp. 16, 21-22. Coras, p. 160.

14 «Projet d'ordonnance sur les mariages, 10 novembre 1545», en Jean Calvin, *Opera quae supersunt omnia,* ed. G. Baum, E. Cunitz y E. Reuss (Brunswick, 1863-1880), vol. 38, pp. 41-44.

Pero aunque hubieran hecho suyas estas ideas y se las hubieran aplicado a sí mismos, debieron comprender que no les ofrecían ninguna salida. ¿Cómo explicar a un consistorio reformado la resurrección de Arnaud du Tilh en Martin Guerre? El nuevo Martin había conseguido la complicidad de Bertrande, al menos por el momento, pero un impostor no podría contar con el consentimiento de los otros habitantes de Artigat.

VI

DISPUTAS

El nuevo Martin no era solo un marido sino también un heredero, un sobrino y un campesino propietario importante en Artigat. Los problemas surgieron finalmente en estos últimos roles.

La casa que antaño había pertenecido al viejo Sanxi Guerre era ahora la casa del nuevo Martin. Probablemente sus dos hermanas solteras fueron a vivir con él, siguiendo la costumbre vasca. Desde allí, Bertrande y él participaban en los padrinazgos, la hospitalidad y los intercambios de la sociedad campesina, visitando a Pierre Guerre y a su mujer (la madre de Bertrande), a las hermanas casadas de Martin y a los vecinos y amigos que más tarde testificarían sobre su identidad. A Catherine Boëri, la misma que algunos años atrás, en el día de su boda, había ofrecido aquel brebaje ineficaz a los jóvenes esposos, a los Loze de Pailhés, los Del Pech, a los talabarteros de Le Carla, a James Delhure y a su esposa Bernarde Arzel de Pamiers y Artigat (tal vez Bernarde era la madrina de la niña Bernarde Guerre), todos ellos formaban parte del círculo de familias rurales prósperas[1].

Para el nuevo Martin no fue muy difícil iniciarse en la vida de trabajo de Artigat: el cultivo del trigo, del mijo y de la vid y la cría de ovejas, eran cosas que ya conocía en la diócesis de Lombez. También había una fábrica de tejas cerca de su casa natal, pero como no se mencionan las tejas en las transacciones del nuevo Martin, parece entenderse que Pierre Guerre conservó la dirección

[1] Coras, p. 61. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560.

de la empresa familiar. Llama la atención cómo el nuevo Martin desarrolló comercialmente las posesiones de los Guerre, se convirtió en un mercader rural y al igual que los Banquel de Artigat y Jean Casault de Le Fossat, compraba y prestaba trigo, vino y lana por todo el valle del Léze y más allá. En Artigat era muy difícil conseguir grandes fincas en arriendo –la vía más rápida en el Languedoc para convertirse en un capitalista rural– porque en su jurisdicción no había propiedades señoriales o eclesiásticas. Quizás entre 1558 y 1559 fue uno de los de que arrendaron el beneficio de Artigat (desgraciadamente hay una laguna en las cuentas de estos años), pero es seguro que se dedicó a la compra, a la venta y al arriendo de tierras. En definitiva, intentó obtener ventajas comerciales de las propiedades que Sanxi Guerre había adquirido pacientemente en Artigat para legarlas a su heredero Martin[2].

Bertrande de Rols debió estar encantada con el giro que tomaban los acontecimientos, la esposa de un mercader rural a menudo se dedicaba también al comercio. Pero Pierre Guerre empezó a refunfuñar. Al principio se había alegrado del regreso de su sobrino y se había jactado de ello ante sus colegas, como Jean Loze, cónsul de Pailhès. Pero pronto el nuevo Martin empezó a vender parcelas de los *propres,* práctica común en la activa zona comercial del valle del Léze, pero que –tal como vimos anteriormente– iba en contra de las costumbres del País Vasco. Cuando el nuevo Martin sugirió arrendar de nuevo o incluso vender una propiedad ancestral que estaba en Hendaya, Pierre Guerre debió horrorizarse[3].

En la misma época el nuevo Martin tuvo un gesto que desencadenó la furia de Pierre Guerre. Le pidió que le rindiera cuentas de los bienes que había administrado para él durante los años que habían transcurrido tras la muerte del Sanxi. Se lo pidió amablemente –«con buenas palabras», esas buenas palabras que el elocuente Pansette prodigaba generosamente– pero sospechaba que Pierre le estaba escamoteando parte de la herencia y en cualquier caso, quería cobrar los beneficios que Pierre había obtenido. Durante mucho tiempo la cuestión se limitó a una chanza bienintencionada, pero

[2] Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc*, vol. 1, pp. 302-309. ADAr, 5E6655, 8^{r-v}, 98^{r}; 5E6656, 12^{r}, 26^{v}, 29^{r}, 58^{r}; 5E6653, 79^{v}, 200^{r-v}. ADHG, 2G143, 2G134, Arrentements des benefíces du diocèse de Rieux. Coras, pp. 150-152.

[3] Le Sueur, *Historia,* p. 7; *Histoire,* B iii^{r}. Coras, pp. 22-23.

entre finales de 1558 y principios de 1559, el nuevo Martin inició un proceso civil contra su tío ante el juez de Rieux[4].

Estos litigios no eran infrecuentes entre las familias campesinas. Según las costumbres del Labourd, Pierre Guerre habría tenido que hacer un inventario de los bienes de su sobrino cuando empezó administrarlos y depositar una fianza en garantía de que no se los devolvería deteriorados. En la diócesis de Rieux, la viuda que disponía del usufructo de los bienes de su marido rendía cuentas a sus hijos, excepto en el caso de que el difunto hubiera establecido alguna disposición especial para que «nadie la molestara». En Artigat, cuando un tutor rendía cuentas y hacía el saldo de la propiedad, lo hacía ante notario para evitar malentendidos[5].

Pero Pierre Guerre consideraba que el nuevo Martin había ido demasiado lejos. Es posible que pensara que las circunstancias de la ausencia de su sobrino no le autorizaban a cobrar ningún beneficio, o bien que no tenía sentido rendir cuentas ante notario con un sobrino al que «había criado desde la infancia» y que aún menos lo tenía acudir a los tribunales. También es posible que simplemente quisiera imponer su autoridad: había dicho que no y sería que no. O tal vez se trataba de lo que afirmaba el nuevo Martin: el único móvil era la avaricia, el deseo de quedarse los bienes y los beneficios para su propia familia, para sus hijos y sus yernos.

Pero el resultado fue que en la mente de Pierre renació la desconfianza que Martin había sabido acallar hábilmente. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado las expresiones vascas que había utilizado durante toda su infancia? ¿Cómo explicar su repentino desinterés hacia los juegos de espadas y las acrobacias? Ese hombre fornido al que había tomado por su sobrino convertido en un adulto, le parecía ahora un extraño. Cuando miraba al pequeño Sanxi constataba que sus rasgos no tenían nada que ver con los del hombre que compartía el lecho de Bertrande. «El vasco es fiel» por encima de todo. Por robar un puñado de grano a su padre, Martin Guerre

---

[4] Todo lo que Coras nos dice sobre el resultado de este proceso es que el nuevo Martin «se vio obligado a llevarle [a Pierre Guerre] ante la justicia para recuperar sus beneficios: pero en cuanto a los beneficios y a pasar cuentas, el tío Pierre Guerre no quiso oír hablar de ello» (pp. 33-34). Esto sugiere un compromiso por el cual Pierre Guerre aceptaría devolverle el resto de la herencia y el nuevo Martin renunciaría a reclamar las cuentas y los beneficios.

[5] Coras, pp. 33-34. «Coutumes… observées au Pays de Labourd», pp. 467-468. ADAr, 5E6653, 3[r-v], 112[r-v]; 5E6656, 11[r].

había caído en la deshonra. Y ahora un impostor se dedicaba a robar desvergonzadamente al legítimo heredero[6].

Pierre logró convencer a su mujer y a sus yernos de la terrible verdad. La madre de Bertrande estaba totalmente de acuerdo con su marido, no solo como esposa obediente, sino también como mujer práctica, preocupada por los intereses su hija. Durante el periodo de impotencia de Martin, había suplicado a Bertrande que se separara de su marido y que contrajera una unión más ventajosa. Ahora tenía que salvar a su hija de la deshonra del adulterio. Ambos presionaron a Bertrande para que intentara llevar a los tribunales al hombre que vivía con ella, Bertrande se negó a ello obstinadamente.

Siguió un largo año durante el cual la familia Guerre se dividió en torno a una disputa que se extendió al pueblo y a los alrededores. Pierre Guerre iba por todas partes explicando a los que querían escucharle que el nuevo Martin era un bribón que le había engañado. Estaba, tan furioso que llegó a proponer a su amigo Jean Loze que le ayudara a reunir una suma de dinero para hacer asesinar al impostor. Loze se negó indignado. Por su lado el nuevo Martin iba diciendo que su tío se había inventado esa historia porque le había pedido que le pasara cuentas. El zapatero del pueblo se extrañaba de que los pies de Martin se hubieran hecho más pequeños durante su ausencia. Las hermanas de Martin insistían en que el nuevo Martin era realmente su hermano (es posible que, en calidad de cabeza de familia y de administrador de la propiedad, le prefirieran a su tío). Los yernos de Pierre insistían en que Martin era un impostor. Bertrande defendía encarnizadamente a «Martin Guerre, mi marido», y al parecer decía: «Es Martin Guerre, mi marido, o algún demonio con su aspecto. Le conozco bien. Si alguien está tan loco como para decir lo contrario, le haré matar». Y cuando Pierre Guerre y sus yernos lo molieron a palos, Bertrande, tal como dijimos antes, intentó protegerle con su propio cuerpo[7].

---

[6] Coras, pp. 12, 47, 53. De Lancre, *Tableau de l'inconstante,* p. 43.

[7] Coras, pp. 53, 62, 66-67. En cuanto al hermano de Bertrande, los documentos de Artigat mencionan, poco tiempo después del proceso, a Pey Rols, alias Colombet, heredero de los difuntos Andreu y Barthélemy Rols, padre e hijo, y a otro Rols cuyo nombre empieza por A (el resto de la página está rota) entre las relaciones de Pierre Guerre (ADAr, 5E6653, 95^{v}-98^{r}). Es posible que uno de los «yernos» de Pierre Guerre fuera en realidad un hijastro en el sentido actual del término (los términos *gendre* y *beau-fils* se utilizan indistintamente en el texto de Coras). En este caso, el hermano de Bertrande estaría de acuerdo con su madre y su padrastro, y en contra de su hermana y del nuevo Martin. Por otro lado, también es posible que el hermano de Bertrande estuviera en otro sitio en 1559-1560.

Durante la primavera y el verano de 1559 los cónsules de Artigat seguramente hablaron del caso de Martin Guerre en repetidas reuniones. Pero como en el pueblo las opiniones estaban muy divididas, no lograron arbitrar en la disputa. Para algunos el nuevo Martin era un cabeza de familia irreprochable, un buen marido y un activo mercader rural injustamente vilipendiado por un tío avaro; para otros, era un hábil impostor que estaba manchando la reputación de una familia honrada. También había muchos indecisos. En ambos casos se trataba de la defensa de la familia rural, pero mientras los primeros reconocían el derecho de la joven generación a viajar y ver un poco de mundo y a tomar sus propias decisiones sobre cómo administrar sus bienes, los otros concedían más importancia a las decisiones de los mayores y a la continuidad de las tradiciones familiares.

Sería interesante saber si estas divergencias de opinión correspondían a otras divisiones en la sociedad aldeana. Coras explica que en Artigat y sus alrededores había tantos partidarios de Martin como de Pierre Guerre, pero fuera de la familia Guerre solo menciona tomas de posición específicas en tres casos: Catherine Boëri y Jean Loze defendían al nuevo Martin y el zapatero estaba con Pierre Guerre. En cualquier caso, Artigat no estaba organizado en torno a una estructura de clanes verticales comparable a la que en Montaillou dividía a los Clergue y los Azéma, unos doscientos cincuenta años antes. Las instituciones políticas más bien favorecían las alianzas entre las familias influyentes de Artigat y las de los pueblos vecinos. Los Banquels, los Loze y los Boëri tenían sus propios círculos familiares, pero las actas notariales demuestran que estos se superponían. Las disputas que surgían en el pueblo no obedecían estrictamente a divisiones entre familias[8]. Si me atreviera a aventurar una hipótesis sobre el caso de Martin Guerre, diría que los simpatizantes protestantes del lugar estaban del lado de Martin y los católicos a favor de Pierre Guerre.

Sea como fuera, a finales de verano y en otoño de 1559 se produjeron dos acontecimientos que agravaron seriamente la situación del nuevo Martin y de Bertrande. Pasó por Artigat un soldado de

8 Le Sueur, *Historia* p. 7. Coras, pp. 46, 53, 61-62. Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan,* cap. 3. Varias actas muestran que los Banquels y los Boëri tenían conexiones entre ellos (ADAr, 5E6653, 95^{v}-96^{r}, 186^{r-v}). Los Loze no tienen tantas conexiones con los Banquels, pero James Delhure, socio de James Loze, hizo de testigo de Jean de Banquels cuando este arrendó un caballo (ADAr, 5E6653, 200^{r-v}).

Rochefort que después de ver al hombre que había dado lugar a la disputa, declaró ante testigos que era un impostor. Martin Guerre había luchado en Flandes y había perdido una pierna dos años antes, durante el sitio de San Quintín. El verdadero Martin tenía una pierna de madera, dijo el soldado, y siguió su camino[9].

Así pues, después de once años, era posible que el verdadero Martin Guerre estuviera aún con vida: las pruebas en contra del nuevo Martin aumentaban. Cada día parecía más fácil que Pierre Guerre encontrara un medio para llevar al impostor ante los tribunales. La pareja tenía que estar preparada para refutar los argumentos en su contra y quizás elaboró una estrategia a seguir eventualmente durante el juicio. El testimonio sobre los mínimos aspectos de la vida de Martin Guerre tenía que ser lo más completo posible, desde la infancia en el Labourd hasta su partida, y coincidir siempre con el testimonio de Bertrande. Tendrían que aparecer detalles íntimos que nadie podría desmentir. Quizás así el tribunal sentenciaría que él era el verdadero Martin Guerre y el suegro de Bertrande se vería obligado a callar.

Y de nuevo Pansette volvió a actuar, volvió a explicar su vida anterior, la boda, los festejos, la impotencia, la ruptura del sortilegio y la consumación del matrimonio. Bertrande trató de encontrar un episodio íntimo (quizás incluso lo adornó) con el que poder sorprender a los jueces. (Coras diría más tarde que este testimonio «era más fácil de entender que de explicar o escribir»[10].)

En este momento sucedió algo inesperado. Ardió una granja que pertenecía a Jean d'Escornebeuf, señor de Lanoux, y este acusó al nuevo Martin de incendio voluntario y lo hizo encarcelar por orden del Senescal de Toulouse, en esa ciudad. Los Escornebeuf formaban parte de la pequeña nobleza del valle del Léze; las propiedades de Jean estaban agrupadas en la parroquia del oeste de Artigat. No obstante había comprado tierras en Artigat mismo y en 1550 era uno de los que, junto a Antoine Banquels y otros, cobraban las rentas de los beneficios. Es posible que algunos labradores de Artigat, descontentos de que un señor noble se inmiscuyera en los asuntos de un pueblo orgulloso de ser libre, prendieran fuego al edificio. Pero Escornebeuf escogió como cabeza de turco al campesino-mercader Martin Guerre que era el centro de un escán-

---

[9] Coras, p. 54. Le Sueur, *Historia,* p. 8.
[10] Coras, p. 21.

dalo, y en su denuncia –evidentemente incitado por Pierre Guerre– declaró al juez que el prisionero «había usurpado el lecho conyugal de otro hombre»[11].

Bertrande estaba profundamente afligida. Al parecer tuvo que trasladarse otra vez a la casa de su madre y de Pierre Guerre[12]. Fue a Toulouse (quizá fuera su primera estancia en esta ciudad en sus treinta y dos años de existencia), le llevó dinero a Martin en la cárcel y otras cosas que pudiera necesitar, proclamó que este hombre era su marido y que Pierre Guerre y su mujer intentaban obligarla a acusarlo en falso. Escornebeuf carecía de pruebas convincentes para apoyar su acusación. Si hubiera sido señor de Artigat es fácil imaginar lo que hubiera pasado, pero ante la Senescalía de Toulouse tuvo que renunciar a la acusación de incendio voluntario y el prisionero quedó en libertad[13].

Mientras tanto Pierre Guerre estaba haciendo gestiones para averiguar la verdadera identidad del impostor. Sorprende que no la hubiera descubierto antes, dado el intenso tráfico en la región y la rapidez con que circulaban las habladurías. Además, el nuevo Martin había dejado indicios tras él a lo largo de su recorrido. Por ejemplo en Pouy de Touges, un pueblo al sur de Sajas dependiente de la diócesis de Rieux, el posadero lo había reconocido como Arnaud

---

[11] Le Sueur, *Historia,* p. 8; Coras, p. 68. ADAr, 5E6860, 12^{r}-13^{r}, 5E6837, 188^{v}-189^{v}. ADHG, 2GI43, 1550; B37 (arréts civils), 68^{r}. *El lieutenant-criminel* en la Senescalía de Toulouse para el caso de incendio era Jean Rochon, juez y oficial de la Casa de la Moneda en París, un hombre que no se dejaría impresionar fácilmente por un pequeño noble del valle de Lèze (IADHG, B1905, f. 125).

[12] O así interpreto la afirmación del nuevo Martin, en enero de 1559/1560 de que Bertrande estaba «en poder del susodicho Pierre Guerre, viviendo en su casa» (Coras, pp. 37, 45, 67). Se mencionan dos casas pertenecientes a la familia Guerre: «la casa de Martin Guerre» (ADHG, B76, La Tournelle, 12 de septiembre, 1560; Coras, p. 129; Le Sueur, *Historia,* p. 19) y «la casa de Pierre Guerre» (ADAr, 5E6653, 96^{r}-98^{r}). He deducido que las dos casas estaban separadas pero cercanas entre sí (véase la disposición de las tierras de los Guerre en 1594 [ADHG, Insinuations, vol. 6, 95^{v}-97^{v}] y en 1651]ACArt, *terrier*]), y esto coincidía con una costumbre vasca muy arraigada, según la cual las parejas casadas vivían juntas en una misma casa solamente cuando cada una incluía un heredero de la propiedad. Hasta ese momento, Martin Guerre y Bertrande habían vivido con el viejo Sanxi Guerre; y Pierre Guerre debió de vivir con la heredera elegida y su marido, y las hijas que aún tuviera por casar. El nuevo Martin debió de instalarse aparte en la casa del viejo Sanxi, que ahora había pasado al heredero. Evidentemente, también es posible que se ignoraran estas costumbres y que el nuevo Martin y Pierre Guerre vivieran en la misma casa desde 1556 hasta 1559. Es fácil imaginar qué atmósfera podía haber allí durante estas disputas.

[13] Le Sueur, *Historia,* p. 8; *Histoire,* B iii$^{r\text{-}v}$. Coras, pp. 68, 86.

du Tilh, por lo que este le había pedido que no dijera nada porque «Martin Guerre ha muerto; me ha dejado sus bienes». Un tal Pelegrin de Liberos lo identificó como Pansette; el nuevo Martin le había pedido que se callara pero había sido suficientemente imprudente para confiarle dos pañuelos que tenía que entregar a su hermano, Jean du Tilh[14].

A los oídos de Pierre Guerre llegaron muchas anécdotas de este tipo, de manera que ya era capaz de atribuir un nombre al traidor que se había introducido en su casa: Arnaud du Tilh, alias Pansette, un hombre de mala vida, natural de Sajas. Para atrapar a un mentiroso es necesario mentir. Se presentó ante el juez de Rieux como si fuera el representante de Bertrande de Rols, es posible que tuviera un acta notarial: cuando Maese Jean Pegulha acudía a Le Fossat para redactar contratos, a menudo utilizaba la casa de Pierre como despacho). En nombre de Bertrande obtuvo la autorización de iniciar una investigación sobre el hombre que se hacía llamar Martin Guerre y de hacerlo encarcelar inmediatamente recurriendo a la fuerza (utilizando hombres armados), como lo establecía la ley para casos especiales en que el acusado podía huir y «tenía mala reputación, debida a varias ofensas de consideración»[15].

Cuando el nuevo Martin salió de la cárcel de Toulouse, en enero de 1560, Pierre estaba preparado para atraparle. Bertrande le recibió con ternura, le lavó los pies y le abrió la cama. Al alba del día siguiente, Pierre y sus yernos, todos armados, lo detuvieron en nombre de Bertrande y lo mandaron a la prisión de Rieux[16].

Nos detendremos un momento para preguntarnos si este desenlace era inevitable, o en otros términos, si en caso de que el verdadero Martin Guerre no hubiera vuelto nunca, Arnaud du Tilh hubiera podido salir airoso del asunto. Algunos de mis colegas americanos, de espíritu pragmático, opinan que si no hubiera reclamado las cuentas, si hubiera sido un poco más respetuoso con su tío en cuanto a sus ideas sobre la propiedad familiar, el impostor habría podido continuar ocupando el lugar de Martin Guerre durante años sin pro-

---

[14] Coras, pp. 53-54.

[15] Coras, pp. 69-70. ADAr, 5E6653, ff. 96r-97r. Jean Imbert, *Institutions Forenses, ou practique iudiciaire… par M. Ian Imbert Lieutenant criminel du siege royal de Fontenai Lecomte* (Poitiers, Enguilbert de Marnef, 1563), p. 439.

[16] Coras, pp. 68-69.

blemas. Por otra parte, cuando recientemente comenté la historia de Bertrande y Arnaud con gente de Artigat que la conocía bien, sonrieron y se encogieron de hombros diciendo: «Todo eso está muy bien, pero ese pícaro mintió».

Creo que la gente de Artigat tenía una visión más exacta de las cosas. No se trataba de saber si con un poco más de prudencia y de previsión Arnaud du Tilh hubiera podido lograr un montaje diferente, ni de que fuera el único mentiroso de Artigat: acabamos de ver que Pierre Guerre también decía falsedades y aún veremos otros casos de este tipo antes de terminar. Pero una mentira de este calibre, tamaño engaño –en especial si era una sola persona la que lo imponía al resto–, tiene consecuencias funestas tanto a nivel personal como social[17].

Arnaud reclamaba una complicidad constante por parte de los aldeanos y de la familia Guerre que en cierta medida consentían su mentira. No era un Yago rural, una encarnación del espíritu del mal que enfrentaba entre sí a la gente. Pero en su condición de propietario destacado y cabeza de familia respetable con un nombre usurpado, ya no podía reconocer su mentira ni esperar que le perdonaran. Fue así como empezó a crecer un profundo malestar y una sensación de incertidumbre y de desconfianza en las relaciones sociales de la aldea. Cuando la gente empezó a cuestionar la identidad del nuevo Martin en voz alta, de nuevo se le consideró sospechoso de brujería. Y ahora esta acusación escondía un temor mucho más profundo que cuando se le acusó de ello en tiempos de su juventud.

La mentira de Arnaud creó una distancia interior turbadora entre él y los aldeanos. Me inclino a creer que no era solo un impostor que pretendía quedarse con el dinero de Martin Guerre para huir con él. Muchos de los actos que le reprochaba Pierre Guerre, como la venta de los propios o la exigencia de pasar cuentas, pueden interpretarse de otra manera –y seguramente sus partidarios de Artigat lo interpretarían así–. Se puede ver como el comportamiento típico y a la vez innovador de un campesino del Languedoc. El nuevo Martin quería permanecer allí, volver cada vez, tras sus desplazamientos, al lecho de Bertrande. El hecho de que exigiera las cuentas es un signo de lo cómodo que se sentía en su papel. Pero en su cabeza tenía que oír constantemente una voz, pero no una voz

[17] Sobre la mentira, véase el número especial de *Daedalus* titulado «Hypocrisy, Illusion and Evasion» (verano de 1979), y «Special Issue on Lying and Deception», *Berkshire Review* 15 (1980).

que le permitiera distanciarse y reinsertarse («soy cristiano y estoy por encima de esto») o que le permitiera ser lúcido y sobrevivir («soy vasco y este no es realmente mi país»), sino una voz avergonzada («no tengo un verdadero compromiso con ellos»).

Para Bertrande, que sabía la verdad, la mentira tenía otras consecuencias. Bertrande había intentado construir su vida lo mejor que pudo, utilizando todos los recursos a su alcance y su imaginación de mujer. Pero también valoraba su honor y su virtud, y además, según declararía ella misma ante el tribunal, tenía temor de Dios. Aspiraba a vivir como buena esposa y madre de familia dentro de la sociedad aldeana. Quería que su hijo heredara. ¿La castigaría Dios por su mentira? Si su matrimonio no era más que una ficción ella resultaba ser una esposa adúltera objeto de escándalo ante su madre y las otras mujeres del pueblo. Su hija Bernarde podía quedar manchada irremediablemente por el pecado de sus padres como se decía que sucedía con todo hijo concebido en adulterio[18]. Bertrande amaba al nuevo Martin, pero este ya la había engañado una vez; ¿por qué no podía volver a hacerlo? Y ¿qué pasaría si el otro Martin Guerre volvía?

* * *

Durante todo el día después del encarcelamiento del nuevo Martin en Rieux, Bertrande tuvo que sufrir las presiones de su madre y de su padrastro que llegaron a amenazarla con echarla de casa si no aceptaba formalmente las gestiones de Pierre. La mujer obstinada que había en ella calculaba y planeaba. Llevaría adelante el juicio contra el impostor, esperando perder el caso. Seguiría la estrategia que había elaborado de acuerdo con el nuevo Martin respecto a los testimonios, y esperaba que el juez sentenciaría que era realmente su marido. Pero debido a sus dudas y a los recientes acontecimientos, también tenía que estar preparada para ganar el caso, aunque las consecuencias fueran terribles para el nuevo Martin, Aquel día, mandó ropa y dinero al prisionero de Rieux. Después del atardecer dio su aprobación a las gestiones que Pierre Guerre había iniciado en su nombre y presentó una denuncia ante el juez de Rieux contra el hombre que había ocupado el lugar de Martin Guerre, su verdadero marido[19].

---

[18] Coras, p. 19; Jean Benedicti, *La Somme des Pechez* (París, 1595), pp. 151-152.
[19] Coras pp. 69-70, 1, 28.

VII

EL JUICIO DE RIEUX

El tribunal de Rieux no era desconocido para las familias de Artigat. Algunos litigios no podían resolverse en la misma localidad y acababan siendo presentados allí: Jehanard Loze denunció en ausencia al obispo de Rieux ante este tribunal por el impago de una pensión anual que debía a la parroquia; dos labradores pleitearon por una parcela; Jeanne de Banquels había acudido allí para dirimir un enfrentamiento con otra heredera[1]. Por lo tanto, cuando se abrió el caso Martin Guerre muchos de los testigos tenían una idea aproximada del coste y de los peligros de la justicia real, así como de las ventajas que podía tener.

El juez solo percibía una suma mediocre en comparación con los honorarios de los magistrados que dependían del Parlamento de Toulouse, pero en Rieux era un personaje importante, con un prestigio y un poder semejante al de los señores locales. Es posible que en 1560 Firmin Vayssière ya ocupara el cargo, era licenciado en derecho y católico fiel. Más adelante se encargaría de investigar las repercusiones de los ataques de los hugonotes contra los bienes de la Iglesia en su diócesis[2]. Junto con el procurador del rey en Rieux y los abogados del tribunal, el juez tuvo que enfrentarse a uno de los casos más complicados de su carrera.

En la Francia del siglo XVI la suplantación de personalidad con intención de fraude era considerada un delito grave para el cual no

---

[1] ADHG, 3E15289, 46r-47r. ADAr 5E6653, 96r-98r; 5E6655, 29r, 79r.

[2] André Viala, *Le Parlement de Toulouse et l'administration royale laïque, 1420-1525 environ* (Albi, 1953), vol. 1, p. 143. IADHG, Bl, f. 37; B. 47, f. 805; B58, f. 638; B66, ff. 290, 294; Lastrade, *Les Huguenots,* p. 1.

existía una pena fija, pero una vez el procurador del rey había aceptado la denuncia de la parte civil –así se designaba a Bertrande–, el acusado corría el peligro de una condena que podía ir más allá de una simple multa. Si se le declaraba culpable podía ser condenado a recibir un castigo corporal e incluso la muerte. En este tipo de asuntos en los que el honor y la vida de un hombre estaban en juego, se exigía que las pruebas fueran «ciertas, indudables y tan claras como el día»[3]. Pero en una época en que no existía la fotografía, en que era poco frecuente tener un retrato, en que no había grabaciones, ni huellas digitales[4], ni documentos de identidad y en que los registros parroquiales, si existían, eran muy irregulares, resultaba realmente difícil establecer la identidad de una persona de forma taxativa. Se podía someter al inculpado a un interrogatorio sobre el pasado, pero siempre existía la posibilidad de que se hubiera estudiado la lección; se podía recurrir a testigos que lo identificaran y esperar que lo hicieran con exactitud y que fueran sinceros; se podían tener en consideración algunas señales especiales en la cara o en el cuerpo, pero para que fueran distintivas era necesario que alguno de los testigos tuviera un recuerdo exacto de la persona en su etapa anterior; se podía examinar si se parecía a los otros miembros de la familia; se podía examinar su escritura personal, pero era necesario que el acusado y su doble supieran escribir y que se conservara alguna muestra de la letra de este último. El tribunal de Rieux tenía que establecer la verdad a partir de este tipo de pruebas y con este objetivo interrogó a los aldeanos sobre Martin Guerre.

El primer paso consistió en interrogar a los testigos citados por la parte civil, una lista que sin lugar a dudas había sido elaborada por Bertrande y Pierre[5]. (Pierre debió señalar a los que eran suscep-

---

3 Coras, pp. 28-29, 85; Imbert, *Practique iudiciaire,* pp. 420-421.

4 Incluso con huellas dactilares puede haber problemas, tal como se demuestra en el célebre caso de Giulio Canella, acaecido en Turín entre 1927 y 1931. Las huellas dactilares indicaban que el hombre en cuestión era el impresor Mario Bruneti, pero la esposa del profesor Canella afirmaba de todas maneras que se trataba de su marido. Leonardo Sciascia, *Il teatro della memoria* (Turín, 1981).

5 Sobre la justicia criminal en Francia en el siglo XVI véase Imbert, *Practique iudiciaire,* basado en la experiencia de un *lieutenant-criminel;* Pierre Lizet, *Brieve et succincte maniere de proceder tant à l'institution et decision des causes criminelles que civiles et forme d'informer en icelles* (París, Vincent Sertenas, 1555), escrito por un miembro del Parlamento de París; A. Esmein, *Histoire de la procédure crimine/le en France* (París, 1882); Bernard Schnapper, «La Justice criminelle rendue par le Parlement de Paris sous le règne de François I^er^», *Revue historique du droit français*

tibles de estar de parte de la acusación y Bertrande a los que en principio la pondrían en duda.) Para ahorrar gastos, que corrían a cargo de la parte civil, la mayoría de las declaraciones se tomaron probablemente en Artigat y sus alrededores y no en Rieux. Es fácil imaginar la agitación general cuando apareció el juez o su representante y empezaron a circular distintas opiniones proferidas por los notarios locales y por Maese Dominique Boëri, bachiller en derecho de Le Fossat. Los testigos tenían que jurar decir toda la verdad y una vez terminada la declaración el examinador volvía a leer lo que habían dicho, palabra por palabra, al menos en principio, para que pudieran corregir o añadir lo que quisieran. Después los que sabían escribir firmaban y los demás ponían una cruz.

Una vez que que el procurador del rey hubo estudiado todos los testimonios para establecer su opinión, el juez abrió las audiencias en Rieux. Convocó al prisionero y lo interrogó sobre las acusaciones de que era objeto y sobre la vida de Martin Guerre y escuchó todo lo que tenía que alegar en su defensa. Después interrogó a Bertrande de Rols y volvió a conceder la palabra al acusado para ver si podía confirmar lo que ella había dicho. En este punto el juez aceptó la declaración del prisionero, corroborada por testigos de la parte civil, de que Pierre Guerre había forzado a Bertrande a denunciar a su marido en contra de su voluntad; se le ordenó a Bertrande que abandonara la casa de Pierre Guerre para ir a vivir a otra parte[6].

---

et étranger 152 (1974), pp. 252-284; John H. Langbein, *Prosecuting Crime in the Renaissance* (Cambridge [Mass.], 1974); Soman, «Criminal Jurisprudence in Ancien-Régime France; The Parlement of Paris in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en *Crime and Criminal Justice in Europe and Canada,* ed. Louis A. Knafla (Waterloo [Ontario], 1981), pp. 43-74. El ensayo de Alfred Soman aparecerá revisado y muy ampliado con el título de «La Justice criminelle au XVI^e^-XVII^e^ siècles: Le Parlement de Paris et les sièges subalternes», en *Actes du 107^e^ Congrès national des Sociétés Savantes (Brest, 1982). Section de Philologie et d'Histoire jus-qu'à 1610.*

[6] Coras dice que el acusado pidió que Bertrande se alojara «en casa de gente respetable» y así se hizo (pp. 37, 45). Añade que «antaño» las mujeres podían ser recluidas en un convento (p. 38), pero la diócesis de Rieux estaba mal provista en este aspecto. Había cuatro conventos de monjas, todos bastante aristocráticos y situados bastante lejos de Artigat y de Rieux: la abadía de Salenques cerca del Mas d'Azil, y los prioratos de Longages, La Grâce-Dieu y de Sainte Croix-Volvestre (L. H. Cottineau, *Répertoire topo-bibliographique des Abbayes et Prieurés* [Macon, 1935-1939], cols. 1315, 1643, 2183, 2932). También había un asilo de clarisas en Pamiers. Ninguno de ellos convenía a Bertrande, que seguramente se alojó primero con una familia de confianza cerca de Artigat, y con una familia de Rieux cuando tuvo que ir a declarar allí.

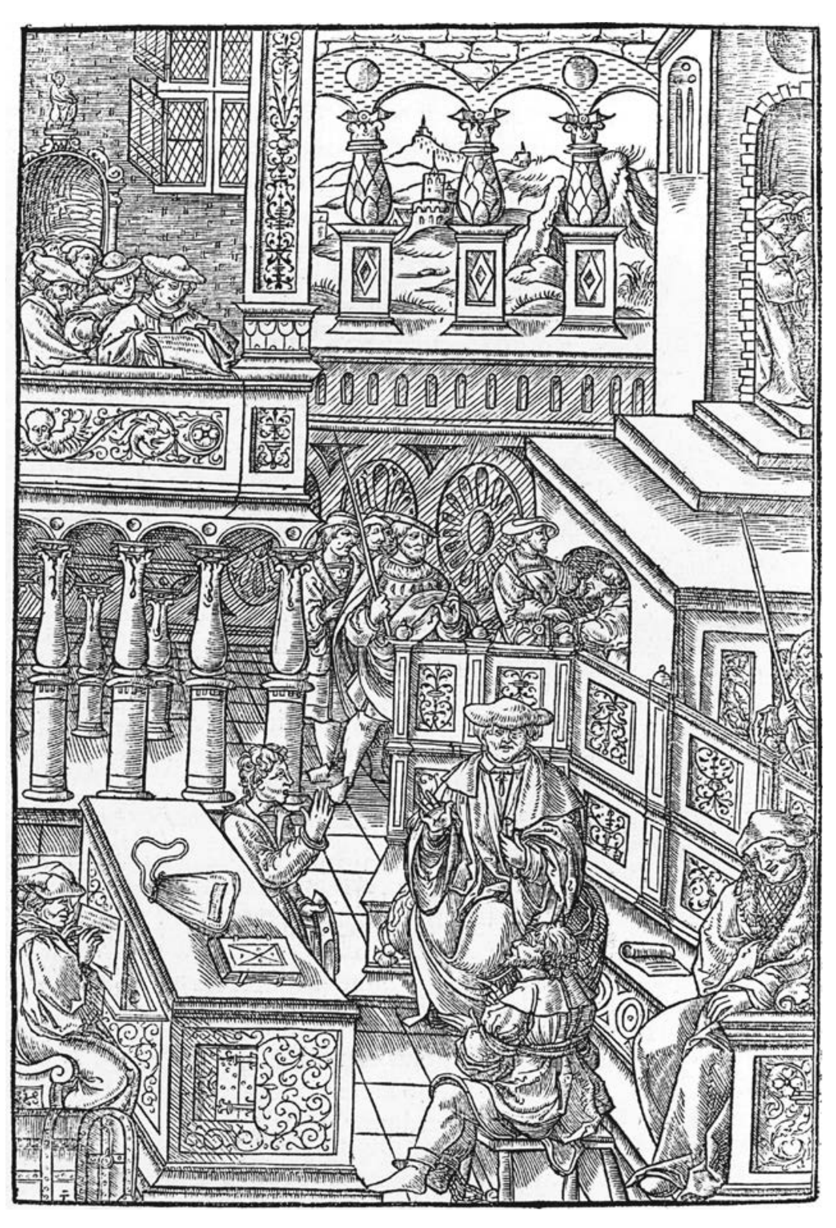
Acto seguido se comprobaron las declaraciones de los testigos y se confrontaron con las del prisionero (la parte civil seguía encargándose de los costes). El juez se aseguraba de que el testigo confirmara lo que había dicho y convocaba al demandado. Este último empezaba por hacer sus propias objeciones –*les reproches*– a los testigos y valoraba la credibilidad del testimonio, incluso antes de conocer el contenido de sus declaraciones. Esta era la única oportunidad del acusado de sembrar dudas sobre la moralidad de sus acusadores y tenía que esforzarse en sacarle el máximo partido. Después se leía en voz alta la declaración del testigo y el demandado la recusaba cada vez que lo creía necesario, exponiendo sus coartadas y formulando preguntas.

Algunos casos terminaban aquí, porque en este punto la culpabilidad o la inocencia del acusado saltaba a la vista del procurador del rey y del juez. Pero no sucedió así en el juicio de Martin Guerre. El demandado había citado a algunos testigos para confirmar las declaraciones que había hecho durante los interrogatorios y las confrontaciones. Bertrande aún no había retirado su denuncia contra él y estaba convencido de que podía probar que la habían sobornado. El juez tampoco estaba satisfecho con los testimonios, quería saber algo más sobre la enigmática campesina de Artigat, sobre la reputación de los testigos y sobre la identidad del prisionero. Se ordenó al procurador del rey que reuniera a los testigos del acusado (ahora le tocaba a él pagar los gastos; es posible que hubiera depositado el dinero por adelantado). En las iglesias de Artigat, de Sajas y de los alrededores se leyó una admonición solemne en la que se advertía a todos los que supieran la verdad sobre el caso su obligación de revelársela al juez bajo pena de excomunión. Hasta los protestantes, a pesar de su escepticismo respecto al poder del párroco, debieron tomárselo en serio[7].

En el transcurso del juicio ciento cincuenta personas acudieron a Rieux a testificar. En todos los pueblos y aldeas de las dos diócesis la gente se preguntaba cómo podrían saber quién era el hombre, un hombre arrancado de su contexto cotidiano, de sus campos y de su familia, que ahora se exponía al público en las salas del tribunal de Rieux. Todos los testigos de Artigat, o casi todos, estaban de acuerdo en un solo punto: cuando el prisionero apareció ante ellos les saludó

---

[7] Coras, pp. 38-46. Imbert, pp. 439-474; Lizet, 2ᵛ-26ᵛ. Yves Castan, *Honnêteté et relations sociales en Languedoc, 1715-1780* (París, 1974), pp. 94-96.



Careo entre el acusado y un testigo, tomado de Jean Milles de Souvigny (Ioannes Millaeus), *Praxis Criminis Persequendi* (París, 1541)

por su nombre y se acordaba perfectamente de todo lo que habían hecho juntos algunos años antes. Fuera de esto, sus opiniones eran divergentes, al igual que las de los testigos que venían de otras partes. Unas cuarenta y cinco personas decían que el prisionero era Arnaud du Tilh, alias Pansette, o en todo caso que no era Martin Guerre puesto que habían comido y bebido con el uno u el otro desde la infancia. Entre estos últimos estaba Carbon Barrau de Le Pin, tío materno de Arnaud dü Tilh, algunas personas con las que Pansette había hecho contratos anteriormente y tres hombres que declararon que el prisionero respondía al nombre de du Tilh incluso cuando estaba viviendo con Bertrande. Entre treinta y cuarenta personas afirmaban que era Martin Guerre, que le conocían desde la cuna. Este grupo incluía a las cuatro hermanas de Martin, a sus dos cuñados y a Catherine Boëri que pertenecía a una de las familias más respetables de la localidad.

Los testigos que habían conocido a Martin antes de que se fuera de Artigat intentaban recordar el pasado. Era de esperar que los campesinos tuvieran una buena memoria visual –son tantos los paisajes, las formas y los colores de los que tienen que acordarse para su trabajo– pero incluso entre estos existían divergencias. Algunos sostenían que Martin era más alto, más esbelto y más moreno que el acusado, que tenía la nariz más chata, y el labio inferior más prominente y una cicatriz en la ceja de la que carecía el impostor. El zapatero explicó la historia de unos pies que se habían encogido: Martin calzaba doce «puntos» y el prisionero nueve. En cambio otros testigos insistieron en que Martin Guerre tenía algún diente de más en la mandíbula, una cicatriz en la frente y tres verrugas en la mano derecha: estos signos particulares coincidían perfectamente con los del prisionero.

Finalmente había un grupo importante de testigos, alrededor de unos sesenta, que se negaron a pronunciarse sobre la identidad del prisionero en uno u otro sentido. Tal vez temían las posibles consecuencias enojosas de una toma de posición, un proceso por calumnias por parte del acusado si resultaba inocente o problemas con Pierre Guerre. Pero lo que declararon públicamente era menos complicado: a pesar de todos los testimonios sobre la boca, las cejas y la nariz del acusado, este se parecía realmente a Martin Guerre. No estaban seguros de su identidad y no se atrevían a establecer un juicio taxativo sobre una cuestión tan grave[8].

---

[8] Coras, pp. 46-47, 50-53, 58-61, 63.

Estas semanas debieron ser un periodo difícil y solitario para la mujer que esperaba una sentencia definitiva. Bertrande vivía en un medio que le resultaba extraño, lejos del nuevo Martin, y este tenía motivos para dudar de su lealtad. Su madre y su padrastro esperaban que el acusado fuera condenado a muerte o, al menos, a las galeras; seguramente sus cuñadas no entendían por qué había denunciado a su marido. Su reputación era el tema central de la admonición que se había leído en los pulpitos del valle del Lèze y aun más lejos. Tenía que estar alerta: en su declaración se limitaría a decir lo que el acusado sabía sobre el pasado de Martin Guerre, para que no se contradijera en sus respuestas, pero tenía que evitar cualquier afirmación que pudiera dar pie a una acusación de adulterio. Ante el tribunal tenía que hacer el papel de una mujer crédula y fácil de engañar, una habilidad que las mujeres ejercían a menudo ante los funcionarios de la justicia cuando podía suponerles alguna ventaja[9].

Seguramente Bertrande tuvo la oportunidad de consultar con un procurador antes de las audiencias de Rieux, pero en presencia del juez, del escribano y del procurador del rey, estaba completamente sola. Incluso para una mujer que en el pueblo andaba con la cabeza bien alta y decía lo que pensaba, tenía que ser un tormento enfrentarse a este mundo de hombres. Pero contestó a las preguntas del juez sobre la vida de Martin Guerre, desde su precoz matrimonio hasta su partida y por iniciativa propia aportó algunos detalles inéditos. Así el tribunal se enteró de la impotencia de Martin Guerre y de cómo se solucionó y de algún otro episodio aún más íntimo de la convivencia entre ellos. Largo tiempo atrás habían acudido a una boda y como faltaban camas de matrimonio *(cubilia),* Bertrande tuvo que pasar la noche con su prima; con su aprobación, Martin se introdujo en su cama cuando la otra muchacha se durmió. (Le Sueur se detiene aquí, pero Bertrande continuó contando «las cosas que habían hecho antes, durante y después del secreto acto de matrimonio»[10].)

Bertrande interpretó su doble juego a la perfección incluso durante el careo con el prisionero. También era una situación delicada para él, puesto que tenía que ser muy cauto al hacer sus propias objeciones al testimonio de Bertrande. Dijo que era «una mujer

[9] Nicole Gastan, «La Criminalité familiale dans le ressort du Parlement de Toulouse, 1609-1730», en A. Abbiateci *et al.,, Crimes et criminalité en France, XVII*[e]*-XVIII*[e] *siècles* (Cahiers des Annales, 33; París, 1971), pp. 91-107.

[10] Coras, pp. 21, 40, 44. Le Sueur, *Historia,* pp. 12-13; *Histoire,* C iii[v]-C iv[r].

respetable y honesta» que decía la verdad excepto cuando afirmaba que él era un impostor; en este punto, había sido su tío el que la había presionado para que mintiera. Y después puso a prueba su amor y el de ella al declarar ante el juez que si Bertrande juraba que él no era su marido, Martin Guerre, aceptaría morir según dictaminara el tribunal. Y Bertrande guardó silencio[11].

Si la mujer de Martin Guerre era un mar de contradicciones, el nuevo Martin nunca se mostró tan seguro de sí mismo como durante el juicio. Una vez situado en el centro de la atención, utilizó todos sus recursos para probar su identidad; no cometió ni un solo error al describir la forma de vestir de cada uno de los invitados en el día de la boda de Martin Guerre o al contar cómo se había introducido en el lecho de Bertrande aquella noche en que tuvo que dormir con su prima. Menudeó los detalles sobre sus actividades en Francia y en España después de su partida de Artigat y dio los nombres de las personas que podían confirmar sus declaraciones (y efectivamente el tribunal verificó lo que decía). Durante las confrontaciones su valoración de los testigos debió ser extraordinariamente penetrante –«objeciones claras y válidas» diría Coras más adelante al comentar la forma en que refutó el testimonio de Carbon Barrau y de los demás «que habían esgrimido detalles tan concretos en contra del prisionero»[12]. En cuanto a lo que en realidad dijo el nuevo Martin, nos vemos obligados a imaginarlo. A Carbon Barrau, tal vez: «No había visto a este hombre en mi vida. Si verdaderamente es mi tío, es extraño que no comparezcan otros miembros de la familia para corroborar lo que dice». Al zapatero: «Este hombre es un compinche de Pierre Guerre. Que nos muestre los libros de cuentas en que figura el pie que calzo. ¿Hay alguien que esté dispuesto a corroborar sus mentiras?».

Al parecer el acusado llevó a cabo su defensa sin contar con la asistencia de un abogado. La ordenanza de Villers-Cotteret de 1539 permitía denegar el derecho del acusado a la asistencia de un abogado durante un proceso criminal, aunque algunas investigaciones recientes han demostrado que esta ley casi nunca se invocaba[13]. Un

---

11 Coras, pp. 37, 65-66. Le Sueur, *Historia,* p. 10; *Histoire,* C i^v^.

12 Coras, pp. 38-39, 73.

13 *Recueil Général des anciennes lois françaises,* ed. Isambert *et al.* (París, 1822-1833), vol. 12, p. 633: «Ordonnance sur le fait de la justice», agosto de 1539, n.º 162. Langbein, p. 236. Soman, «Criminal Jurisprudence», pp. 60-61, y su continuación «Justice criminelle».

abogado se hubiera encontrado en su elemento defendiendo al nuevo Martin, porque su caso presentaba irregularidades que se podían utilizar para hacer apelaciones, empezando por su detención por hombres armados, antes del alba. Pero a pesar de la admonición y de la cantidad de testigos, el juicio solo duró algunos meses. Podemos suponer que el acusado, con el talento y la intuición que le caracterizaban, captó rápidamente qué argumentos serían los más idóneos para convencer a los juristas. Centró su defensa en una cuestión: Pierre Guerre le odiaba porque le había llevado ante la ley a causa de sus propiedades. Primero intentó asesinarle y al no conseguirlo había urdido un complot junto con sus yernos para acusarle del delito de impostura. «Jamás un marido había sido tratado tan injustamente por sus parientes más próximos como en su propio caso»[14]. Tenían que dejarle en libertad y condenar a Pierre Guerre por difamación con la misma severidad con que le hubieran castigado a él por fraude[15].

Cuando el último grupo de testigos hubo prestado declaración, el procurador del rey urgió al juez a que dictara sentencia. Se trataba de un caso difícil de zanjar; la petición del juez de que se examinara el parecido del acusado con sus hermanas y el hijo de Martin Guerre no aclaró mucho las cosas. El prisionero no se parecía a su hijo Sanxi pero sí se parecía a sus hermanas. No se podía recurrir a un examen grafológico porque, aunque curiosamente el acusado supiera escribir su nombre (y los mercaderes rurales eran las únicas personas del pueblo, a parte de los notarios y de los sacerdotes, capaces de firmar contratos), ni Pansette ni Martin Guerre habían sabido hacerlo anteriormente.

Tal vez el tribunal considerara la posibilidad de someter al acusado a tortura para ver si confesaba: esta decisión implicaba la existencia de una clara evidencia de culpabilidad gracias a la declaración de un testigo irreprochable, o de pruebas concordantes aportadas por dos testigos[16]. Pero el juez de Rieux no eligió esta vía. Quizá pensó que

---

[14] Coras, p. 29.

[15] Coras justifica esta ley del talión en una de sus anotaciones (p. 35), pero en una obra coetánea sobre práctica judicial el juez criminal Jean Imbert dice que ya no estaba en vigencia. Las personas condenadas por calumnia generalmente eran castigadas con una retractación formal y el pago de una multa. Teniendo en cuenta la ligereza con que se calumniaba a los demás, a veces Imbert manifiesta sus deseos de que esta ley se volviera a aplicar. Jean Imbert, *Institutions Forenses, ou pratique iudiciaire* (Poitiers, 1563), pp. 446, 498.

[16] Imbert, p. 478. Coras, p. 54. Soman, «Criminal Jurisprudence», pp. 54-56. Jean Imbert y Georges Levasseur, *Le Pouvoir, les juges et les bourreaux* (París, 1972),

sería inútil (las últimas investigaciones sobre el Parlamento de París demuestran que la tortura no siempre servía para conseguir una confesión). Quizá pensó que, incluso sin confesión, disponía de elementos suficientes para cerrar el caso y que seguramente el acusado apelaría contra la sentencia de tortura ante el Parlamento de Toulouse.

Sea como fuera, el juez declaró al acusado culpable de usurpación del nombre y de la personalidad de Martin Guerre y de abusar de Bertrande de Rols. La parte civil había solicitado que pidiera perdón públicamente y que pagara una suma de 2.000 libras además de los costes del proceso. El procurador del rey solicitó la pena de muerte, lo cual anulaba la demanda de Bertrande. No había por qué sorprenderse: en 1557 la Senescalía de Lyon había condenado a dos hombres a la horca por haber establecido contratos falsos en nombre de otro hombre durante solo algunos meses. El juez de Rieux condenó al prisionero a ser decapitado y descuartizado, un cumplido sorprendente, si tenemos en cuenta que la decapitación se reservaba a la nobleza[17].

El condenado apeló inmediatamente al Parlamento de Toulouse, proclamando su inocencia. Poco después fue escoltado hasta esta ciudad con los gastos a su cargo. El montón de papeles que se había acumulado para el caso iba con él, con los gastos a cargo de Bertrande. El 30 de abril de 1560 la Sala de lo Criminal del Parlamento tenía ante sí el caso de «Martin Guerre, prisionero en la Conciergerie» que había apelado el veredicto decidido por el juez de Rieux[18].

---

pp. 172-175. Entre 1.069 casos de herejía que se vieron ante el Parlamento de Toulouse entre 1550-1560, Raymond A. Mentzer, Jr., descubrió que se ordenó aplicar torturas en 27 (2-3 por 100); Raymond A. Mentzer, Jr., «Calvinist Propaganda and the Parlement of Toulouse», *Archive for Reformation History* 68 (1977), p. 280. Schnapper se basó en un periodo de dos años (1535-1536 y 1545-1546) para establecer que el 16,8 por 100 de los casos criminales juzgados por el Parlamento de París incluían una orden de tortura («La Justice criminelle», tabla 5, pp. 263-265). Alfred Soman se basó en una muestra más amplia de crímenes, además de la herejía, que se vieron ante el Parlamento de París en 1539-1542 y 1609-1610, y encontró que el 20,4 por 100 de los demandados eran torturados, para confesar en el primer periodo, y el 5,2 por 100 en el segundo. Para casos de fraude, perjurio y falsificación, los porcentajes eran más altos que la media de 1539-1542, y nulos en 1609-1610. Para 1539-1542, de 125 casos de tortura, se conocen los resultados de 70: seis personas confesaron; Soman, «Criminal Jurisprudence», tabla 6 y p. 54, y la continuación «Justice criminelle», tabla 7. Para un estudio general sobre la tortura, véase John H. Langbein, *Torture and the Law of Proof: Europe and England in the Ancien Régime* (Chicago, 1977).

17 Coras, pp. 28, 47-48. ADR, BP443, 37r-39r.

18 Coras, p. 47. Imbert, *Practique iudiciaire,* pp. 504-506. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 30 de abril, 1560.

VIII

EL JUICIO DE TOULOUSE

El Parlamento de Toulouse tenía ciento diecisiete años de antigüedad, el edificio que lo albergaba había sido renovado y habían aumentado sus consejeros: era una de las instituciones más poderosas del Languedoc. En 1560 se celebraban allí los procesos civiles y criminales en apelación y a veces en primera instancia; también ejercía el control sobre las actividades de los otros tribunales de la región y era el organismo donde se decidía qué hacer respecto a los anticatólicos destructores de imágenes de Toulouse; desde allí se dirigían las investigaciones sobre reuniones ilegales y gente armada, herejías y asesinatos en la diócesis de Lombez. Los presidentes y los jueces del Parlamento constituían una elite rica e instruida que poseía casas elegantes en Toulouse y alguna finca en el campo; todos ellos acababan por conseguir algún título nobiliario por uno u otro medio. Sus togas eran cada vez más fastuosas y la gente se dirigía a ellos en términos que indicaban respeto y consideración: *«integerrimus, amplissimus, meritissimus»* decía Jean de Coras a uno de ellos en una dedicatoria escrita antes de entrar a formar parte del Parlamento; o también: *«eruditissimus, aequissimus»* y a todo el Parlamento, *«gravissimus sanctissimusque Senatus»*[1].

---

[1] Sobre el Parlamento de Toulouse, véase Viala, *Parlement de Toulouse;* B. Bennassar y B. Tollon, «Le Parlement», en *Histoire de Toulouse,* ed. Philippe Wolff (Toulouse, 1974), pp. 236-245; y Bernard de La Roche-Flavin (largo tiempo juez en el Parlamento de Toulouse), *Treize livres des Parlemens de France* (Ginebra, 1621). ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 27 de abril y 20 de mayo, 1560. Jean de Coras, *De acqui. possessione Paraphrasis* (Lyon, Michel Parmentier, 1542), A ii[r]; *De Ritu Nup-*

Una de las cinco salas del Parlamento, la Sala de lo Criminal conocida popularmente como La Tournelle, estaba compuesta por un grupo de diez a once jueces y dos o tres presidentes que se iban alternando. Entre los magistrados que ocupaban su puesto cuando se inició la apelación de Martin Guerre se contaban algunas de las grandes personalidades del tribunal. Uno de ellos era el erudito Jean de Coras, autor de tantos tratados de derecho. Otro era Michel Du Faur, antiguo juez de la Senescalía y entonces presidente del Parlamento; pertenecía a una familia de distinguidos juristas y se había casado con una Bernuy cuya dote provenía de los beneficios obtenidos con el comercio de tintes al pastel en Toulouse. El primer presidente del Parlamento, Jean de Mansencal, acudió en persona a la Gran Sala del Parlamento para asistir a las últimas sesiones del juicio. Poseía un espléndido palacete renacentista en la ciudad y también tenía propiedades en la diócesis de Lombez, bastante cerca del pueblo en que había nacido Arnaud du Tilh.

Los hombres asignados a La Tournelle en 1560 estaban relacionados profesionalmente y a veces también por lazos familiares (la hija del consejero Étienne de Bonald estaba a punto de casarse con el hijo de Mansencal) pero empezaban a ser conscientes de las profundas divergencias que les separaban. Tres de los jueces –Jean de Coras, François de Ferrières y Pierre Robert– pronto destacarían como protestantes convencidos y algún otro, como Michel Du Faur, era simpatizante de la causa reformadora. En el lado opuesto estaban Mansencal que era un católico leal y los más intransigentes, el presidente Jean Daffis, Nicholas Latomy y Étienne de Bonald que más adelante usarían todos los medios a su alcance para acabar con la nueva herejía[2].

Pero en aquel momento podían sentirse unidos por el interés que suscitaba aquel extraño caso procedente del tribunal de Rieux. Todos tenían una larga experiencia en el Parlamento –el anciano Simón Reynier llevaba casi cuarenta años juzgando casos, y Jean de

---

tiarum, dedicatoria, pp. 205-206, en *De Servitutibus Commentarii* (Lyon, Dominique de Portunariis, 1548); *De verborum obligationibus Scholia* (Lyon, Guillaume Rouillé, 1550), página titular.

[2] La Roche-Flavin, *Parlemens de France,* pp. 34-35, 54. IADHG, B43, f. 707; B51, f. 2; B32, f. 219; B57, f. 466; B55, f. 415; B57, ff. 70, 73; B56, ff. 556-557, 561; B67, ff. 478-479. Mentzer, «Calvinist Propaganda and the Parlement of Toulouse», pp. 268-283. Joan Davies, «Persecution and Protestantism: Toulouse, 1562-1575», *Historical Journal* 22 (1979), p. 49.

Coras, que se había incorporado más recientemente, había sido juez desde 1553– pero ninguno de ellos había visto nunca un caso en que una mujer declarara que había confundido a su marido con otro hombre durante más de tres años. El adulterio, el concubinato y la bigamia eran cuestiones conocidas, pero ¿habían oído hablar alguna vez de un marido impostor? La Sala designó a Jean de Coras como ponente; esto implicaba que se tenía que encargar de estudiar minuciosamente todos los elementos del proceso para redactar un informe global sobre el caso y finalmente hacer una recomendación para la sentencia. François Ferrières sería su asistente en los interrogatorios y en las investigaciones. Para empezar, el tribunal quería oír la declaración de Bertrande de Rols que había solicitado comparecer, así como la de Pierre Guerre[3].

Mientras estos últimos iban de camino hacia Toulouse, el hombre que aún insistía en que era Martin Guerre yacía encadenado en la Conciergerie. No se trataba de una medida de excepción; el índice de evasiones había sido tan elevado en los últimos tiempos que se había decidido encadenar a todos los hombres excepto a los prisioneros por deudas, a menos que estuvieran gravemente enfermos. Era libre de hablar con todo aquel que le pudiera oír y es fácil imaginárselo entreteniendo a sus compañeros de infortunio con su verborrea. Estos eran un presunto secuestrador de Carcasona, un notario, un cura y un herrero de Pamiers acusados de herejía y dos misteriosos personajes que pretendían ser originarios de «Astaraps en el Pequeño Egipto»[4].

A principios de mayo los jueces tomaron declaración a Bertrande y a Pierre, y después, cada uno por separado, los confrontaron con el demandado ante la cámara en pleno. Al parecer no hubo ningún problema con la lengua: en principio el juicio se desarrolló «en la lengua vernácula de la zona» y además todos los miembros del tribunal eran de la región. Bertrande empezó con una declaración en la que pretendía convencer a los jueces de que no había sido nunca cómplice del prisionero. Sabía que su honor estaba manchado, pero era víctima de de las trampas que le habían tendido otras

[3] IADHG, B19, f. 8. Coras, p. 1. Le Sueur, *Historia,* p. 16. La Roche-Flavin, *Parlemens de France,* pp. 753-755. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 30 de abril, l560.

[4] La Roche-Flavin, *Parlemens de France,* p. 260. Viala, pp. 381-385. ADHG, B, La Tournelle, vol. 72, 29 de enero, 1559/1560; vol. 73, 15 de marzo, 1559/1560; vol. 74, 1 de febrero, 1559/1560, 31 de mayo, 23 de agosto, 1560.

personas. Hablaba con cierta turbación, con la mirada baja *(«defixis in terram oculis satis trepidé»).* Entonces el detenido se dirigió a ella con aire animado *(«alacriori vul-tu»)* y con afecto, le dijo que no quería que nada malo le ocurriera y que sabía que todo había sido culpa de su tío. Parecía tan «seguro de sí mismo» comenta Coras «y tanto más que la susodicha Rols que eran muy pocos los jueces asistentes que no estuvieran persuadidos de que el prisionero no fuera el verdadero marido y de que la impostura fuese cosa de la mujer y del tío». Tras la confrontación entre el demandado y Pierre Guerre, la Sala ordenó que Pierre y Bertrande fueran encarcelados; presumiblemente Pierre fue recluido lejos de «Martin Guerre», y Bertrande en la sección de la Conciergerie reservada a las mujeres[5].

Y de nuevo empezó el relato interminable sobre la vida de Martin Guerre. Coras y Ferrières interrogaron a Bertrande en primer lugar. Si en este momento ella hubiera querido traicionarle, lo único que hubiera tenido que hacer era contar alguna anécdota que él no conociera; en lugar de eso Bertrande se ciñó a la versión que ambos habían elaborado unos meses antes. A continuación los jueces hostigaron repetidamente al demandado con preguntas para intentar atraparle en un error; todo fue en vano[6]. Coras lo describió así:

> Sus explicaciones ampliamente razonadas y la enumeración de tan gran cantidad de signos verdaderos persuadieron a los jueces de la inocencia del citado demandado y les dieron ocasión de admirar la excelencia de su memoria, porque había sido capaz de explicar innumerables cosas que habían pasado hacía más de veinte años y por lo tanto los comisarios, que por todos los medios posibles intentaron cogerle en alguna mentira, no pudieron obtener nada de él ni conseguir que no respondiera verdaderamente a todas las cosas…[7].

---

[5] Le Sueur, *Historia,* pp. 11-12; *Histoire,* C ii^{r}-C iii^{r}. Coras, p. 47. IADHG, B1900, f. 256. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560. La Roche-Flavin, *Parlemens de France,* p. 250.

[6] «A veces puede ser permisible que los jueces mientan –escribiría más adelante un juez del Parlamento de Toulouse– para llegar a descubrir la verdad sobre crímenes y felonías». Bernard de La Roche-Flavin, *Treize Livres des Parlements de France* (Ginebra, 1621), libro 8, cap. 39.

[7] Coras, p. 39.

Había que proceder a interrogar a los testigos; los comisarios tomaron declaración a unos veinticinco o treinta, algunos de los cuales ya habían declarado anteriormente. De nuevo se hicieron careos con el demandado –Carbon Barrau lloró al ver al prisionero encadenado– pero «Martin Guerre» los refutó como la primera vez. A finales del mes de mayo fueron convocados unos siete testigos en Toulouse para confrontarlos con Bertrande de Rols. Esta, en la triste situación de prisionera, tuvo que enfrentarse a su cuñada Jeanne Guerre y a los notables del valle del Lèze como Jean Loze y Jean Banquels que probablemente tuvieron que pronunciarse sobre las presiones de que había sido objeto[8].

Durante el verano de 1560 Jean de Coras hizo una criba de todos los datos y decidió lo que diría en su informe. Es posible que para él, ocuparse del caso de Martin Guerre supusiera cierto alivio. Su gran tratado *De iuris Arte* había aparecido a principios de año y no tenía ningún otro trabajo entre manos. Entre tanto, en Francia las pasiones políticas suscitadas por la conjura protestante que había fracasado en Amboise pocos meses antes, se exacerbaban e incluso en Toulouse cada vez eran más frecuentes los enfrentamientos entre los partidarios de la nueva religión y los de la antigua. Algunas veces, cuando la Sala de lo Criminal tenía que juzgar causas por herejía, Coras se mantenía aparte[9]. Sabía dónde se encontraba la verdad pero aún no estaba listo para lanzarse a la batalla. De momento resultaba más fácil descubrir la verdad sobre la identidad de un hombre.

Los testimonios adicionales aportados por los testigos no fueron de gran ayuda. Nueve o diez personas estaban convencidas de que el inculpado era Martin Guerre, siete u ocho decían que era Arnaud du Tilh, el resto se abstenía. Coras llevó a cabo un análisis sistemático de los testigos y de sus declaraciones; pensaba que esto era lo que encontraba a faltar en el juicio anterior de Rieux. En los dos juicios el peso de la mayoría se inclinaba en contra del demandado. Pero cuando se trataba de la identidad de un hombre, lo que contaba no era la cantidad de testigos sino su cualidad –si se trataba de personas íntegras, amantes de la verdad, o si por el contrario actua-

---

[8] Coras, pp. 48, 51, 73. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560.

[9] Por ejemplo, Coras no estaba presente en las sentencias de herejía del 29 de enero, 1559/1560 (B, La Tournelle, vol. 72), del 1 de febrero, 1559/1560, ni del 1 de marzo, 1559/1560 (*ibid.,* vol. 73), aunque estuvo presente en las pronunciadas en días anteriores y posteriores.

ban movidas por el apasionamiento, el miedo, o el interés– y finalmente, cuestión esencial, la verosimilitud de sus testimonios. En este caso tan insólito, Coras pensaba que el testimonio de los familiares más próximos tenía más valor[10]. Eran los que mejor podían reconocer a un hombre por «la proximidad de sangre» y porque se habían criado con él. Pero se encontró con unos familiares divididos en los dos bandos contrarios.

Para condenar a una persona un tribunal tenía que tener la prueba de que realmente se ha cometido un crimen y de que el acusado es realmente su autor. La confesión por sí sola no bastaba para establecer ambos hechos porque un acusado podía no decir la verdad, con o sin tortura. En cualquier caso en este asunto en concreto tampoco había habido una confesión. ¿Era posible establecer la culpabilidad apoyándose en la regla tradicional según la cual se aceptaba como prueba la declaración concordante de dos testimonios dignos de confianza? Coras contaba con algunos hechos precisos que condenaban al prisionero, pero cada uno de ellos planteaba algún problema. Por ejemplo, Pelegrin de Liberos había declarado que el demandado respondía al nombre de Arnaud du Tilh y que le había dado dos pañuelos para su hermano Juan, pero era el único testigo que había hecho esa afirmación y el demandado la desmintió. Dos personas habían declarado que habían oído de boca de un soldado de Rochefort que Martin Guerre había perdido una pierna en la batalla de San Quintín, pero era solo un rumor y no se le podía conceder demasiada importancia.

La prueba material, que durante el siglo XVI cada vez se tenía más en consideración en los casos criminales aunque no formara parte de la teoría medieval sobre cómo debía establecerse una prueba, tampoco aportaba una respuesta decisiva. En gran parte consistía en el testimonio de las personas que se acordaban de los rasgos de Martin Guerre y podía suceder que la memoria los traicionara. Los que proclamaban que el prisionero presentaba los mismos signos distintivos que Martin Guerre no se ponían de acuerdo ni en las verrugas, ni sobre las particularidades de sus uñas; era imposible encontrar dos testimonios que coincidieran en una misma señal. Por otra parte, si era verdad que Martin Guerre tenía las piernas más delgadas cuando era joven, la experiencia demostraba que a

[10] Véase más adelante, pp. 98-99 sobre la cuestión general de los testimonios de los padres en un proceso criminal y sobre los hermanos de Arnaud du Tilh.

menudo las personas esbeltas se hacían más corpulentas con la edad. Que el acusado no supiera prácticamente nada de vasco podía significar que no era Martin Guerre porque no es verosímil que un «vasco natural no supiera hablar su lengua» o simplemente que Martin era tan pequeño cuando se fue del Labourd que no había aprendido realmente la lengua de sus padres[11].

Coras se encontraba sumido «en una gran perplejidad» pero en tanto que ponente tenía que hacer una recomendación. Cuanto más reflexionaba sobre los hechos, más seguro estaba de que el demandado era quien pretendía ser y de que había que revocar la sentencia del juez de Rieux.

Se planteó el caso de Bertrande. Era una mujer que había vivido «virtuosa y honorablemente» y la información obtenida gracias a la admonición lo confirmaba. Había compartido su lecho con el prisionero durante más de tres años «en tan largo intervalo es poco probable que la susodicha Rols no lo hubiera identificado como un extraño si el prisionero no hubiera sido verdaderamente Martin Guerre». Durante meses Bertrande había insistido en que se trataba de su marido, enfrentándose a su padrastro y a su madre, incluso lo había protegido con su propio cuerpo para evitar que le hicieran daño y le había aceptado en su cama pocas horas antes de presentar su denuncia. Más adelante, ante el juez de Rieux, se había negado a jurar que ese hombre no era Martin Guerre. Desde el punto de vista jurídico esto no aportaba gran cosa al esclarecimiento de la verdad, porque en los casos criminales «la prueba por juramento no es legítima», pero era indicativo del estado anímico de Bertrande y esta impresión quedaba reforzada por su inseguridad y su nerviosismo durante la confrontación con el demandado ante la Sala de lo Criminal, en mayo. Parecía probable que, tal como Bertrande afirmaba al principio, la hubieran forzado a hacer una falsa acusación[12].

Jean de Coras analizó detenidamente a Pierre Guerre. Nos gustaría saber lo que sucedió realmente durante los interrogatorios entre el jurista de Réalmont y el viejo fabricante de tejas de Artigat, con su marcado acento vasco. De qué manera el tío debió manifestar su rabia y su resentimiento hacia el impostor (si tenemos en cuenta que para Coras el comportamiento de los testigos era un

---

[11] Coras, pp. 48-56, 72-74, 76-77. Imbert y Levasseur, *Le Pouvoir,* pp. 163-169. Soman, «Criminal Jurisprudence», pp. 55-56, y su continuación, «Justice criminelle».

[12] Coras, pp. 34-35, 47, 59, 68-70, 85.

criterio esencial para evaluar su fiabilidad) y hasta qué punto influyó en la recomendación de Coras de hacerle encarcelar. De cualquier manera, las pruebas que tenía sobre él no le dejaban en muy buen lugar. En el dossier figuraba el litigio sobre la rendición de cuentas y la devolución de los beneficios que podía ser un buen motivo para una falsa acusación. El mismo Pierre había confesado que se había atribuido la representación de Bertrande ante el juez de Rieux. «Varios testigos» habían descrito su conspiración con su mujer y sus yernos para matar al demandado y entre ellos estaba el cónsul Jean Loze. Era una prueba suficiente para justificar la orden de torturar a Pierre Guerre para que confesara su intento de asesinato, el hecho de haber lanzado acusaciones en falso y el soborno del testimonio de Bertrande de Rols. En realidad, Le Sueur afirma que la Sala de lo Criminal se había planteado llevar a cabo esta medida aunque nunca llegó a dictar la orden. Como quiera que sea, Coras consideraba que la calumnia era un crimen grave y demasiado frecuente que, con la intención de perjudicar al prójimo, violaba el octavo mandamiento de la ley de Dios[13].

Finalmente estaba el acusado. Muchos hechos hablaban en su favor. Coras consideraba que las cuatro hermanas de Martin Guerre eran testigos de excepción, «mujeres de bien y honestas como las que más en Gascuña, las cuales han mantenido constantemente que el prisionero era verdaderamente Martin Guerre, su hermano». (Su testimonio debió parecerle especialmente desinteresado a Coras, porque aún tenían menos probabilidades de heredar las propiedades de los Guerre si Martin Guerre tenía otro hijo.) Su parecido con el demandado tenía más importancia que la ausencia de parecido con Sanxi, decía Coras, puesto que ellas eran de su misma edad, mientras que Sanxi solo era un niño de trece años. También estaba el hecho irrecusable de que el prisionero se acordaba exactamente de todo lo concerniente a la vida de Martin Guerre, incluidos los detalles íntimos que la misma demandante había facilitado. Las informaciones sobre la vida disoluta de Arnaud du Tilh «entregado a todo tipo de pecado» no perjudicaban al prisionero sino más bien al contrario, le favorecían porque no parecía ser ese tipo de personaje.

Además, una decisión de inocencia a favor del inculpado estaría de acuerdo con una disposición del derecho romano según la cual «era mejor que un culpable no fuera castigado, a condenar a un

[13] Coras, pp. 33-36, 62, 69-70. Le Sueur, *Historia,* p. 14.

inocente». Y lo que aún era más importante, estaría en la línea de una tendencia del derecho civil que tenía mucha importancia en los tribunales del siglo XVI en Francia: favorecería el matrimonio y los hijos habidos de él. «En las situaciones en que existe alguna duda» decía Coras, «favorecer el matrimonio o los hijos… hace inclinar la balanza». Bertrande tendría a su marido, Sanxi y Bernarde tendrían un padre[14].

La Tournelle estaba a punto de pronunciar el veredicto final, todas las opiniones estaban «mejor dispuestas hacia el prisionero y en contra de los susodichos Pierre Guerre y la de Rols»[15], cuando en los locales del Parlamento de Toulouse apareció un hombre con una pierna de madera que dijo llamarse Martin Guerre.

14 Coras, pp. 59-60, 71-72, 75-79.
15 Coras, p. 87.

IX

EL REGRESO DE MARTIN GUERRE

Después de perder una pierna en la batalla de San Quintín a Martin Guerre la fortuna le sonrió dos veces. Primero, porque no murió a causa de la herida sino que sobrevivió al tratamiento del cirujano y consiguió andar cojeando con una pierna de madera. Segundo, porque sus amos, que podían ser Pedro de Mendoza o su hermano el Cardenal, pidieron a Felipe II que asistiera a Martin en su estado de disminuido físico. El rey le recompensó por los servicios prestados concediéndole una situación de por vida como hermano lego en uno de los monasterios de la orden militar de San Juan de Jerusalén. Esta orden era una de las más estrictas del país y exigía que sus caballeros tuvieran títulos de nobleza; los banqueros de Burgos habían suplicado en vano que las reglas se flexibilizaran en su favor[1]. Martin Guerre seguía adelante de modo parecido a como lo había ido haciendo hasta entonces, en una pequeña parcela del universo reservada a los hombres y dominada por los aristócratas.

¿Por qué, tras una ausencia de doce años, decidió atravesar los Pirineos con su pierna de madera y volver a su antigua vida? Este es el enigma más difícil de resolver en la historia de Martin Guerre.

---

[1] Le Sueur, *Historia,* p. 4; *Histoire,* A iii^{r}. Sobre el relativo éxito de los cirujanos militares del ejército español en Flandes, véase Geoffrey Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659* (Cambridge, 1972), p. 168 [ed. cast.: *El ejército de Flandes y el camino español (1567-1659),* trad. Manuel Rodríguez, Madrid, Alianza, 2012]. En el siglo XVII se estableció en Bélgica una residencia especial para soldados lisiados, L. P. Wright, «The Military Orders in Sixteenth and Seventeenth-Century Spanish Society», *Past and Present* 43 (mayo de 1969), p. 66.

Coras no dice nada sobre sus motivos aunque sugiere que Martin no descubrió la impostura hasta después de su regreso. Le Sueur pretende que cuando llegó acudió primero a Artigat, allí se enteró de lo que había sucedido y se dirigió rápidamente a Toulouse con Sanxi. Pero el relato de Le Sueur plantea algunos problemas, deja sin explicar ciertos acontecimientos como la sorpresa de las hermanas en el último día del proceso.

También es posible que Martin Guerre volviera en el momento oportuno por casualidad. Tal vez se cansara de las actividades limitadas de una institución religiosa y siendo hermano lego, prefiriera vivir con su defecto físico en el seno de su familia donde podía tener cierta autoridad. El año anterior se había firmado la paz de Câteau-Cambrésis entre España, Francia e Inglaterra y en diciembre de 1559 Felipe II había encargado al cardenal de Burgos la misión de esperar a su prometida Elisabeth de Valois en la frontera francesa. Martin Guerre podía tener esperanzas de que en tiempos de reconciliación fuera más fácil ser perdonado por haber luchado a favor de España[2].

Me parece más verosímil que hubiera oído hablar del juicio antes de su regreso. Seguramente Pierre Guerre tenía esperanzas de tener noticias de su sobrino en el caso de que aún estuviera con vida. En todos los pueblos del Languedoc se hablaba del caso y el juez de Rieux había mandado investigadores hasta España para comprobar los testimonios del nuevo Martin sobre su estancia en aquel país. Los habitantes de Toulouse y los juristas de todas partes se interesaban también por el caso, a pesar de que en principio los jueces no podían revelar el contenido de las deliberaciones a nadie que no formara parte del tribunal y de que estuviera prohibida la asistencia de público durante el juicio hasta la sentencia final. También es posible que el rumor llegara a oídos del verdadero Martin a través de la Orden de San Juan de Jerusalén que tenía varias casas en el Languedoc y en el condado de Foix[3].

---

[2] Le Sueur, *Historia,* p. 15. Martín Fernández Navarrete *et al., Colección de documentos inéditos para la historia de España* (Madrid, 1843), vol. 3, pp. 418-447. No se puede descartar el peligro de ser perseguido por traición: un tal Martin de Guerre fue ahorcado en Rouen en 1555 por haber llevado cartas desde España, vía Bayona, a mercaderes españoles en Rouen «altamente perjudiciales para nos [el rey] y nuestra república» (AN, JJ263^{a}, 271^{r}-272^{r}). Desconocemos totalmente la relación que podía existir, en caso de que la hubiera, entre este Martin de Guerre y Martin Guerre.

[3] Viala, *Parlement,* p. 409. M. A. Du Bourg, *Histoire du Grand-Prieuré de Toulouse et des diverses possessions de l'ordre de Saint-Jean de Jérusalem dans le sud-ouest de la France* (Toulouse, 1883), cap. 5.

¿Quién soy yo –debió preguntarse Martin Guerre–, si otro hombre vive la vida que yo dejé atrás y está a punto de ser reconocido como heredero de Sanxi, mi padre, como marido de mi mujer y como padre de mi hijo? El verdadero Martin Guerre tal vez volvió para recuperar su identidad y su persona antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando a finales de julio llegó a Toulouse, quedó bajo custodia de la guardia del Parlamento y empezaron las audiencias. «¡Un desconocido!» dicen que exclamó el demandado cuando se inició el careo con el hombre procedente de España «¡malhechor, bribón! Este hombre ha sido pagado por Pierre Guerre y ha sido él el que le ha dado instrucciones». Había llegado en el último momento para arremeter contra el sagrado matrimonio; si el acusado no lograba desenmascararle le colgarían. Y es difícil creerlo, el hombre de la pierna de madera no se acordaba tan bien de los acontecimientos que concernían a Martin Guerre como el prisionero[4].

Fue un momento triunfal para la persona que antaño respondía al nombre de Pansette. Sería un error interpretar su comportamiento durante ese día y las semanas siguientes simplemente como un intento desesperado de salvar su vida. Vivo o muerto, estaba defendiendo la identidad que se había forjado, contra un extraño. (El lector recordará que probablemente los dos hombres no se habían conocido anteriormente.)

Coras y Ferrières dedicaron diez o doce interrogatorios a cada uno de los dos hombres; al recién llegado le hicieron preguntas «secretas» sobre temas que nunca se habían abordado, verificaron las respuestas y constataron que el demandado contestaba prácticamente con la misma exactitud. Parecía haber algo mágico en la persona del inculpado. En un intento de desconcertarlo, el presidente de Mansencal le preguntó cómo había conseguido invocar al espíritu del mal que le había dicho tantas cosas sobre los habitantes de Artigat. Coras explica que el acusado palideció y titubeó y según el juez esto era una clara prueba de culpabilidad[5]. En mi opinión,

[4] Coras, pp. 88-89. Le Sueur, *Historia,* p. 15; *Histoire,* D ii^r^.

[5] Coras, pp. 89-90, 149. Le Sueur, *Historia,* p. 17, *Histoire*, D iii^v^-D iv^r^. Una de las preguntas secretas se refería a los detalles sobre la confirmación de Martin Guerre. Esta se desarrolló, por alguna razón, en Pamiers y no en Rieux, la sede del obispado, o en Artigat durante una visita del vicario del obispo. Algunas aldeas de la zona formaban parte de la diócesis civil de Rieux y parte de la diócesis espiritual de Pamiers, pero Artigat no figuraba entre ellas; C. Barrière-Flavy, «Le Diocèse de Pamiers au

esta reacción podría atribuirse al miedo del demandado y también a la rabia que sentía al ver que no se reconocía su talento natural. Entonces la Sala de lo Criminal procedió a las últimas confrontaciones. Se citó de nuevo a Carbón Barrau, pero esta vez también a los hermanos de Arnaud du Tilh, aunque esto significara violar (en el siglo XVI era una práctica cada vez más extendida) una ley medieval que estipulaba que los hermanos no podían ser testigos de cargo en los asuntos criminales. Los du Tilh prefirieron huir antes que acudir a Toulouse.

Los comisarios prepararon una puesta en escena teatral para Pierre Guerre que tras unos meses de cárcel se había vuelto pálido y ojeroso. Colocaron al recién llegado entre un grupo de hombres vestidos de forma similar. Pierre reconoció a su sobrino, lloró y agradeció que al fin la suerte le favoreciera.

Llamaron a las hermanas por separado y colocaron para ellas a los dos Martins, uno junto a otro. Tras haber examinado atentamente al hombre con una sola pierna, Jeanne declaró: «Este es mi hermano, Martin Guerre». Un traidor que se le parecía la había engañado durante todos estos años. Abrazó a Martin, los dos hermanos lloraron: lo mismo sucedió con las otras hermanas[6].

Y llegó el turno de Bertrande de Rols. ¿Cuál había sido su evolución durante los tres meses que pasó en la Conciergerie? Había adelgazado y había estado enferma, pero al menos había tenido la ocasión de discutir sobre el Evangelio con algunas de sus compañeras de cautiverio, que estaban acusadas de herejía. También estaba una propietaria que al igual que Bertrande había presentado una queja y había sido encarcelada. Otra de las detenidas desapareció durante algún tiempo para dar a luz[7]. Se trataba de un mundo de mujeres que tal vez le recordara a Bertrande los años en que esperaba el regreso de Martin Guerre. Estaba, pues, preparada para los distintos derroteros que pudiera seguir su situación; por lo tanto cuan-

---

seizième siècle, d'après les procès-verbaux de 1551», *Revue des Pyrénées* 4 (1894), pp. 85-106. Quizá los jueces pensaran que se trataba de una buena pregunta para poner a prueba al prisionero, pero de todas maneras acertó el lugar.

[6] Coras, pp. 97-99. Le Sueur, *Historia,* pp. 15-16; *Histoire,* D ii^{r-v}. Imbert y Levasseur, *Le Pouvoir,* pp. 166-167. B. Schnapper, «Testes inhabiles: Les Témoins reprochables dans l'ancien droit penal», *Tijdschrift voor Rechtsgeschiedenis* 33 (1965), pp. 594-604.

[7] A DHG, B, La Tournelle, vol. 73, 2 y 5 de marzo, 1559/1560; vol. 76, 6 de septiembre, 1560. Le Sueur, *Historia,* p. 16.

do entró en la Sala de lo Criminal fue capaz de representar su papel bastante bien. Después de dirigir una mirada al recién llegado, empezó a temblar y a llorar (si seguimos a Coras que consideraba como su deber anotar todas las expresiones de los testigos) y corrió a abrazarle, implorando su perdón por la falta cometida porque Arnaud du Tilh la había confundido con su astucia y su poder de seducción. Y empezó a recitar el rosario de excusas que había preparado: tus hermanas también le aceptaron en seguida, tu tío le había reconocido; deseaba tanto que mi marido volviera que le creí, sobre todo porque sabía tantas cosas sobre mi vida privada; cuando me di cuenta de que era un impostor hubiera querido morir y me hubiera dado muerte de no haber sido porque tenía temor de Dios; en el momento en que vi que mi honor había sido manchado, le llevé ante los tribunales…

Martin Guerre no dio la mínima señal de dolor ante las lágrimas de Bertrande de Rols y le dijo en tono duro y severo (tal vez influido por el recuerdo de los predicadores españoles entre los que había vivido): «Dejad de llorar… Y no toméis a mis hermanas y a mi tío como excusa, porque ni el padre, la madre, el tío, las hermanas y los hermanos conocen a sus hijos, sobrinos o hermanos mejor de lo que la mujer tiene que conocer a su marido. Y solo vos tenéis la culpa de la desgracia que ha caído sobre nuestra casa». Coras y Ferrières le recordaron que también él tenía una parte de culpa, puesto que había abandonado a Bertrande, pero Martin no dio su brazo a torcer[8].

Finalmente Martin Guerre había sido reconocido. A pesar de que no había habido ninguna confesión, el tribunal disponía de pruebas suficientes para dictar la sentencia definitiva. Jean de Coras preparó un nuevo informe y redactó el fallo del tribunal y la Sala se puso de acuerdo sobre un texto. Arnaud du Tilh, alias Pansette era culpable de «impostura y falsa suposición de nombre y de persona y de adulterio»[9]. En la sentencia no se mencionó nada sobre las sospechas de brujería e invocaciones diabólicas que pesaban sobre él en las últimas semanas del juicio, Du Tilh fue condenado a hacer una retractación pública y a morir en la horca en Artigat.

Sin duda alguna la condena a muerte motivó algunas discusiones entre los jueces. Evidentemente no existía la posibilidad de que

---

[8] Coras, pp. 98-107. Le Sueur, *Historia,* pp. 16-17; *Histoire,* D ii^{v}-D iii^{r}.

[9] Estas son las palabras que figuran en el registro del Parlamento. ADHG, B, La Tournelle, 76, 12 de septiembre, 1560.



Primera representación pictórica del caso, que muestra a una pareja de posición social más elevada de como era en la realidad. Tomado de Jacob Cats, *Alle de Wercken* (Ámsterdam, 1658)

Arnaud du Tilh fuera condenado a un periodo de cárcel, porque las cárceles solo se destinaban a la gente que esperaba para ser juzgada y a los condenados por deudas. Las posibilidades se limitaban a alguna multa, varios tipos de castigos corporales (azotes, marcas con hierro candente, mutilaciones), el destierro, un periodo de trabajos forzados en las galeras reales y la muerte. Coras no podía encontrar prácticamente ningún texto sobre derecho francés que le sirviera de orientación, porque había pocos que trataran sobre el delito de «suposición de nombre y persona» fuera del caso concreto de falsificación de firmas. Los textos antiguos divergían: algunos trataban la impostura como un juego que no merecía ningún castigo, otros le asignaban una pena ligera, otros el destierro y eran muy pocos los que reclamaban la pena de muerte. En 1532, un edicto del rey había hecho posible que se aplicara la pena de muerte a «la multitud» de gente que establecía contratos falsos y daba falso testimonio ante los tribunales, pero la práctica judicial no era unifor-

me. Es posible que Coras hubiera oído hablar de lo que ocurrió en 1557 con la apelación de los dos impostores de Lyon (los mismos que firmaban contratos con el nombre de Michel Mure): el Parlamento de París les había conmutado la pena de muerte por nueve años en las galeras[10]. El otro caso en que la Senescalía de Toulouse había tenido que sentenciar a un impostor, el del griego Citracha que cobraba las deudas que se le debían a un hombre muerto, tuvo como condena la devolución de las sumas cobradas indebidamente, el pago de 500 libras al rey y el destierro de Francia[11].

De todas formas, el crimen de du Tilh era más grave. Implicaba la usurpación de una herencia, un delito que se podía comparar al que cometía una mujer que hiciera creer a su marido que un hijo ilegítimo era suyo para que pudiera heredar. Y lo que era aún más importante, Arnaud había cometido adulterio, un crimen que para Coras tenía que ser castigado más severamente y con más insistencia por sus contemporáneos. El Parlamento de Toulouse solo sentenciaba la pena de muerte por adulterio en caso de violenta transgresión del orden social como en 1553, cuando el escribano de un juez fue condenado a la horca por haber seducido a la mujer de su patrón, y en 1556, cuando la esposa de un propietario rural fue declarada culpable de adulterio con su aparcero (los colgaron a los dos)[12].

Estas consideraciones fueron las que determinaron la elección de la pena de muerte para Arnaud, una elección que por lo que sabemos, al menos en un caso concreto, sorprendió a algunos juristas. Por otra parte, no se le condenaba a ser decapitado, tal como había ordenado el juez de Rieux, sino a la horca, según convenía a un vulgar plebeyo culpable de traición. El tribunal no quiso llegar al punto de quemarle vivo, pero tratándose de un crimen tan detesta-

---

[10] Coras, p. 111-112. A. Carpentier et G. Frerejouan de Saint, *Répertoire général alphabétique du droit français,* París, 1901, vol. 22, «Faux» AN, X^2a 119, 15 de junio, 1557; X^2a 914, 15 de junio 1557. Isambert, *Recueil général,* vol. 12, pp. 357-358.

[11] Schnapper, «La Justice criminelle», cuadro 4; «Les Peines arbitraires du XIII^e au XVIII^e siècle», *Tijdscghrift voor Rechtsgeschiedenis* 42 (1974), pp. 93-100. Soman, «Criminal Jurisprudence», pp. 50-54. Coras, pp. 111-112. Isambert, *Recueil général des anciennes lois,* vol. 12, pp. 357-358. A. Carpentier y G. Frerejouan de Saint, *Répertoire général alphabétique du droit français* (París, 1901), vol. 22, «Faux». Hélène Michaud, *La Grand Chancellerie et les écritures royales au 16^e siècle* (París, 1967), pp. 356-357. AN, X^2a 119, 15 de junio, 1557; X^2a 914, 15 de junio, 1557. ADR, BP443, 294^v-296^r.

[12] Coras, pp. 111, 118-123. La Roche-Flavin, *Arrests notables du Parlement de Tolose,* p. 14.

ble, el cadáver tenía que ser quemado para que «la memoria de una persona tan abominable desapareciera por completo y se perdiera».

En algunos aspectos, la Sala de lo Criminal tuvo alguna consideración con los intereses de Arnaud du Tilh. Es cierto que esta actitud contribuía a facilitarles las cosas a Martin Guerre y a Bertrande de Rols, pero también refleja cierto respeto hacia el hombre que les había deslumbrado con su sistema de defensa. La hija de Arnaud, Bernarde, fue declarada legítima; el tribunal se basó para ello en la declaración de Bertrande, que afirmó estar convencida de tener relaciones con Martin Guerre cuando concibió a la niña. En este caso existían abundantes precedentes. Para que un niño fuera considerado bastardo, el padre y la madre tenían que estar al tanto de la situación; los hijos de una mujer que ignorara estar casada con un sacerdote eran declarados legítimos.

Aún resulta más sorprendente la decisión del tribunal de no confiscar los bienes y las propiedades que Arnaud du Tilh tenía en la diócesis de Lombez para ofrecérselos al rey, tal como se hacía en general con los criminales condenados a muerte. En lugar de esto, una vez Bertrande hubiera sido reembolsada de los gastos del proceso, los bienes pasarían a su hija Bernarde para asegurarle una dote[13].

Además, Arnaud no fue condenado a ser torturado antes de la ejecución para conseguir que diera los nombres de sus cómplices; esta práctica recibía el nombre de *«la question préalable»* («tormento preliminar»). Coras la había recomendado en algunos casos; en 1560 había firmado una sentencia, junto con el presidente Daffis, en la que se ordenaba que un tal Jean Thomas alias Le Provincial, «sea sometido a tormento para saber por su propia boca la verdad sobre los abusos, crímenes y maleficios que se le imputan»[14]. Pero es posible que la Sala considerara que un personaje tan sorprendente como Arnaud du Tilh difícilmente cedería a la tortura y en ese caso los jueces seguramente no deseaban en absoluto que en el último minuto Arnaud delatara a Bertrande de Rols como su cómplice.

La Sala también tenía que decidir qué hacer con la mujer que estaba prisionera en la Conciergerie. ¿Qué se podía decir sobre una esposa tan hermosa, tan fácil de engañar y tan obstinada en perse-

---

[13] Coras, pp. 24, 26-27, 109, 132-134. Imbert, *Practique iudiciaire,* pp. 488-490.

[14] ADHG, B, La Tournelle, vol. 72, 29 de enero, 1559/1560. Imbert, *Practique iudiciaire,* p. 516. Imbert y Levasseur, *Le Pouvoir,* p. 175.

verar en su error? Tras largas deliberaciones los jueces le concedieron el beneficio de la duda; después de todo, el sexo femenino era débil. No sería perseguida por fraude, bigamia o adulterio (esta última falta podía suponer que la encerraran en un convento hasta que su marido decidiera volverla a aceptar) y como hemos visto, su hija fue declarada legítima.

Martin Guerre recibió el mismo trato. El tribunal dedicó mucho tiempo a deliberar en torno a qué cargos podían esgrimirse contra él por abandonar a su familia durante tantos años y por haber luchado en las filas de los enemigos de Francia. Finalmente, decidieron que su partida podía atribuirse «al calor y a la ligereza de la juventud que entonces hervía en él». En cuanto a los servicios prestados a Felipe II, era necesario atribuirlos a la obediencia debida en tanto que lacayo y no a un posible deseo de «ofender a su príncipe natural». Lo que había sucedido con su pierna, con sus bienes y con su mujer era un castigo suficiente[15].

Tampoco se perseguiría a Pierre Guerre por hacerse pasar fraudulentamente por representante de Bertrande, o por su intento de asesinar a Arnaud du Tilh. Había arriesgado sus riquezas e incluso la vida al llevar adelante el proceso contra el impostor; si hubiera perdido –y estuvo a punto– se habría tenido que enfrentar a una pena muy dura por falsa acusación ante un tribunal de la justicia.

Todos los elementos de la sentencia final tendían a seguir el criterio que había utilizado Coras anteriormente para justificar una sentencia favorable al nuevo Martin: se protegía el matrimonio y los hijos habidos de él. El 11 de septiembre el Presidente de Mansencal convocó a Bertrande de Rols, a Martin Guerre y a Arnaud du Tilh a comparecer ante la Sala en pleno. Pansette insistió en que él era Martin Guerre, sin escuchar al presidente. Después Mansencal intentó reconciliar a Martin con Bertrande, les reconvino por las faltas que habían cometido y les invitó a olvidar el pasado. El demandado le interrumpió repetidas veces refutando cada una de sus palabras.

Fue la actuación más sincera. Había perdido la partida y ahora le tocaba a él el papel de marido celoso. El tribunal lo encontró arrogante e irascible y este comportamiento le valió una modificación de la sentencia en el último momento[16]. Se había establecido que tenía que hacer dos retractaciones públicas formales, una ante

15 Coras, pp. 135-142.
16 Le Sueur, *Historia,* p. 18; *Histoire,* D iv^{v}-E i^{r}. Coras, p. 128.

la Sala y otra en Artigat. Solo se conservó la última. ¡Quién sabe lo que podría haber hecho ante el tribuna![17].

El 12 de septiembre el Parlamento abrió sus puertas para que el público pudiera oír la sentencia. Una gran multitud se precipitó en la Sala del Tribunal. Al parecer, entre la masa de gente se encontraba el joven Michel de Montaigne que recientemente había sido nombrado juez del Parlamento de Burdeos[18]. Mansencal leyó la sentencia que absolvía a Martín Guerre, a Bertrande de Rols y a Pierre Guerre y que rechazaba la apelación de Arnaud du Tilh, alias Pansette, «que se llama a sí mismo Martin Guerre». Este tendría que iniciar su retractación pública delante de la iglesia de Artigat y después atravesar todo el pueblo para ser ejecutado ante la casa de Martin Guerre. El juez de Rieux se encargaría del asunto. Coras no tomó nota de la expresión en los rostros de Bertrande de Rols y de Arnaud du Tilh.

* * *

Cuatro días más tarde levantaron la horca frente a la casa donde veintidós años antes habían preparado el lecho conyugal de Bertrande de Rols. Toda la familia había regresado de Toulouse y había acudido gente desde varias leguas a la redonda para ver al impostor y presenciar su ejecución. El pueblo ya no estaba dividido como lo había estado durante más de un año. Se había conseguido desenmascarar al impostor y todo el mundo asistiría a su humillación ritual, a su arrepentimiento y a su aniquilamiento definitivo.

Pansette hizo todo lo que pudo para aprovechar la ocasión. Empezó la jornada recuperando su antiguo nombre. Se confesó espontáneamente al juez de Rieux; le explicó que un dia, en Mane, dos hombres le habían saludado con el nombre de Martin Guerre. Todo se había desarrollado de forma natural, gracias a sus recursos

[17] La narración de Coras sobre este aspecto es muy extraña. ¿Por qué se castigó el mal comportamiento de Arnaud du Tilh quitándole una de las retractaciones? ¿No habría sido más apropiado cambiar la retractación frente al tribunal por la más humilde frente al pueblo? O Coras está tergiversando lo que sucedió, o tenemos aquí otro ejemplo de los confundidos sentimientos de los jueces ante el extraordinario Arnaud du Tilh.

[18] Le Sueur, *Historia,* p. 19; *Histoire,* E i^{v}. E. Telle, «Montaigne et le procès Martin Guerre», *Bibliothèque d'humanisme et renaissance* 37 (1975), pp. 387-419. En principio, en un caso criminal, el público solo podía asistir a la sentencia; si Montaigne pudo presenciar algún proceso anterior, fue violando las normas del tribunal.

y a los de los cómplices que nombró[19]. Ocultó la participación de Bertrande hasta el final. El diablo no tenía nada que ver con el asunto. Según Coras (pero no según Le Sueur) también confesó otras fechorías.

Después, como todo buen campesino padre de familia, Arnaud du Tilh hizo testamento. Confeccionó una lista con todos sus deudores y acreedores en dinero, lana, trigo, vino y mijo y pidió que pagaran sus deudas con las propiedades que había heredado de Arnaud Guilhem du Tilh y de otros parientes; en aquel momento las ocupaba Carbón Barrau. Para asegurarse de que su tío pagara inició un proceso civil contra él, un proceso que seguramente seguiría adelante gracias a los ejecutores testamentarios. Nombró heredera universal a su hija Bernarde; su hermano Jean du Tilh de Le Pin y un tal Dominique Rebendaire de Toulouse serían los tutores de la niña y sus ejecutores testamentarios.

Para hacer la retractación pública se arrodilló ante la iglesia vestido de penitente: camisa blanca, la cabeza descubierta, los pies descalzos y una antorcha en la mano. Pidió perdón a Dios, al rey, a la justicia, a Martin Guerre y a su esposa Bertrande de Rols y a Pierre Guerre. Cuando lo pasearon por el pueblo con la soga al cuello, el campesino del pico de oro se dirigió a la muchedumbre: él era Arnaud du Tilh y había cometido la infamia de apropiarse de los bienes de otro y del honor de su mujer. Alabó a los jueces de Toulouse por la forma en que habían dirigido el sumario y manifestó el deseo de que los honorables Jean de Coras y François de Ferrières estuvieran presentes para escucharle. Al subir los peldaños de la escalera que le llevaba a la horca aún seguía hablando para recomendar al hombre que en adelante ocuparía su lugar que no fuera rudo con Bertrande. Era una mujer honorable, virtuosa y constante, lo podía atestiguar. En cuanto empezó a albergar alguna sospecha le rechazó. Y durante todo aquel tiempo había demostrado tener un valor y una fortaleza de espíritu poco comunes. A Bertrande solo le pidió que le perdonara. Murió implorando la misericordia de Dios y de Jesucristo, su hijo[20].

---

[19] Coras dice solamente que él confesó que «algunos le han dado información secreta y consejos» (p. 83). Le Sueur dice que él nombró a «dos personas» que le habían ayudado (*Admiranda historia de Pseudo Martin…* [Lyon, 1561], p. 22). Quizás eran los dos amigos del hombre ausente que le confundieron con Martin.

[20] Coras, pp. 144-160. Le Sueur, *Historia,* pp. 20-22; *Histoire,* E ii[r-v].

X

EL NARRADOR

Poco tiempo después de concluir el proceso contra Arnaud du Tilh el Parlamento de Toulouse inició unas vacaciones de dos meses, tal como hacía siempre en septiembre. Jean de Coras no salió inmediatamente hacia su residencia familiar de Réalmont, sino que se quedó en su estudio de Toulouse y empezó a escribir la historia del hombre cuyo cuerpo había sido quemado para borrar su recuerdo para siempre. Hacia el 1 de octubre de 1560 casi había terminado la primera redacción del manuscrito[1]. Simultáneamente, un joven llamado Guillaume Le Sueur escribía su propia versión sobre los mismos acontecimientos. Había algo en esa historia que afectaba a sus propias vidas, algo sorprendente y preocupante que tenía que ser explicado.

Es difícil descubrir qué atractivo podía tener este caso para Guillaume Le Sueur porque es un personaje del que poco se sabe. Era hijo de un rico mercader de Boulogne sur Mer, en Picardía, que le mandó a Toulouse a estudiar derecho. Su hermano Pierre fue un funcionario real de finanzas que hacia finales de 1561 utilizaba su casa de Boulogne para hacer «reuniones y oficios acordes con la nueva religión». Al parecer, Guillaume compartió sus opiniones y durante un tiempo formó parte del séquito el príncipe protestante de Condé. En 1566 era abogado de la Senescalía de Boulogne y algunos años más tarde se convirtió en lugarteniente de los ríos y bosques de la región. En 1596 escribió la primera historia de su

[1] Coras, p. 78.

ciudad natal, una obra de cierto mérito. La Croix du Maine había oído algo sobre él y en 1584 le describió en su *Bibliothèque* como «poeta latino y francés». También sabía griego y en 1566 publicó una traducción en versos latinos de una versión griega del tercer libro de los Macabeos.

Entre sus méritos también figura la *Admirable Histoire du faux Martin de Tolouse* que compuso en latín y cuyo manuscrito empezó a circular por la ciudad poco tiempo después del proceso. La dedicó a Michel Du Faur, cuarto presidente del Parlamento y miembro de la Tournelle durante el juicio de Martin Guerre. Más adelante, en una dedicatoria al canciller Michel de L'Hôpital, Le Sueur explicaría que había sido «adoptado por la familia y los amigos de los Du Faur, una casa que sobresalía entre todas las de la región por su singular erudición, su integridad, su esplendor y su honorabilidad». Probablemente obtuvo la información sobre el juicio a partir de los papeles y las palabras del propio presidente –se refería a sí mismo como el que había «recogido» *(«colligebat»)* la historia y quizá participó en el proceso con alguna función subalterna–. En cualquier caso, sabemos que en 1560 Guillaume Le Sueur esperaba ascender en el mundo del derecho y de la retórica legal y que además también se interesaba por la literatura clásica[2].

En cambio, sabemos muchas cosas sobre Jean de Coras. Durante algunos años sus editores lo presentaban en las páginas titulares como «ilustre» y *«clarissimus»*. En el año en que se desarrolló el proceso de Martin Guerre se publicó su propia «Vita», explicada por un antiguo discípulo, Antoine Usilis, como prefacio de la obra de Coras, *De iuris Arte.* Había nacido en 1515 en Réalmont, pueblo del Albigeois, era el mayor de cuatro hermanos y se crio en

---

[2] Le Sueur, *Historia,* página titular y p. 22. Louis-Eugène de la Gorgue-Rosny, *Recherches généalogiques sur les comtés de Ponthieu, de Boulogne, de Guines et pays circonvoisins* (París, 1874-1877), vol. 3, pp. 1390-1400. ADPC, 9B24, 120^{r}-121^{v}. A. d'Haultefeuille y L. Bénard, *Histoire de Boulogne-sur-Mer* (Boulogne-sur-Mer, 1866), vol. 1, pp. 314-315, 377. *Dictionnaire historique et archéologique du département du Pas-de-Calais. Arrondissement de Boulogne* (Arras, 1882), vol. 1, pp. 267-269. *Les Bibliothèques françoises de La Croix du Maine et Du Verdier* (París, 1772), vol. 1, p. 349. *Liber qui vulgo Tertius Maccabaeorum inscribitur, Latin versibus à Graeca oratione expressus, A Gulielmo Sudario, Caesarum apud Boloniens. Belg. patrono* (París, Robert II Estienne, 1566), dedicatoria a Michel de L'Hôpital. *Antiquitez de Boulogne-sur-mer par Guillaume Le Sueur, 1596,* ed. E. Deseille, en *Mémoires de la société académique de l'arrondissement de Boulogne-sur-Mer* 9 (1878-1879), pp. 1-212.

Toulouse, donde su padre Jean de Coras, licenciado en derecho, era abogado del Parlamento. Cuando solo contaba trece años el joven Jean ya disertaba sobre derecho civil en una cátedra de Toulouse, al menos según la leyenda, y durante los años siguientes, mientras estudiaba derecho civil y canónico en Angers, Orléans y París, también se le requería con frecuencia para impartir sus enseñanzas. Más adelante se trasladó a Padua donde propuso cien temas para su tesis doctoral y mereció una aclamación por la exactitud de sus respuestas. En 1536, a la edad de veintiún años, se doctoró en Siena con Philippus Decius «el gran genio del derecho». (Coras diría más adelante que Decius estaba entonces tan senil que apenas recordaba una palabra sobre derecho y que necesitó quince minutos para pronunciar la primera frase de su discurso. Finalmente tuvo que pasar el doctorado con otra persona. La anécdota sugiere que Coras no se tomaba muy en serio su reputación de joven prodigio.)

Cuando regresó a Toulouse Coras fue contratado como regente de cátedra en la universidad y se hizo célebre por sus cursos de derecho civil. El mismo Coras cuenta el entusiasmo de sus oyentes y Usilis afirma que nadie recordaba a un profesor que fuera capaz de atraer a tanta gente. Él mismo había estado presente cuando Coras derrochaba elocuencia oratoria ante un auditorio de dos mil personas con «su voz suave, fluida, clara y melodiosa». Este éxito aún resulta más impresionante si tenemos en cuenta que en Toulouse las clases de derecho a menudo tenían lugar entre las cinco y las diez de la mañana[3].

---

[3] *Ioannis Corasii Tolosatis, Iurisconsulti Clarissimi, in Nobilissimum Titulum Pandectarum, De verbor. obligationibus, Scholia* (Lyon, Guillaume Rouillé, 1550). *Ioannis Corasii… vita: per Antonium Usilium… in schola Monspeliensi iuris civilis professorem, edita. 1559,* en Jean de Coras, *De iuris Arte libellus* (Lyon, Antoine Vincent, 1560). El mismo Coras describió los éxitos de su juventud académica en una carta escrita en Padua, fechada el 22 de mayo de 1535, dirigida a Jacques de Minut, primer presidente del Parlamento de Toulouse; se imprimió junto con las cien frases al final de su *Miscellaneorum Iuris Civilis, Libri Sex* (Lyon, G. Rouillé, 1552). Coras, p. 56. Henri de Mesmes, *Mémoires inédites,* ed. E. Frémy (París, s. f.), pp. 139-149, 143; Coras fue uno de los profesores de Mesme en Toulouse. Jacques Gaches, *Mémoires sur les Guerres de Religion à Castres et dans le Languedoc, 1555-1610,* ed. C. Pradel (París, 1879), p. 117, n. 1. Jean de Coras, *Opera quae haberi possunt omnia* (Wittenberg, 1603), vol. 2, p. 892. El jurista humanista Jean de Boyssoné, profesor en Toulouse, también se refirió a la gloria de Coras como profesor; Gatien Arnoult, «Cinq lettres de Boysonné à Jean de Coras», *Revuee historique de Tarn* 3 (1880-1881), pp. 180-185.

Durante estos primeros años de gloria Coras tuvo otra relación con la justicia que Usilis no menciona: entabló un pleito. Su madre Jeanne de Termes murió en Réalmont legándole todos sus bienes y propiedades en un testamento fechado en 1544. Jean de Coras padre se opuso al testamento y Jean de Coras hijo entabló un proceso contra él que se falló en el Parlamento de Toulouse en 1544. Quedaron confirmados los derechos del hijo sobre la herencia y se ordenó al padre que le permitiera hacer inventario; Coras sénior recibiría el usufructo de los bienes y de la propiedad durante el resto de su vida. Finalmente, los dos hombres se reconciliaron (Coras le dedicó una obra a su padre en 1549) pero al igual que el relato burlesco de la ceremonia doctoral, este proceso contra su padre revela una actitud algo ambigua hacia el orden y la autoridad[4].

Durante ese periodo Coras se casó, tuvo hijos y fue feliz. «Un matrimonio afortunado» afirma en su obra sobre derecho *De Ritu Nuptiarum* y en su comentario insertó un fragmento sobre su esposa Catherine Boysonné, hija de un mercader de Toulouse. El matrimonio tuvo dos hijos, una niña, Jeanne, y un niño, Jacques; este último también dio lugar a una nota personal insertada en un discurso jurídico: «Ayer día 13 de abril de 1546 me embargó una alegría increíble porque gracias a la fructífera Catherine me convertí en el padre de nuestro pequeño hijo»[5].

Más adelante Coras fue nombrado profesor en Valence y tuvo que desplazarse allí con su familia; enseñó derecho civil desde 1545 hasta 1549 y después pasó dos años enseñando en Ferrara. Durante estos años no cesó de escribir y publicar comentarios de derecho romano en latín sobre temas que abarcaban desde el matrimonio y los contratos hasta causas judiciales y la constitución del estado. A partir de 1541 empezó a enviar sus manuscritos a la imprenta, en especial a Lyon que era el centro de publicaciones jurídicas. Y los estudiantes de derecho se entusiasmaban con sus libros: uno de ellos escribió «*Corasissima*» al margen de una frase

---

4 ADHG, B37 (arrêts civils), 12 de julio, 1544. Aquí aparece el nombre de la madre de Coras, Jeanne; Usilis lo consigna como Catherine. Jean de Coras, *In Titulum Codicis Iustiniani, De Iure Emphyteutico* (Lyon, Guillaume Rouillé, 1550), reverso de la página titular: «Domino Ioanni Corasio patri suo observandissimo, Ioannes Corasius filius S. D.», fechado en Lyon, septiembre de 1549.

5 Coras, *Opera omnia,* vol. 1, pp. 549, 690. Archives Municipales de Toulouse, AA103^{v}; ADHG, 3E12004, 56^{r} (referencias amablemente facilitadas por Barbara B. Davis).

especialmente acertada sobre la cuestión de la herencia de los menores de edad.

Estas ediciones también revelan dos aspectos interesantes en Coras. En primer lugar, una voluntad de desarrollar, de reelaborar, de reinterpretar. A menudo dice a sus lectores: «Empecé a trabajar sobre esta cuestión en Toulouse en tal año y ahora vuelvo sobre ella aquí en Ferrara». En segundo lugar, una gran perspicacia en cuanto a la forma de avanzar en su carrera. Dedicó sus primeros libros al primer presidente del Parlamento de París y a Mansencal, primer presidente del Parlamento de Toulouse. Mandó los libros que convenía al cardenal de Châtillon y al de Lorraine en el momento adecuado[6].

Esta táctica empezó a dar resultado en enero de 1553, cuando se produjo una vacante en el Parlamento de Toulouse. Había acudido a esta ciudad desde Ferrara por un motivo muy triste: Coras volvía a Toulouse para pasar un periodo de luto por la muerte de su esposa Catherine Boysonné. Enrique II aprovechó su presencia en Francia para pedirle consejo sobre las negociaciones que se estaban llevando a cabo con el duque y el cardenal de Ferrara y le concedió el cargo que deseaba. En febrero de 1553 Jean de Coras juró su cargo de juez, o canciller, del Parlamento en el que su padre había sido abogado durante muchos años[7].

Durante los siete años que transcurrieron entre su entrada en funciones en calidad de juez y el caso de Martin Guerre, la vida de Coras tomó nuevos derroteros. Se volvió a casar y se interesó cada vez más por la causa protestante; sus publicaciones se empezaron a centrar en otros temas. Su segunda esposa fue Jacquette de Bussi, una viuda que era prima suya, y también sobrina de un juez del Parlamento. Jacquette no había tenido hijos de su primer matrimonio y tampoco los tuvo del segundo, pero hizo de madre de Jacques de Coras al que siempre se refiere como «mi hijo». Conocemos las

---

[6] Marcel Fournier, «Cujas, Corras, Pacius. Trois conduites de professeurs de droit par les villes de Montpellier et Valence au seizième siècle», *Revue des Pyrénées* 2 (1890), pp. 328-334. Jean de Coras, *De Impuberum… Commentarii* (Toulouse, Guy Boudeville, 1541), p. 168. En la copia de la Biblioteca Municipal de Toulouse aparece *«Corrasissima»* en el margen. La obra está dedicada a Jean Bertrand, presidente, Parlamento de París; *De acqui. possessione* está dedicado a Mansencal en 1542. La dedicatoria al cardenal de Châtillon lleva fecha de 1548, y la del cardenal de Lorena, de 1549. Coras, *Opera Omnia,* vol. 1, pp. 22, 162, 191, 225.

[7] Usilis, «Vita». IADHG, B46, f. 172.

relaciones entre ella y Jean gracias a las cartas que intercambiaron unos años después del proceso y que nos permiten hacernos una idea de su vida matrimonial en un periodo anterior[8].

Coras amaba a Jacquette de Bussi profundamente, abiertamente y casi con locura. «Jamás mujer presente o ausente fue tan querida y amada por su marido como vos lo sois y lo seréis.» «Os ruego que creáis que pienso en vos día y noche, a todas horas y en todo momento, que os espero y os deseo y os amo tanto que sin vos mi existencia no significa nada para mí.» Le manda libros de lectura, «un pobre vestido» y «dos plumas bien cortadas y afiladas a mi gusto que es el vuestro». Y cuando hace frío en Réalmont le recomienda: «No durmáis sola, pero que no sea con un monje» (es un juego de palabras: *moine* significaba en francés antiguo «calentador»). Le escribe sobre sus propias opiniones políticas y le informa sobre la causa de la Reforma; le da instrucciones sobre cómo tiene que recibir a las visitas importantes y qué recados dar. Se inquieta por su salud y por saber si su amor es correspondido. Cuando no recibe noticias suyas le escribe: «Esto me lleva a creer, a pesar mío, que no me tenéis grabado en la memoria tal como siempre he deseado».

De hecho Jacquette era un poco reservada con su marido. El juego de la pareja consistía en que él perseguía y ella era la perseguida. Estas eran las reglas de su relación amorosa. Él firma sus cartas «vuestro, vuestro, vuestro y cien mil veces vuestro Jean de Coras»; ella firma las suyas con un «vuestra esposa humildemente obediente…». Él le pide insistentemente su opinión sobre si debe o no aceptar un cargo importante; ella le contesta «hágase vuestra voluntad», lo que da lugar a una respuesta dolida con una firma impersonal, como en una sentencia. Mientras tanto, a pesar de su salud enfermiza, Jacquette administraba los bienes competentemente, arrendaba tierras, hacía reparar cercas, revisaba los libros de la talla y ordenaba cuándo había que sembrar los campos con mijo

---

[8] ADHG, E916. Charles Pradel publicó parte de estas cartas: *Lettres de Coras, celles de sa femme, de son fils et de ses amis* (Albi, 1880), y estudiadas por F. Neubert, «Zur problematik französicher Renaissancebriefe», *Bibliothèque d'humanisme et renaissance* 26 (1964), pp. 28-54. Gaches, *Mémoires,* p. 120, n. 2. Coras se casó con Jacquette en junio de 1557, la misma fecha en la que escribió la afectiva dedicatoria a Antoine de Saint-Paul, «maître des requêtes ordinaires de l'hôtel du roi», tío de Jacquette (*Opera omnia,* vol. 2, p. 894). Pradel, *Lettres,* p. 13, n. 1; p. 32, n. 1. IADHG, B75, f. 167.

y avena. Le cuenta las novedades y le envía los libros que ha leído, las jarreteras que le ha confeccionado, algún capón o agua medicinal para los ojos. Espera que esté «contento y feliz»[9].

Marido y mujer estaban particularmente unidos por su compromiso con la nueva religión. Jean de Coras pudo tener muchas vías de acceso al protestantismo, como por ejemplo el ambiente que rodeaba a la duquesa Renée de Ferrara, centro religioso de los refugiados de Francia. En 1548, cuando apareció su gran obra sobre derecho canónico, la *Paraphrasis in universam sacerdotiorum materiam*, aún no se había convertido realmente; aceptaba la legitimidad del Papa y se limitaba a advertir que el soberano pontífice tenía que ser un pastor fiel y no un tirano. Hacia 1557 su tratado sobre los matrimonios clandestinos coincide tan solo con la sensibilidad protestante en la crítica del derecho canónico, en su presentimiento de que recibiría «calumnias venenosas… con pretextos religiosos» y en su afirmación de que todos sus argumentos estaban «en conformidad con la palabra de Dios»[10].

El *Petit discours… Des mariages clandestinement et irreveremment contractes* marcó un nuevo giro en su vida. Era el primer libro que publicaba en lengua vernácula. El objetivo de este gascón no era enriquecer literariamente la lengua francesa, «la cual, debo confesar, no queda muy favorecida por mi estilo natural y espinoso». Más bien pretendía influir en la opinión pública: el consentimiento de los padres para el matrimonio de los hijos era una cuestión que «afectaba tanto a los que no eran entendidos en letras como a los experimentados, doctos y sabios». Coras dedicó el libro a Enrique II cuyo reciente edicto sobre matrimonios clandestinos defendía en el libro y que poco después le concedería un «privilegio»: un monopolio de nueve años sobre las ventas de todos los trabajos que quisiera publicar o reimprimir. Era una concesión inusual, que le permitió a Coras controlar la impresión y los beneficios de la venta de sus libros mejor que la mayoría de los autores de su tiempo. La utilizó en 1558 para la traducción fran-

---

[9] *Lettres de Coras,* pp. 10, 12-13, 15, 20-21, 26-28, 35-36. ADHG, cartas del 10 de abril, 12 de julio y 8 de diciembre, 1567.

[10] Jean de Coras, *In Universam sacerdotiorum materiam… paraphrasis* (París, Arnaud l'Angelier, 1549), capítulo sobre el Papa. Coras, *Des Mariages clandestinement et irreveremment contractes par les enfans de famille au deceu ou contre le gré, vouloir et consentement de leurs Peres et Meres, petit discours… A trêcretien… prince Henri deuxieme… Roy de France* (Toulouse, Pierre du Puis, 1557), p. 92.

cesa de un diálogo entre el emperador Adriano y el filósofo Epícteto dedicado al Delfín y, más tarde, en 1560, para su gran trabajo de síntesis sobre la estructura de la ley, *De iuris Arte*, dedicado al Canciller de Francia[11].

* * *

En 1560, cuando asumió su cargo en la Sala de lo Criminal, Jean de Coras tenía cuarenta y cinco años y tal como lo sugieren los datos anteriores, era un hombre ambivalente y con aspiraciones contradictorias. Se había labrado una carrera brillante pero su compromiso con el protestantismo era aún más importante y esto último, además de su carrera, podía costarle la vida. Como especialista eminente en derecho romano, creía firmemente en la jerarquía familiar y en el poder del soberano («los individuos tienen que obedecer a los magistrados como a sus propios padres», decía) y sin embargo, pronto se vería implicado en los movimientos de resistencia protestante de Toulouse. Ponía en guardia a las familias contra las «pasiones amorosas temerarias», pero solo ante la idea de volver a ver a su esposa en el plazo de un mes, corría a buscar el baúl y empezaba a recoger sus refajos de tafetán[12].

Cuando Jean de Coras entró en contacto con «Martin Guerre» reconoció en él a un hombre que tenía algunas de sus propias cualidades. A pesar de ser un simple campesino, el detenido era ecuánime, inteligente y, por encima de todo, elocuente. «Parecía que no solo relataba los hechos a los jueces sino que se los hacía revivir ante sus ojos» decía Le Sueur. «No recuerdo haber leído nada sobre

---

[11] *Des mariages clandestinement… contractes,* dedicado a Enrique II. *Altercacion en forme de Dialogue de l'Empereur Adrian et du Philosophe Epictéte… renda de Latin en François par monsieur maître Jean de Coras* (Toulouse, Antoine André, 1558); el privilegio de nueve años lleva la fecha de 4 de abril, 1557/1558. *De iuris Arte iibellus* (Lyon, Antoine Vincent, 1560). Este trabajo y el pensamiento jurídico de Coras son el tema de A. London Fell, Jr., *Origins of Legislative Sovereignty and the Legislative State* (Königstein y Cambridge [Mass.], 1983).

[12] Jean de Coras, *Remonstrance Discourue par Monsieur Maistre Jean de Coras, Conseiller du Roy au Parlament de Tolose: sur l'installation par luy faicte de Messire Honorat de Martins et de Grille en l'estat de Seneschal de Beaucaire, Le 4 Novembre 1566 à Nymes* (Lyon, Guillaume Rouillé, 1567), pp. 17-19. G. Bosquet, *Histoire sur les troubles Advenus en la ville de Tolose l'an 1562* (Toulouse, 1595), p. 157: ADHG, B56 (arrêts civils), 557^{v}-558^{r}. Germain La Faille, *Annales de la ville de Toulouse* (Toulouse, 1687-1701), vol. 2, pp. 220, 261. Véase también mi capítulo 12, esp. n. 2. *Lettres de Coras,* p. 13.

ningún hombre que tuviera una memoria tan prodigiosa», decía Coras[13]. También tenía aspecto de ser un hombre de honor, ligado a su familia y enamorado de su bella esposa. Que hubiera llevado a su tío ante los tribunales por una cuestión de cuentas no debía parecerle demasiado terrible a un hijo que había entablado un proceso contra su padre por un inventario de bienes. Si estoy en lo cierto en cuanto a las inclinaciones de «Martin Guerre» hacia el protestantismo, Coras tenía ahí una razón de más para creer que se trataba de una persona digna de confianza.

Y entonces «como un milagro» apareció ante el tribunal el hombre de la pierna de madera; era un hecho providencial, una gracia de Dios para proteger a Pierre Guerre y hacer ver a Jean de Coras que se equivocaba[14]. Coras había reflexionado sobre los peligros del engaño dos años antes, cuando tradujo el diálogo entre Adriano y Epícteto.

> Adriano.— ¿Qué es aquello que el hombre no puede ver?
> Epicteto.— El corazón y el pensamiento de los demás.

El juez comentaba: «Y es cierto que nada es más detestable entre los hombres que el engaño y la simulación, aunque nuestro siglo sea tan desgraciado que en todas partes el que más se esmera en sus mentiras, sus simulaciones y su hipocresía es a menudo el más reverenciado»[15].

Seguramente Coras no podía imaginarse que también sería engañado por una persona y que admiraría sus supercherías. Jamás había visto una impostura tan elaborada y tan lograda –«las mil mentiras necesarias» de Arnaud du Tilh–. («Contestaba tan bien» decía Le Sueur, «que casi parecía un actor».) Los abogados, los oficiales reales y por qué no, los jueces, conocían muy bien el arte de hacerse a sí mismos (del «*self-fashioning*» para decirlo en términos de Stephen Greenblatt), de remodelar la propia forma de hablar, las actitudes, los gestos y la conversación, al igual que todos aquellos que ascendían socialmente en el siglo XVI. ¿En qué punto terminaba el hacerse a sí mismo y empezaba el engaño? Mucho antes de que Montaigne planteara este problema a sus lectores en

13 Le Sueur, *Historia,* p. 12. Coras, p. 64.
14 Coras, p. 87. Le Sueur, *Historia,* p. 14.
15 Coras, *Altercacion,* pp. 59-63.



Jean de Coras a finales de la década de 1560, en una copia del siglo XVII obra de Bastet a partir de de un original perdido

un ensayo autoacusatorio, la inventiva de Pansette ya se lo había planteado a los jueces[16].

La primera respuesta de Coras fue negar que se tratara de facultades humanas. Arnaud era un mago que recibía la ayuda de algún espíritu diabólico. Era un traidor y Coras no tenía ningún motivo para reprocharse su muerte, ni desde el punto de vista jurídico ni desde el punto de vista moral. La segunda respuesta de Coras consistió en reconocer que el personaje tenía algo profundamente fascinante que reflejaba sus propios conflictos internos y la situación de la gente de su propia clase, y que el matrimonio ficticio entre el nuevo Martin y Bertrande de Rols era algo profundamente erróneo, pero también profundamente justo a la vez.

Por eso se puso a trabajar y afiló la pluma. Sería un nuevo giro en su obra, una nueva publicación en francés. Pero, por encima de todo, la redacción del libro le permitiría volver a juzgar al hombre al que había hecho ejecutar: condenarle de nuevo, pero también concederle a él o al menos a su historia, una segunda oportunidad.

---

[16] Coras, p. 12; Le Sueur, *Historia,* p. 18; *Histoire,* D iv^{r}. Stephen Greenblatt, *Renaissante Self-Fashioning: From More to Shakespeare* (Chicago, 1980). Para una aproximación algo diferente, véase Norbert Elias, *The Civilizing Process: The Development of Manners,* tr. E. Jephcott (Nueva York, 1977 [ed. cast.: *El proceso de la civilización,* trad. Agustín García Cotarelo, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987]). Michel de Montaigne, *Oeuvres complètes,* ed. Albert Thibaudet y Maurice Rat (Bibliothèque de la Pléiade, Paris, 1962), libro 2, cap. 18: «Du démentir».

XI

HISTOIRE PRODIGIEUSE, HISTOIRE TRAGIQUE

El *Arrest Memorable* de Coras es un libro innovador que combina géneros distintos y ofrece opiniones contrapuestas. La *Admiranda Historia de Pseudomartino Tholosae* de Le Sueur tiene algunos aspectos originales pero no deja de inscribirse en el género de los «relatos verídicos», tan importante en ese siglo en el que aún no existía la prensa periódica. Se trata de una obra muy escueta que relata la historia desde la llegada de los Guerre a Artigat hasta la ejecución de Arnaud du Tilh y finaliza con una breve moraleja. Un «amigo» de Toulouse envió el manuscrito a Jean de Tournes, el célebre humanista librero-impresor de Lyon que a veces publicaba relatos verídicos, el cual, sin siquiera esperar a la obtención de un privilegio real para la obra, la imprimió en latín sin demora. Otro manuscrito cayó en manos de un librero de París, Vincent Sertenas, y a finales de enero de 1561 Sertenas ya tenía la traducción francesa y un privilegio real de seis años en toda regla. Lo publicó sin el nombre del autor y con el subtítulo: *Histoire Admirable d'un Faux et Supposé Mary advenue en Languedoc, l'an mil cinq cens soixante*. Así empezó a circular la noticia de la impostura junto con otras historias de casos «terribles» o «maravillosos», de crímenes, adulterios, incendios e inundaciones[1].

---

[1] *Admiranda historia,* reverso de la página titular. *Histoire Admirable d'un Faux et Supposé Mary,* E iii^{v}, el privilegio de seis años de Sertenas tiene fecha del 25 de enero, 1560/1561. Jean-Pierre Seguin, *L'Information en France avant le périodique. 517 Canards imprimés entre 1529 et 1631* (París, n. d..); *L'Information en France de Louis XII à Henri II* (Ginebra, 1961).

Al mismo tiempo, el 2 de febrero de 1561, Jean de Coras firmó la dedicatoria de su manuscrito y lo mandó al mercader-librero Antoine Vincent, de Lyon, al que transfirió los derechos garantizados por el privilegio general de nueve años. Hasta esta fecha el editor de Lyon había publicado muy pocos libros en lengua vernácula; había hecho su fortuna con la publicación de obras en latín, entre la cuales figuraban el *De actionibus* de Coras, publicado en 1555, y el *De iuris Arte* del mismo autor, en 1560[2]. El nuevo título era de por sí muy atractivo y contenía resonancias sugerentes para el lector de 1561: *Arrest Memorable, du Parlement de Tolose, Contenant une histoire prodigieuse, de nostre temps, avec cent belles, & doctes Annotations, de monsieur maistre Jean de Coras, Conseiller en ladite cour, & rapporteur du proces. Prononcé es Arrestz Generaulx le xii Septembre MDLX.*

En Francia se publicaban a veces informes de fallos criminales como el del proceso del italiano condenado por haber envenenado al Delfín de Francia en 1536. Y empezaban a aparecer libros sobre procesos, tanto criminales como civiles[3]. Pero en la obra de Coras el fallo propiamente dicho solo ocupaba dos páginas sobre un total de 117 y en lugar de reservarse los comentarios para un tratado erudito sobre derecho criminal, el juez había preferido desarrollarlos ampliamente. Coras debió ser el primer jurista francés que estudiara uno de sus asuntos criminales en una obra en lengua vernácula[4].

Y aparecía la expresión: *«une histoire prodigieuse»*. Las colecciones de «prodigios» –plantas o animales fabulosos, visiones extrañas en el cielo y nacimientos monstruosos– se vendían rápidamen-

---

[2] E. Droz, «Antoine Vincent: La Propagande protestante par le Psautier», en *Aspects de la propagande religieuse, études publiées par G. Berthoud et al.* (Ginebra, 1975), pp. 276-293. N. Z. Davis, «Le Monde de l'imprimerie humaniste: Lyon», en *Histoire de l'édition française,* ed. Henri-Jean Martin y Roger Chartier (París, 1982), vol. 1, pp. 255-277.

[3] Seguin, *L'lnformation… de Luis XII a Henri II,* reinado de Francisco I: nos. 55, 142; reinado de Enrique II: n.º 29. Jean Papon, *Recueil d'arrestz notables des courts souveraines de France* (Lyon, Jean de Tournes, 1557).

[4] A partir del Edicto de Villers-Cotterêts en 1539, todos los procesos judiciales tenían que ser en francés. En los casos civiles abiertos al público las defensas de los abogados a veces se imprimían y, hacia finales del siglo XVI, se convirtieron en un género literario muy apreciado (Catherine E. Holmes, *L'Eloquence judiciaire de 1620 à 1660* [París, 1967]). En cambio los casos criminales en principio se cerraban al público hasta la lectura de la sentencia y, como en el caso de Martin Guerre, no tenían abogado defensor. Esto suponía que el autor no necesitó hacer una reconstrucción literaria del caso.

te, recién salidas de la imprenta. Hacía apenas un año que Vincent Sertenas había sacado las *Histoires prodigieuses* de Pierre Boiastuau, y cuando publicó el opúsculo de Le Sueur, la misma expresión se había deslizado en el soneto introductorio del relato del falso Martin: «Las historias más prodigiosas que puedas leer / De tiempos cristianos o de tiempos paganos… / Nada te parecerán / Tras leer la del falso marido…». Coras introdujo la palabra en el título de su libro con el mismo sentido que tenía en el de Boiastuau, que por otra parte había sido discípulo suyo en Valence. En realidad un prodigio es algo extraño y maravilloso pero no necesariamente único. Simplemente es más inusual que otros fenómenos o acontecimientos de la misma naturaleza. Esto significa que en el caso que nos ocupa esta impostura sobrepasaba todas las conocidas hasta entonces[5].

A primera vista el libro de Coras parece ser un comentario jurídico con un juego constante de referencias entre el texto y las anotaciones. En realidad, la mayor parte del texto no está constituida por documentos oficiales sino por lo que el autor denomina *«le Texte de la toile du procès»*[6], la «trama» del caso tejida por el propio Coras; y en general las anotaciones no tienen nada que ver con cuestiones legales.

Este nuevo uso de un género tradicional le dio a Coras una libertad que jamás había tenido, a pesar de que sus obras en latín abarcaran temas muy amplios. En primer lugar le permitió centrarse en una reflexión sobre las cuestiones esenciales de la práctica judicial de su tiempo: testimonios, hechos, tortura, naturaleza de la prueba, etcétera. El caso de Martin Guerre era un ejemplo en el que los «mejores» testimonios resultaban ser falsos, en el que la verdad estaba en los rumores y en el que los jueces estuvieron a punto de equivocarse. En segundo lugar, le permitía discutir sobre el matrimonio y los problemas que de él se derivaban: los esponsales de niños impúberes, la

---

[5] Jean Céard, *La Nature et les prodiges: L'Insolite au* XVI^e^ *siècle en France* (Ginebra, 1977), pp. 252-265. Michel Simonin, «Notes sur Pierre Boaistuau», *Bibliothèque d'humanisme et renaissance* 38 (1976), pp. 323-333. Seguin, *L'informatíon… de Louis XII à Henri II,* reinado de Enrique II: n.º 22. Pierre Boaistuau, *Histoires prodigieuses les plus memorables qui ayent esté observées depuis la Nativité de Iesus Christ iusques à nostre siècle* (París, Vincent Sertenas, 1560). Jean de Tournes había publidado *Des prodiges* de Jules Obsequent en 1555, cinco años antes de la *Admiranda Historia* de Guillaume Le Sueur. Le Sueur, *Histoire,* reverso de la página titular. Coras, pp. 11-12.

[6] Coras, p. 1.

impotencia, el abandono del lecho conyugal y el adulterio[7]. También le daba pie a abordar la cuestión religiosa sobre temas como la blasfemia y a lanzar alguna leve pulla contra el catolicismo. Las hostias consagradas y las hogazas como remedio para librar del maleficio a un hombre aquejado de impotencia eran «vanas supersticiones»; era mejor rezar y ayunar. Y sus observaciones sobre la brujería revelan una sensibilidad protestante: es necesario suplicar a Cristo que nos redimió con su pasión «que ilumine nuestros corazones y nos guíe con su luz para que gracias a su palabra seamos capaces de librarnos de las ilusiones, artificios e imposturas con las que el diablo intenta siempre atrapar a los hijos de Dios y a su Iglesia»[8].

Pero tal vez Coras veía en la historia de Martin Guerre un mensaje protestante en un sentido más amplio. Algunas de las circunstancias que rodearon su publicación nos inclinarían a creerlo. El editor Antoine Vincent era una de las figuras más destacadas del calvinismo francés. Un poco más tarde, en el mismo año 1561, consiguió un privilegio real para el salterio calvinista, un *best seller* en lengua vulgar que llegó a superar el éxito del *Arrest Memorable*. Coras dedicó su libro a Jean de Monluc, obispo de Valence, que en el mismo año fue declarado hereje por la Facultad de Teología de París. La publicación inicial de Le Sueur también tenía alguna vinculación con el protestantismo: un autor que evolucionaba hacia el calvinismo; una dedicatoria al juez Michel du Faur, sospechoso de simpatizar con los herejes y un impresor, Jean de Tournes que defendía la nueva religión. Sin duda Coras y Le Sueur pensaban que las desgracias de los Guerre no hubieran podido producirse en una ciudad reformada como Ginebra, en la que las nuevas leyes sobre el matrimonio y un consistorio vigilante no habrían permitido un matrimonio entre personas tan jóvenes, o bien habrían obligado a Bertrande a divorciarse a tiempo y, en cualquier caso, habrían descubierto rápidamente el adulterio. Seguramente había sido un dios protestante el que había hecho regresar al hombre con una pierna de madera justo en el momento oportuno para acabar con la arrogancia de los jueces del Parlamento de Toulouse[9].

---

7 Coras, pp. 2-7, 40-45, 118-123.

8 Coras, pp. 44-45, 96.

9 El privilegio de Antoine Vincent para el Salterio tiene fecha de 19 de octubre, 1561. Sobre Jean de Monluc, véase AN, MM249, 130^{v}-133^{r}, 136^{r-v}, y Vidal, *Schisme et hérésie,* pp. 165-166, «Projet d'ordonnance sur les mariages», en Calvin, *Opera omnia,* vol. 38, pp. 35-44.

Pero si esto era lo que pensaban Coras y Le Sueur, es necesario añadir que no está explícito en sus textos. El *Arrest Memorable* iba dirigido a los lectores de ambas confesiones, católica y protestante. Más adelante incluso se imprimiría en empresas católicas de París. Vincent Sertenas, el impresor parisino de Le Sueur, también era católico. En realidad, la dedicatoria de Coras a Jean de Monluc solo sugiere el propósito secundario del libro: la historia contenía «un argumento tan hermoso, tan deleitable y tan monstruosamente extraño» que podría servirle al obispo de «entretenimiento y descanso» en medio de tantas preocupaciones[10].

Las características más importantes del *Arrest Memorable* son su mezcla de estilos y de enfoques. Se trata de un libro sobre cuestiones legales que cuestiona el funcionamiento de la ley, de un relato histórico que plantea dudas sobre su propia veracidad, un texto a medio camino entre el cuento moral, la comedia y la tragedia, en el que los héroes parecen villanos y los villanos parecen héroes y en el que la historia se cuenta de dos maneras distintas al mismo tiempo.

La matriz jurídica no es más que un recurso para lograr esta complejidad. El texto está construido sobre la base del informe de Coras a la Sala, y en él tenía que exponer tanto los argumentos a favor como en contra del acusado. A partir de ahí, Coras pudo jugar con un texto en el que se refería al «demandado» y al «susodicho du Tilh» y unas anotaciones en las que se refería a «ese rústico», «ese libertino» y «ese prodigioso embaucador».

Además, Coras exageró algunos aspectos y omitió otros –incluso podríamos decir que a veces alteró la verdad– en la construcción de su relato. En primer lugar, hace que la memoria de Arnaud du Tilh sea aún más extraordinaria de lo que era en realidad: según Le Sueur, Arnaud olvidó el nombre de uno de los padrinos que asistió a la confirmación de Martin Guerre, pero según Coras no olvidó nada. En segundo lugar, se presenta a sí mismo y al tribunal menos convencidos de la inocencia de Arnaud de lo que estaban en realidad. No menciona que Bertrande y Pierre Guerre fueron encarcelados durante meses y es un hecho transcrito por Le Sueur y, lo que es más importante, anotado dos veces en los registros del Parla-

[10] Coras, *Arrest Memorable* (1561), f.* 2^{r-v}. Agradezco a Annie Charon la información sobre los vínculos católicos de Vincent Sertenas y de los editores parisinos del *Arrest Memorable* de Coras.

mento. La sentencia del 12 de septiembre de 1560 se refiere claramente a Bertrande de Rols y a Pierre Guerre como «prisioneros a causa del proceso»; pero cuando Coras reproduce el veredicto en su libro se contenta con sustituir la frase por un «etcétera».

Y esta omisión no se debe a una voluntad de concisión, puesto que Coras añadió a su versión del fallo varios crímenes de los que no se acusaba a Arnaud du Tilh: «rapto, sacrilegio, plagio [según el derecho romano, apoderarse de una persona para venderla o abusar de ella] y otros actos cometidos por el susodicho du Tilh, prisionero en funciones»[11]. En las anotaciones de Coras podemos ver que el juez consideraba estos crímenes como extensiones del delito de adulterio y de suplantación fraudulenta de persona, pero seguramente también le permitían argumentar que Bertrande había sido forzada para así justificar la sentencia de muerte[12].

En general, todas estas exageraciones y omisiones tienden a convertir el *Arrest Memorable* en un cuento moral. Se ponen de relieve las cualidades excepcionales de Arnaud comparándolas con las de los grandes impostores de los tiempos bíblicos, de la Antigüedad clásica y de tiempos más recientes. El parecido físico entre dos individuos que no estaban unidos por ningún lazo de parentesco era en sí mismo poco frecuente, pero hasta donde Coras había podido llegar en sus investigaciones, no se conocía ningún ejemplo en que el parecido en el aspecto y el comportamiento –«mil mentiras necesarias»– hubiera dado lugar a semejante engaño por un periodo de tiempo tan largo. En el siglo XIII el falso conde Balduino de Flandes, a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado acallar las sospechas de la hija del conde, Jeanne. En este caso, los parientes habían sido burlados y también, y esto «era lo más admirable», su propia mujer, que había vivido con él en la intimidad durante tres años «sin jamás apercibirse, ni tan solo sospechar el fraude». Esta versión explica la confusión gracias a la extraordinaria capaci-

[11] Coras solo tuvo dificultades con el robo, porque Justiniano no había prescrito la muerte por este crimen. Coras demostró que se trataba de un gran robo (la herencia de Martin), y que incluía traición y la ruptura de la paz familiar, para justificar que mereciera la pena de muerte (pp. 126-127).

[12] Le Sueur, *Historia,* pp. 11, 18. Coras, pp. 90, 108-109, 123-128. ADHG, B, La Tournelle, vol. 74, 20 de mayo, 1560; vol. 76, 12 de septiembre, 1560. Para otras fuentes, véase Marcel Tetel, «Montaigne et le Tasse Intertexte et Voyage», en *Montaigne et les Essais (1580-1980). Actes du Congrès de Bordeaux,* junio de 1980 (Ginebra, 1982), pp. 306-319.

dad de engaño de Arnaud du Tilh. Esto permitía acusarle de prácticas mágicas –Coras afirmaba que se reafirmaba en su opinión a pesar de que du Tilh negara tener poderes diabólicos– y no deja lugar a dudas sobre la necesidad de una ejecución ejemplar. Además presenta a Bertrande en el papel de víctima inocente, algo fácil de aceptar dada «la debilidad de su sexo, fácil de engañar con la astucia, la malicia y los ardides de los hombres»[13].

De todas formas, presentar los hechos de esta manera podía resultar un poco preocupante tanto para los maridos como para los amantes. En todas las historias cómicas, tan corrientes en aquella época, en que un personaje sustituía a otro para hacer el amor en su lugar amparándose en la oscuridad de la noche, la mayoría de veces la víctima no se daba cuenta de nada –solo conozco una excepción: el viejo caballero de les *Cent Nouvelles Nouvelles* nota la diferencia entre la firmeza del pecho de la joven sirvienta y las formas blandas de su esposa[14]–. Pero en el caso de Bertrande se trataba de una historia verdadera y no de un estereotipo de la literatura galante y además la superchería duraba mucho más que una noche. ¿Era posible que la «debilidad del sexo» fuera tan grande que las esposas no pudieran distinguir entre el amor conyugal y el adulterio? El marido engañado, Martin Guerre, estaba convencido de lo contrario, tal como lo prueban las palabras que pronunció ante el tribunal según el relato de Coras y de Le Sueur. Y se hace difícil creer que Coras, cuyas relaciones con Jacquette de Bussi conocemos bien, pudiera creer realmente que las mujeres fueran tan fáciles de engañar[15].

---

[13] Coras, pp. 11-12, 139, 149.

[14] *Cent Nouvelles Nouvelles,* cuento 35. Comparar con el *Heptaméron* de Margarita de Navarra, Segundo Día, cuento 14 (el señor de Bonnivet sustituye al amante italiano de la mujer milanesa); Quinto Día, cuento 48 (dos franciscanos sustituyen al marido de una novia aldeana del Perigord); en *All's Well That Ends Well* de Shakespeare (Helen sustituye a Diana en la cita con Bertram, conde del Rosellón) y *Measure for Measure* (Mariana sustituye a Isabelle en la cita con Angelo). En todas estas obras la persona engañada solo se entera de la verdad cuando se la revelan más tarde. Stith Thompson no da la referencia de un cuento con el mismo tipo de impostura que la de la historia de Martin Guerre; el ejemplo más parecido es el de un gemelo que engaña a la mujer de su hermano; *Motif-Index of Folk Literature* (Bloomington, 1955-1958), K1915-1917, K1311.

[15] Sus relaciones con su hija Jeanne de Coras también sugieren que la tenía en gran estima. En septiembre de 1559 tradujo para ella, del latín al francés, *Les Douze reigles* de Giovanni Pico della Mirandola, para que en su momento le sirvieran para defenderse de la tentación. El trabajo se publicó en 1565, en Lyon, junto con una nueva edición del *Arrest Memorable.*

El juez había dejado otras lagunas en este cuento moral que permitían reclasificarlo en otro género. ¿Dónde está el héroe? Se supone que un cuento moral empieza con la partida del héroe y acaba con su regreso, el desenmascaramiento del falso héroe y la boda final. Pero en cambio Coras condena la partida de Martin Guerre y a su regreso, aunque sea providencial, lo presenta implacable e impenitente; Martin no logra vencer el reto de la memoria de Pansette. Coras no nos dice si la pareja fue feliz tras el reencuentro. Le Sueur, que no manifiesta muchas simpatías hacia Martin, al menos incluyó la escena en que el presidente Mansencal intentó reconciliar a los dos esposos; pero en Coras esto no aparece[16].

Todavía resulta más sorprendente la omisión, en la primera edición del *Arrest Memorable*, de la confesión y la ejecución de Arnaud du Tilh. La confesión se menciona dos veces de pasada[17] –el hecho pasaría inadvertido para el lector apresurado– y el libro finaliza con la reexpedición del condenado al tribunal de Rieux.

Hasta la edición de 1565 Coras no palió esta laguna con la descripción de la confesión de Arnaud du Tilh en Artigat, pero reintrodujo la ambigüedad porque en una de sus hermosas anotaciones describió toda la historia como una «tragedia».

> Texto.— Viendo y considerando que los amigos más íntimos y cercanos del susodicho Martin Guerre le habían tomado a él por Martin decidió representar la tragedia que acabáis de oír.
>
> Anotación CIIII.— Fue verdaderamente una tragedia para este simpático patán, porque el desenlace fue muy funesto y desgraciado para él. Porque nadie sabe la diferencia entre tragedia y comedia.

El impresor de la edición de 1572 añadió su grano de arena al referirse a una «tragicomedia», concepto que iba abriéndose paso lentamente en la teoría y la práctica literarias de la Francia del siglo XVI[18]: «Porque la prótasis, o entrada de esta, es alegre, agradable y recreativa, conteniendo astucias, ardides y engaños de un ma-

---

16 Vladimir Propp, *Morphologie du conte,* tr. Marguerite Derrida (París, 1970 [ed. cast.: *Morfología del cuento,* trad. Francisco Díez del Corral, Madrid, Akal, 1985, reimp. 2011]).

17 Coras, *Arrest Memorable* (1561)*,* f.** 3^{r-v}, pp. 70-71.

18 Resulta muy interesante que el término «tragicomedia» se usara por primera vez en un prólogo del *Anfitrión* de Plauto, una obra sobre la impostura, que se editó en latín y en francés a principios del siglo XVI.

rido falso y supuesto». (El lector podría pensar que tenía entre sus manos un ejemplar del *Decamerón* de Boccaccio o del *Heptamerón* de Margarita de Navarra, o quizás de la novela picaresca *El Lazarillo de Tormes*.) «La epítasis o desarrollo es incierta y dudosa, por los debates y los enfrentamientos durante el proceso. La catástrofe o desenlace de la moraleja es triste, penosa y miserable…». También Le Sueur confirió un matiz particular a su breve relato, al referirse repetidas veces a una tragedia[19].

Pero merece la pena destacar la originalidad de la visión de Coras. En Francia, la tragicomedia tenía un desenlace feliz y presentaba personajes nobles –al menos los protagonistas–. En las *Histoires tragiques* del italiano Bandello, traducidas adaptadas y publicadas por Boaistuau en 1559, se combinaban el elemento trágico y la pasión «prodigiosa», una asociación también sugerida por la relación entre Arnaud y Bertrande, pero ninguno de los protagonistas era un aldeano. Coras fue capaz de concebir «una obra trágica con personas de baja condición» gracias a su propensión a identificarse en cierta manera con un hombre rústico que al igual que él había sido capaz de hacerse a sí mismo[20].

En la versión tragicómica Arnaud du Tilh aún conserva algunos dones poco comunes; se le compara a Júpiter que se hizo pasar por Anfitrión para seducir a su mujer y se le coloca por encima de las memorias más prodigiosas de la Antigüedad, como la de Porcio Latro, el amigo de Séneca. Pero tiene cómplices, entre los cuales se cita a Bertrande de Rols que en lugar de ser su víctima decide conscientemente simular estar casada con él. (Esta faceta de Bertrande también está presente en el texto de Coras pero es menos importante que la de fiel esposa engañada. La posibilidad de que una mujer honorable se atreviera a disponer de su cuerpo a su antojo podía ser más inquietante que la del falso Martin. Podía dar lugar a alguna pesadilla, como cuando en su correspondencia con Jacquette Coras

[19] Coras, *Arrest Memorable* (Lyon, Antoine Vincent, 1565), pp. 158-178, annotation 104. Coras (1572), f. *ii^{v}. Le Sueur, *Historia,* pp. 4, 11, 22; *Histoire,* A iii^{r}, C iii^{v}. Henry C. Lancaster, *The French Tragi-Comedy. Its Origin and Development from 1552 to 1628* (Baltimore, 1907); Marvin T. Herrick, *Tragicomedy: Its Origin and Development in Italy, France and England* (Urbana, 1955); Susan Snyder, *The Comic Matrix of Shakespeare's Tragedies* (Princeton, 1979).

[20] *Histoires tragiques, Extraictes des oeuvres Italiennes de Bandel, et mises en langue Françoise: Les six premieres, par Pierre Boaistuau… Et les suivantes par François de Belleforest* (París, 1580); Richard A. Carr, *Pierre Boaistuau's «Histoires Tragiques»: A Study of Narrative Form and Tragic Vision* (Chapel Hill, 1979); Coras, p. 147.

alude a un «extraño sueño que tuve ayer, en el que ante mis ojos os volvíais a casar con otro y cuando os reprochaba el mal que me causabais, por toda respuesta me dabais la espalda»[21].) Aquí se aplaude el engaño de un marido primero impotente y después ausente. Así, Amaud du Tilh se convierte en una especie de héroe, un Martin Guerre más real que el hombre de corazón duro y con una pierna de madera; no es la impostura lo que es una tragedia, sino su descubrimiento.

[21] Coras, pp. 107, 138. *Lettres de Coras,* p. 16. La Bertrande que decide por sí misma no aparece en el texto de Le Sueur.

XII

DES BOYTEUX (SOBRE LOS COJOS)

«Os mando… uno de mis *Arrests* de Martin Guerre que se ha vuelto imprimir por quinta vez» escribía Jean de Coras a su mujer en diciembre de 1567. Podía estar orgulloso del éxito del libro que tal vez hasta se publicara en París y en Bruselas en 1565, violando el privilegio de nueve años. Habían reducido el formato, claro indicio de que el libro costaba menos y de que los editores esperaban alcanzar un mercado más amplio. A principios de 1572 algunos editores parisinos lo publicaron con su propia concesión real de diez años[1].

Pero en aquella época Coras no pensaba en su *Arrest Memorable.* Tras el levantamiento calvinista de Toulouse de mayo de 1562 el juez se había enemistado con sus colegas católicos del Parlamento (los testigos aseguraban que varios arcabuces se dispararon desde las ventanas de la casa de Coras pero él lo negó categóricamente). Hacia principios de 1568 los jueces protestantes fueron no solo expulsados del Parlamento, sino también condenados por alta traición y colgados en efigie. Coras se puso al servicio de la reina hugonote de Navarra, Jeanne d'Albret, en calidad de canciller. De regreso a Toulouse tras la pacificación fue encarcelado junto a François de Ferrières como parte de las consecuencias de la masacre de la Noche de San Bartolomé en París. En octubre

[1] ADHG, E916, 8 de diciembre, 1567. Una inscripción en latín en la hoja volante de la edición de 1579 de la Biblioteca del Arsenal dice que el ejemplar se vendió, por 10 *sous,* en febrero de 1583, un precio medio para un libro de este tipo.

de 1572 una muchedumbre de católicos los linchó con sus togas frente al edificio del Parlamento[2].

Sin embargo, los libros de Coras se siguieron publicando. Mientras arreciaban los enfrentamientos a causa de la iglesia verdadera y de la falsa y de las trampas que puede tender el diablo, el libro sobre un marido impostor se volvió a publicar en París en 1579. En 1576 y 1588 aparecieron en Fráncfort algunas traducciones latinas de la primera edición (una de ellas llegó hasta Inglaterra) y a finales de siglo el impresor Barthélemy Vincent de Lyon recuperó al autor que su padre había editado anteriormente[3].

La mayoría de compradores del libro eran principalmente juristas y jueces, aún podemos ver sus firmas en las primeras páginas y sus anotaciones marginales; generalmente los hacían encuadernar con la *Paraphraze sur l'Edict des Mariages clandestinement contractez* del mismo autor, o con algún otro tratado sobre derecho matrimonial. En los primeros años del siglo XVII el *Arrest Memorable* se incluía entre las obras fundamentales para todo aquel que hiciera estudios de derecho. Pero también se apreciaba el libro por sus cualidades literarias; un lector de este tipo lo hizo encuadernar con la *Admiranda Historia* de Le Sueur[4].

---

[2] ADHG, B56 (arrêts civils), 557^{v}-558^{r}; B57, 65^{r}, 70^{r}-73^{v}; B67, 478^{v}-479^{r}. IADHG, B64, f. 69; B62, f. 73; B68, f. 449. Archives Municipales de Toulouse GG826, declaración del 26 de mayo, 1562 (referencia amablemente proporcionada por Joan Davies). [¿Jean de Coras?], *Les Iniquitez, Abus, Nullitez, Iniustices, Oppressions et Tyrannies de l'Arrest donné au Parlement de Toloze, contre les Conseillers de la Religion,* febrero de 1568, en *Histoire de Nostre Temps, Contenant un Recueil des Choses Memorables passees et publiees pour le faict de la Religion et estat de la France, depuis l'Edict de la paciffitation du 23 iour de Mars 1568 iusques au iour present. Imprimé Notuvellement. Mil D. LXX* [La Rochelle, Barthélemy Berton], pp. 321-354. E. Droz, *Barthélemy Berton, 1563-1573* (*L'lmprimerie à La Rochelle,* 1; Ginebra, 1960), pp. 98-106. J. de Galle, «Le Conseil de la Reine de Navarre à La Rochelle… 1569-1570», *Bulletin de la société de l'histoire du protestantisme français* 2 (1855), pp. 123-137. *Lettres de Coras,* pp. 23-28. Jacques Gaches, *Mémoires,* pp. 75, 117-120, 193, 417-418. El tercer juez linchado por la multitud era Antoine I de Lacger, hermano mayor de Antoine II de Lacger, el marido de la hija de Coras, Jeanne.

[3] Véase mi bibliografía sobre estas ediciones. La copia de la ed. en latín, Fráncfort, 1576, de la Bibliothèque Nationale (F32609), lleva la signatura del coleccionista inglés del siglo XVII Kenelme Digby.

[4] Ejemplares del *Arrest Memorable* en poder de abogados: 1561, Bibliothèque Municipale de Lille; Lyon, 1565, Bibliothèque Municipale de Poitiers. Copias encuadernadas con la *Paraphraze sur l'Edict des mariages clandestinement contractez,* París, 1572: Bibliothèque Nationale (F32604); Bibliothèque Municipale de Lyon (337624); París, 1579: Robinson Collection, Facultad de Derecho, Universidad de California en Berkeley. Copias encuadernadas con otras obras sobre derecho matri-

La obra de Le Sueur acabó su carrera transformándose, como sucedía a veces con algunos relatos verídicos, en una leyenda popular. Ya en la primera edición en francés las comparaciones con Júpiter, Mercurio, Anfitrión y Sosias desaparecieron; Artigat se convirtió en «Artigne» y du Tilh en «Tylie» y estos errores ya no se corregirían nunca. En el título de la reimpresión de 1615 Bertrande se transformó en una «mujer notable» y el contexto histórico desapareció: la historia se desarrolla «en la época los últimos desórdenes» sin ninguna referencia a la batalla de San Quintín o a Felipe II[5].

Conocemos las reacciones de los lectores a través de aquellos que decidieron reescribir la historia o comentarla. Jean Papon, juez real en Le Forez, la incluyó en el apartado de los adulterios de su *Recueil d'arrestz notables* redactado en 1566. Lo que más le había chocado era la multiplicidad de crímenes perpetrados por Arnaud du Tilh (multiplicidad que como recordaremos fue obra de Coras en la primera edición impresa) y consideraba que cada uno de ellos podía merecer la pena capital. Géraud Maynard, un estudiante de Coras que más adelante llegaría a ser juez del Parlamento de Toulouse, trató la cuestión de la legitimidad de Bernarde du Tilh y de sus derechos sobre la herencia de su padre, convicto de impostura, como tema central de sus *Notables… questions du Droit*. Étienne Pasquier incluyó el caso de Martin Guerre en sus *Recherches de la France* entre otros que se habían resuelto gracias a pruebas milagrosas. El distinguido juez de París se basaba en la narración de Le Sueur para afirmar –y estaba seguro de que las mujeres estarían de acuerdo con él– que Martin Guerre debería haber sido castigado por abandonar a su mujer[6].

Pero los comentaristas que no se interesaban por el derecho se sentían atraídos principalmente por el carácter «prodigioso» de la aventura. El erudito impresor Henri Estienne la utilizaría para demostrar que la historia de Herodoto sobre una impostura que no fue

---

monial: Lyon, 1565, Biblioteca Británica, propietario original francés (G 19.341); Lyon, 1605, Saint Geneviève. La edición de 1561, encuadernada con la *Admiranda historia* de Le Sueur, está en la Biblioteca Nacional de Francia (F 13876) y lleva la signatura del gran bibliófilo Claude Dupuys.

[5] Véase mi bibliografía.

[6] Jean Papon, *Recueil d'Arrests Notables des Courts souveraines de France* (París, Nicolas Chesneau, 1565), 452^{v}-456^{v}. Géraud de Maynard, *Notables et singulières Questions du Droict Escrit* (París, 1623), pp. 500-507; C. Drouhet, *Le poète François Mainard (1583?-1646).* (París, n. d.), pp. 7-8. Pasquier, *Recherches de la France,* libro 6, cap. 35.

descubierta no era tan increíble como parecía. Gilbert Cousin y Antoine du Verdier la incluyeron entre varios relatos sobre revueltas campesinas, apariciones de cometas, inundaciones y conspiraciones políticas. François de Belleforest la hizo figurar en un capítulo consagrado a los parecidos físicos notables en su continuación de las *Histoires Prodigieuses* de Boaistuau. (Al parecer estaba entre la multitud que escuchó la sentencia de Toulouse. Podemos preguntarnos si Belleforest no estaba pensando en Pansette como compatriota suyo cuando afirmó que los maridos de Comminges trataban a sus mujeres «con dulzura y no con la rudeza que se les atribuye a los gascones»)[7].

Tanto si su interés por la historia obedecía a motivos profesionales como literarios, todos estos autores coincidían en considerar a Arnaud du Tilh como el personaje central, aquel al que se teme y se admira, al que se envidia y se rechaza. Algunos mencionaron la posibilidad de alguna intervención diabólica pero sin insistir demasiado, seguramente porque en los procesos de la época la impostura no era el tipo de crimen que se imputaba a las brujas[8]. En estas versiones también desaparece completamente la Bertrande que decide por sí misma, así como cualquier duda sobre la validez del veredicto. Pero debemos añadir que hasta el siglo XX no tenemos ningún comentario femenino sobre la historia. La respuesta de Jacquette de Bussi al regalo que recibió de su marido no ha llegado hasta nosotros. De todas maneras, me extrañaría que creyera que Bertrande de Rols se hubiera dejado engañar durante más de tres años[9].

---

[7] Herodotus, *Historiae libri IX et de vita Homeri libellus… Apologia Henr. Stephani pro Herodoto* (Ginebra, Henri Estienne, 1566), f.**** ii^{r}. Henri Estienne, *L'lntroduction au traité de la conformité des merveilles anciennes avec les modernes* (1566), ed. P. Ristelhuber (París, 1879), pp. 24-25. Gilbert Cousin, *Narrationum sylva qua Magna Rerum* (Basilea, 1567), libro 8. Antoine Du Verdier, *Les Diverses Leçons* (Lyon, Barthélemy Honorat, 1577), libro 4, caps. 21-27. *Histoires prodigieuses, extraictes de plusieurs fameux Autheurs… divisees en deux Tomes. Le premier mis en lumière par P. Boaistuau… Le second par Claude de Tesserant, et augmenté de dix histoires par François de Belleforest Comingeois* (París, Jean de Bordeaux, 1574), vol. 2, ff. 279^{r}-289^{r}. *Cosmographie universelle… enrichie par François de Belleforest,* p. 372. Céard, *Les Prodiges,* pp. 326-335.

[8] Papon, 456^{r-v}; Du Verdier, pp. 300-301; Pasquier, pp. 570-571. Alfred Soman, «La Sorcellerie vue du Parlement de Paris au début du XVII^{e} siècle», en *La Gironde de 1610 à nos jours. Questions diverses. Actes du 104^{e} Congrès national des Sociétés Savantes, Bordeaux, 1979* (París, 1981), pp. 393-405.

[9] La atractiva novela de Janet Lewis, *The wife of Martin Guerre,* difiere en muchos aspectos de mi versión histórica, pero ambas coinciden en presentar a una Bertrande que no es una víctima y con un carácter bastante independiente.

279

DE DEVX GENTILS-hommes ſe rapportans tellement de face, voix, parole & geſtes qu'il eſtoit impoßible de les diſcerner en ſorte quelconque.

Hiſtoire premiere.



IE n'ignore point qu'entre les grands miracles de la nature on n'aie de tout

Un caso con notables concomitancias del siglo XVI, tomado de François de Belleforest, *Histoires prodigieuses* (París, 1574)

Existen dos excepciones en la unanimidad de las reacciones masculinas ante la historia de Martin Guerre. La primera es la del poeta occitano Auger Gaillard, soldado albigense y protestante. En sus *Amours prodigieuses* de 1592, no se identificaba con el «embaucador aguerrido» sino con la esposa burlada:

> … en Francia y en Béarn
> he visto tantas muchachas que se parecían
> hasta el punto que podían intercambiarse fácilmente
> y burlarme tranquilamente.

Y se alegraba de estar enamorado de una mora, porque así estaba seguro de reconocerla, ¡aunque se ausentara durante más de un siglo![10].

La segunda es la de Montaigne y su *Des boyteux* (Sobre los cojos), cuya publicación se remonta a 1588[11]. A menudo se ha dicho que este ensayo menciona el caso de Toulouse solo incidentalmente y que la cuestión principal versa sobre por qué no era correcto quemar a las brujas, pero de hecho las soluciones que Montaigne propone no se limitan a los casos de brujería; además la influencia de Coras y de su texto es patente en todo el ensayo. En él el autor comenta la dificultad de desentrañar la verdad e intenta explicarnos hasta qué punto la razón humana es un instrumento falible: «La verdad y la mentira tienen el mismo aspecto… las miramos con el mismo ojo». El mismo Montaigne podía dejarse arrastrar, en el ardor de un razonamiento, a exagerar «la verdad inocente» con la fuerza de sus palabras. Siempre intentamos hacer prevalecer nuestras opiniones y queremos obligar a los otros a aceptarlas por cualquier medio. Es mejor dudar que estar excesivamente seguro de sí mismo; vale más ser un aprendiz a los sesenta años que creerse doctor a los diez.

En este punto de su razonamiento que constituye el eje central del ensayo, Montaigne introduce un comentario sobre el caso de Martin Guerre:

---

[10] Auger Gaillard, *Oeuvres complètes,* publ. y tr. Ernest Nègre (París, 1970), pp. 514, 525-526.

[11] Montaigne, *Oeuvres complètes,* libro 3, cap. 11. Utilizo la traducción coetánea de John Florio, *The Essayes or Morall, Politike and Millitarie Discourses of Lord Michael de Montaigne* (Londres, 1610), «Of the Lame or Cripple», pp. 612-617.

> En mi juventud asistí a un proceso que Coras, juez de Toulouse, hizo imprimir, sobre un suceso extraño: dos hombres pretendían ser la misma persona… Recuerdo (y de pocas cosas me acuerdo tan bien) que encontré la impostura de aquel que Coras condenaría como culpable, tan extraordinariamente maravillosa y tan por encima de nuestros conocimientos y de los del juez, que hallé la sentencia, que le condenaba a la horca, muy arriesgada.

Montaigne no se hubiera atrevido a pronunciarse sobre el asunto, al igual que los sesenta campesinos de Artigat que no veían ninguna diferencia entre Martin Guerre y Arnaud du Tilh[12].

> Podríamos aceptar un tipo de sentencia que rezara así: «Este tribunal no entiende nada» más libremente e ingenuamente que los Aeropagitas, los cuales al encontrarse comprometidos con una causa que no podían poner en claro, ordenaron a las partes que se volvieran a presentar al cabo de cien años.

Montaigne hacía hincapié en la poca consistencia de las pruebas necesarias para tomar decisiones tan irrevocables como condenar a una bruja a la hoguera: «Para matar a alguien es necesario tener una certeza luminosa y neta». Y Montaigne cita el proverbio italiano: «Aquel que no ha yacido con mujer coja, no conoce los placeres de Venus». Algunos también lo aplicaban a los hombres y pretendían que lo que les faltaba en las piernas lo tenían en la entrepierna. Tal vez el ejemplo máximo de la cojera de nuestros razonamientos fuera el poder que la imaginación tiene sobre ellos. Por este camino Montaigne pasa a interrogarse sobre la «temeridad» del que juzga: según él «la única sentencia que pesa sobre el hombre es la de la necesidad y la imposibilidad de ir más allá».

En *Des Boyteaux* Montaigne es muy duro con Coras, que había muerto tiempo atrás, incluso demasiado duro, porque paradójicamente, Montaigne expone allí uno de los mensajes esenciales del *Arrest Memorable*. Coras actuó como un doctor cuando tenía poco más de diez años y firmó su libro con la divisa *«A raison cède»*

---

[12] Recordemos que al final del proceso, cuando Montaigne estaba presente, Arnaud du Tilh aún mantenía que él era Martin Guerre. Además podría ser que Montaigne solo hubiera leído la primera edición del *Arrest* de Coras, en la que no se habla de la confesión de Arnaud.



El castigo llega con una pierna de madera, de Otto Vaenius,
Quinti Horatii Flacci Emblemata (Amberes, 1612)

(«Me someto a la razón»); pero a los cuarenta y cinco años reconoció hasta qué punto su razón le había fallado y lo difícil que era para un juez desentrañar lo verdadero de lo falso. Coras había recomendado la pena de muerte y tendría que haber pedido las galeras o el destierro. Pero fue la narración del juez, en la que se analizaba el asunto en todos sus aspectos, la que le dio a Montaigne las armas para atacarle. Y Montaigne lo tenía más fácil: no escribía en calidad de juez sino «por la vía de la disertación», mientras que Coras tuvo que vérselas con una familia dividida y todo un pueblo esperando la decisión del tribunal.

El *Arrest Memorable* y *Des Boyteux* adquieren una nueva dimensión si los consideramos conjuntamente. A lo largo de sus páginas Montaigne hace continuas referencias a las piernas. La pierna del príncipe deformada por la gota, pretendidamente curada gracias a la «operación maravillosa» de un cura; las piernas frágiles de los franceses y las piernas fuertes de los alemanes, en ambos casos explicadas por la práctica de la equitación; las piernas deformadas y la sensualidad de la mujer coja. Él mismo era deforme, lo que es difícil de entender: «No he visto nunca tan gran monstruo o milagro como yo mismo… cuanto más me observo y me conozco, más me sorprende mi deformidad y menos me entiendo a mí mismo». Las piernas de Martin Guerre y de Arnaud du Tilh también fueron motivo de controversia y no es evidente que «el hombre que llegó de España con una pierna de madera» fuera un indicio tan convincente. Desde Horacio sabemos que el castigo siempre llega a la pata coja peor, pero que aún así siempre alcanza al criminal más veloz. Pero también conocemos el proverbio que dice que la mentira siempre llega a la pata coja, así que estamos en las mismas[13]. Coras creía que había descubierto quién era el impostor, pero en lo más profundo del *Arrest Memorable* late una incertidumbre tan sobrecogedora como en Montaigne.

---

[13] Coras, pp. 52, 74, 88. Montaigne, *Essayes*, pp. 614, 616. *Quinti Horatii Flacci Emblemata* (Amberes, Philippe Lisaert, 1612), pp. 180-181: «Raro antecedentem scelestum / Deseruit pede poena claudo», de las *Odas,* libro 3, oda 2. Cesare Ripa, *Iconologia overo Descrittione dell'Imagini universali cavate dall'Antichità et da Altri Luoghi* (Roma, Herederos de Gio. Gigliotti, 1593), p. 37: Bugia. La personificación de la mentira tiene una pierna de madera porque «la bugia ha le gambe corte». Otros ejemplos de significados cruzados de una pierna de madera o de la cojera: Saturno con una pierna de madera (Adhémar, *Inventaire,* vol. 2, p. 272); la cojera o la deformidad de los pies asociadas con los intentos de encubrir la verdad divina o la iniquidad (Giovanni Piero Valeriano Bolzoni, *Hieroglyphica* [Lyon, Paul Frellon, 1602], pp. 366-367).

XIII

EPÍLOGO

En 1563, cuando volvemos a tener noticias de la aldea de Artigat, las cosas parecían haber vuelto a su lugar y las dudas se habían ido enterrando. Pierre Guerre y Martin Guerre asociaron sus esfuerzos para dirimir una disputa entre dos familias vecinas: se decidió que A. Rols fuera uno de los que arbitraran en la disputa y todo el mundo estuvo de acuerdo en respetar esta decisión. Pierre seguía teniendo asuntos pendientes con el tribunal de Rieux: tenía abierto un proceso contra un importante mercader rural, James Delhure y su mujer Bernarde. Quizá se tratara de un intento de recuperar para la familia Guerre alguna de las propiedades que Arnaud du Tilh había vendido. Coras pensaba que Martin Guerre tenía derecho a anular esos contratos y los compradores a quedarse con los beneficios obtenidos de la tierra en el ínterin[1].

No tenemos noticias directas de Martin Guerre y Bertrande de Rols pero se percibe que entre ellos se daban las condiciones necesarias para establecer un armisticio. Si ella era adúltera, él resultaba ser un cornudo. (En cualquier caso existía una antigua tradición local que establecía la reconciliación de los esposos adúlteros mediante el pago de una multa[2].) Ella tenía que hacer olvidar la facilidad con que había aceptado al impostor y él su irresponsabilidad al abandonar a su familia. Ahora Martin podía contar aventuras mara-

---

[1] ADAr, 5E6653, 63^{r}, 97^{r}-98^{r}. Coras, pp. 23-24.

[2] F. Pasquier, «Coutumes du Fossat», pp. 278-320. Philippe Wolff, *Regards sur le midi médiéval* (Toulouse, 1978), pp. 412-414.

villosas sobre su vida entre los grandes, en países lejanos y necesitaba una esposa que cuidara de su invalidez. (El terror popular a ser un lisiado se expresa en un juramento del Languedoc *«le maulubec vous trousse»,* «que el dolor de piernas no te deje lisiado»)[3]. Bertrande había desarrollado un talento y un sentido de la autoridad que antes no tenía y necesitaba un marido y un padre para sus hijos[4]. El único problema que habría podido surgir entre los dos era el de su estancia con el cardenal y con la orden de San Juan de Jerusalén que quizá le había reafirmado en su catolicismo, mientras que Bertrande tal vez era protestante.

Hasta el lecho conyugal de Bertrande volvió a tener actividad, según podemos colegir de la división de propiedades que se llevó a cabo entre los hijos del difunto Martin Guerre, en 1594. Sanxi había muerto pero no sin dar su nombre a un ahijado de la siguiente generación, Sanxi Rols. La fábrica de tejas, tres casas y varias parcelas en ambos márgenes del Lèze se repartieron entre Pierre y Gaspard Guerre, hijos de Martin y de Bertrande, y Pierre el joven (nacido alrededor de 1575) hijo de un segundo matrimonio de Martin[5]. (Los descendientes de Martin habían adoptado definitivamente las costumbres del Languedoc en detrimento de las tradiciones vascas.) A mediados del siglo XVII encontramos de nuevo un Martin Guerre en el pueblo y tiene al menos seis parientes que llevan el apellido de la familia, incluyendo a Maese Dominique, el notario; Anne de Guerre se casó con un Banquels. Los Guerres y los de Rols mantenían buenas relaciones: hacían de padrinos de los hijos respectivos, poseían tierras vecinas y en algunos casos las explotaban conjuntamente[6].

---

3 François Rabelais, *Oeuvres,* ed. J. Boulanger (Bibliothèque de la Pléiade, París, 1955 [véase la ed. cast., en 2 vols., de *Gargantúa* y *Pantagruel,* trad. de Juan Barja, Madrid, Akal, ²2004]), *Pantagruel,* prólogo, p. 169. Este dicho es aún corriente en el Languedoc. F. Mistral, *Lou Tresor dóu Felibrige ou Dictionnaire Provençal-Français* (Aix-en-Provence, 1979), II, p. 302.

4 Bernarde du Tilh vivía evidentemente con su madre. Los bienes de Arnaud du Tilh le fueron adjudicados «a fin de que Martin no fuera el responsable de dotarla». (Le Sueur, *Histoire,* E ii^{r}).

5 ADHG, B, Insinuations, vol. 6, 95^{v}-97^{v}. El único hijo de la viuda de Martin Guerre mencionado es Pierre *le jeune.* Aún era menor de edad con dos *«curateurs»,* lo que indica que tenía entre quince y veinticinco años y que vivía con su madre, Jehanne Carolle. La familia Carol (también Carrel, Carolz) era de Artigat, pero de una posición más baja que los Rols (ADAr, 5E6656, 9^{r}).

6 ACArt, registro de matrimonios y bautismos de la parroquia de Artigat, 1632-1642. Catastro de 1651: Dominique Guerre; Gaspard Guerre, alias Bonnelle; Ra-

¿Significa esto que la vida se desarrollaba como si la impostura jamás hubiera ocurrido, que los valores inherentes a los derechos de sucesión y al matrimonio legal habían hecho olvidar totalmente la impostura? Creo que no. Es difícil que Bertrande olvidara su vida con Arnaud du Tilh y, en la aldea, se hablaría del caso evitando reavivar las viejas disputas. Seguramente se enteraron de la existencia del libro de Coras –es muy probable que los notarios y los mercaderes que iban y venían de Rieux oyeran hablar de él– pero también parece poco probable que los de Artigat tuvieran interés en leer en voz alta el *Arrest Memorable* durante las veladas nocturnas y prefirieran la versión de un extraño a la suya propia. Era una historia local que se contaba junto con otras, como la del último bastardo del pueblo o la del último emigrante del valle del Lèze que había ido a España y que, durante los años que pasó allí, tomó una concubina y creó una segunda familia[7]. Fue una historia que perduró junto a otras anécdotas y acontecimientos de mayor envergadura, como las Guerras de Religión.

Hace unos veintiocho años, en Artigat, una joven madre que había inmigrado recientemente desde la Cataluña francesa, hablaba con una vieja del pueblo al tiempo que empujaba el cochecito de su hijo y se quejaba de que «En Artigat nunca pasa nada». Y la vieja respondió, «Quizás ahora no, pero en el siglo XVI…» y le contó la historia de Martin Guerre.

* * *

mond Guerre; Jean Guerre; Jammes Guerre, François Guerre y Martin Guerre, hermanos; los herederos de Marie Guerre. Pierre Rols explota varios campos en común con los herederos de Marie Guerre. Los Guerre de Artigat sobrevivieron a sus procesos mejor que los Daguerre de Hendaya, que se vieron afectados por las persecuciones por brujería del Labourd en 1609. Marie y Johannes Daguerre estaban entre los testigos y Petri Daguerre, de setenta y tres años de edad, es descrito por el juez de Burdeos como el «maestro de ceremonias y gobernador del *sabbath*» y fue ejecutado. En Hendaya aún había Daguerre en 1620, y era un pueblo importante aunque no *jurat* (de Lancre, *Tableau de I'inconstance*, pp. 71, 125, 217; ADPyA, 1J160, n.° 46, 14 de enero, 1620). Los Du Tilh continuaban en Sajas y en Le Pin en los siglos XVII y XVIII, pero su posición siguió siendo modesta (ADHG, 2E2403, 43v-45r, 4E2016).

[7] ACArt, Registro de bautismos, 1634: «nace un bastardo… Jean, hijo de Ramond Guerre». Algunos trabajadores que emigraban a España establecían allí una segunda familia, y la abandonaban cuando volvían con la mujer y los hijos del Languedoc (comunicación oral de Jean-Pierre Poussou).

La historia de Martin Guerre se cuenta una y otra vez porque nos recuerda que los hechos sorprendentes son posibles. E incluso para el historiador que se ha empeñado en descifrarla, la historia conserva toda su fuerza. Creo que he logrado desentrañar la faz verdadera del pasado pero podría ser que Pansette se hubiera salido con la suya una vez más…

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LOS TEXTOS SOBRE MARTIN GUERRE

Las referencias se han ordenado cronológicamente según la fecha de la primera edición. Las ediciones posteriores y las traducciones se indican debajo de la primera edición.

Jean de Coras, *Arrest Memorable du Parlement de Tolose, Contenant une histoire prodigieuse, de nostre temps, avec cent belles et doctes Annotations, de monsieur maistre Jean de Coras, Conseiller en ladite Cour, et rapporteur du proces. Prononcé es Arrestz Generaulx le xii Septembre MDLX,* Lyon, Antoine Vincent, 1561, Avec Privilège du Roy (Quarto).
Reeditado en París, 1565, en octavo, sin privilegio y sin el nombre del editor.
Reeditado en Brujas, Hubert Goltz, 1565.
—, *Arrest Memorable… avec cent et onze belles et doctes annotations… Item, Les Douze Reigles du Seigneur Jean Pic de la Mirándola… traduites de Latin en Français par ledit Coras,* Lyon, Antoine Vincent, 1565. Avec privilège du roy. (Octavo).
Reeditado en París en 1572, sin *Les Douze Reigles,* edición conjunta de Galliot du Pré y Vincent Norment. Avec Privilege du Roy.
Reeditado en París en 1579, edición conjunta de Jean Borel y Gabriel Buon.
Reeditado en Lyon, Barthélemy Vincent, 1596, 1605, 1618.
—, *Arrestum sive placitum Parlamenti Tholosani, Continens Historiam (in casu matrimoniali) admodum memarabilem adeoque prodigiosam: unà cum centum elegantissimis atque doctissimis

Annotationibus Clariss. I. C. Dn. loan. Corasii… Doctiss. Viro Hugone Suraeo Gallo interprete, Fráncfort, Andreas Wechel, 1576. Reeditado en Fráncfort, Heirs Wechel, Claude Marnius y Jean Aubry, 1588.

GUILLAUME LE SUEUR, *Admiranda historia de Pseudo Martina Tholosae Damnato Idib. Septemb. Anno Domini MDLX Ad Michaelum Fabrum ampliss, in supremo Tholosae Senatu Praesidem.* Lyon, Jean de Tournes, 1561. «A Gulielmo Sudario Boloniensi Latinitate donatum» (p. 2); «colligeb. G. le Sueur Bolon» (p. 22). Bibliothèque Nationale, F13876.

—, *Histoire Admirable d'un Faux et Supposé Mary, advenue en Languedoc, l'an mil cinq cens soixante,* París, Vincent Serterras, 1561. Avec privilège du Roy.
En el mismo año aparecieron dos ediciones del mismo panfleto, una con el título que acabamos de enunciar (Bibliothèque Mazarine, 47214), y la otra con el de *Histoire* escrito *Histoite* (Bibliothèque Nationale, Res. Ln 27 9277bis). La reedición de Edouard Fournier en sus *Varietés historiques et littéraires* (París, 1867, vol. 8, pp. 99-118) no está fechada, está llena de errores y de añadidos del editor, y omite cuatro páginas del texto.

—, *Histoire admirable d'Arnatud Tilye, lequel emprunta faussement le nom de Martin Guerre, afin de jouir de sa femme,* Lyon, Benoit Rigaud, 1580.

—, *Histoire admirable dufaux et supposé mary, arrivée a une femme notable au pays de Languedoc en ces derniers troubles,* París, Jean Mestais, s. f. [*ca.* 1615].

JEAN PAPON, *Recueil d'Arrests Notables des Courts Souveraines de France… Nouvellement reveuz et augmentez outre les precedents impressions, de plusieurs arrests,* París, Nicolas Chesneau, 1565, ff. 452v-456v.

HENRY ESTIENNE, *Herodoti Halicarnassei historiae lib. ix… Henr. Stephani pro Herodotu,* Ginebra, Henri Estienne para Ulrich Fugger, 1566, fr.

—, *L'Introduction au traité de la conformité des merveilles anciennes avec les modernes. Ou traité prepartatif a L'Apologie peur Herodote,* Ginebra, Henri Estienne, 1566. Au lecteur.

GILBERT COUSIN, *Narrationum sylva qua Magna Rerum, partim à casu fortunae, partim à divina humanaque mente evenientium… Lib VIII,* Basel, Henricpetrina, 1567, pp. 610-611: «Impostura Arnauldi Tillii».

FRANÇOIS DE BELLEFOREST, *Histoires prodigieuses, extraictes de plusieurs fameux Authturs, Grecs et Latins, sacrez et Prophanes, divisees en deux Tomes. Le premier mis en lumiere par P. Boaistuau… Le second par Claude de Tesserant, et augmenté de dix histoires par François de Belleforest Comingeois,* París, Jean de Bordeaux, 1571. Vol. 2, f. 282r-v: «Faux Martin à Thoulouze».

Las ediciones posteriores incluyen París, 1574, Amberes, 1594 y París, 1598.

ANTOINE DU VERDIER, *Les Diverses leçons d'Antoine Du Verdier… Contenans plusieurs histoires, discours, et faicts memorables,* Lyon, Barthélemy Honorat, 1577. Libro 4, c. 26.

PIERRE GRÉGOIRE, *Syntagma luris Universi… Authore Petra Gregorio Tholosano I. V. Doctore et professore publico in Academia Tholosana.* Lyon, Antoine Gryphius, 1582. Part III, libro 36, cap. 6, «On the crime of adultery», p. 669.

MICHEL DE MONTAIGNE, *Essais*, París, 1588. Libro 3, c. 11, *Des boyteux.*

—, *The Essayes or Morall, Politike and Millitarie Discourses of Lord Michael de Montaigne… done into English by…]ohn Florio,* Londres, 1610, libro 3, c. 11, «Of the Lame or Cripple».

AUGER GAILLARD, *Les Amours prodigieuses d'Augier Gaillard, rodier de Rabastens en Albigeois, mises en vers françois et en langue albigeoise… Imprimé nouvellement,* [Béarn], 1592.

Reeditado por Ernest Négre en the *Oeuvres completes,* París, 1970. pp, 514, 525-526.

GÉRAUD DE MAYNARD, *Notables et singulieres Questions du Droict Escrit: Decidees et iugees par Arrests Memorables de la Cour souveraine du Parlement de Tholose,* París, 1628, pp. 500-507.

Este libro apareció por primera vez en 1603.

JACQUES-AUGUSTE DE THOU, *Historiarum sui temporis ab anno Domini 1543 usque ad annum 1607 Libri CXXXVIII,* Orléans [Ginebra], Pierre de la Roviere, 1620, vol. 1, p. 788.

La historia de Martin Guerre no apareció en la primera edición (1604) de esta famosa historia del Parlamento de París de Thou, Thou. Después de la edición de 1609, añadió un comentario sobre el caso (encuadernado con el vol. 4 de la edición de 1609 en la Reserve de la Bibliothèque Nationale, entre pp. 288 y 289); y finalmente se volvió a editar en 1620, después de su muerte, formando parte del libro 26.

—, *Histoire de Monsieur de Thou, Des choses arrivées de son temps. Mise en Françoispar P. du Ryer,* París, 1659, vol. 2, pp. 177-178. Estienne Pasquier, Les Recherches de la France, París, L. Sonnius, 1621. libro 6, c.35.

JACOB CATS, *S'weerelts Begin, Midden, Eynde, Besloten in den Trou-ringh Metden Proesf-steen van den Selven door I. Cats… Trou-geval sonder exempel, Geschiet, in Vranckryk, In het Iaer MDLIX, in Alle de Wercken,* Ámsterdam, 1658.

El prolífico moralista holandés explica la historia de Martin Guerre en versos rimados.

JEAN BAPTISTE DE ROCOLES, *Les imposteurs insignes ou Histoires de plusieurs hommes de néant, de toutes Nations, qui ont usurpé la qualité d'Empereurs, Roys et Princes… Par Jean Baptiste de Rocoles, Historiographe de France et de Brandebourg,* Ámsterdam, Abraham Wolfgang, 1683, cap. 18: «L'Imposteur Mary, Arnaud du Thil, Archi-fourbe».

Rocoles explica que aunque su libro en principio se centrara en impostores que pretendían robar cetros y coronas, hacía una excepción con este caso porque era «memorable y prodigioso». Sigue la versión de Coras, según dice, y solo introduce cambios ahí donde «la dureza de las expresiones» no estaría acorde con «la delicadeza de los tiempos presentes» (p. 287).

—, *Geschichte merkwürdiger Betrüger* (traducción alemana), Halle, 1761, vol. L, pp. 419-445.

GERMAINE LAFAILLE, *Annales de la ville de Toulouse,* Toulouse, 1687-1701, Pt. 2, pp. 198-199.

F. GAYOT DE PITAVAL, *Causes célebres et intéressantes*, París, 1734, vol. 1, c. 1.

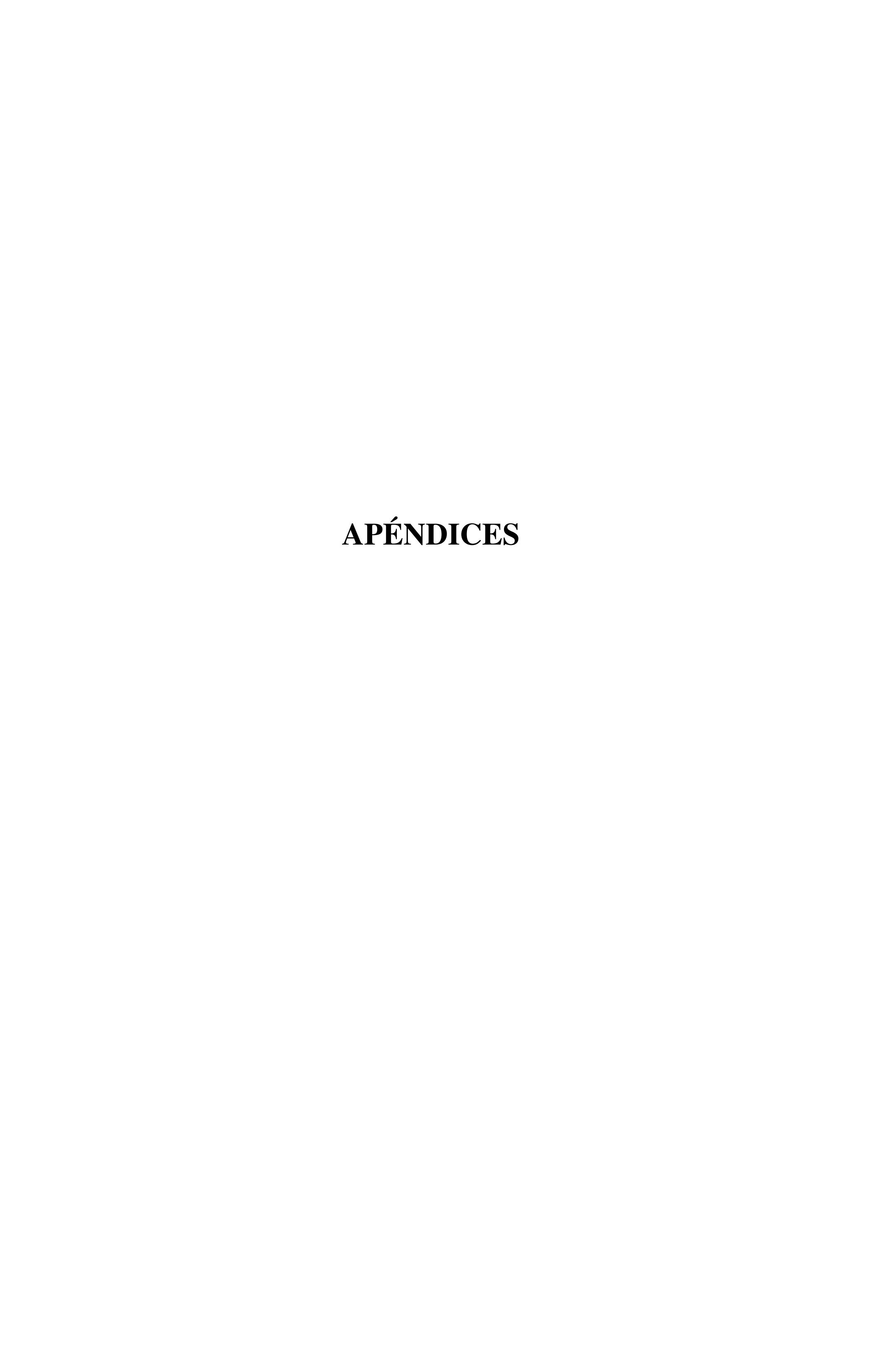
Nueva edición, revisada por M. Richer, Ámsterdam, 1772. Una de las reelaboraciones más interesantes sobre el caso de Martin Guerre y la única que especula libremente con la posibilidad de que Bertrande fuera cómplice de Arnaud du Tilh: «Mucha gente cree que Bertrande colaboró en el engaño, porque el error la favorecía». Era imposible que el impostor asumiera todos los pequeños gestos propios del verdadero Martin.

Traducción inglesa sin comentarios de la novelista Charlotte Turner Smith, como uno de los quince casos tomados de Gayot de Pitaval y Richer en *The Romanee of Real Life,* Londres, T. Cadell, 1787, vol, 2, cap. 4: «The pretended Martin Guerre». Primera edición americana, Filadelfia, J. Carey, 1799, pp. 202-221.

CHARLES HUBERT, *Le Faux Martinguerre, en La Famille d'Artigues, Mélodrame en Trois Actes, a Grand Spectacle, Tiré des Causes Célèbres… Représenté pour la première fois a Paris, sur le théâtre de la Gaieté, le 23 août 1808,* París, Barba, 1808.
Reeditado en París, 1824.
Tan novelado que resulta irreconocible: «Martinguerre» es un conde que ha estado un tiempo en la India: Arnaud du Tilh es desenmascarado por su propio padre, etcétera.
PIERRE LAROUSSE, *Grand dictionnaire universel,* París, 1865-1890, vol. 8, p. 1603: «Guerre, Martin, gentilhomme gascon».
Celebrated Claimants Ancient and Modern, Londres, Chatto and Windus, 1873, pp. 84-90.
L'ABBÉ P. HARISTOY, *Galerie Basque de Personnages de Renom* in *Recherches historiques sur le pays Basque,* Bayona, 1884, vol. 2, cap. 24: «Martin Aguerre de Hendaye».
ARMAND PRAVIEL, *L'Incroyable Odissée de Martin Guerre,* París, Librairie Gallimard, 1933.
JANET LEWIS, *The Wife of Martin Guerre,* San Francisco, 1941. Edición francesa, *La Femme de Martin Guerre,* París, Editions R. Laffont, 1947. Lewis se basó en una narración inglesa del siglo diecinueve. Cuenta que su punto de vista ha cambiado mucho tras la lectura del texto de Coras en *The Triquarterly* 55 (otoño de 1982), pp. 104-110.

ADENDA

JEAN DE CORAS, *Processo, et Arresto ò sentenza data dal Parlamento di Tolos a sopra d'un fatto prodiogoso et memorabile, tradotto di lingua francese nella favella toscana, per Mag. Gio. Batt*[a] *Forteguerri Dottre Pistorese con cento annotationi ornate et aggiante da lui.* Dedicado por Forteguerri a Christine de Lorraine, Gran Duquesa de Toscana, fechado en Pistoia, Abril de 1591. (Manuscrito descrito por H. P. Kraus, Rare Books and Manuscripts, List 203, n° 132.) Forteguerri a Christine de Lorraine, Gran Duquesa de Toscana en Pistoia, abril de 1951. (Manuscrito descrito por H. P. Kraus, Rare Books and Manuscripts, List 203, n.º 132) Forteguerri tradujo la edición de 1561 del *Arrest Memorable* y en ocasiones añadió alguna anotación propia a las de Coras.



APÉNDICES

LOS SILENCIOS DE LOS ARCHIVOS, LA CELEBRIDAD DE UNA HISTORIA[1]

Natalie Zemon Davis

Desde un principio sabía que la historia de Martin Guerre había sido contada muchas veces. Me enteré de su existencia a través del *Arrest Memorable* (1561) del juez Jean de Coras y poco después a través de la *Admiranda Historia* del jurista Guillaume Le Sueur que fue un observador atento del juicio. Cuando finalmente, en los años 1982 y 1983, publiqué *El regreso de Martin Guerre,* adjunté una amplia bibliografía de reediciones, traducciones y relatos sobre la impostura de Martin Guerre en varios formatos, desde los *Imposteurs insignes* de Rocoles, del siglo xvii, a las *Causes célebres* de Gayot de Pitaval y Richer, del siglo xviii, hasta *The wife of Martin Guerre,* la novela de Janet Lewis del siglo xx, sin mencionar la variedad de compendios legales en los que se menciona el juicio de Coras[2].

---

[1] Este ensayo apareció originalmente en traducción francesa en los *Annales du Midi* (número extraordinario dedicado a «Martin Guerre, retour sur une histoire célèbre»), 120, n.º 264 (Oct.-Dic. 2008), pp. 467-483, y en inglés «The Silence of the Archives. The Renown of the Story», en Susanna Fellman y Marjatta Rahikainen (eds.), *Historical Knowledge: In Quest of Theory, Method and Evidence,* Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2012, pp. 77-96. Quiero agradecer a Jack Thomas y a sus colegas la invitación a participar en el número extraordinario de los *Annales du Midi* sobre el caso de Martin Guerre. También estoy agradecida a James Amelang por sus múltiples sugerencias.

[2] Natalie Zemon Davis, «Le Retour de Martin Guerre, étude historique», tr. Angélique Lévi, en Natalie Zemon Davis, Jean-Claude Carrière y Daniel Vigne, *Le Retour de Martin Guerre* (París, Robert Laffont, 1982), pp. 115-269; *The Return of Martin Guerre* (Cambridge [Mass.], Harvard University Press, 1983). La edición inglesa incluye algunas pequeñas correcciones y algunos añadidos. Mi estudio histórico en francés ha sido publicado en una edición distinta*: Le retour de Martin Guerre,* reedición, Texto, Tallandier, 2008.

Y la información siguió aumentando a medida encontraba referencias a Martin Guerre en los lugares más inesperados y la gente me mandaba informes de novedades halladas aquí y allá. Así fue como supe que Simon Goulart, pastor, editor e historiador en Ginebra, que incluyó a Arnaud du Tilh entre los ventrílocuos, farsantes y otros *«imposteurs étranges»* que pueblan sus *Histoires admirables* de 1600-1601. Un siglo más tarde el filósofo Leibniz utilizó el ejemplo de Martin Guerre para mostrar lo difícil que era la adquisición de la idea de individualidad: *«Vous savez l'histoire du faux Martin Guerre, qui trompa la femme même du véritable et les proches parents par la ressemblance jointe à l'adresse»*[3].

Entretanto continuaron apareciendo referencias al caso en litigios ante los tribunales por cuestiones de identidad. En 1698, en el caso Louis de la Pivadière, acusado de bigamia, que regresó a Narbona con su primera mujer, se dictaminó que era él mismo en un juicio en que los abogados de ambas partes expusieron el ejemplo de Arnaud du Tilh. (Jeffrey Ravel ha publicado recientemente un libro en el que cuenta la historia de La Pivadière.) Y en las páginas de este mismo número de *Annales du Midi,* Jack Thomas nos ofrece una curiosa historia sobre un hombre que en 1785 volvió a Toulouse tras un tiempo de cautividad en Argelia pretendiendo ser Arnaud Lamaure. Aquí los juristas quisieron demostrar que se podían establecer pruebas de identidad sin contar con la evidencia de la letra escrita[4].

Y siguen apareciendo relatos de ficción para el gran público. En 1763-1764 la historia de Martin Guerre fue el tema de una serie por entregas en *The New London (Connecticut) Gazette,* en 1771 fue contada en el *Hoey's Dublin Mercury* (este dato me ha sido proporcionado hace pocos meses por un historiador que estudia los anun-

[3] Natalie Zemon Davis, «From prodigious to heinous. Simon Goulart and the reframing of imposture», en *L'Histoire grande ouverte. Hommages à Emmanuel Le Roy Ladurie*, ed. André Burguière, Joseph Goy y Marie-Jeanne Tits-Dieuaide (París, Fayard, 1997), pp. 274-283. Gottfried Wilhelm Leibniz, *Nouveaux essais sur l'entendement humain* en *Oeuvres philosophiques* (Ámsterdam y Leipzig, Jean Schroeder, 1765), tomo 3, libro 3, cap. 4 [ed. cast.: *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano,* 3 vols., trad. Eduardo Ovejero, Madrid, Aguilar, 1971].

[4] Jeffrey S. Ravel*, The Would-Be Commoner. A Tale of Deception, Murder, and Justice in Seventeenth-Century France* (Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 2008). Jack Thomas, «Un fils de Martin Guerre: le vrai-faux retour d'Arnaud Lamaure à Toulouse à la fin du XVIII^e siècle», *Annales du Midi* 264 (2008), pp. 535-563.

cios de propaganda en el siglo XVIII), y vuelta a contar en 1791 en una traducción rusa publicada en Moscú[5].

En 1958, la novela de Janet Lewis inspiró una ópera con música de William Bergsma y asimismo mi libro y la película *Le retour de Martin Guerre* inspiraron musicales incluyendo el de Leslie Arden, *House of Martin Guerre*, que se estrenó en Toronto en 1993, y *Martin Guerre,* con libreto de Alain Boublil y música de Claude-Michel Schonberg, que se estrenó en Londres en 1996. Colaboré como asesora histórica en la primera y escribí un ensayo para el programa de la noche del estreno en la segunda.

He intentado dar con el sentido de esta plétora de narraciones a lo largo de los siglos[6]. Por un lado está el atractivo de historias sobre parecidos extraordinarios, engaños persuasivos y memoria prodigiosa, salpimentados a veces con complicidades secretas, y con un final desenmascarador. La historia de Martin Guerre cuenta con la ventaja de una línea argumental perfecta, con la esposa recibiendo al «falso» Martin Guerre en su lecho durante más de tres años y el «verdadero» Martin Guerre apareciendo ante el tribunal de Toulouse en el último momento. Por otro lado, este tipo de temas universales adquieren resonancia cuando entran en relación con cuestiones que resultan importantes o preocupantes en un lugar y un momento específicos. Así pues, el don de la palabra de Arnaud du Tilh, su extraordinaria memoria y su habilidad para adoptar el papel de otra persona eran a la vez un atractivo inquietante y una advertencia para la sociedad francesa del siglo XVI siempre temerosa de la «hipocresía» y del «hacerse a uno mismo» asociados a la movilidad social y geográfica y a la búsqueda de favores políticos. Parte de la fascinación que ejercía el caso del bígamo La Pivadière residía en el hecho de que tras adquirir un rango nobiliario y una esposa aristocrática, desapareciera durante varios años para casarse con una plebeya. Con la ayuda de un montaje teatral de la Comédie

---

[5] Agradezco a Donna Andrew que me enviara la información sobre el artículo en *Hoey's Dublin Mercury,* 29 de agosto de 1771: «Un curioso relato sobre entre sorprendente parecido entre dos hombres y las trágicas consequencias que se derivaron de ello» (*email* del 13 de enero de 2008). V. V. Novikov, *Teatr sudovedeniya (*Moscú, 1791), t. 5, pp. 138-148.

[6] En este párrafo y en los siguientes retomo los argumentos expuestos en «From prodigious to heinous» y en Natalie Zemon Davis, *Remaking Impostors. From Martin Guerre to Sommersby* (Hayes Robinson Lecture Series n.º 1; Londres, Royal Holloway, 1997), también disponible *online* [http://www.rhul.ac.uk/history/documents/pdf/events/hrzemon-davis.pdf].

Française de 1798, el caso expresa la preocupación existente a finales del reinado de Luis XIV por la solidez de la condición nobiliaria y la lealtad a ella[7].

A lo largo de los siglos han ido apareciendo recopilaciones de historias de impostores con connotaciones diferentes según se erigían nuevos puntales en la percepción de la cuestión de la identidad. Así, en el siglo XVI, la historia de Martin Guerre casi siempre se consideraba «prodigiosa», es decir, sobrenatural, y se acompañaba de otros sucesos extraordinarios acaecidos en la tierra o en los cielos. En el siglo XVII apareció y se desarrolló el nuevo género de los *Imposteurs insignes*, que agrupaba tipos de engaños que en el pasado se consideraban por separado: falsos mesías, falsos profetas, reyes falsos así como individuos que reclamaban para sí una identidad específica, como Arnaud du Tilh. Tras un siglo de violentas guerras de religión surgidas a partir de la pretensión de establecer la diferencia entre el poder de dios y el del demonio, y de constantes conflictos de parentesco, el engaño era una posibilidad constante. Durante los siglos XVIII y XIX se publicaron muchas historias de impostores en libros como *Causes célèbres* y otros tipos de colecciones en las que convivían una gran variedad de timadores (hombres y mujeres) y estafadores que proliferaron entre la población, cada vez menos estable, de las grandes ciudades europeas.

Cualquiera que fuera el contexto, se da una paradoja curiosa respecto a las historia de este impostor: en todos los relatos flota la pregunta de cuál es la verdad y cómo probar lo que es verdad, pero en cambio los autores no hacen ningún esfuerzo por buscar información suplementaria sobre los casos para tratar de esclarecer lo que pudo haber ocurrido. La historia de Martin Guerre se cuenta simplemente a partir de una versión del *Arrest Memorable* de Coras (casi siempre sin tener en cuenta las anotaciones, incluso cuando el autor declara que conoce su existencia) o de la *Histoire Admirable* de Le Sueur, u otra compilación de estos textos del siglo XVI. A lo largo de los siglos se perpetúan errores que se han ido deslizando –como Artigne por Artigat o Sagians por el Sajas de Arnaud du Tilh o Vizcaya por la Hendaya de los Daguerres– al igual que falsas afirmaciones, como el hecho de que Arnaud y Martin fueran compañeros como soldados del ejército imperial enfrentado a Francia. El objetivo de los autores de los relatos consiste en hacer una re-

[7] Ravel, *Would-Be Commoner,* cap. 5.

flexión moral y un comentario psicológico, no en el esclarecimiento de la evidencia histórica y su verificación. Incluso el autor mejor situado para una investigación de este tipo –el abad Haristoy, que incluyó a «Martin Guerre de Hendaya» en la «galería vasca» de su *Recherche historique sur le Pays Basque* de 1884– se limita a un breve relato de la impostura y algunos comentarios bíblicos sobre errores de juicio basados en la apariencia. Jeffrey Ravel describe una indiferencia similar hacia la investigación histórica en los relatos sobre Louis de La Privadière[8].

Mi curiosidad y mi pasión de historiadora por «saber lo que en realidad ocurrió» me llevó a ir más allá de los relatos, a los archivos y a otras fuentes sobre el mundo de Martin Guerre, Bertrande de Rols y Arnaud du Tilh. Cualquier historiador reconocerá esta sensación: seguro que en algún lugar debe haber un montón de papeles, de huellas del pasado, con respuestas a mis preguntas. Así pues, entre 1980 y 1982 recorrí cinco archivos provinciales en el suroeste de Francia, visité Artigat y el Sajas donde había vivido Arnaud y subí hacia el norte a los archivos provinciales de Pas de Calais siguiendo a Guillaume Le Sueur. Recuerdo vivamente mis sensaciones durante mi primera parada en Toulouse: mi decepción al enterarme de que las sacas de procesos criminales ante el Parlamento que eran del siglo XVI ya no existían, de que nunca podría ir más allá de las descripciones de Coras y de Guillaume Le Sueur para responder a las preguntas del presente; mi emoción cuando el documento original del *«arrêt»* del Parlamento de septiembre de 1560 sobre el caso de Martin Guerre cayó en mis manos. Así que era cierto: sucedió en realidad, pensé; aquí está la garantía del *«arrêt»* publicado por Coras en su libro[9].

Esta investigación archivística dio tres frutos distintos. Primero: la abundante documentación local encontrada –contratos de matrimonio, testamentos, ventas y transacciones, disputas y arbitrajes– me permitía reconstruir el paisaje social, económico, religioso y político, y las estructuras familiares de Hendaya, Artigat y Sajas. Estas fuentes, junto con otros testimonios de observadores del siglo XVI, me permitían poner carne al esqueleto narrativo de

---

[8] L'Abbé P. Haristoy, *Recherches historiques sur le Pays Basque*, 2 vols. (Bayona, E. Lasserre; París, H. Champion, 1884), vol. 2, pp. 133-134. Ravel, *Would-Be Commoner*, pp. 268-269.

[9] ADHG, 1B34, 12 septiembre de 1560; Coras, *Arrest Memorable,* pp. 108-109.

Coras sobre bodas, propiedades, aspiraciones campesinas y facciones aldeanas.

En segundo lugar, descubrí tan solo unos pocos documentos notariales en los cuales fueran protagonistas o testigos precisamente los *mismos aldeanos* que yo perseguía: Martin Guerre, Bertrande de Rols, Pierre Guerre y Arnaud du Tilh, y sus parientes más próximos como Sanxi, el padre de Martin o la madre de Bertrande. Pierre Guerre aparecía en tres transacciones de 1563, todas registradas ante el mismo notario, Martin Guerre era testimonio en una de ellas. Estos documentos añadían algo a los textos de Coras y de Le Sueur, por ejemplo, Martin Guerre no firmó el acta notarial en la que actuó como testimonio, y por tanto nos confirma que no sabía escribir y este era el motivo de que no se procediera a una prueba grafológica durante el juicio. (Ni Coras ni Le Sueur nunca mencionan la posibilidad de esta prueba, tal vez porque se daba por sentado que la mayoría de campesinos no sabían escribir.)

Un valioso documento de 1594 registra la división de propiedades entre los hijos y los herederos del difunto Martin Guerre. Confirma la afirmación de Le Sueur de que los hermanos Guerre habían montado una fábrica de tejas cuando llegaron a Artigat, porque la fábrica se incluía entre los bienes; y continuaba la historia de Martin Guerre mucho después de su regreso a Artigat en 1560, con la fascinante lista de los nombres de los hijos que tuvo entonces con Bertrande, y tras la muerte de esta, con su segunda esposa. Entretanto, aparecieron otros personajes, como el difunto Andreu Rols y su hijo Barthélemy de Artigat en 1563 y Jehanto Daguerre de Hendaya en 1555 –seguramente relacionados con Bertrande de Rols y Martin Guerre, pero ignoro de qué manera.

El resultado de la investigación archivística –abundantes datos locales pero escasas fuentes acerca de mis personajes específicos– significaba que si quería profundizar o desentrañar las narraciones de Coras y de Le Sueur, tenía que recurrir a indicios colaterales o asociados. Aunque no había conseguido dar con el contrato de matrimonial del año 1538 entre Bertrande y Martin, podía sugerir sus cláusulas a partir de otros muchos que había encontrado en Artigat y su entorno. Aunque no había conseguido documentos de archivo que ampliaran la información que nos proporciona Coras sobre la huída de Martin y el abandono de su familia, podía sugerir la tendencia a dirigirse hacia España y el atractivo de la aventura militar a través de movimientos análogos de jóvenes del País Vasco y del Languedoc, e

incluso citar contratos matrimoniales y testamentos que se hacían con la intención de asegurar la subsistencia de la esposa durante una ausencia en España. Como no tenía ninguna fuente directa sobre cuáles fueron los sentimientos de Bertrande en cuanto a su honor y su reputación, podía reconstruirlos a través de ejemplos de otras mujeres de la localidad que habían solicitado la reparación de un insulto.

A veces un silencio podía interpretarse como un indicio: cuando los padres de Arnaud –los du Tilh de Sajas y los Barraus de Le Pin– *no* aparecieron mencionados entre los cónsules y los *«bassiniers»* que son consultados en una encuesta diocesana sobre la extensión de la herejía en sus comunidades, deduje que no formaban parte de la elite de la región. Como Coras registraba que en 1560 Arnaud heredó de su difunto padre una pequeña propiedad en Le Pin, pude decidirme a situar a la familia de Arnaud «entre los campesinos de rango intermedio». A menudo recurrí a datos que procedían del entorno de mis personajes históricos, como cuando me referí a que el joven Arnaud du Tilh, cuyo mote era «Pansette», la panza, podía ser aficionado a disfrazarse por carnaval, una práctica muy extendida en Gascuña. En general indiqué las afirmaciones que extraía de este tipo de datos colaterales o indirectos con verbos en condicional –«podría haber pensado», «podría haber visto»– , o formas adverbiales tales como «quizá», «seguramente» o «sin duda».

La tercera consecuencia de esta investigación archivística fue un nuevo modo de considerar mis textos legales, especialmente el de Coras. Aprendí muchas cosas sobre Jean de Coras y Guillaume Le Sueur y sus familias, tanto a través de sus escritos como de los registros del Parlamento de Toulouse y de otros lugares: al principio de mi investigación concebía el *Arrest memorable* y la *Admiranda Historia* como meras fuentes legales sobre una impostura aldeana que debían ser confirmadas y ampliadas con pruebas documentales, entonces caí en la cuenta de que las estrategias narrativas y descriptivas de estos informes legales eran en sí mismas un tesoro que me proporcionaba pistas para entender las preocupaciones y las incertidumbres de sus autores sobre el caso de Martin Guerre y sobre la consiguiente fascinación que la historia ejercía en los lectores de la época. Así fue como decidí proceder a un análisis literario de los textos y descubrí que el *Arrest memorable* de Coras, por ejemplo, inauguraba un nuevo tipo de género vernáculo, una nueva forma de combinar un ensayo legal y una estructura narrativa, con comentarios culturales. Su dialéctica de «texto» y «anotaciones» introducía algunas incertidumbres

en las afirmaciones sobre los hechos cuyo sentido judicial Coras había determinado con una sentencia de muerte. La presentación de Coras como una «tragedia», o al menos como una situación en la que se hacía difícil «establecer la diferencia entre comedia y tragedia» *(«surquoy nul ne sçait la difference entre tragedie et comedie»),* le confería la posibilidad de condenar al impostor a la par que identificarse con un humilde campesino de prodigiosa memoria cuyo talento como orador le hacía pensar en sí mismo.

* * *

Al final de mi *Regreso de Martin Guerre* yo también introduje una incertidumbre: la historia daba unos vuelcos tan extraños que me preguntaba si no había caído también yo en un engaño. O, tal como lo formulé entonces: «Creo que he logrado desentrañar la faz verdadera del pasado pero podría ser que Pansette se hubiera salido con la suya una vez más…». He vuelto sobre esta cuestión de la incertidumbre en textos posteriores sobre el caso y en respuesta a la crítica: quise que mi libro fuera una indagación sobre la verdad y la duda, quería sugerir una analogía entre los esfuerzos de la comunidad local por saber la verdad sobre la identidad en el siglo XVI y la búsqueda del historiador por saber la verdad sobre el pasado en la actualidad[10]. Nosotros los historiadores hacemos todo lo que podemos para conseguir pruebas y formular interpretaciones convincentes, pero siempre hay cuestiones espinosas que quedan sin resolver y exigen más investigaciones.

Esta situación de incertidumbre me resultaba incómoda: a lo largo de los años me ha obsesionado el fantasma de tantas preguntas sin respuesta. ¿Cabía la posibilidad de saber más cosas sobre lo que hizo Martin Guerre durante los años en que estuvo fuera de Artigat y sobre por qué decidió volver? ¿Podía obtener más detalles sobre la vida de casados de Martin Guerre y Bertrande de Rols más allá del dato de la división de sus propiedades que hicieron los hijos en 1594? ¿Qué secretos sobre ellos y sobre Arnaud y Pierre se escondían aún en los archivos?

Esta necesidad de volver a los archivos no ha sido siempre la secuela de todos los libros que he publicado. Para mis libros sobre de-

---

[10] Natalie Zemon Davis, «On the Lame», en «AHR Forum: The Return of Martin Guerre», *American Historical Review* 93 (1988), pp. 553-603.

mandas de indulto y sobre donaciones manejé centenares de cartas de remisión y transacciones de donaciones procedentes de toda Francia[11]. Di por terminada mi investigación cuando los nuevos documentos simplemente repetían esquemas que ya conocía. Un nuevo caso de soborno o de revocación de una donación podía añadir algo de color local, pero no cambiaría la visión general. No sentía curiosidad por descubrir posibles secretos ocultos en los archivos o en cualquier manuscrito, sino por saber qué interpretación harían otros estudiosos sobre el tipo de documentación que había utilizado.

En cambio, en mis libros centrados en historias de vida –*Women on the Margins* sobre Glikl bas Judah Leib, Marie de l'Incarnation, y Maria Sibylla Merian, y *Trickster Travels* sobre Hasan al-Wazzan / Giovanni Leone / Jean Léon l'Africain– prefería buscar más información sobre lo que «sucedió en realidad». En el caso de las tres mujeres contaba con una gran abundancia de fuentes, y volví a los archivos después de la publicación de la primera edición inglesa. Finalmente encontré un documento firmado de puño y letra por Glikl que pude incluir en la traducción francesa para mostrar cómo se denominaba a sí misma esta mujer judía del siglo XVII. Aún me duele mi incapacidad de reconstruir el destino de la esclava caribeña que Maria Sibylla Merian llevó con ella a su regreso a los Países Bajos tras su viaje de exploración entomológica y biológica a Surinam. Su condición de esclava le impidió aparecer en ningún documento de los que consulté en Ámsterdam y me quedó tan solo la posibilidad de especular sobre su rol como informante de la gran obra monumental de Merian *Metamorphosis of the Insects of Suriname*[12].

---

[11] Natalie Zemon Davis, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France* (Stanford, Stanford University Press, 1987); *Pour sauver sa vie. Les récits de pardon au XVI*e *siècle,* tr. Christian Cler (París, Seuil, 1988). Natalie Zemon Davis, *The Gift in Sixteenth-Century France* (Madison [Wis.], University of Wisconsin Press, 2000)*; Essai sur le don dans la France du XVI*e *siècle,* tr. Denis Trierweiler (París, Seuil, 2003).

[12] Natalie Zemon Davis, *Women on the Margins. Three Seventeenth-Century Lives* (Cambridge [Mass.], Harvard University Press, 1995); *Juive, Catholique, Protestante. Trois femmes en marge au XVII*e *siècle,* tr. Angélique Lévi (París, Seuil, 1997), cap. 1, fig. 9, p. 212 [ed. cast.: *Mujeres en los márgenes: tres vidas del siglo XVII*, tr. Carmen Martínez, Madrid, Cátedra, colección Feminismos, 1999]. Natalie Zemon Davis, *Trickster Travels: A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds* (Nueva York, Hill and Wang, 2006); *Léon l'Africain. Un voyageur entre deux mondes*, tr. Dominique Peters (París, Payot et Rivages, 2007) [ed. cast.: *León el Africano, un viajero entre dos mundos*, tr. Aitana Guia i Conca, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008].

Y aún más intensa fue la sensación de que entre los legajos de los archivos de Roma y de otros por toda Italia se escondían pistas sobre cuáles fueron las relaciones sociales de al-Wazzan / Giovanni Leone en los años de su conversión al cristianismo en Italia. Sus manuscritos me habían proporcionado una visión muy detallada de su condición de hombre «entre dos mundos», pero aún así me empeñé en intentar llenar las lagunas que aún quedaban en su pasado y en sus relaciones. No encontré nada definitivo entre los centenares de páginas de informes papales y de registros notariales procedentes de los barrios romanos en los que Giovanni Leone seguramente vivió, así que en mi último libro hice lo que pude por reconstruir la red social en la que se movía a partir de pruebas colaterales y también interpreté los silencios de los archivos como un indicativo de su condición marginal en Roma. Y me dije a mí misma, que ya rondaba los ochenta: llegará el día en que un historiador más joven acometa la tarea de desentrañar esos secretos y logre completar la historia.

Fue entonces cuando, en el año 2007, fui invitada a contribuir con un ensayo para este número de *Annales du Midi* dedicado al caso de Martin Guerre y me dije: «Aquí los archivos son manejables y los conozco muy bien. Ahora es el momento, por diversión y por curiosidad, de volver a ellos y ver qué puedo encontrar». De todos modos, me fijé un objetivo muy concreto: me centraría en los actores principales de mi historia, buscando nuevos detalles de sus vidas particulares. Volví a los Archives Départementales de l'Ariège en Foix y a los Archives Départementales des Pyrénées Atlantiques en Pau. En Toulouse y en Foix me recibieron las mismas archiveras, Geneviève Douillard en el primero y Claudine Pailhès en el segundo, con las que había trabado conocimiento años atrás cuando estaban al comienzo de sus brillantes carreras.

Me lancé ilusionada a abrir cada uno de los legajos, la mayoría procedentes de notarias o de tribunales judiciales: algunos ya habían estado entre mis manos anteriormente, otros era la primera vez que caían en mis manos. Fue un placer asistir de nuevo al espectáculo de ese mundo que se mostraba ante mis ojos, pero no hallé nuevos documentos en los cuales Martin Guerre, Bertrande de Rols, Arnaud du Tilh, Pierre Guerre o personas de su entorno inmediato fueran los protagonistas. Ninguno de los contratos matrimoniales que tanto había buscado, ni testamentos directos, ningún rastro de la demanda civil que «Martin Guerre» presentó contra Pierre Guerre ante el tri-

bunal de Rieux por las rentas de «su» propiedad administrada por Pierre durante la ausencia de su sobrino, nada nuevo.

Tuve reacciones contradictorias. Intenté felicitarme a mí misma: había hecho un buen trabajo en mi primera pesquisa: había encontrado lo que había. Pero también me dolió la pérdida de esos documentos del pasado de forma aún más profunda que años atrás: no era solo por los casos judiciales que me interesaban, sino también por las disputas y los enfrentamientos de tantas personas que se hubieran podido reconstruir a partir de todos esos casos presentados en el siglo XVI ante el juez de Rieux o el senescal de Toulouse o el alguacil del Labourd, todos perdidos, sus voces selladas para siempre. No era solo por los contratos matrimoniales y los testamentos que me interesaban, sino también por los proyectos familiares y las últimas voluntades de tantos habitantes de Artigat ante el notario local, todos igualmente perdidos. Algunos habitantes de Artigat se desplazaban hasta tan lejos como Montesquieu-Volvestre para redactar sus contratos, mientras que otros esperaban hasta que un notario de algún otro lugar en el condado de Foix se acercara hasta Artigat en su gira habitual.

Es cierto que entre los papeles de Jean Pegulha, notario del pueblo vecino de Le Fossat, encontré unos documentos de 1563 con los nombres de Pierre y Martin Guerre. Esta vez descubrí, entre los conocidos que tenía Pegulha en Le Fossat en 1560, a François Belbeze, un notario que décadas más tarde registraría la división de la propiedad entre los herederos de Martin Guerre[13]. Pero en 1560 Artigat tenía ya su propio notario. Encontré su nombre –Me Jean Bramayrac–, en otra acta de Pegulha, junto a los de sus sucesores a finales de siglo, Claude Guilhemet y Jacques Loze[14]. Di sus nombres al archivero como si el solo hecho de pronunciarlos pudiera traer sus *éstudes* a la vida, pero de hecho sus contratos, redactados con tanto esmero, han desaparecido y con ellos una visión más amplia de la vida en Artigat.

Tuve una tercera reacción mientras ojeaba los registros archivísticos: el placer problemático que produce un descubrimiento de cuya

[13] ADAr, 5E6653, 7^{v}-8^{v}, 14^{r}, 62^{v}, 72^{r}, 212^{v}-213^{r}. ADHG, B, Insinuations, vol. 6, 95^{v}-97^{v}.

[14] ADAr, 5E6655, 14^{r}-16^{r}; 3E5335, 108^{r-v}; F. Pasquier, «Nomination d'un notaire à Artigat en 1578», *Bulletin de la Société Ariègoise des Sciences, Lettres et Arts* 6, 1 (1897), pp. 52-56.

relevancia estamos convencidos pero cuyo sentido último se nos escapa. El 20 de septiembre de 1559 la Tournelle del Parlamento de Toulouse rechazó la demanda de Dominge Rebendaire y Jean Deloch, prisioneros en la Conciergerie, contra una sentencia del senescal de Toulouse; la sentencia del senescal –cuyo contenido no se especifica– tenía que cumplirse[15]. El 16 de septiembre de 1560, pocas horas antes de su ejecución en Artigat, Arnaud du Tilh había designado a dos hombres como ejecutores de su última voluntad y guardianes de la hija que había tenido con Bertrande de Rols. Uno de estos hombres era Dominique Rebendaire, de Toulouse.

Ya en el año 1981 yo había investigado, sin éxito, sobre Rebendaire: si hubiera figurado su nombre en alguna lista de sospechosos de herejía, por ejemplo, sería un dato que podía contribuir a confirmar mi suposición de que Arnaud simpatizaba con la nueva religión. Pero en la escueta declaración que hallé no se mencionaba la herejía, y Raymond Mentzer y Joan Davies, ambos especialistas en cuestiones heréticas en el tribunal de Toulouse, no se refieren a él en ningún momento[16]. Las decisiones sobre casos criminales tomadas por el senescal de Toulouse durante ese año se han perdido, por lo tanto no pude seguir adelante con la investigación sobre ese juicio.

¿Qué sentido podía tener el documento que cayó en mis manos? Dos días más tarde, el 22 de septiembre de 1559, la Tournelle había liberado de la prisión de los Capitouls de Toulouse a una tal Gratianne de Ribaulte que había permanecido allí hasta que pagó una multa de 200 libras a Jean d'Escornebeuf[17]. Conocía bien a este último y había escrito sobre él en *El regreso de Martin Guerre:* un pequeño señor del valle del Lèze que había intentado comprar tierras y extender sus dominios hacia Artigat. A finales de 1559 había acusado a «Martin Guerre» de incendiar una de sus granjas y le había hecho arrestar y encarcelar en la Conciergerie de Toulouse. Fue durante ese juicio ante el senescal que las primeras dudas sobre la identidad de Martin Guerre salieron a debate en un contexto ju-

[15] ADHG, 1B3427, 20 de septiembre de 1559.

[16] Carta de Barbara Beckerman Davis, 26 de noviembre de 1981, referida a su investigación sobre Rebendaire en los informes sobre impuestos de Toulouse entre 1555 y 1560. Hice varias comprobaciones sobre Rebendaire en *La France protestante* y en el *Livre des habitants de Genève.* Correo electrónico de Raymond Mentzer, 30 de septiembre de 2008; correo electrónico de Joan Davies, 3 de octubre de 2008. Estoy muy agradecida a estos colegas por su amabilidad al ayudarme.

[17] ADHG, 1B3427, 22 de septiembre de 1558.

dicial; la actitud de Bertrande fue de un apoyo incondicional al prisionero que fue finalmente liberado tras un arbitrio entre él y Escornebeuf.

Tal vez Arnaud / Martin había conocido a Dominique Rebendaire en la cárcel de Toulouse. Tal vez existía una relación anterior entre los dos hombres. Tal vez el encarcelamiento de Rebendaire también estaba relacionado con Escornebeuf y podría ser que Gratienne de Ribaulte fuera también conocida de Arnaud/Martin y Rebendaire. Como quiera que sea ¿en qué momento se enteró Rebendaire de la verdadera identidad de Martin Guerre? ¿Estuvo Rebendaire entre la multitud de tolosanos y otras gentes procedentes de aquí y allá que se apiñaban en la sala del tribunal de Toulouse el 12 de septiembre de 1560 para oír la declaración que condenaba a Arnaud du Tilh por impostura?

Se trata de preguntas sin respuesta en base a los documentos descubiertos hasta la fecha, y las pruebas colaterales no nos sirven en este caso en particular. Lo que le «sucedió en realidad» a Rebendaire podría esclarecer la historia de Arnaud du Tilh en muchos interesantes aspectos; lo que «podría haber pasado» no tanto. Planteo la cuestión aquí tan solo para mostrar el placer intelectual que un documento puede proporcionar a un historiador, las sorpresas inesperadas que pueden poner en cuestión la convicción de una certeza absoluta.

He aquí otro ejemplo sobre la accesibilidad y a la vez la opacidad del pasado. Al regresar a los archivos decidí intentar una vez más localizar a la familia Guerre de Artigat por la zona del País Vasco, en Hendaya, el lugar de donde había salido Sanxi Guerre con su mujer, su hijo Martin y su hermano Pierre hacia 1528. ¿Qué lazos seguían manteniendo con los parientes del lugar? ¿Pasó por allí Martin Guerre durante sus años de ausencia de Artigat? ¿Existía la posibilidad de dar con las huellas de los intentos que hizo Arnaud / Martin hacia finales de 1550 de vender algunas de las propiedades que la familia Daguerre tenía en el Labourd?

Lo que queda de la actividad notarial en el Labourd está escondido en los papeles de la familia Urtubie, los señores que dominaban la región desde el siglo xv. Releyendo esos papeles investigué detenidamente a esos Daguerre que se hacían visibles cuando sus pasos se cruzaban con los de los Urtubie. ¿Quién era ese Johanto Daguerre, apresado en 1555 junto con algunos otros habitantes de

Hendaya y de la Urruña adyacente a raíz de una pelea con Jean Dalsate, señor de Urtubie? ¿Quién era ese Jehan Daguerre, cura párroco de una pequeña aldea rural, presente en 1554 en el contrato entre el hijo de Jean Dalsate y su heredero? Y, en especial, ¿quién era ese Martin Guerre, notario real en la bailía del Labourd, ante el cual un miembro del clan de los Urtubie hizo testamento, en el castillo de Urruña, en junio de 1559[18]? Evidentemente no se trataba de mi hombre con una pata de palo, que no sabía escribir su nombre y que, en calidad de combatiente del ejército español, no pudo entrar en Francia hasta que el tratado de Cateau-Cambrésis fue totalmente efectivo. Pero ¿pudo suceder que el intento del «Martin Guerre» de Artigat de vender las propiedades de los Daguerre llamara la atención de este notario vasco con el mismo nombre? De nuevo, preguntas sin respuesta aparente que tan solo sirven para hacer fantasear al historiador.

En cuanto a los años de Martin Guerre en España al servicio de la familia Mendoza, siempre había anhelado ser yo quien cruzara los Pirineos para seguirle la pista. La ciudad de Burgos, donde Martin sirvió como lacayo en la casa del arzobispo absentista Francisco de Mendoza y Bobadilla y de su hermano Pedro, era inabordable. Tratar de localizar a un vasco específico que estaba de paso entre la profusión de documentos de la ciudad y de registros diocesanos me llevaría meses, y los papeles de Francisco y Pedro de Mendoza y Bobadilla estaban dispersos[19].

Pero tal vez podría dar con la casa de la orden de San Juan de Jerusalén donde uno de los hermanos Mendoza (presumiblemente el militar capitán Pedro) consiguió una colocación para Martin Guerre como hermano lego después de que perdiera la pierna en la batalla de San Quintín. Aquí podía estar la clave de su decisión de volver a Francia. James Amelang tuvo la amabilidad de investigar para mí en los archivos de las órdenes militares españolas (la Sec-

---

[18] ADPyA, 1J160/2, 9 de enero, 1553/1554; 1J160/3, 12 1559; 1J160/4, 5 de marzo, 1554/1555, 1 de abril, 1555.

[19] Varios libros sobre Burgos publicados desde 1982 muestran la riqueza de sus archivos: Alberto C. Ibáñez Pérez, *Burgos y los burgaleses en el siglo XVI* (Burgos, Excmo. Ayuntamiento de Burgos, 1990); Matías Vicario Santamaría, *Censo-Guía de los Archivos parroquiales de la Diócesis de Burgos* (Burgos, Publicaciones del Arzobispado de Burgos, 1988); Matías Vicario Santamaría, *Catálogo de los Archivos de Cofradías de la Diócesis de Burgos* (Burgos, Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, 1996).

ción de Órdenes Militares del Archivo Histórico Nacional), situados en Madrid cerca de su casa, pero no logró hallar nada en los catálogos. Tanto él como un archivero muy eficaz coincidían en que faltaba alguna clave para saber en cuál de las comandancias entre las cuatro grandes unidades de los hospitalarios españoles (Castilla y León, Amposta, Navarra, Cataluña) había entrado el hombre con la pata de palo. La única posibilidad era encontrar la carta de Pedro de Mendoza dirigida a Felipe II pidiendo el nombramiento y la respuesta del rey, y lo más probable era que ese documento estuviera en la Cámara de Castilla (la sección del Consejo Real que tramitaba las peticiones), en el archivo estatal de Simancas. Antes de adquirir mi pasaje de avión consulté la Guía del Investigador de los archivos de Simancas, tan solo para descubrir que la sección más probable de la Cámara de Castilla, la de los registros de solicitudes para entrar en las órdenes militares, no se iniciaba hasta la segunda mitad del reinado de Felipe II, demasiado tarde para mi Martin Guerre[20].

Para buscar consuelo de este nuevo silencio exploré las publicaciones más recientes sobre los hospitalarios españoles, un nuevo frente de la actual historia social en España. Y ahí, en los registros del Priorato de Navarra, encontré a un Sanxi Guerra que hacía donación de algo de tierra y una viña en Carranza, en el País Vasco, a su hijo Martin Guerra para que pasara a la comandancia de San Juan de Jerusalén a su muerte. El único problema es que esto sucedió en 1247[21].

* * *

¿Existe alguna relación entre el silencio de los archivos y la celebridad de la historia, o se trata tan solo de una coincidencia? Exis-

---

[20] Correo electrónico de James Amelang, 16 de julio de 2008. Estoy muy agradecida tanto a James Amelang como al archivero de la Sección de Órdenes Militares por su ayuda. Archivo General de Simancas, *Guía del Investigador,* 2.ª ed. (Madrid, Ministerio de Cultura, 1980), p. 148. Existe un catálogo impreso para «diversos de Castilla», la otra sección prometedora de la Cámara de Castilla –*Catálogo* 1, *Diversos de Castilla. Cámara de Castilla (972-1716)*, 2.ª ed. (Madrid, 1969)–, pero en todo este material fascinante no hay nada sobre Martin Guerre.

[21] Consuelo Gutierrez del Arroyo, *Catálogo de la documentación navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén en el Archivo Histórico Nacional. Siglos XII-XIX*, 2 tomos (Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992), n.º 2537. Un Martin Guerra hace una donación en 1197-1198, nos. 1424, 3674.

te una relación por el hecho de que la historia de Martin Guerre concierne a individuos específicos –no es un cuento popular– y que esos individuos son campesinos. El hecho de que Martin, Bertrande y Arnaud fueran simples aldeanos era parte del atractivo de la historia para los lectores y oyentes de buena cuna a lo largo de los siglos. Pero los campesinos son mucho más difíciles de documentar a nivel individual que los jueces del tribunal de Toulouse, como el narrador Jean de Coras.

La búsqueda obstinada de fuentes directas es la constante del historiador. Se pueden dejar cuestiones abiertas como misterios sin resolver o los podemos llenar con especulaciones bien fundamentadas, pero el deseo de contar una buena historia conlleva siempre la contrapartida de la pasión por saber.

Voy a terminar con dos series de relaciones que descubrí durante esta reciente investigación. Puede sugerir cómo habría evolucionado la historia de Martin Guerre en un contexto familiar distinto.

El diplomático marroquí Hasan al-Wazzan, protagonista de mi libro *Trickster Travels* fue apresado en 1518 por el pirata español Pedro de Cabrera y Bobadilla y antes de ser recluido en la prisión papal de Castel Sant'Angelo vivió por un tiempo en la residencia romana del hermano de Pedro, Francisco de Cabrera y Bobadilla, arzobispo absentista de Salamanca y cardenal de la Santa Iglesia católica. Seguramente los dos hermanos siguieron los avatares de la vida de al-Wazzan en Roma: su bautismo en San Pedro en 1520 oficiado por el papa León X y su nuevo nombre de Giovanni Leone, su magisterio del árabe, sus escritos y su brusca partida para regresar al norte de África y al islam en 1527 (un regreso que decepcionó a los cristianos). Muy probablemente la hermana de Pedro y Francisco, Isabel de Cabrera y Bobadilla, casada con Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, tuvo noticias de las andanzas del cautivo. Mientras el musulmán converso pasaba unos años en Italia viajando y escribiendo, Isabel criaba a sus hijos Francisco y Pedro de Mendoza y Bobadilla. Hacia 1528, Erasmo celebraba el talento del joven humanista Francisco[22].

---

[22] Zemon Davis, *Trickster Travels,* pp. 55-56, 77, 293 n. 1, 294 n. 3; *Léon l'Africain,* pp. 69-70, 93, 331 nn. 1, 3; Diego Gutiérrez Coronel, *Historia genealógica de la casa de Mendoza,* ed. Ángel González Palencia, 2 tomos (Cuenca, 1946), t. 2, pp. 483-84; Nicolás López Martínez, «El Cardenal Mendoza y la Reforma Tridentina en Burgos», *Hispania Sacra* 16 (1963), pp. 1-3.

Francisco y Pedro son, claro está, los hombres a cuya casa llegó Martin Guerre hacia 1550. (Mientras escribía mi libro sobre al-Wazzan no establecí esta relación entre las dos generaciones.) Durante los años que pasaron hasta 1557, cuando Francisco estuvo al servicio del papa en Italia, debió oír de nuevo hablar sobre el que fue cautivo de su tío: la edición Ramusio de *Descrittione dell'Africa* por «Giovan Lioni Africano» salió a luz en dos ediciones de editores venecianos (1550-1556) y el primo de Francisco, el embajador del rey y humanista Diego Hurtado de Mendoza, que estaba en contacto con Francisco durante estos años, había adquirido uno de los preciados manuscritos de al-Wazzan[23].

De regreso a España también Pedro debió tener noticias, a través de su hermano, del antiguo cautivo de la familia que al parecer disimuló su conversión y después abandonó la Cristiandad, pero que al menos había dejado tras él un legado muy valioso de escritos sobre África, el islam y la lengua árabe, y muchas cartas. No me imagino a Pedro de Mendoza y Bobadilla, comendador de Santiago y capitán del ejército del rey, hablando sobre «Joan Lione Africano» con Martin Guerre, un mero lacayo de su casa y entonces un mero soldado de infantería bajo el mando de uno de sus oficiales. Pero sí creo que la anterior relación con el musulmán cautivo pudo influir en la eventual reacción de los hermanos cuando se enteraron de la historia de Martin Guerre.

En el verano de 1560 Francisco se instaló en Burgos para supervisar la reforma de su diócesis. Algunos meses antes, a petición de Felipe II, él y Pedro recibieron en Roncesvalles a Isabel de Valois, la nueva esposa del rey, para darle la bienvenida en España en confirmación de la paz firmada recientemente con Francia. Pero ahora Francisco tenía una queja que presentar ante el rey: su primo materno, Pedro de Cabrera y Bobadilla, segundo conde de Chinchón –sobrino de Pedro el pirata– había solicitado entrar en una de las órdenes militares españolas pero había sido rechazado con el argumento de que carecía de suficientes pruebas de nobleza. En respuesta, Francisco redactó un texto sorprendente dedicado a Felipe II, *El Tizón de la Nobleza,* en el cual mostraba que todas las grandes casas de España tenían judíos entre sus ancestros, o a veces musulmanes o esclavos, o habían tenido progenitores que eran

[23] Davis, *Trickster Travels,* pp. 97-97, 255, 258, 395; *Léon l'Africain,* pp. 114-115, 291-292, 295, 442.

hijos ilegítimos de hombres de iglesia. (Por otro lado ocultó los judíos conversos que figuraban entre los parientes de su abuelo materno Andrés de Cabrera.) El cardenal firmó su *Tizón* el 20 de agosto de 1560[24].

Unos meses más tarde, cuando Martin Guerre compareció ante el tribunal de Toulouse, Francisco y Pedro tenían otras preocupaciones, pero seguramente tuvieron noticias de los episodios dramáticos en que se vio envuelto su antiguo lacayo / soldado. Seguro que la historia traspasó la frontera hasta Burgos incluso antes de que los libros de Coras y de Le Sueur difundieran la noticia. A la memoria familiar del prisionero musulmán se añadía ahora el contacto con un marido que abandona a su mujer y que regresa; al disimulo de al-Wazzan, la impostura de Arnaud du Tilh; al desenmascaramiento de la genealogía de la nobleza española, el desenmascaramiento de una genealogía en un pueblo pirenaico.

Hay un segundo conjunto de relaciones que se sitúan en el Labourd y se extienden a lo largo de más de una centuria. Durante mis recientes investigaciones visité Hendaya por primera vez y me detuve en el castillo de Urruña, en Urtubie. Allí me enteré de la historia de la heredera, Marie d'Urtubie. Su marido Jean de Montréal se fue a luchar con Luis XI en 1463 y Marie, tal vez en la creencia de que estaba muerto, se volvió a casar con Roderigo de Gamboa Dalsate. Algunos años más tarde Jean de Montréal regresó, pero solo logró recuperar sus derechos y las propiedades en posesión de su mujer en 1497, tras producirse la muerte de Roderigo y una sentencia del Parlamento de Burdeos a favor de Jean. Lejos de aceptarlo, Marie, conocida a partir de entonces como *«la bigame»,* prendió fuego al castillo y fue a vivir con los parientes de la familia Dalsate hasta su muerte en 1503. El enfrentamiento entre los descendientes de los Montréal y los Dalsate continuó durante décadas; estos últimos fueron los que conservaron el título del señorío de Urtubie mientras que el primero reconstruyó el

[24] Francisco de Mendoza y Bobadilla, *El Tizón de la Nobleza*, ed. José Antonio Escudero (Madrid, El Colegio Heráldico de España y de las Indias, 1992), p. 25; *El Tizón de la Nobleza de España*, ed. Armando Mauricio Escobar Olmedo (Ciudad de México, Frente de Afirmación Hispanista, 1999), vol. xxx, p. 84. Salo Wittmayer Baron, *A Social and Religious History of the Jews,* 18 vols. (Nueva York, Columbia University Press, 1958-1993), p. 15: *Resettlement and Exploration,* p. 478 n. 62. María del Pilar Rábade Obradó, *Una élite de poder en la Corte de los Reyes Católicos. Los judeoconversos* (Madrid, Sigilo, 1993), pp. 173-191.

castillo. Finalmente se resolvió en 1574, cuando Jean Dalsate se casó con Aimée de Montréal[25].

Así pues, la historia de *«la bigame»* Marie d'Urtubie estaba en el aire durante la infancia de Sanxi y Pierre Daguerre en Hendaya, y siguió formando parte de la memoria local durante décadas, cuando llegaron rumores sobre los dos maridos de Bertrande de Rols a la ciudad en la que había nacido el primer marido y donde aún tenía parientes. Esta coyuntura forzosamente provocaría risas y ademanes jocosos y alentaría sospechas entre los vascos sobre la colaboración de Bertrande en la cuestión.

Más tarde, a finales de siglo, se produjo un nuevo vuelco en el contexto del caso Martin Guerre en Hendaya y Urruña. En 1598 Tristan d'Urtubie, tataranieto de *«la bigame»,* se casó con Catherine de Montaigne, hija de Geoffroy de Montaigne, señor de Bussaget y consejero en el Parlamento de Burdeos. Geoffroy de Montaigne era primo carnal de Michel de Montaigne y le había tratado asiduamente hasta la muerte de Michel en 1592. Recordemos que Michel estuvo presente en la lectura del *arrêt* de Coras ante el Parlamento de Toulouse, en septiembre de 1560, y oyó cómo ese día Arnaud du Tilh aún proclamaba que él era Martin Guerre. Seguro que los dos primos, ambos hombres de leyes, debatieron el caso incluso antes de que Michel de Montaigne planteara algunas cuestiones sobre la sentencia de muerte en su ensayo *Des boiteux,* publicado en los *Essais* en 1588[26].

Seguramente Catherine de Montaigne tenía copia de los *Essais* entre sus libros del castillo de Urtubie, tal vez incluso una copia dedicada de la nueva edición de 1595, editada por la que fue nombrada albacea literaria por Montaigne, Marie Jars de Gournay. Gournay visitó a Geoffroy de Montaigne poco después de la muerte de Michel, y se refirió a él elogiosamente en su prefacio a los *Essais,* como el primo que ahora llevaba *«dignement le nom de la maison de Montaigne»*[27].

---

[25] Laurent de Coral, *Château d'Urtubie* (Bayona, s. d.).

[26] ADPyA, 1J160/2, 2 de abril, 1598. Geoffroy de Montaigne, *sieur* de Bussaguet, fue el hijo mayor y heredero del tío de Montaigne, Raymond Eyguem de Montaigne, *sieur* de Bussaguet. Las relaciones de Geoffroy con su primo Michel y sus parientes más cercanos están descritas en los documentos publicados en Théophile Malvezin, *Michel de Montaigne, son origine, sa famille* (Burdeos, C. Lefebvre, 1875), pp. 84-87, 286-287, 301-303, 306-307, 314-315.

[27] Michel de Montaigne, *Les Essais,* ed. Denis Bjaï, Bénédicte Boudou, Jean Céard e Isabelle Patnin, bajo la dirección de Jean Céard [basado en la edición de 1595 editada por Marie Jars de Gournay] (París, La Pochothèque, 2001), *«Préface… par sa*

Michel de Montaigne utilizó el caso de impostura, entre otros ejemplos, para ilustrar hasta qué punto es difícil saber dónde está la verdad: *«la vérité et le mensonge ont leurs visages conformes».* [Vuelvo a apoyarme en el razonamiento de Montaigne tal como hice en mi libro, un razonamiento que sigue siendo válido.] Demasiados juicios temerarios y arrogantes pronunciados en situaciones en las cuales la incertidumbre o la prudencia en la forma de opinar habrían sido recomendables derivaban en consecuencias nefastas. *«On me fait haïr les choses vraisemblables quand on me les plante pour infaillibles.»* La aceptación de la ignorancia era a veces el mejor camino del conocimiento *(ciencia).* Montaigne se refiere entonces al juicio que presenció y al libro de Coras como *«un accident étrange»:*

> *de deux hommes qui se présentaient l'un pour l'autre: il me souvient… qu'il me sembla avoir rendu l'imposture de celui qu'il jugea coupable, si merveilleuse et excédant de si loin notre connaissance, et la sienne qui était juge, que je trouvai beaucoup de hardiesse en l'arrêt qui l'avait condamné à être pendu.*

Luego prosigue hablando de las *«sorcières»* de su vecindad y de autores que dieron vida a lo que eran meros sueños de esas mujeres. Las acusaciones contra ellas y sus confesiones, que a menudo estaban en contradicción con la evidencia de la vida cotidiana, deberían contemplarse con cautela y teniendo en cuenta la fragilidad humana[28].

No sabemos lo que Catherine de Montaigne entresacó de la respuesta de su primo Michel a la impostura de Arnaud du Tilh y a las habladurías en Hendaya sobre Martin Guerre y otros casos de bigamia en la localidad. Pero el mensaje más importante de *Des boiteux* no alcanzó a su marido. En 1608 Tristan d'Urtubie fue uno de

---

Fille d'Alliance», p. 49: *«Et le sieur de Bussaguet son cousin, qui porte dignement le nom de la maison de Montaigne, à laquelle il sert d'un bon pilier depuis qu'elle a perdu le sien».* Aquí, la nota (p. 49 n. 2) identifica erróneamente al *«sieur de Bussaguet»* como el más joven de los cuatro tíos de Montaigne; este último era Raymond de Bussaguet, el padre de Geoffroy, que murió en 1563 (Malvezin, *Montaigne,* pp. 286-287; Montaigne, *Essais,* libro 3, cap. 37, p. 1191). Tras la muerte de su padre, Geoffroy de Montaigne aparece citado repetidamente como *sieur* de Bussaguet en los documentos publicados por Malvezin.

[28] Montaigne, *Essais*, libro 3, cap. 11, pp. 1593-1608.

los señores del Labourd que reclamó al Parlamento de Burdeos la formación de una comisión de investigación en sus tierras sobre hechos relacionados con prácticas de brujería. Según el obispo de Pamplona, preocupado por esa «locura de las brujas» que había cruzado la frontera hasta el País Vasco español, todo había empezado cuando

> el señor de Urtubie… apresó a varias mujeres mayores que estaban bajo su jurisdicción, las encarceló y obtuvo de ellas un informe sobre todas las brujas del pueblo de Urruña… Las mencionadas en el informe –tanto religiosas como laicas– eran enemigas y oponentes del señor de Urtubie.

La investigación parlamentaria, dirigida por Pierre de Lancre, duró cuatro meses durante los cuales se obtuvieron varias descripciones sobre las tretas del demonio y los conjuros y abominaciones que se producían en los aquelarres. Dos jovencitas adolescentes confesaron que durante un aquelarre el demonio las convenció de que estaban colgando al señor de Urturbie y al otro señor que las había denunciado; ninguno de los dos hombres declaró haber experimentado ningún mal. Varias brujas fueron ejecutadas, incluidos Petri Daguerre, de setenta y tres años de edad, que resultó ser «*le Maistre des cérémonies et gouverneur du sabbat*», su mujer y la mayoría de su familia[29].

Pierre de Lancre se refirió positivamente a la desaparición de Petri Daguerre en su vehemente *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons* de 1612, donde pretendía probar, más allá de

---

[29] Pierre de Lancre, *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et demons* (París, Jean Berjon, 1612), pp. 141-142, 118-119, 125. Gustav Henningsen, *The Witches' Advocate. Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition (1609-1614)* (Reno, University of Nevada Press, 1980), pp. 24, 123, 130-131, 384 [ed. cast.: *El abogado de las brujas,* Madrid, Alianza Editorial, ²2010]. Una coincidencia curiosa: en el Tribunal de la Inquisición español que en 1614 puso fin a la histeria brujeril en el País Vasco español figuraban Francisco de Mendoza y Rodrigo de Castro y Bobadilla. Siguiendo las recomendaciones del perspicaz fraile Alonso de Salazar, el Tribunal insistió en la necesidad de establecer normas muy estrictas para distinguir cuándo las confesiones se referían a hechos que habían sucedido en realidad e instruía a los sacerdotes para que dijeran a la gente que «es… altamente indeseable… creer que las brujas siempre son culpables» de los males de las cosechas, de la muerte de animales o de niños. A veces se trataba de un castigo divino, a veces eran fenómenos naturales (*ibid.,* pp. 359, 371-376). Tal vez estos hombres eran primos de los Mendoza y Bobadilla que acogieron a Martin Guerre.

toda duda, que las brujas realmente cometían las cosas horribles y peligrosas que confesaban. Jean de Coras, que había escrito la «tragicomedia» de Arnaud du Tilh y Martin Guerre, habría extraído una conclusión más compleja e incierta de los procesos contra esas mujeres y esos hombres del País Vasco.

CODA

LA IDENTIDAD Y LA IMAGINACIÓN
(Martin Guerre regresa de nuevo)

Justo Serna y Anaclet Pons
Universitat de València

I

El regreso de Martin Guerre, de Natalie Zemon Davis. ¿El regreso de Martin Guerre? Hay en este título varios enigmas y una incitación, algo que conviene precisar. Lo ponemos entre interrogantes para insistir en ese hecho. Para empezar no nos hallamos ante un libro de historia general: algo así como *La Francia del siglo XVI* o *La vida campesina en el quinientos.* Por el contrario, es un volumen que trata de individuos concretos y vulgares, hombres blancos muertos hace muchísimas generaciones, tipos que llevaron una existencia corriente y a los que no se les recuerda por gesta alguna. Entre ellos está Martin Guerre. ¿Quién es? Nacido a principios del siglo XVI en Hendaya, pronto se instala con sus padres en Artigat. Esta localidad es, entonces, un pueblo pirenaico del Condado de Foix, perteneciente al Languedoc. La sede diocesana más próxima es la de Pamiers, dependiente de Rieux. La instalación de los Guerre en Artigat resulta normal, satisfactoria. En 1538, Martin se casa con Bertrande de Rols y tras unos años infecundos el matrimonio tiene un hijo: Sanxi.

Martin Guerre es un campesino más, un labriego de otro tiempo. Por razones que se ignoran se alista en el ejército como soldado de fortuna dejando esposa e hijo. Llega a España, donde trabajará como lacayo del palacio episcopal de Burgos enrolándose más tarde en la tropas de Felipe II. El resultado es previsible: de la contienda vuelve lisiado. ¿Vuelve?

Al cabo de ocho años se produce el regreso. Alguien que dice ser Martin Guerre retorna. Está muy cambiado. La respuesta inmediata es lógica: ocho años no pasan en balde. Tras ese lapso y en situaciones de guerra, el individuo no es exactamente el mismo. Se padecen penurias mayores a las corrientes, atacan miedos de más hondura, hay virtudes que se ejercitan y hay horrores que se cometen. Una herida incurable transforma y trastorna a cualquiera. El semblante físico también muda por la distinta actividad, el sol, la intemperie, la lluvia, el frío y el deambular incierto. Martin ha visto mundo, ha tenido experiencias y ese hecho biográfico cambia el aspecto de las cosas y de uno mismo.

En la aldea, en Artigat, todo está fijado y con ello la apariencia; en el mundo abierto de la guerra y del vagar, el peso, la corpulencia, el pelo o hasta el brillo de los ojos se transforman tras ocho años de marcha. El libro de Natalie Zemon Davis nos presenta un contraste vivísimo entre la rápida aceleración de las experiencias y el lento devenir de la vida aldeana. A los lectores actuales nos hace ver lo que hoy es común: salir al mundo nos hace mudar, nos obliga a adaptarnos. Uno ya no puede regresar igual que cuando marchó.

El libro de Natalie Zemon Davis no es una biografía. No nos vamos a encontrar una reconstrucción exhaustiva de una vida común, el relato de una trayectoria personal. El género literario e histórico de la biografía tiene reglas bien claras: la investigación exhuma el mayor número de documentos para fijar los hechos y la cronología de una existencia, esos datos de los que los humanos dejamos rastro. A poco que tratemos con gente, a poco que tratemos con las instituciones, nuestra identidad queda fijada. De ella habrá huella que podrá rastrearse. La pesquisa biográfica acopia y enlaza informaciones poniendo en contexto los actos. Las informaciones proceden de documentos materiales o inmateriales: de papeles, de objetos; o del relato que se transmite de generación en generación.

Para completar su obra, el biógrafo no se conforma con un episodio o con un momento único. Busca, por el contrario, el cuadro general, el proceso y, si se quiere, la consumación, el final de la existencia, aquello que parece dar sentido a todo lo vivido. Durante generaciones, la biografía ha servido para reconstruir los avatares de los grandes personajes, hombres de Estado, del pensamiento, de las artes o de los ejércitos, por ejemplo. Desde Plutarco, la lectura del género ha tenido un sentido moral, aleccionador. Los actos de los antepasados eximios, destacados o aberrantes, valían como en-

señanza: lo notable o lo repudiable, lo heroico o lo acostumbrado, eran arregladamente expuestos y presentados. La narración ordenaba el fluir y el caos de la existencia. Las cosas pasan y se deshilachan, por decirlo así. Solo una secuencia une los flecos sueltos.

De los hombres corrientes no se escribían biografías. ¿Por qué? Porque se supone que el tipo ordinario no tiene nada que ofrecer. De él no habría nada que aprender. Es intercambiable, uno más entre miles, sin dignidades, proezas o actos que resaltar. Un individuo común no sale de su aldea, no abandona la casa ni deja a la familia durante años. Un tipo ordinario se aferra a sus raíces y teme aventurarse más allá del límite. ¿Para qué adentrarse en lo desconocido? Para ello hay sacar todo el coraje con rendimientos dudosos. Mejor, el calor del establo, la seguridad del hogar. Es lo conocido y lo previsible. Por tanto, de figuras así, que las hay a millones, se supone que no hay nada que aprender.

Pero los individuos no somos resueltamente corajudos. Lo normal es que seamos temerosos, incluso prudentes. Si tantos somos así, algo podremos aprender de quienes se condujeron con miedo o con cordura en el pasado: sus ejemplos algo nos dirán de la naturaleza humana. Hay cosas que no cambian y que a lo largo de los siglos efectivamente permanecen. Saber cómo es el común es provechoso; saber lo que forma parte del comportamiento humano, también.

Seguramente por eso, la historiografía reciente ha comenzado a interesarse por los tipos corrientes. Con la masificación de la vida contemporánea, con la homogeneidad, algo podemos aprender de los individuos predecibles. El novecientos ha sido el tiempo del hombre-masa, del hombre sin atributos. Ha sido también la centuria de las mujeres. ¿Qué hace un individuo en la intimidad? ¿Cuáles son las relaciones que mantienen los privados entre sí? De un tiempo a esta parte y gracias a los avances historiográficos y de las propias ciencias sociales, el pueblo, el bajo pueblo, también ha ganado su derecho a la biografía. Primero, fueron los grandes dirigentes de masas, los revolucionarios, los personajes destacables de un drama social. Luego, el conjunto de las clases populares. La historia desde abajo, que se cultiva a partir de los años sesenta, rastrea a individuos cuyas acciones no tuvieron efectos colectivos o grandiosos. Es decir, del tipo corriente, de la persona insignificante, del ser común también tenemos algo que aprender. Aunque nuestra existencia no sea nada del otro mundo, vista de cerca, cobra dimensiones y se singulariza. Corroboramos con ello que no somos intercambiables, que tenemos

siempre algo irrepetible aunque reproduzcamos normas, hábitos, costumbres, valores y prácticas de nuestra sociedad. Somos excepcionales o somos normales según en qué circunstancia, en la intimidad y en el secreto, en lo privado o en lo público.

Pero *El regreso de Martin Guerre* no es la biografía de un hombre del común; no es la historia de un ser ordinario: si lo fuera, si la autora hubiera reconstruido el pequeño avatar de una vida completa, entonces probablemente la obra se habría titulado *Martin Guerre.* El nombre es un designador rígido, un rótulo bajo el que cambia la identidad de la persona. Las circunstancias nos hacen adaptarnos en una socialización forzada. Si no se sale de la aldea, el orden de la existencia es previsible y repite en buena medida la vida de los antecesores. No se sale, pero los estados de ánimo, las maduraciones, las sensibilidades del individuo también se transforman. Si, por el contrario, se abandona el lugar para aventurarse en lo ignoto, los resultados son impredecibles. Queda el nombre de la persona, pero ese rótulo da permanencia a lo que puede ser una muda de la identidad.

Pero no: en el título de su obra, la historiadora pone el énfasis en esa otra palabra, *regreso.* Ocho años sin noticias del campesino para finalmente volver de improviso. En una comunidad aldeana, los lazos primarios de las personas están fuertemente anudados. Tú no eres un individuo sin obligaciones colectivas: te debes a los tuyos y, de otra manera, te debes a tus vecinos. De hecho, la comunidad es familiaridad, vecindario, proximidad, ese roce continuo de quienes comparten, se auxilian. Por supuesto, en una aldea también hay enfrentamientos, rencillas y odios incluso seculares; hay bandos y hay aliados en una vida común que tiene paz y tiene contienda. Pero los papeles que cada uno ha de desempeñar están bien marcados y asignados desde el nacimiento. De hecho, el linaje se impone y con el apellido el individuo acarrea un lastre de siglos, de generaciones: la familia no solo es un conjunto de personas vivas; es también la suma de los muertos que pesan y de los que se reciben la memoria y las obligaciones. Eso es lo que rotula un nombre. En un pequeño pueblo, todos se conocen, el círculo se estrecha, la información fluye y la evocación de los fallecidos forma parte de la vida de los presentes. El conocimiento es control, sujeción y socorro.

Es también una comunidad propiamente moral. Hay un sentido compartido que se les da a las cosas, los valores con que se juzga la acción y la institución, los hechos de los individuos y las obligaciones y buen nombre de las familias. Lo moral alude al criterio que

permite distinguir lo bueno de lo malo, lo deseable de lo indeseable. Los preceptos religiosos se imponen a una comunidad de creyentes. Pero también el hogar y las relaciones son fuente de moralidad. No hay propiamente un individuo que se autogobierne. Lo que hay es un agregado de vecinos, gentes cuya vida ha de ceñirse. Los significados se reciben, se heredan y se transmiten.

Quien regresa tras años y años de ausencia ha de recobrar no solo los afectos, los lazos familiares y las relaciones externas. Ha de recuperar el puesto en la comunidad. El individuo desempeñaba tareas, tareas que quedaron sin realizar o que ahora, tiempo después, ha de retomar. Propiamente es una reinserción y es una aceptación, un fenómeno nuevo que altera las rutinas previsibles de esa aldea. El que vuelve ha visto cosas que los nativos no creerían, ha tenido experiencias que seguramente han perturbado su ánimo, ha vivido hechos que han hecho aumentar su saber o al menos su intuición. Si el hombre regresara tal como se fue, no habría mucho problema. Todos lo recuerdan –para lo bueno y para lo malo– y él recuerda cuáles eran sus cometidos, su discurrir cotidiano. Martin Guerre, tras esos ocho años, vuelve cambiado. ¿Acaso la guerra transforma a los hombres? ¿Los envilece, los mejora? Pero no es el simple paso del tiempo: estar guerreando en el siglo XVI es estar batiéndose contra la muerte inminente; es estar sobreviviendo de pura chiripa en medio de embestidas, sucesos y enfermedades. Volver a la apacible vida de aldea te hace regresar a una guerra más llevadera. Por muchos conflictos que se libren en la familia o en el vecindario, el hombre tiene el auxilio de la rutina y de la tradición.

Pero, exactamente, ¿quién vuelve en el libro de Natalie Zemon Davis?

II

En las diversas ocasiones en las que ha repasado su vida y su trayectoria académica[1], Natalie Davis ha contado que su primer con-

[1] Edward Benson, «Martin Guerre, the Historian and the Filmmakers: An Interview with Natalie Zemon Davis», *Film and History* 13, 3 (1983), pp. 49-65; Natalie Zemon Davis, «A Life of Learning: Charles Homer Haskins Lecture for 1997», Nueva York, American Council of Learned Societies, 1997, disponible en http://www.acls.org/publications/op/haskins/1997_nataliezemondavis.pdf (consultado el 15 de abril de 2013) [ed. cast.: «Una vida de estudio», *Historias* 48 (2001), pp. 9-29].

tacto con el caso de Martin Guerre tuvo lugar a finales de los años setenta, poco antes de concluir su estancia en Berkeley. Incluso ha presentado al menos dos versiones, no necesariamente contradictorias, puede que incluso complementarias. En una de ellas indica que fue una de sus estudiantes la que le hizo reparar en un libro del siglo XVI, una obra conservada en una biblioteca de aquella universidad americana. Era *Arrest mémorable,* el volumen en el que un juez, Jean de Coras, relataba la célebre impostura de un campesino, un tal Martin Guerre, ocurrida en una aldea pirenaica. La otra simplemente rememora haber leído ese libro en 1976 para un seminario sobre familia y parentesco, citándolo en un ensayo que sobre ese mismo asunto publicaría al año siguiente en la revista *Daedalus.*

A pesar de lo que pudiera pensarse, siendo como es una historiadora, su primera reacción fue suponer que aquello merecía ser llevado al cine, que aquel relato tenía dentro una película; una idea esta que ya no la abandonaría. Pues, como ha reconocido reiteradamente, allí había un argumento perfecto, el relato íntimo de los aldeanos y una mirada que distinguía a los diferentes grupos sociales, ya fueran jueces o campesinos. Intimidad, identidad, moralidad, comunidad: era la clase de historia que a ella le gustaba hacer, una ocasión para mostrar lo específico de aquel mundo remoto a millones de personas que, de otro modo, no tendrían oportunidad de conocerlo. El porqué de ese impulso repentino lo ha atribuido a varias razones. Principalmente la motivaba, según reconoce, la búsqueda una nueva manera de relatar el pasado. ¿Cómo trasladar al presente hechos que ocurrieron en otro tiempo? Pero entre los acicates también estaba, sin duda, un antiguo interés por conseguir una amplia audiencia, más allá de los círculos universitarios. No escribir simplemente para expertos. Y asimismo la motivaba su atracción por el trabajo de los antropólogos. Estos estudiosos intentan dar cuerpo a lo que experimentan las personas (gestos, posturas, olores, gustos): tienen la oportunidad de ver cosas que los documentos no permiten a los historiadores.

Las imágenes de una película, pensó, podían visualizar todo eso, hacerlo aflorar: el espectador podría ver el discurrir cotidiano de unos labriegos de otra época. La puesta en escena podría, en fin, exhumar un mundo tan marginado y arcaico como el de los campesinos. Se trataba de ir más allá de los análisis abstractos sobre lo que es una clase o una religión; se trataba de dar cuenta de todo lo que uno se pierde necesariamente al estudiar el pasado. Además,

esperaba que su participación en una película le proporcionara una especie de retorno, de *feedback:* la respuesta de personas vivas, gentes que pudieran contestar a sus preguntas y reaccionar ante lo dicho o escrito. Eso es lo que la atraía. Expresado de otro modo, la experiencia la reafirmó e impulsó en su intento de tratar a las personas que estudiaba con el mismo respecto que si estuvieran vivas.

Esa era la idea que le rondaba por la cabeza cuando, en 1977, tuvo que organizar el programa de la Society for French Historical Studies. Entre las distintas actividades previstas pensó que convendría dedicar una sesión al cine como forma de abordar el pasado. Por esos años, los historiadores tenían ya una seria preocupación por el documento fílmico, por el efecto de los *mass media* sobre la historia, por la forma de presentar hechos pretéritos. En Francia, particularmente, filósofos, cineastas e historiadores se preguntaban por el lenguaje del cine, por la capacidad de reconstrucción del pasado. Natalie Zemon Davis mostraba, pues, una preocupación semejante a la de otros historiadores experimentales o renovadores. Con ese propósito, con el fin de dedicar una sesión de su actividad académica, invitó al director francés René Allio para que hablara de la película que acababa de realizar, *Moi, Pierre Rivière,* una historia real basada en los textos recopilados por Michel Foucault. Se trataba de un caso de parricidio ocurrido en 1835: *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère.* El título del texto original acobarda, pero esa enunciación en primera persona da fuerza a la historia, al regreso de Pierre Rivière. El volumen en el que se basa el film es un repertorio de documentos personales, médicos, judiciales, policiales, etcétera. Foucault los había reunido para mostrar dos cosas. La identidad de Rivière depende del discurso que lo enuncia; todo discurso contiene y retiene aspectos biográficos parciales que confirman el objeto para el que fue pensado y dicho.

En la sesión académica, Allio habló sobre el proceso de composición. Explicó cómo vivió durante meses en la aldea donde habían sucedido los acontecimientos y cómo los personajes locales los interpretaron diversos vecinos, con los que además discutía sobre la filmación. Para Davis, el caso de Pierre Rivière fue una inmejorable oportunidad para reflexionar sobre la historia, para verla de una manera diferente; una ocasión para acercarse a esa experiencia etnográfica que al historiador del pasado le está vedada. En el fondo, el acicate antropológico es una base constante de Davis y, sin duda, los paralelismos entre el etnógrafo y el investigador de archivo no

es tan distinta: ambos recopilan datos a partir de una experiencia participante. Miran, escuchan o leen, dan significado a actos, convenciones y normas que son extrañas, ajenas, distantes. Los nativos o los antepasados son siempre personajes remotos.

Natalie Zemon Davis ha recordado igualmente que fue a partir de dicho momento cuando empezó a recopilar un dosier sobre aquel Martin Guerre, un caso de impostura. Y ha recordado que, cuando finalmente aceptó la invitación de Lawrence Stone para trasladarse a Princeton en el invierno de 1979-1980, no solo siguió fantaseando sobre el asunto, sino que empezó a establecer los primeros contactos para materializarlo. Pero alguien se cruzó en su camino, facilitándole el empeño: coincidió en un congreso con Emmanuel Le Roy Ladurie haciéndole partícipe de su idea. La respuesta que obtuvo de su colega fue toda una sorpresa, no ya porque Le Roy Ladurie conociera bien el caso, algo lógico, sino porque le comunicó que había dos cineastas franceses que estaban preparando un proyecto semejante. Y no era un rumor o una conjetura, lo sabía de primera mano, porque había colaborado con uno de ellos, el director Daniel Vigne, en un documental sobre la cultura rural francesa. De la sorpresa pasaron a la acción, de modo que Le Roy Ladurie los puso en contacto, con los resultados que ya conocemos, accediendo Vigne y su guionista Jean-Claude Carrière a que ella se sumara como asesora histórica participando en la futura película. Hubo, eso sí, otra afortunada coincidencia que facilitó el rápido acuerdo: hacía pocos meses que se había traducido al francés el libro Davis sobre la Francia moderna y los cineastas lo habían comprado para documentarse sobre el periodo. Por eso, la noticia de que la historiadora norteamericana deseaba formar parte del proyecto les pareció inmejorable.

Dos años después de aquel primer encuentro se estrenaba la película. Era en 1982. Natalie Zemon Davis ha considerado muy positiva dicha experiencia, sobre todo por el proceso de colaboración en el que se vio inmersa. Pero, desde el principio, supo también que tenía que escribir un libro sobre el tema, un trabajo como historiadora. El «pero» de la investigadora era previsible: la exactitud, la precisión. No bastaba con las imágenes, con un Gérard Depardieu encarnando creíblemente a Martin Guerre. A juicio de Davis, los protagonistas quedaban simplificados al trasladarse a la pantalla, privados de su complejidad, mientras otros elementos habían tenido que ser cambiados u omitidos. Por eso, como estudiosa, veía

cosas en las fuentes que la película no podía mostrar. Los documentos no son un mero depósito de datos. Son una construcción discursiva, la enunciación de algo externo que ya no está. Por expresivo que sea el medio cinematográfico, por mucho que le hubiese enseñado sobre su trabajo, acerca de qué preguntas y cómo hacerlas, acerca de cómo relatar, la sensación de pérdida era evidente. Los papeles retienen, reproducen y recrean algo que ya no figura, algo que ocurrió y de lo que solo quedan huellas, un resto material que hay que completar y restituir. La frase histórica expresa; la imagen histórica muestra. Expresión y mostración: no es lo mismo ver a un sujeto histórico rápida y escuetamente trazado que reconstruir su identidad dudosa a partir de documentos que lo mencionan siempre indirectamente. Es un trabajo de paciencia.

III

Volveremos después sobre lo que significó este libro para ella, para su forma de trabajar; pero habrá que detenerse primero en la publicación de dicha obra, en su impacto y su recepción. El volumen apareció inicialmente en francés, el mismo año y coincidiendo con la película, es decir, se trataba de un texto cuyo objeto era poner por escrito el resultado de su participación en el proyecto cinematográfico. Para entonces, Natalie Zemon Davis es una historiadora bien conocida en Francia, que no solamente ha publicado un volumen en inglés sobre la Francia moderna, sino que además ha repetido sus estancias en dicho país. Ha participado en algunos congresos y ha intensificado sus lazos personales con diversos colegas galos. No obstante, tendrán que transcurrir cuatro años y tres ediciones desde la versión original para que la editorial Aubier traduzca ese primer libro con el título de *Les Cultures du peuple*. El volumen, a pesar de todo, no tendrá una gran acogida.

Es en ese contexto en el que en 1982 la editorial Laffont presenta su estudio sobre Martin Guerre, volumen que la revista *Annales* registra en la relación de obras recibidas[2], aunque tampoco hay constancia de que suscitara gran interés entre los historiadores. Recibe, eso sí, mucha atención en medios cinematográficos, pero no por el libro, elaborado con Jean-Claude Carrière y Daniel Vigne,

[2] *Annales. ESC* 7, 4 (1982), p. XI.

sino por la película resultante (aunque fuera rechazada para concursar en el Festival de Cannes). No deja de ser curioso, además, que el volumen apareciera primero en francés con el citado formato y al año siguiente se editara la versión inglesa solo con la parte de Natalie Zemon Davis. Es esta segunda publicación la que acabará siendo reseñada en *Annales*. Eso sí: tres años después. En efecto, es en 1986 cuando el antropólogo Daniel Fabre le dedica un amplio comentario[3].

Fabre entiende que se trata de un proyecto de historia social, al margen de que haya dado lugar o no a una obra cinematográfica: un proyecto que abre al menos tres perspectivas. En primer lugar, admite que la realidad «histórica» se debe en gran parte al relato: en su narración, Natalie Zemon Davis añade todas las «verdades» que se pueden hallar en los archivos en donde se da testimonio del caso; allí en donde los rastros no llegan, es la sutileza de su análisis la que permite plantear hipótesis verosímiles (y fundadas). La sutileza del análisis y el planteamiento de hipótesis verosímiles hacen que los personajes sean contemporáneos y a la vez remotos. Son creíbles en su arcaísmo. Y son coetáneos nuestros en su complejidad existencial.

En segundo término, releer la historia de Martin Guerre es recomponerla sin modificar el núcleo de su trama, pero acentuando otros acontecimientos y personajes: Bertrande de Rols, esposa del auténtico Guerre y de su impostor, adquiere un protagonismo que tradicionalmente no tenía. Criada en Artigat con su madre y hermanos, Bertrande se había dedicado a labores domésticas. Su temprano matrimonio con Martin cambia las cosas. Es una mujer independiente, preocupada por su reputación: justamente por eso no acepta separarse de él cuando la descendencia tarda en llegar. Y precisamente por ello no querrá casarse de nuevo cuando Guerre desaparezca.

El tercer aspecto que interesa a Fabre es el magistrado Jean de Coras, el intermediario sobre el que Natalie Zemon Davis emprende su investigación. ¿Quién es este individuo? Nacido en 1515 en Réalmont y criado en Toulouse, lugar en el que su progenitor ejerce de abogado del Parlamento, el joven Coras es prometedor. Estudia derecho civil y canónico en Angers, Orleans y París. En 1536 se doctora en derecho en Padua. Es un tipo brillante. La historiadora

[3] *Annales. ESC* 41, 3 (1986), pp. 708-711.

se pregunta acerca de la biografía del magistrado. ¿En qué medida su vida pudo determinar la investigación judicial? En último término, la obra de Davis trata de grandes cuestiones, como lo real y lo verosímil, las relaciones amorosas y el matrimonio, la ilusión diabólica y las fuentes «interiores» de la verdad. Con estos interrogantes la investigadora realiza una historia social e intelectual que, a juicio de Fabre, sigue la senda abierta por Lucien Febvre: la de la psicología histórica del siglo XVI.

Al margen de esas y otras acotaciones que se hicieron o pudiéramos hacer ahora, podríamos decir que de *El regreso de Martin Guerre* hay una doble recepción, la académica y la popular: la de los estudiosos y la de los círculos de lectores. Desde el punto de vista académico, su trabajo sobre Martin Guerre tiene un eco limitado. Tras la edición de Robert Laffont en 1982, a la par que se proyecta la película, el texto no se recuperará hasta 2008, cuando Tallandier lo presente de nuevo sin las partes de Carrière y Vigne, pero nuevamente con el reclamo de los actores del film en la portada. Ahora bien, en esas fechas, al texto de Davis se añade el posfacio que Carlo Ginzburg había escrito para la edición italiana de 1984. En cambio, su texto es muy popular, ya que entre 1982 y 1983 se incluye entre los volúmenes que habían publicado diversos clubes de lectores, con grandes tiradas[4].

Por su parte, como hemos avanzado, Harvard University Press publica la versión inglesa al año siguiente. Tampoco aquí el impacto será extraordinario ni tendrá una vida editorial significativa (no se ha vuelto a reeditar desde que apareciera la edición en rústica en 1984). Además, pocas publicaciones académicas comentarán esta nueva contribución, quizá por su rareza, aunque algunas revistas y suplementos de gran tirada se harán eco del libro: en particular *The New York Review of Books,* con una reseña firmada por Emmanuel Le Roy Ladurie, que por entonces gozaba de un éxito espectacular con su *Montaillou* (1975). De hecho, el editor americano, siguiendo esa costumbre de inscribir en la contraportada unas frases de las reseñas más favorables, solo pudo añadir a las de Le Roy Ladurie las palabras aparecidas en medios como *Village Voice*, *Newsweek* y *Seattle Times.*

[4] En efecto, está en el catálogo de France loisirs, Le Grand livre du mois y Éditions J'ai lu. Con el paso de los años, Larousse lo editará sin su participación en la colección «Les classiques contemporains», con los textos de Vigne y Carrière.

No había ocurrido lo mismo con la película de Daniel Vigne. En 1989, Janet Staiger publicó un texto sobre dicha versión, analizando la relación entre la ficción narrativa y los sucesos históricos[5]. Para ello, examinaba las reacciones que había suscitado el film entre la prensa norteamericana, contabilizando dos artículos y diecisiete reseñas en los años 1983 y 1984. La crítica de aquel país fue en general positiva, pues solo uno de los comentarios analizados por Staiger era negativo. Ahora bien, ni esta profesora de comunicación ni los expertos dieron mucha importancia al trabajo de Natalie Zemon Davis ni a su libro. Staiger la menciona en una sola ocasión, como asesora histórica y académica, e indica que solo cuatro de las reseñas cinematográficas aludieron de pasada a ello. Por tanto, como era de esperar, el impacto del Martin Guerre fue mucho mayor por la versión cinematográfica que por el libro, a excepción de aquellos que se dedicaban a la relación entre historia y cine. Y así, ya en 1983 Edward Benson le hizo una amplia entrevista a Natalie Zemon Davis en la revista *Film and History.*

Mientras tanto, dentro de la corporación de los historiadores, y con la salvedad de la *American Historical Review* (AHR), que tardó dos años en publicar una breve nota crítica, las pocas revistas que informaron o analizaron el volumen estaban dedicadas a temas muy concretos (*Sixteenth Century Journal*, *French Review* y *Renaissance Quarterly*)[6]. Eso sí, todas ellas fueron altamente elogiosas, tildando el volumen de brillante, de estar sólidamente basado en las fuentes, pero también de imaginativo, con sus muchos «quizás», y de conectar con la propuesta etnográfica de Clifford Geertz, entre otras cosas. Había un consenso, en suma, sobre su valor.

En cuanto a la difusión española, la obra comparte ciertos rasgos señalados para el caso francés o americano, pero con algunas

---

[5] Aunque apareció originalmente en la revista *South Atlantic Quarterly,* el texto se ha reeditado en varias ocasiones, añadiendo la coletilla sobre Martin Guerre de la que carecía el original. Por ejemplo: «Securing the Fictional Narrative as a Tale of the Historical Real: The Return of Martin Guerre», en Janet Staiger, *Perverse Spectators:The Practices of Film Reception,* Nueva York, New York University Press, 2000, pp. 191-209.

[6] Emmanuel Le Roy Ladurie, «Double Trouble», *New York Review of Books* 30, 20 (1983), pp. 12-13; la breve reseña de la *American Historical Review* corrió a cargo de A. Lloyd Moote, vol. 90, núm. 4. (1985), p. 943. En el caso inglés, fue Peter Burke el que saludó este libro: «The Impostor», *London Review of Books*, vol. 6, núm. 7, 19 de abril de 1984.

peculiaridades. En primer lugar, se publica en 1984 en un sello relativamente reciente, creado a finales de 1978, un sello que no tenía –ni tiene– la historia entre sus materias fundamentales. Se trata de Antoni Bosch editor, una iniciativa que hereda la actividad de otra anterior, «2 cultures», cuya obra más señalada había sido un volumen sobre el músico Pau Casals. Así pues, los intereses de Antoni Bosch no parecían estar en el terreno de nuestra disciplina. Además, el volumen aparece en una colección denominada simplemente «Ensayo», precedido por obras de autores como Pere Gimferrer, que la inaugura, Lily Litvak y C. S. Lewis (estos dos últimos por partida doble). En cuanto a las razones de su inclusión en esa serie, solo cabe conjeturar que el editor creyera ver en ello una oportunidad para aprovechar el éxito de la película. De hecho, el libro apareció solo un mes antes del estreno del film en España, que llegó a las salas en octubre de 1984. Y es esa coincidencia la que permitirá que el volumen obtenga cierta resonancia. La que consiguió debe atribuirse a Santos Juliá y a Ricardo García Cárcel, dos informados comentaristas que, de forma casi simultánea, dedicaron sendos artículos en la prensa periódica. Hablaron de dicha obra y de su autora, aunque con distinta intensidad[7].

La reseña de Juliá no trata exclusivamente de este volumen, aunque le dedica algunas líneas a su contenido y a la película resultante. El comentarista lo integra dentro de un conjunto de obras, ocho en total, que abordarían cuestiones parejas: los trabajos de Georges Duby, de Emmanuel Le Roy Ladurie y de Carlo Cipolla, junto a otros textos aparecidos en revistas o editados en forma de libro que recogían los debates británicos sobre la historia y la cultura popular. Santos Juliá no iguala tales ejemplos en un mismo plano, pero sí que los remite a un cambio simultáneo, a un registro historiográfico coincidente. «Los historiadores –decía Juliá– se han propuesto en los últimos años escribir historias.» Insistimos: escribir historias, contar avatares personales, presentar hechos individuales. ¿Cómo lo hacían? Para desarrollar esas obras habían escogido un determinado tipo de documento, uno en el que ciertas manifestaciones particulares les permitieran recuperar «aspectos sugestivos de la cultura popular». Con ello relata-

[7] Ricardo García Cárcel, «El regreso verídico de Martin Guerre», *La Vanguardia*, 23 de octubre 1984, p. 42; Santos Juliá, «De la cultura popular al relato histórico», *El País*, 25 de noviembre de 1984, p. 5 del suplemento «Libros».

ban: a la búsqueda de un nuevo público, más amplio y no circunscrito al ámbito propiamente académico. Eran libros novedosos, por su estructura narrativa, por el destinatario que se fijaban y por su intención, una suerte de nueva historia cultural que atendía a vidas concretas, que daba la voz a los protagonistas, que se preocupaba por rescatar sus representaciones simbólicas.

Más breve es el texto de García Cárcel, que se centra en exclusiva en esa obra de Davis, en su contenido, abordando tres de sus aspectos: el fracaso matrimonial, la sustitución o impostura y el proceso judicial. Dado que Natalie Zemon Davis era poco conocida por entonces, el comentarista se limita a señalar que es «una historiadora norteamericana, profesora de la Universidad de Princeton, especializada en la historia moderna de Francia», el mismo periodo en el que destaca el propio García Cárcel. Nada más se dice, excepto su participación en el guion de la película y el resultado: «Un libro precioso en el que la excepcionalidad de estos personajes y su peripecia histórica queda diluida en el análisis cargado de sugerencias y matices de las pautas de conducta de la época». ¿A qué se refería? Aludía en particular a las mentalidades campesinas, a la contradicción entre sentimientos e intereses y a las peculiaridades institucionales del periodo.

Al margen del esfuerzo de contextualización para comprender los hechos históricos de los que trata, el estudioso español poco nos informaba de su colega americana y nada de sus preocupaciones. El lector enterado podía asimilarla de inmediato a la historia de las mentalidades, que tanto daba que hablar por entonces. Los debates de aquellos años no dejan lugar a dudas. En uno que reprodujo la revista *Manuscrits* sobre este asunto podemos leer distintas contribuciones. En primer lugar, la condena que de tal corriente hace Josep Fontana; en segundo término, la defensa que de esta historia desarrolla Ricardo García Cárcel. Carlos Martínez Shaw, por su parte, se alía con este último y señala tres referentes indiscutibles: Michel Vovelle, Carlo Ginzburg y Natalie Zemon Davis. En conjunto, queda claro que el *Martin Guerre* es visto entonces, y de forma mayoritaria, como un texto de historia de las mentalidades[8].

---

[8] Josep Fontana, Ricardo García Cárcel, Carlos Martínez Shaw, Josep M. Salrach i Lluís Roura, «La Història de les Mentalitats: una polèmica oberta», *Manuscrits* 2 (1985), pp. 31-56.

IV

Un caso histórico, ampliamente documentado y muchas veces relatado a lo largo del tiempo, una película y un libro, sin contar lo que vendría después. Ese es el tratamiento del impostor Martin Guerre, no muy habitual. Y ese recorrido, unido a otros muchos méritos, haría de Natalie Davis una autora muy popular, inicialmente gracias a la difusión de la película y, poco a poco, gracias a las bondades de su volumen. Ese creciente reconocimiento público se vio recompensado unos años después, en 1987, con su designación para presidir la American Historical Association (AHA), un hecho nada baladí, pues fue la primera mujer en ejercer tal cargo desde que Nillie Neilson lo ocupara en 1943. Al año siguiente, además, la revista de dicha organización dedicó uno de sus foros de discusión al *Martin Guerre,* con artículos de ella misma y de Robert Finlay[9]. El intercambio que mantuvieron ambos colegas no fue mera celebración y por eso mismo, por las cuestiones que se plantearon, merece que lo retomemos.

La propia Natalie Davis ha recordado que el texto inicial de Finlay era grosero, pues contenía ataques personales. Se le pidió que rebajara el tono, como así hizo. Pero, al margen de que suavizara el contenido, sus argumentos básicos se conservaron. Finlay empieza atribuyendo la gran difusión del libro a razones internas y externas. Entre estas últimas está su conexión con los trabajos de Le Roy Ladurie y Ginzburg, pero sobre todo el éxito de la película francesa, a la que sirvió como complemento. En cuanto a las primeras, constata que su reinterpretación de la vida de Martin Guerre está concebida con imaginación, elocuentemente argumentada, cosa que hace de la historia un caso atractivo. No obstante, añade acto seguido, es notablemente diferente de la versión que ha venido siendo aceptada desde el siglo XVI, la de Jean de Coras, que tiene como personaje principal a Arnaud du Tilh. ¿Quién es Arnaud du Tilh? Nacido en la diócesis de Lombez, este individuo se distingue desde su infancia por su elocuencia. Es un tipo vivaracho y dado a la disipación. En uno de sus avatares personales fue confundido con Martin Guerre. Ese sería propiamente el principio de la historia: justamente cuando decide suplantarle, cosa que hace con acier-

[9] Robert Finlay, «The Refashioning of Martin Guerre» y Natalie Zemon Davis, «On the Lame», *American Historical Review* 93, 3 (1988), pp. 553-571 y 572-603.

to y arte. De no haber vuelto el auténtico Martin Guerre, la impostura se habría completado con éxito.

La reconstrucción de Natalie Zemon Davis, en cambio, se centra en Bertrande de Rols o, más bien, en su relación con el impostor, presentándola como cómplice. Ambas versiones, concluye Finlay, no podían ser más diferentes. Si la tradicional es una historia de codicia y engaño, de fraude y robo, de una mujer engañada, la de Davis habla de devoción y colaboración, de amor y de identidad, de un matrimonio inventado que fue destruido por un hombre de corazón duro con una pierna de madera. Si Coras ve la impostura de Arnaud, Davis ve una especie de héroe, un Martin Guerre más real que el antipático marido de Bertrande de Rols. Si Coras ve a esta como una víctima inocente, Davis la presenta como una figura heroica, transgresora, independiente, lúcida, apasionada e invariablemente «honorable».

Para hacer tal cosa, continúa Finlay, Davis dice servirse del contexto, el que le permite establecer cómo era la mujer campesina de aquella época, aplicándolo al caso de Bertrande. Pero se trata de *su* visión de ese mundo, visión que choca, además, con un obstáculo fundamental: las fuentes indican que Bertrande fue unánimemente considerada víctima del impostor, no su cómplice. De hecho, la cuestión de la complicidad nunca se planteó, y Davis no presenta ninguna prueba que sustente sus afirmaciones en ese sentido. Es decir, estas dependen de la mera afirmación de que ella ha dado con una verdad que aparentemente se mantuvo oculta a ojos de los aldeanos y los jueces. Ni siquiera sirve el argumento de las relaciones sexuales, según el cual Bertrande tendría que haber reconocido la impostura, pues eso supone ir en contra de la fuente y del relato que esta hizo de su vida sexual con el verdadero Martin Guerre. Es, pues, una opinión sin fundamento. De ahí que, tras la vuelta del auténtico marido, el relato de Davis se complique aún más, presentando un escenario en el que los principales participantes en el juicio –demandante, demandado y jueces– albergan motivaciones y designios secretos que, por su propia naturaleza, carecen una vez más de sustento documental.

A su entender, Davis echa mano de distintas nociones de reconstrucción psicológica para cambiar el enfoque del asunto, pasando de engaño deplorable a compromiso heroico. Y así, esposa e impostor no cometieron fraude ni fueron adúlteros, sino que se proponían su «autoconstrucción», «inventaban» un matrimonio, creaban nuevas

«identidades». Desafortunadamente, concluye, la historiadora no prueba ninguna de estas cosas, de modo que esas conjeturas funcionan como una forma de elevar una interpretación de la complicidad entre Bertrande y Arnaud desde la sórdida realidad del fraude y el adulterio a ese reino elusivo donde la vida se aproxima a la literatura. Más aún, insiste Finlay, si podemos anular completamente las fuentes, al servicio de una inventiva que mezcla intuiciones y aserciones, entonces resulta difícil ver lo que separa a la escritura histórica de la de ficción. Por eso, la Bertrande de Rols del libro le parece más un producto de la invención que resultado de la reconstrucción histórica, y lo mismo dice de Arnaud du Tilh, el forjador de identidad, y de Jean de Coras, el inquisidor ambivalente:

> En la escritura histórica, ¿donde acaba la reconstrucción y empieza la invención? Las virtudes de *The Return of Martin Guerre* son claras: su elocuente retrato de la vida campesina, su sentido de los valores y los prejuicios comunitarios, su simpatía por los que no pertenecen a la elite, su énfasis en el papel central de la mujer, sus detalles evocadores y su ágil prosa. Lamentablemente, ninguno de los puntos centrales del libro –lo que sabía Bertrande, la sinuosa estrategia del tribunal, el trágico romance, la justificación protestante, la autoconstrucción de los campesinos, los conflictos del juez, el texto «polivalente»– descansa sobre el registro documental[10].

Finlay entiende que lo que Davis califica de «invención», su empleo de los «quizás» y los «probablemente», no es extraño a los historiadores, que a menudo han de especular cuando carecen de pruebas insuficientes. «Pero la especulación, ya sea fundada en la intuición o en conceptos tomados de la antropología y de la crítica literaria, se supone que debe ceder ante la soberanía de las fuentes, el tribunal de los documentos. El historiador no debe hacer que la gente del pasado diga o haga cosas que van en contra del más escrupuloso respeto a las fuentes.» Lamentablemente, continúa, «Davis ha permitido que un exceso de invención oculte las vidas de las personas a las que ha dedicado su simpatía e imaginación». Y concluye: «Si los lectores de su libro se sienten próximos a Bertrande y lamentan el regreso del hombre de la pata de palo, si sienten que realmente entienden la vida de esos campesi-

[10] Robert Finlay, «The Refashioning of Martin Guerre», cit., pp. 569-570.

nos desaparecidos hace tanto tiempo, es de modo inconsciente, a expensas del respeto a su integridad histórica, a sus muy diferentes motivaciones y valores».

Como se puede concluir, la posición de este historiador es muy crítica, pues ataca un aspecto fundamental, el de las fuentes y la manera de utilizarlas en el relato histórico. En ese sentido, su perspectiva podría calificarse de mucho más tradicional, de ingenuamente «positivista», muy alejada del tipo de historia social practicada por Natalie Davis. Y la profundidad de las objeciones es lo que explica que esta historiadora respondiera con un texto amplio, de más de treinta páginas y sobrepasando el centenar de citas al pie. Una respuesta, que según ella misma ha reconocido, era un tanto arrogante e irónica[11]. Parafraseando un célebre ensayo de Montaige, su ensayo lleva por título «On the Lame», «Sobre el cojo», dando a entender que los argumentos de Finley estaban precisamente así, «cojos». Pero su texto, más allá del guiño irónico, aborda los aspectos centrales que Finley había impugnado y, más en concreto, gira en torno a la «dificultad en la búsqueda histórica de la verdad». Para ella, no existe una narrativa histórica única, sino muchas, que representan la variedad de experiencias en el pasado. De hecho afirma que la versión presentada por Finlay es otra más, diferente de la suya y distinta también de la de Coras y de las subsiguientes que el caso ha tenido, algo que viene a reflejar las «complejas posibilidades» que ofrecen los hechos.

Davis defiende su libro como una exploración del problema de la verdad y de la duda, de la dificultad de determinar la verdadera identidad en el siglo XVI y de la dificultad del historiador en su búsqueda de la verdad. Lo que les separa es la distinta forma de entender ese límite entre reconstrucción e invención, es decir, lo que se entiende por método histórico e interpretación, el abanico de pruebas que hemos de aportar para abordar un problema histórico, la forma de leer los textos y el papel de la especulación y la incertidumbre en el conocimiento histórico. Además, añade, ambos contrastan en hábitos mentales, estilos cognitivos y tono moral. Donde ella ve complejidades y ambivalencias, que intenta aclarar estableciendo posibles verdades y ofreciendo conjeturas, incluso juicios éticos, Finlay ve cosas puras y simples, pues quiere la verdad abso-

[11] Las referencias a ese debate en: Aitana Guia, «Els tombants de la història. Entrevista amb Natalie Z. Davis», *El Contemporani* 35-36 (2007): pp. 43-64, en concreto p. 58.

luta, establecida sin ambigüedad, y sus juicios morales lo son en términos de correcto e incorrecto.

Dada la crítica de Finlay, Natalie Zemon Davis dedica parte de la respuesta a exponer su método, a explicar su uso de las fuentes y la forma de leerlas: «En todo momento, trabajé como una detective, evaluando mis fuentes y sus normas de composición, reuniendo pistas en muchos lugares, estableciendo un argumento conjetural que otorga el mejor significado, el más plausible, a las pruebas del siglo XVI». Y esa fórmula incluye algo que permite entender muchas de las discrepancias con la interpretación de Finlay. Su libro utiliza una determinada construcción literaria, intentando que pudiera ser leído como una historia detectivesca, pretendiendo con ello llegar a un público variado, proporcionando el equivalente a un movimiento cinematográfico de *flash-forwards* más que de *flashbacks.* Todo lo cual supone una estrategia puesta al servicio de unos objetivos: la recreación de la complejidad de la experiencia histórica (en este caso, la de los campesinos), recobrar la interacción entre lo socialmente determinado y lo elegido, y animar a los lectores a que piensen en las implicaciones de la construcción literaria para la representación histórica.

En cuanto a la distinta interpretación sobre el papel de Bertrande y su colusión con Arnaud, Natalie Davis se propone rebatir ampliamente los argumentos de su crítico, reiterando los distintos fundamentos expuestos en el libro, todos ellos extraídos de las fuentes: el hecho de que, como confirmaron todos los testigos, Arnaud saludó a todos por su nombre y aludió a cosas de su pasado cuando los vio por primera vez en Artigat; el hecho, igualmente atestiguado, de que tenía una talla corporal muy diferente de la de Martin Guerre; la conducta de Bertrande desde el momento en que Arnaud es acusado de impostor por Pierre Guerre y por otros hasta que se convierte en demandante; y el testimonio de Bertrande durante el juicio en Toulouse, que permitió a Arnaud convencer al tribunal de que era Martin. Todos esos «signos», concluye Davis, son lo que hace plausible su colaboración.

Si admitimos lo anterior, es lógico que la pregunta no sea solamente quién era Arnaud, sino qué clase de mujer era Bertrande. Davis se explaya ampliamente sobre ambos personajes, para concluir que su retrato de la esposa no es muy distinto del que podemos encontrar en muchas mujeres campesinas de la época, que unas aceptaban y otras resistían su destino personal, con la única y posible novedad cultural en su caso del protestantismo. A su vez, Arnaud

es un estafador con talento, de memoria prodigiosa y facilidad de palabra, un hombre que abrazó su papel como esposo de Bertrande de Rols y heredero de Sanxi Guerre, aprovechándolo para reconstruirse *(remaking, self-fashioning)* y, finalmente, para identificarse como el auténtico marido.

Davis explica asimismo por qué utiliza esos términos, el de *self-fashioning* en particular, algo que se debe sobre todo a su pretensión de aplicar las cuestiones de la identidad a situaciones y grupos sociales variados. Si se ve así, la impostura no es una conducta aislada, una monstruosidad ni un prodigio, sino quizá un caso extremo e inquietante dentro del espectro del cambio personal con finalidades de juego, ventaja o búsqueda de la benevolencia de los demás. Al insertarla en las prácticas culturales de la vida de aquel siglo, Davis incrusta esa impostura dentro de lo que denomina los «matrimonios inventados», relación que se iniciaba con una identidad falsa y acababa en algún tipo de entendimiento cultural.

En suma, Finlay entendería que del texto de Coras se extrae una única verdad, pero olvida que en su *Arrest Mémorable* hay dos relatos en uno: una narrativa legal y una interacción literaria entre texto y anotaciones. Es decir, no es algo objetivo y transparente, como él pretende. A partir de ahí, no habría sino un intento de dar carnalidad a los personajes como actores históricos, presentando sus valores y acciones tal como los interpretaron, pero introduciendo otras perspectivas, propias del siglo XVI y desde la actualidad, con el fin de mostrar los dilemas morales y los peligros planteados por la invención. En su prólogo, concluye, abre la brecha entre lo que esperaba lograr y qué se podía extraer de las fuentes con absoluta certeza; en la última página, ofrece al lector amplio margen para pensar otras maneras de dar sentido a las pruebas presentadas.

Poco se puede añadir a una polémica como esta, que aún se suele utilizar como ejemplo académico de dos modos muy distintos de entender la práctica histórica, una controversia que explica la legión de admiradores y el pelotón de detractores con los que desde entonces ha contado Natalie Zemon Davis. Con todo, los reproches de Finlay no mermaron su popularidad ni la de su estudio sobre Martin Guerre, que se acrecentó. En ello tuvo que ver otro factor adicional: el enorme interés que despertó entre quienes se preocupaban por la relación entre historia y cine. Esto último se vio reforzado por la decisión tomada en 1988 por la AHA de reseñar filmes de interés histórico en su revista, dedicando la *American Historical*

Review el último número de aquel año a este asunto. El dossier estaba encabezado por el responsable del proyecto, Robert A. Rosenstone, al que daban réplica David Herlihy, Hayden White, John E. O'Connor y Robert Brent Toplin[12]. Y aunque el caso de Martin Guerre no era el objeto a tratar, apareció de modo singular, sobre todo en los textos de Rosenstone y White[13].

La propia Davis contribuyó a ello: a que especialistas como los citados, entre otros, la tomaran como referente de su campo. Un año antes de ese especial de la *American Historical Review,* la historiadora dictó una conferencia sobre el asunto en la Fifth Annual Patricia Wise Lecture of the American Film Institute, donde volvía sobre su experiencia cinematográfica y sobre su relación con la narración histórica[14]. En 1989 haría lo mismo en la revista francesa *Le Débat* y, con el tiempo, dedicaría otros textos a esa relación entre cine e historia, preocupación que culminaría en su libro *Slaves on Screen*[15].

V

Si regresamos nuevamente a las múltiples entrevistas que Natalie Zemon Davis ha concedido a lo largo de su vida profesional, o a los momentos en los que ha reflexionado sobre su trabajo, concluiremos que este libro fue uno de los momentos centrales en su forma de hacer historia. En 1997, año desde el que rememoraba su trayectoria académica, la historiadora norteamericana enmarcaba su libro en la senda de las microhistorias de Emmanuel Le Roy Ladurie y de Carlo Ginzburg. Identificaba su Martin Guerre con los volúme-

---

[12] Véase el «AHR Forum», *American Historical Review* 93, 5 (1988), pp. 1173-1227.

[13] El debate fue recogido hace años por Alberto Bornstein Sánchez,«El pasado a 24 imágenes por segundo: reflexiones sobre la utilidad del cine histórico», en *Cuadernos de Historia Moderna* 12 (1991), pp. 277-292.

[14] Natalie Zemon Davis, «"Any Resemblance to Persons Living or Dead": Film and the Challenge of Authenticity», *The Yale Review* 86 (1986-1987), pp. 457-482.

[15] Natalie Zemon Davis: «Du conte et de l'histoire», *Le Débat* 54 (1989), pp. 138-143; *Remaking Imposters: From Martin Guerre to Sommersby*. Egham, Royal Holloway Publications, 1997; «Movie or Monograph? A Historian/Filmmaker's Perspective», *The Public Historian* 25, 3 (2003), pp. 45-48; *Slaves on Screen: Film and Historical Vision,* Cambridge, Harvard University Press, 2002 [libro ahora disponible para los lectores cubanos: *Esclavos de la pantalla,* trad. de María Teresa Ortega, La Habana, Ediciones ICAIC, 2012].

nes sobre Montaillou y Menocchio. Llegó a la microhistoria –aseguraba–, a lo que entonces llamaba etnografía, a través del cine:

> traté de que el «prodigioso relato» de Martin Guerre fuera comprensible, utilizando todo lo que pude encontrar sobre la vida aldeana. Traté de mostrar cómo aquella extraordinaria impostura era una versión de la formación de la identidad, de «autoconstrucción», como dijo Montaigne, tanto entre los campesinos y los jueces como entre otras personas de diversa riqueza y rango, que leyeron el libro de Jean de Coras a miles. Influida por la reflexión sobre la narración cinematográfica, decidí relatarlo dos veces, primero tal como ocurrió y se vio en cada momento en la aldea, y después tal como lo presentaron los narradores: el juez Coras, que era un joven abogado de los tribunales, Montaigne y otros. Mi esperanza era sugerirles a los lectores algunos de los paralelismos entre lo que significa establecer lo que era verdadero en términos de identidad y lo que lo era en términos históricos[16].

Es una forma de decirlo, bien diáfana, pero hay otras maneras de exponerlo. Una de ellas es, en efecto, reconociendo que trabajar en la película y escribir el libro le condujo a explorar aquella conciencia etnográfica que tanto había perseguido, dando así un giro a su trabajo. En su diálogo con Denis Crouzet, *Pasión por la historia,* Natalie Davis confiesa que fue estudiando a Martin Guerre cuando encontró su estilo de historiadora, su modo de percibir las cosas y los hombres, pero también fue cuando, al estudiar la identidad, se dio cuenta de que su interés estaba en las cuestiones relativas a la construcción del yo. Muchos han dicho, y ella lo reconoce en ese volumen, que su marca distintiva está en el juego entre las pruebas y las posibilidades, en el uso del condicional. Carlo Ginzburg insistió en esto. Ella reconoce que en sus primeros estudios, cuando abordaba los movimientos sociales, los conflictos, no había sentido esa necesidad ni le parecía algo urgente. En cambio, al tratar aspectos más íntimos, al rastrear ideas, sentimientos y sueños personales, se topó con problemas para documentarlo, con individuos que habían dejado poco rastro. Dicho de otro modo: al vérselas con testimonios irreductibles sobre un caso raro y al vérselas con una presentación muy peculiar de determinadas categorías culturales, se planteó la necesidad de revisar el juicio so-

---

[16] Natalie Zemon Davis, «A Life of Learning…», cit.

bre los límites de lo posible. Fue eso lo que la llevó a proceder de manera conjetural, a interrogar al pasado sobre los significados del silencio. Fue a partir de entonces –confiesa– cuando el condicional se le hizo necesario, no como salto al vacío, sino como registro de alternativas. Además, siempre quedarán misterios, cuestiones sin solventar, de modo que no hay otra solución que dejar que la propia voz murmure; y reconocerlo así[17].

También se puede expresar con otras palabras, más osadas si cabe[18]. La conciencia antropológica la llevó a abrazar un determinado giro literario en su quehacer, una propuesta que estaba y ha continuado estando relacionada con su voluntad de probar nuevas maneras de contar el pasado, de resaltar la polifonía de los textos, de debatir sobre los documentos utilizados por los historiadores. Polifonía: muchas voces, las muchas voces que quedan registradas en un documento escrito, expresiones verbales que dicen y que callan, que manifiestan y que tapan. En el siglo XIX –ha dicho–, el historiador profesional andaba a la caza de las falsificaciones, pero el del XX examina los temas, los puntos de vista o la ideología que contienen fuentes. Es decir, se pregunta por la trama de las fuentes, por las metáforas a que han recurrido, por lo que cuentan y por cómo lo cuentan. Por haber cruzado esa frontera, la que separa la literatura y la historia, ella confiesa haber transitado tres áreas difíciles: la imaginación sistemática de lo posible, la experiencia del estilo y la búsqueda de las formas del relato en los documentos del pasado.

Y lo hizo, como ha reiterado, como si fuera una detective, evaluando las fuentes y las diversas reglas de la composición, cotejando indicios de múltiples procedencias, trazando con conjeturas una tesis que extraía lo mejor de los testimonios, el sentido más plausible. Eso sí, es consciente de que ello le supuso dar un doble salto, el de la ficción y el de la antropología. Pero lo primero no significa fraudulento, ni controvertido, ni completamente inventado, ni desdeñoso de las relaciones del pasado en nombre de la libertad superior de la artista. Se refiere al sentido más viejo y más general de la palabra ficción *(fingere):* algo que está elaborado, hecho a mano, creado a partir de elementos ya existentes. Se le podría llamar más simplemente –propone– un acto de autor *(faire acte d'auteur, auctorial action)*. En

---

[17] Natalie Zemon Davis, *Pasión por la historia. Entrevista con Denis Crouzet,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València y Universidad de Granada, 2006.

[18] Seguimos aquí lo dicho en Natalie Zemon Davis,«Du conte et de l'histoire», cit.

suma, Natalie Zemon Davis siempre ha reconocido el estrecho margen por el que se movía, entre positivistas que repudian todo juego y conversos a la teoría literaria. Pero eso no le permitió ahorrarse determinadas preguntas, como las que hemos visto, sobre el pasado, sobre los documentos y sobre cómo los emplean los historiadores:

> En cuanto a mí, no he elegido el camino del relativismo extremo […]. En general, reconocer la fisonomía literaria de los documentos y escritos del pasado, no significa borrar las otras acciones contenidas en los textos. La historia es a la vez una forma de literatura, un modo de investigación que da resultados, para lo cual estamos al servicio de otros historiadores, de sujetos pasados y fenecidos y de lectores futuros, y una liza en la que se enfrentan poder y colaboración. La historia hace un pacto con el pasado y lanza una promesa para el futuro: el pacto es de sangre, y no es la poesía la que podrá quitar las manchas[19].

¿Cómo llamar a esto? Al principio de su *Martin Guerre,* la historiadora emplea una palabra significativa, inquietante. «Este libro –dice– es el fruto de una aventura: la aventura de una historiadora con una forma distinta de explicar el pasado». La aventura no se corre necesariamente en parajes lejanos; tampoco en lugares exóticos. Las aventuras del conocimiento se emprenden aquí cerca: en esa Francia rural del siglo XVI, con unos campesinos cuyas relaciones, definiciones, interacciones no son exactamente idénticas a las nuestras. Pero en ese espacio podríamos haber vivido. Como antropólogos, como observadores externos. Recreando en «un laboratorio histórico personal» lo que los nativos no dicen enteramente, aquello que son posibilidades con sentido, aquello que son probabilidades a las que dar significado. Contar de nuevo la historia de Martin Guerre es plantear las nociones de identidad, de alteridad, de comunidad. Y es examinar la impostura, la propensión humana a fantasear: a suplantar o completar la realidad. Los hechos son decepcionantes, pero sus posibilidades interpretativas, no. Natalie Zemon Davis se propone conjeturar, pero la interpretación requiere ingenio, el genio de la escritura que atiende al pasado.

Y aquí lo curioso no es solo el caso estudiado e imaginado; lo curioso es que ese estudio y esa imaginación no hayan perdido un ápice de su vigencia.

---

[19] Natalie Zemon Davis,«Du conte et de l'histoire», cit., p. 143.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ÍNDICE GENERAL

POSTFACIO

CODA

La de Martin Guerre es la historia de una impostura. En el año 1540 un rico campesino del Languedoc abandonó a su mujer, su hijo y sus propiedades, y durante años no se supo más de él. Tiempo después volvió –o así lo creyó todo el mundo–, integrándose plenamente en su vida anterior. Sin embargo, tras varios años de apacible convivencia matrimonial, la mujer alegó que había sido engañada por un impostor y denunció a su supuesto marido ante los tribunales. Tras un azaroso juicio –del que nos quedan numerosos testimonios–, y cuando el hombre en cuestión casi había convencido a los jueces de que era Martin Guerre, el auténtico Martin Guerre apareció en escena.
¿Quién fue en realidad el falso Martin Guerre? La esposa, Bertrande de Rols, ¿había sido engañada realmente? ¿Qué papel desempeñó el pueblo, Artigat, en todo el asunto? A medio camino entre el relato novelesco y la exposición científica, Natalie Zemon Davis recrea en este magno fresco, excepcional y absorbente, los hábitos y las relaciones sociales, las intenciones ocultas y las sensibilidades de unos aldeanos del siglo XVI.

Natalie Zemon Davis es Henry Charles Lea Professor of History Emeritus en la Universidad de Princeton y Professor of Medieval Studies en la Universidad de Toronto. Es autora, entre otros títulos, de *Society and Culture in Early Modern France* (1975), *Fiction in the Archives: Pardon Tales and their Tellers in Sixteenth-Century France* (1987), *Women on the Margins: Three Seventeenth Century Lives* (1995) y *Trickster Travels: A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds* (2006).



ISBN 978-84-460-3850-4


www.akal.com

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.